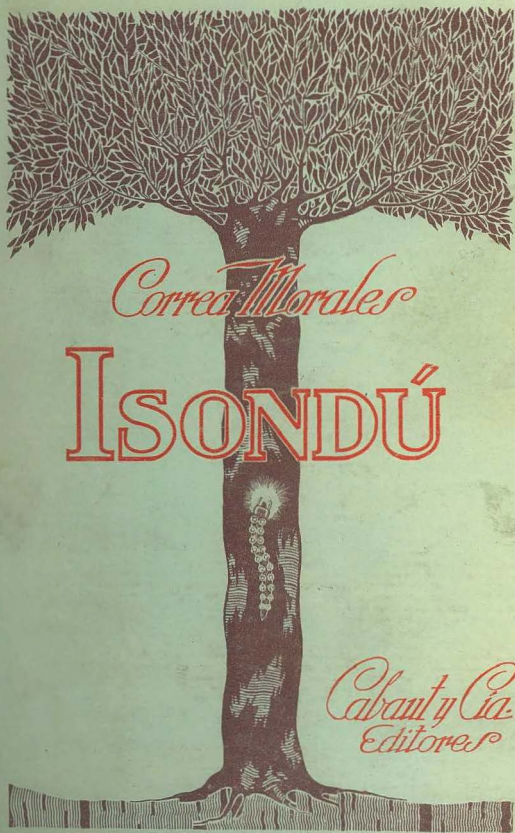


25582

Correa Morales

ISONDÚ

LL
1926
COR



Biblioteca Nacional PRECIO: \$ 2.50 m/n.

6 A-10
14

Argentinianos



00000510

ros Editores

por E. Gauna Vélez

Un tomo con numerosas ilustraciones

Constituye esta interesante y notable colección de biografías hechas con gran acopio de datos y con espíritu libre de todo apasionamiento y de todo partidismo, condición esta última que avalora mucho más su mérito.

Abarca el siguiente contenido:

El amor a la patria. — Commemoración del 25 de Mayo. — Commemoración del 9 de Julio. — Los hombres de la Independencia. — El Deán Funes. — Azcuénaga. — J. J. Paso. — Saavedra. — Vieytes. — Alberti. — Matheu. — Castelli. — Álvarez de Arenales. — Belgrano. — Pueyrredón. — G. Brown. — Moreno. — San Martín. — Las Heras. — Rivadavia. — Martín Rodríguez. — Larrea. — Tomás Guido. — Vicente López. — Monteagudo. — Güemes. — Esteban de Luca. — Dorrego. — Carlos M. de Alvear. — José M. Paz. — Manuel P. Rojas. — Alvarado. — Manuel de Escalada. — Lavalle.

Isipós

por E. G. A. de Correa Morales

Un tomo a la rústica, con artísticas ilustraciones

Constituye este libro de lectura una serie de tradiciones y cuentos fantásticos de gran amenidad y riqueza de colorido, en que el autor sigue la ruta de los grandes cuentistas de fama universal.

Geografía Elemental

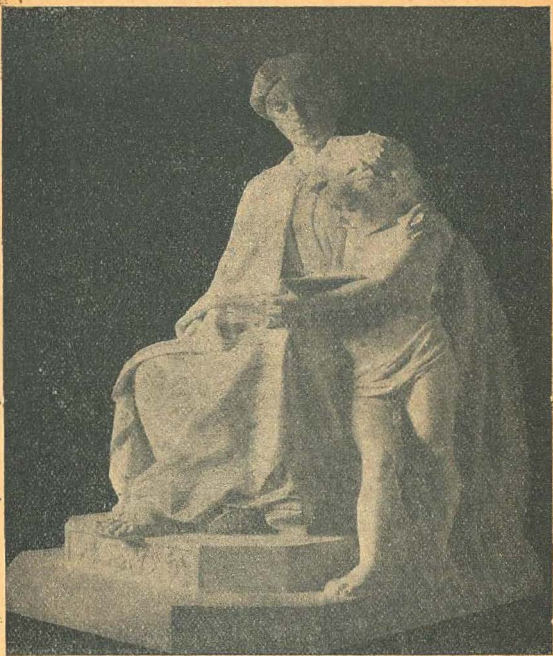
por E. G. A. de Correa Morales, y E. Carbone

Un lujoso tomo con numerosas ilustraciones y mapas en colores

Siguiendo un plan modernísimo, este libro divulga de un modo ameno, breve y sencillo, los conocimientos geográficos en general y los de nuestra Nación en particular.

“Librería del Colegio” — Alsina y Bolívar — Bs. Aires

ISONDÚ



«EDUCACIÓN».

Grupo del escultor CORREA MORALES en el sepulcro de la señora Emma Nicolay de Caprile, primera directora de la Escuela Normal de Profesoras «Roque Sáenz Peña».

23.582

ISONDÚ

O. R.
C. N. de E.

LECTURAS VARIADAS PARA LAS ESCUELAS COMUNES

POR

E. CORREA MORALES

Obra premiada con medalla de plata
en la Exposición de San Luis (E. U.) de 1904; aprobada por el
Consejo Nacional de Educación y por el Consejo General
de Educación de la Provincia de Buenos Aires,
de Santa Fe, de Tucumán.

EDICIÓN DE 1926

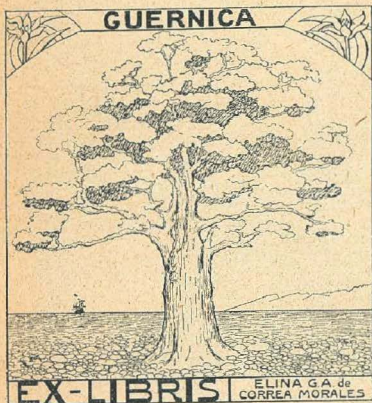


BUENOS AIRES

CABAUT y Cía., Editores

«Librería del Colegio — Alsina y Bolívar»

Biblioteca Nacional de Maestros



DERECHOS RESERVADOS.

(Leyes Nos. 7092 y 9510).

EL ISONDÚ

«No sé, dice el doctor Holmberg, que exista nada más hermoso en los límites de la fauna sudamericana. El ISONDÚ, nombre que en guaraní significa gusano de luz, es, a no dudarlo, una verdadera maravilla en el pequeño mundo entomológico».

Por nuestra parte, deseamos que no se atribuya a vana pretensión el título de este libro, pues si le hemos dado el nombre de una joya de nuestra fauna, es porque se trata de una modesta larva, esperando que nuestro humilde gusano de luz ilumine, aunque sea con fugitivos resplandores, las inteligencias infantiles a las cuales está destinado.

ADVERTENCIAS

I.

La Lectura.

Tomás Davidson, en su obra *"Educación del pueblo griego"* dice, refiriéndose a la enseñanza de la lectura: «en esto eran también los griegos más sabios que nosotros. Desde que sus hijos empezaban a leer, ponían en sus manos las grandes obras literarias nacionales; de ese modo los pensamientos e ideales que habían dado forma a las instituciones se hacían familiares al pensamiento y a la imaginación del niño».

«Era tal la riqueza de aquellas obras que apenas existe hoy una rama de la educación que no pueda establecer con ellas una relación fructífera elevada. Y no cabe duda que en manos de buenos maestros, eran aquellas obras la base no sólo de la instrucción ética, sino también de la historia, la gramática y la geografía».

Se objetará tal vez que muchas veces la juventud del lector y su escasa instrucción le inhabilitan para leer obras cuyo estilo le resulte de comprensión difícil. Recordaré al respecto que en mi niñez, y como lo dice también Juan Agustín García, se ponían con frecuencia en nuestras manos tal clase de obras, y si es verdad que leíamos algo como loritos sin comprender mayormente muchos pasajes, el oído se acostumbraba a las formas selectas, y paula-

tinamente aquellos más curiosos llegaban, a fuerza de preguntas, a comprender las fábulas o las poesías tan difíciles como "A las Ruinas de Itálica" que era corriente recitar, y que, por lo que recuerdo, nos agradaban mucho.

La lectura ha de ser atenta y cuidada; ha de tener como base buenos modelos de literatura, que el joven estudiará, copiará y comparará unos con otros, aquellos que traten el mismo asunto. Ayudándose del diccionario, podrá comprobar si las palabras usadas son castizas; si se acostumbra a estudiar la puntuación en el trozo leído, esto le ayudará mucho para cuando haga sus composiciones.

Recomendamos a los jóvenes que en lo que han de leer, aun tratándose de autores selectos, se hagan asesorar por sus padres o maestros respecto de la elección. La razón principal de este consejo es que las obras de la mayor parte de los autores citados en "Isondú" son demasiado serias para niños de corta edad, y si las leyeran antes de su madurez tanto en edad como en conocimientos, tal vez, por no comprenderlas, les tomarían fastidio. Lo que se recomienda es, pues, que de ellas lean algunos fragmentos elegidos y los comenten, con lo cual podrán aprender poco a poco a gustarlas. Moratín, Pedro Antonio de Alarcón, Fernán Caballero, E. Pardo Bazan, Pereda, Palacio Valdés, J. Ramón Jiménez, Azorín, Ricardo León, E. Larreta, L. Lugones, R. Rojas, R. Payró, J. Gonzalez, C. Reyles, son autores modernos muy conocidos y renombrados.

Entre los clásicos les convendrá leer fragmentos del "Quijote" o de otras obras de Cervantes, de Fr. Luis de León, Fr. Luis de Granada, Santa Teresa, y otros que los maestros les vayan indicando, siempre bajo la base de que cada lectura ha de ser hecha, no una, sino muchas veces, y además estudiada y comentada como ya se dijo.

La comprensión de lo selecto es bastante difícil para niños argentinos, a causa de que nuestra habla vulgar está llena de modismos e incorrecciones propios de este país; y además por la enorme cantidad de libros mal escritos, que, en ediciones baratas, se hallan al alcance de todo el mundo.

Para hacer progreso en el arte de leer bien, es preciso atenerse a ciertos preceptos.

Trate el lector de comprender, no sólo el asunto, sino el espíritu con que fué escrito.

Respire a tiempo.

Lea con voz proporcionada a la magnitud del local y al número de oyentes.

Emplee un tono sencillo, y en el caso de que el asunto lo requiera, dé énfasis a la lectura.

En los períodos largos haga la pausas llamadas de *sentido*, que no están marcadas con signo alguno, pero que, con un poco de práctica, es fácil hacerlas en su debido lugar.

Cuide el sentido del acento prosódico, ortográfico y lógico, cuando lea.

La regla fundamental de la lectura «leer como se habla», sólo tiene aplicación para aquellos países donde la generalidad habla bien; los argentinos cometemos muchísimos errores al expresarnos, usando gran número de modismos propios nuestros, y alterando la forma correcta de una manera lamentable, sobre todo en el uso de verbos y pronombres, y en la pronunciación.

Pero hay más; los porteños somos atropellados para hablar, mientras los de las otras provincias, son muy lentos, de lo cual se originan defectos en el acento de las palabras y sobre todo de la frase; estos antecedentes nos hacen pensar que nosotros deberíamos más bien *hablar como leemos*: sería el único medio de corregirnos de muchísimos vicios de expresión.

II.

Pausas. — Enlace de palabras. — Tono. — Inflexiones.

*Queriendo ser un autor
De los de renombre y fama
Escribi hace poco un drama
Terrible, conmovedor.*

En la estrofa anterior se debe hacer una pequeña pausa después de las palabras *autor* y *drama*.

Cuando hay dos palabras consecutivas cuya pronunciación es algo dura y que pueden ser ligadas, conviene hacer una pausa.

El objeto de las pausas es hacer comprensible lo que se lee; mas como no hay reglas para ellas, toca al maestro indicar a los alumnos dónde han de marcarlas, hasta que estén prácticos.

En poesía se forma a menudo una sola sílaba con la última de una palabra y la primera de otra, a fin de tener la medida justa del verso.

En la estrofa dada, tenemos *renombre y*, que al pronunciar se forma *brey*. La sílaba *co*, de *poco*, se liga de tal modo con *un* que forma *coun*. *Escribi con hace* se leerán *escribihace*.

El ligado de palabras es importantísimo, tanto al hablar como al leer en alta voz, para dar flexibilidad a lo que se expresa. Al hablar nuestro idioma no percibimos su importancia, pero si empezamos a aprender un idioma extranjero, una de las mayores dificultades que se nos presenta es precisamente el no saber ligar bien las palabras.

Se considera de mala educación el hablar recio en asuntos familiares o cuando nuestros oyentes están muy cerca de nosotros; por esta razón es preferible siempre el *tono mediano*.

Cuando tenemos alguna aflicción parece que el dolor nos quita la fuerza para expresarnos, y lo hacemos en un *tono débil*; pero si experimentamos mucha satisfacción, mucha alegría, éstas pugnan por expandirse, y sin darnos cuenta de ello hablamos empleando un *tono fuerte* y lleno.

Esto que hacemos al expresarnos, debemos tenerlo muy presente al leer.

Las inflexiones de la voz son ciertas modulaciones que resultan de acentuar algunas sílabas en la frase, ya bajando, ya elevando algo la voz.

Sería largo y fuera de la índole de esta obra ser muy prolijo en estas reglas; así, pues, me concretaré a recomendar a aquellos que quieran sacar provecho en la enseñanza de la lectura, el libro *El Arte de la Lectura*, por Ernesto Legouvé, traducido al castellano por M. Sales Ferré, y *Vida*, por José H. Figueira.

III.

Signos de puntuación.

Las pausas más o menos largas que hacemos al hablar y las inflexiones de la voz, se indican en la escritura por medio de *signos* llamados *signos de puntuación*.

Los más usuales son:

(,) coma.	(;) punto y coma.
(:) dos puntos.	(!) puntos de admiración.
(¿?) puntos interrogantes.	(..) puntos suspensivos.
() paréntesis.	(—) raya.
(-) guión.	(=) dos rayas.
(< >) comillas.	

Considerando que los objetos principales de este libro son: 1.º que los alumnos aprendan a leer y 2.º que tomen gusto a la lectura, he reducido a su minimum los ejercicios gramaticales, poniendo sólo algunos que puedan servir de guía o como deber del momento.



EN LAS SIERRAS DE CÓRDOBA

ISONDÚ

1.

El libro y su lectura

San Juan Crisóstomo, el apóstol de la beneficencia, ha escrito, para expresarla, su más bella y completa definición. La caridad es el don de sí mismo, y el hombre tiene mucho que dar. Puede darse en tanto que es inteligencia, en tanto que es sentimiento y en cuanto posee los bienes exteriores que satisfacen las necesidades físicas de la vida.

Será siempre un acto grato y santo cubrir la desnudez y aliviar el hambre con el lienzo y con el pan de la limosna; pero el don de nosotros mismos por la inteligencia y por el sentimiento, es el atributo de la caridad por excelencia. Los apóstoles recibieron como misión suprema la de la enseñanza.

La sociedad moderna ha inventado la Biblioteca Popular; y estamos desde entonces todos llamados a tomar participación en el apostolado sublime. El que da un libro para el uso del pueblo hace el don de su valor pecuniario y enciende una antorcha perenne, y abre una fuente de elevados sentimientos para ilustrar y regenerar la existencia moral e intelectual de centenares de hombres.

Dar un libro es casi nada; pero, el libro dado realiza la parábola de la semilla que los vientos arrastraron, que los pájaros del aire no comieron y que cayendo en

tierras extrañas fructificó bajo la bendición de Dios en fértiles cosechas. El don sin precio puede revestir un valor infinito, porque fué un libro encontrado a la casualidad el que infundió la perseverancia en el trabajo a Franklin y a Lincoln.

.....

Cuando oigo decir que un hombre tiene el hábito de la lectura, estoy predispuesto a pensar bien de él. Leer es mantener siempre vivas y despiertas las nobles facultades del espíritu, dándoles por alimento nuevas emociones, nuevas ideas y nuevos conocimientos. Leer es multiplicar y enriquecer la vida interior.

.....

La lectura fecunda el corazón, dando intensidad, calor y expansión a los sentimientos.

Los egoístas no practican por lo general la lectura, porque pasan absortos en la árida contemplación de sus intereses personales. No sienten la necesidad de salir de sí mismos y estrecharse con los demás.

.....

El libro es enseñanza y ejemplo. Es luz y revelación. Fortalece las esperanzas que ya se disipaban; sostiene y dirige las vocaciones nacientes que buscan su camino al través de las sombras del espíritu o de las dificultades de la vida. El joven oscuro puede ascender hasta el renombre imperecedero, conducido como Franklin por la lectura solitaria.

.....

Enseñemos a leer y leamos. El alfabeto que deletrea el niño es el vínculo de la tradición del espíritu humano, puesto que le da la clave del libro que lo asocia a la vida universal. Leamos para ser mejores, cultivando los

nóbles sentimientos, ilustrando la ignorancia y corrigiendo nuestros errores, antes que vayan con perjuicio nuestro y de los otros a convertirse en nuevos actos.

NICOLÁS AVELLANEDA.

Buenos Aires 1870.

2.

El legado de Ana María

I.

Había una niñita que era hermosa, pero, más que en hermosura, consistía su mérito en la bondad de su corazoncito, que con ser tan pequeño de tamaño, daba cabida a un inmenso tesoro de amor para todo lo que la rodeaba. Hoy veo que fué un ángel destinado a pasar por la tierra, para legar a otros niños el ejemplo de su corta, pero incomparable existencia.

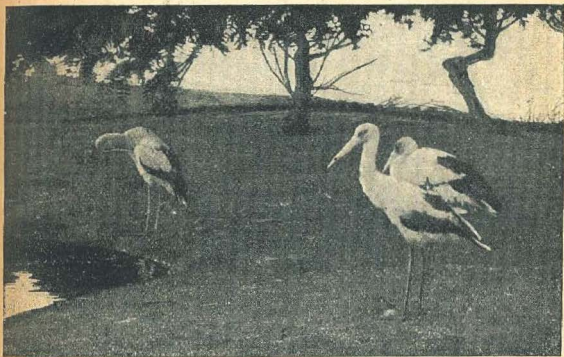
En todos los casos mostróse Anita como una criatura excelente, pero el rasgo dominante de su carácter, fué el cariño que, desde muy chiquita, profesó a los animales: el gato, el perro, el caballo, los pollitos, las palomas, eran consideradas por ella de muy distinta manera que como lo son por la generalidad de los niños.

Jamás habría tenido cabida en su cabecita la idea de maltratar a un animal; al contrario, parecíale justo llenarles de cariño y cuidados, no sólo a los vivos sino también a sus juguetes, que eran en su mayor parte representantes de la fauna.

Amaba con sin igual ternura a su burrito de goma, ya cojo. — ¿Sabes? — solía decirle — voy a contarte un cuento muy viejo, de esos que, como dice abuela, pasaron en tiempo de Maricastaña... ¡Óyeme Rucio!... ¡No rebuznes! No es para tanto... Tú no hablas ni oyes... la burra de Balaan era mucho más inteligente

que tú... Pero no, mi burrito; a pesar de todo, de tus azorados ojos, de tus orejas grandes, te quiero mucho, mucho más que a Terita, la muñeca holandesa, ésa tan paquetona que me trajeron las cigüeñas.

Ven, viejito; — le decía otras veces — vamos a tomar sol junto con las palomitas. — Y lo conducía al jardín donde lo dejaba, recomendándole que no fuera a asustarlas, porque ellas (las palomitas) eran muy tímidas.



Cigüeñas: aves zancudas que viven en bañados y lagunas.

En las noches frías arropaba bien a toda su hacienda: al Rucio, al oso, a la vaquita, antes de acostarlos.

Muchas cosas podría relatar de la vida de Anita María, pero quiero concretarme a daros en su nombre algunos pormenores respecto a la inteligencia de los seres inferiores, que ella tanto amó, a fin de que com-

prendáis que no sólo son sensibles al dolor físico, sino al moral, y capaces de practicar ciertas virtudes, sin que le hayan sido inculcadas y sin esperanzas de recompensa, como nosotros.

Cuando conozcáis esto, y cuando observaciones personales os aseguren de muchas particularidades respecto a la inteligencia de los brutos, comprenderéis por qué el *Rey de la Creación*, que ha recibido de lo alto muchos dones superiores, está obligado a extremarse en el cumplimiento del deber, y da muestras de un perverso corazón, cuando hace sufrir crueles castigos a los seres que están a su servicio.

La práctica del bien es más que necesaria; es ineludible. Nadie puede prescindir impunemente de ella, porque el hombre, rico en inteligencia y en piedad, le hará el *Supremo Tribunal* responsable del empleo que haya hecho de los tesoros que le confió.

3.

El rancho

A la margen de un arroyo encantador, a cuatro pasos de su orilla y a la sombra de un grupo de sauces elevados y coposos, una simple estacada en un ámbito de seis varas en cuadro, sosteniendo un techo de paja con paredes formadas de junco o de ramas: tal es el rancho del isleño. Es su obra de pocos días, que dura muchos años. Su mueblaje se compone de un cañizo para dormir, y otro más alto para despensa; una mesa de ceibo; algunos bancos y platos de la misma madera; asador, olla y *pava* o caldera de hierro, un *mate* y un saco de camuatí para la sal. He aquí un edificio que, con su menaje todo, no vale tanto como uno solo de los muebles que el lujo ha hecho necesarios al habitante de las ciudades. Y esa pobre choza con su rústico ajuar comprende cuanto el hombre puede necesitar para su seguridad y reposo, su comodidad y placer... pero que no se aloje en ella el que haya llegado a enervarse al extremo de ser más delicado que el picaflor que la prefiere para suspender bajo su alero la cuna de sus hijuelos.

¿Cuán poco necesita el hombre para vivir satisfecho y tranquilo, cuando las necesidades ficticias y las vanidades del mundo no le han hecho esclavo de mil gustos nocivos e innecesarios, de mil ridiculeces, y de un sinnúmero de costosas bagatelas!

¿Qué artesonado puede igualarse a la pompa y hermosura de un grupo de sauces de Babilonia que abra-

za en su extensa bóveda la cabaña con su patio y el puerto y la chalana y el baño, defendidos del sol por sus ramas colgantes frondosísimas?

Aun consultando la variedad y delicadeza de los gustos (si se ha de combinar su satisfacción con la salud), nada de las mesas opíparas se puede echar de menos al probar las sencillas preparaciones del fogón de las islas.

Yo, hasta ahora, no he gustado un plato que supere al odorífico y jugoso asado, que sólo nuestros campesinos saben preparar. Difícilmente la cocina del rico aderezará un manjar tan sabroso como sano y suculento. Para el sobrio habitante de las islas, el simple *te del Paraguay* o *mate* suple con ventaja, para su paladar y su salud, a todos los licores y pociones conocidas. El agua exquisita que corre al pie del rancho del carapachayo bastaría para hacerlo preferible a las habitaciones ciudadanas con todas sus bebidas peregrinas. El agua del Paraná, tan digna de su fama por su excelencia, quizá sea más eficaz que todas las panaceas y elixires inventados, para recobrar la salud y conservarla.

¡Oh, qué hechicera y agradable es la morada del isleño a la margen del arroyo, al abrigo de los copudos sauces, con su baño delicioso y su chalana!

¡Qué deleitable contemplar las bellezas de la primavera desde el rústico y pintoresco albergue! ¡Qué grato es aspirar el aire vivificante de la mañana que penetra en el rancho libremente, incitándonos a gozar el bello espectáculo de la salida del Sol!

MARCOS SASTRE.

LÉXICO.

Estaca. — Palo, más o menos redondeado, con punta, que se clava en la tierra.

Estacada. — Fila de estacas clavadas; en este caso forman un conjunto de base cuadrilátera.

Ámbito. — Espacio comprendido dentro de ciertos límites.

Cañizo. — Especie de tejido de cañas y cordel, que sirve para cama.

Ceibo. — Planta arbórea muy común en las islas del delta del Paraná; tiene grandes flores rojas, amariposadas.

Camuatí. — Nido de ciertas avispas sociales.

Menaje. — El conjunto de muebles de una casa.

Ajuar. — El conjunto de ropas y cosas que lleva una novia al matrimonio; por extensión se dice de los muebles de una casa.

Necesidades ficticias. — De cosas innecesarias.

Carapachayo. — Habitante de Carapachay, una de las islas del Paraná.

Panacea. — Remedio universal.

Elíxir. — En sentido figurado significa lo que hay de mejor en alguna bebida.

Albergue. — Casa, cabaña, cueva, etc.

Chalana. — Pequeña embarcación plana, sin quilla y generalmente sin cubierta. Está provista de timón y vela (a diferencia de la canoa que no los tiene), y cuando le falta viento, anda al impulso de un botador. Si es muy chica se maneja como la canoa con una espadilla o pala que sirve a la vez de remo y de gobernarle.

EJERCICIO.

Lean con atención los diversos párrafos de este fragmento, señalando las pausas de sentido con una línea vertical.

4.

Patria

¡Patria! Te adoro en mi silencio mudo
Y temo profanar tu nombre santo:
Por tí he gozado y padecido tanto
Como lengua mortal decir no pudo.

No te pido el amparo de tu escudo
Sino la dulce sombra de tu manto;
Quiero en tu seno derramar mi llanto,
Vivir, morir en tí, pobre y desnudo.

Ni poder, ni esplendor, ni lozanía
Son razones de amar. Otro es el lazo
Que nadie, nunca, desatar podría.

Amo yo por instinto tu regazo;
Madre eres tú de la familia mía;
¡Patria! de tus entrañas soy pedazo.

MIGUEL ANTONIO CARO.

LÉXICO.

Escudo de armas. — Campo, superficie o espacio de distintas figuras en que se pintan los blasones de un país, ciudad o familia.

Blasón. — Cada figura, señal o pieza de las que se ponen en el escudo.

EJERCICIOS.

I. — Explicar el significado de los diversos blasones del Escudo Argentino.

II. — Formar oraciones en que entren las palabras **patria** y **escudo**.

III. — Diversas acepciones de la palabra **escudo**.

5.

La cabaña

I.

Entre las muchas familias que he tenido ocasión de conocer en el transcurso de mi vida, una ha fijado sobre todo mi atención.

No creáis que se trata de personas que se dan una vida regalada; no hay lujo en su vivienda, no hay carruajes tirados por soberbios troneos ni lucen las señoras joyas preciosas; por el contrario, todo es allí modesto, desde la mansión solariega, edificada en un retazo de campo, hasta el traje de la dueña de casa; pero se respira en aquel hogar un ambiente de felicidad que es difícil encontrar en otras partes; parece que el modesto mobiliario acaba de salir de la mueblería; el pavimento, la ropa de los niños, el mantel que cubre la mesa en las horas de la comida, todo reluce como nuevo.

Pero si paráis atención, veréis que hay muchas cosas que no sólo no son nuevas, sino que, por el contrario, están bastante usadas.

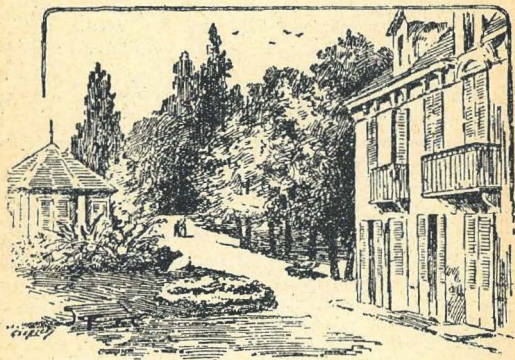
El mantel lleva zurcidos en varias partes, los delantales de los niños tienen remiendos muy bien puestos, muy bien disimulados, pero al fin remiendos.

¿Cuál, pues, será el secreto de que al penetrar en la casa del señor Viera, experimentemos una sensación tal de bienestar? Seguid este relato hasta el fin y lo sabréis.

La familia de Viera se compone de los padres, jove-

nes todavía, y seis niños de cuatro a doce años.

El jefe de la familia, apreciando en su justo valor la herencia que le legaron sus antepasados, resolvió dedicar a la ganadería y a las faenas agrícolas todos sus esfuerzos. Tal vez la capital hubiera ofrecido un porvenir brillante a sus dotes de abogado, mas prefirió la vida pura y tranquila de la campaña, donde,



Casa del señor Viera.

si no se obtienen brillantes éxitos, tampoco se experimentan con frecuencia crueles desengaños.

Su joven esposa, Amalia, le siguió contenta; y pronto empezaron a instalarse en la grande y desmantelada casa de sus mayores, de los viejos señores de Viera, desaparecidos poco antes. No muchas, pero grandes y espaciosas eran las habitaciones que rodeaban al edificio por sus costados: un amplio corredor,

cerrado en parte por tupidas enredaderas, y un vasto jardín, que encontraron muy destruido a causa del abandono en que había estado aquélla durante el tiempo en que los achaques de la vejez obligaron a los dueños a trasladarse a la capital, buscando alivio a sus males; alivio que sólo encontraron en la tumba.

Después de los primeros días empleados en el arreglo de ropas y muebles, y de haberse dado un reposo bien merecido, pues es muy seria la tarea de instalarse en una casa, Amalia se hizo cargo de la restauración del jardín, invadido por la maraña.

No creáis que tuvo jardinero y peones que se encargaran de esta tarea, ni aun su esposo pudo hacerlo; otras faenas le ocupaban de la mañana a la noche; tan sólo con la cooperación de un jóvenzuelo que estaba a su servicio, pudo contar la joven señora.

Era tal la cantidad de pasto, cicuta, biznaga, hinojo, cardo, etc., que cubría el jardín, que rosales, magnolias fuscatas, diosmas, etc., desaparecían en medio de ellos; y ¿qué diremos de las violetas, pensamientos, lirios, crisantemos?

En el primer momento no sabía la nueva jardinera por dónde empezar. ¡Era tan espacioso el jardín y tanta la mala yerba!

LÉXICO.

Vida regalada. — Llena de comodidades, y ociosa.

Tronco. — Se dice aquí del par de caballos de raza que tira de un coche.

Faena. — Trabajo, tarea, labor material.

Restaurar. — Renovar o poner una cosa en el estado en que estaba.

Instalarse. — Establecerse.

Cooperación. — Ayuda.

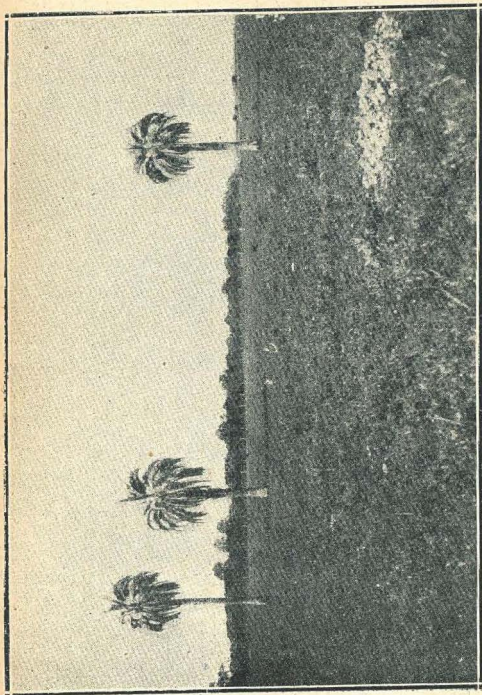
Maraña. — Montón o espesura de yerbas silvestres, de ramaje o zarzas.

EJERCICIOS.

I. Jefe de familia. — Explicar y hacer comprender a los niños la razón por qué cada familia tiene un jefe, aun entre los salvajes, a quien todos deben obediencia y respeto; necesidad de jefes o cabezas dirigentes en todo orden social (instituciones, sociedades, ejército, religión, Estado, etc.); el padre es la cabeza natural en la familia; cualidades que debe tener un jefe. Obligaciones y responsabilidad de los jefes y recíprocas de los subordinados; orden, moralidad, progreso de la familia y del Estado, promovido por un jefe de carácter; desquicio que acarrea uno inepto o la falta de una cabeza dirigente en toda agrupación.

La esposa modelo coopera en la obra del marido, tratando de conservar y distribuir sabiamente lo que aquél adquiere. Economía, orden, aseo de la casa están a su cuidado. Su responsabilidad es grande a este respecto, como asimismo en los principios que inculca a sus hijos.

II. Formen una lista con nombres de utensilios de labranza y de carpintería.



Paisaje argentino.
(Parte norte de la provincia de Santa Fe)

6.

El gallo y el zorro

Un gallo muy maduro,
de edad provecta y duros espolones,
pacífico y seguro
sobre un árbol, oía las razones
de un zorro muy cortés y muy atento,
más elocuente cuanto más hambriento.

« Hermano, le decía,
ya cesó entre nosotros una guerra
que cruel repartía
sangre y plumas al viento y a la tierra:
baja, daré para perpetuo sello
mis amorosos brazos a tu cuello. »

« Amigo de mi alma,
responde el gallo, ¡Qué placer inmenso
en deliciosa calma
deja esta vez mi espíritu suspenso!
Allá bajo, allá voy tierno y ansioso
a gozar en tu seno mi reposo.

Pero aguarda un instante,
porque vienen ligeros como el viento,
y ya están delante,
dos correos que llegan al momento

de esta noticia portadores fieles,
y son, según la traza dos lebreles. »

« Adiós, adiós, amigo,
dijo el zorro, que estoy muy ocupado;
luego hablaré contigo
para finalizar este tratado. »
El gallo se quedó lleno de gloria,
cantando en esta letra su victoria :

*Siempre trabaja en su daño
el astuto engañador:
a un engaño hay otro engaño,
a un pícaro otro mayor.*

SAMANIEGO.

LÉXICO.

Provecto — (del lat. *provectus*), maduro, entrado en días.
Fábula (del lat. *fabŭla*). — Rumor, hablilla, invención.
Composición literaria generalmente en verso, en que por medio de una ficción alegórica y de la representación de personas humanas y personificaciones de seres irracionales, inanimados o abstractos, se da enseñanza útil o moral. — D. de la A. E.

Los fabulistas más célebres son: Esopo, Samaniego, Iriarte, Lafontaine, Lessing. Por lo general han tratado los mismos asuntos.

7.

El habla castellana

El idioma castellano tiene por base el latín. Cuando los romanos conquistaron la Iberia, impusieron el latín como idioma general, procedimiento que, por otra parte, emplearon con todas sus colonias.

En latín se habían escrito ya lo que se llama obras clásicas; esto es: obras en que la galanura del decir había llegado a tan alta perfección, que aún hoy, constituyen modelos para la enseñanza de la literatura.

Es difícil fijar la época en que el castellano constituyó un idioma aparte con formas diversas del latín vulgar que hablaba el pueblo.

Se presume que la transformación empezó cuando el Imperio Romano fué invadido por los bárbaros del norte. La complicada construcción latina era indudablemente difícil; en consecuencia, el latín vulgar debió adulterarse en palabras; luego se modificaría la construcción, adoptando el pueblo poco a poco la de los invasores que era más sencilla.

Además del latín, del cual derivan la mayor parte de las voces, entran en el castellano elementos germánicos, griegos, árabes y de otros idiomas.

El poema del Mio Cid es el primer monumento de la literatura española que ha llegado hasta nosotros; pertenece al siglo XI ⁽¹⁾.

Don Alfonso el Sabio (sig. XIII) fué el primero de los reyes de España que ordenó que las cartas de ventas y contratos se celebrasen en lengua española; sin embargo, en las universidades no se empleó por entonces el castellano sino el latín.

En 1256 empezó a componerse el **Libro de las Partidas**, que es el primer libro que fijó y ensanchó el castellano, siendo notables la precisión, claridad y gracia con que están escritas. En su composición intervinieron muchas personas. Un siglo más tarde puede verse por el siguiente fragmento perteneciente al siglo XIV, cómo evolucionaba el idioma.

⁽¹⁾ R. Menéndez Pidal, publicó una edición del Mio Cid en 1908, con gran acopio de notas y vocabulario. Ha sido publicado también en las ediciones de la lectura.

8.

El cuento de la lechera

« Señor conde, dixo Petronio, una muger fué que avie nombre Doña Truhana et era assaz más pobre que rica, et un día yua la mercado et leuaua una olla de miel en la cabeça. Et yendo por el camino comenzó a cuidar que vendería aquella miel et compraría una partida de huevos, et de aquellos huevos nazcerían gallinas, et después de aquellos dineros que valdrían compraría ovejas; et así comprando de las ganancias que faría fallóse por más rica que ninguna de sus vecinas.

.....

EL CONDE LUCANOR.

Otro fragmento del siglo XV nos muestra el castellano más refinado:

¡Benditos aquellos que con la azada
sustentan su vida e viven contentos,
e de cuando en cuando conocen morada
e sufren pacientes las lluvias e vientos!
Ca estos no temen los sus movimientos,
nin saben las cosas del tiempo pasado,
nin las venderas do han vastimento.

.....

¡Benditos aquellos que siguen las fieras
con las gruesas redes e canes ardidos,
e saben las trochas e las delanteras
e fieren del arto en tiempo debido!
Ca estos por saña non son conmovidos
nin vana cobdicia los tiene sujetos;
nin quieren tesoros, nin sienten defetos,
nin turban temores sus libres sentidos.

EL MARQUÉS DE SANTILLANA.

1398-1458

Ardides — osados, atrevidos, bravos, arrojados.

Yua — iba.

Leuaua — llevaba.

9.

Los indiecitos

«¿Sabes quién soy? El rayo de la luna.
¿Y sabes por qué vengo de allá arriba?
Era obscura la noche cual ninguna
podías extraviarte por la duna
o caer en el agua fugitiva.
Para hacerte elegir senda oportuna
entre la obscuridad que te envolvió
por tí desciendo de la altura yo». (1)

La índole, las aspiraciones, los ideales y si se quiere hasta las necesidades de un pueblo, se reconocen en la educación dada a la infancia.

En la antigüedad, Esparta, que propendió al desarrollo físico de sus ciudadanos por la sabia reglamentación de la gimnasia, se preocupaba al mismo tiempo de que adquirieran, desde niños, sagacidad, virtud altamente apreciada por aquel pueblo guerrero.

Los boers, hace años, enseñaban a sus hijos el uso de las armas de fuego, y el niño que iba a la escuela llevaba, junto con su cartilla, el fusil al hombro y la bolsita de munición a la espalda.

Tales niños eran hombres antes de tiempo; el primero moría bajo el golpe del látigo, ocultando entre los pliegues de su túnica el objeto robado, porque así lo mandaban las leyes de su patria, y el segundo llevaban orden de disparar su arma si los salvajes le molestaban en el camino.

En nuestra tierra heroica tenemos también hermosísimos ejemplos que ofrecer a la historia, y tanto, que, tal vez, ningún pueblo presente uno igual al dado por el

(1) Canción del rayo de luna. — G. de Maupassant.

batallón de 60 niños calchaquíes en la época de la conquista.



CAUTIVA
Grupo de indios araucanos.
(Correa Morales).

Después de varios hechos de armas, a cual más sangriento, entre españoles y calchaquíes, éstos se habían atrincherado en Deteium.

La lucha era tenaz; los españoles caían, del lado exterior de la empalizada de madera que rodeaba a la ciudad, en tan gran número como los indios dentro.

La victoria por mucho tiempo se mantuvo indecisa.

Entre tanto los niños, las mujeres y los curacas calchaquíes, esperaban en un bosque cercano el resultado del combate, con orden de ponerse en salvo si Deteium era tomada por los españoles.

Por fin, después de largas horas de ansiosa expectativa, oyeron el atronador vocerío de los conquistadores; ruido de clarines tocando a degüello, ayes desesperados en idioma calchaquí... estampido de arcabuces.

¡Deteium estaba vencida! Era preciso huir, huir de la esclavitud y la deshonra, salvar a los futuros guerreros, para criarlos nutriéndoles el alma con un odio a muerte al conquistador.

Pero los pequeños han resuelto otra cosa, y en el momento de partir, declaran que se tendrán por cobardes, si teniendo arcos y flechas para el combate no van a Deteium a morir al lado de sus guerreros, que son sus padres, hermanos o amigos.

Las madres, asombradas, no se atreven a detenerles y ellos se dirigen a la ciudad rendida, en la cual se oye doloroso clamoreo. Era imponente aquel batallón compuesto de niños, que se adelantaba al sitio donde los vencidos eran sacrificados.

Castañeda, el jefe español, envió un emisario.

—¿Qué deseáis, muchachos? — preguntó éste con ruda voz de soldado.

—Venimos por nuestros padres — contestaron; — dádmoslos o dejadnos morir con ellos.

Al conocer tan viril respuesta, el asombro cundió entre los vencedores y enterneció los corazones, haciendo cesar la carnicería y dar libertad a los indios que quedaban vivos.

L. CORREA MORALES.

LÉXICO.

Esparta. — Ciudad de Grecia, célebre en la antigüedad por sus severas costumbres.

Boers. — Descendientes de los holandeses que colonizaron el África del Sur.

Calchaquies y Quilmes. — Tribus de indios de los más indómitos que encontraron los españoles en esta parte de América; vivían en los valles de las montañas que quedan al oeste en las provincias de Salta, Tucumán, etc., donde se conservan ruinas de sus pueblos.

Arcabuz. — Arma de fuego antigua que se llevaba al hombro como ahora el fusil.

Curacas. — Así llamaban los quichúas a los gobernadores.

Empalizada. — Obra de estacas para reparo o defensa.

Tehuelches. — Indios que habitaban la parte sur de la República; fueron descriptos exageradamente por Pigafetta que venía con Magallanes. De ellos quedan apenas algunas agrupaciones insignificantes.

EJERCICIOS.

Señalar en el mapa al Transvaal, Grecia y los Valles Calchaquies.

Comentar el suceso. — ¿Por qué llama la atención que los niños fueran a la ciudad? El valor; diversas clases: militar, cívico, valor del médico durante las epidemias, valor de los mártires. Serenidad y valor en peligro: busque ejemplos. ¿Por qué llaman la atención los actos de heroísmo?

10.

El juramento

Cuando el joven ateniense se había comportado dignamente, se le proclamaba ciudadano a los 18 años.

Al serle entregados la lanza y el escudo prestaba el juramento que sigue:

«Nunca deshonraré estas sagradas armas, ni abandonaré a mi compañero en las filas. Combatiré por los templos, y por la propiedad pública, solo o con muchos. Trasmitiré mi patria, no sólo sin disminuir sino mayor y mejor de lo que a mí me fué transmitida. Obedeceré a los magistrados que en cualesquier tiempo estén en el poder. Cumpliré las leyes existentes y las que el puebló haga en adelante, y si alguien intenta derogarlas o reducirlas a nada, haré lo que pueda por impedirselo, solo o con muchos. Honraré la religión de mis padres e invoco por testigos a Aplauros, Euyalios, Arres, Zeus, Thallo, Auxo y Hegemonos».

Desde aquel momento era considerado ciudadano, pero no hombre ateniense. Durante dos años más estaba obligado a severa disciplina y a rendir pruebas de virilidad que le habilitaban como hombre apto para la vida pública de su país.

EJERCICIO.

Reflexiones sobre la importancia del acto de jurar; juramento que deben prestar los ciudadanos según el cargo que invistan.

11.

Jura de la Junta Provisoria

«La gloria se alcanza al
precio de mil trabajos».

Eurípides.

Nada se presenta más magnífico a la consideración del hombre filósofo, que el espectáculo de un pueblo que elige, sin tumultos, personas que merecen su confianza y a quienes encarga el cuidado de su gobierno. Buenos Aires había dado una lección al mundo entero por la madurez y moderación con que en el Congreso General se examinaron las cuestiones que iban a decidir de su suerte, y el feliz resultado de tan respetable Asamblea produjo la augusta ceremonia del juramento solemne, en que se estrecharon los vínculos para la religiosa observancia de lo que la pluralidad había sancionado.

Dos tardes seguidas apenas bastaron para recibir los votos e incorporaciones más respetables. El eclesiástico, el regular, el militar, el togado, el empleado, el vecino, todos concurrieron a jurar la firmeza y estabilidad de la nueva obra, porque todos reconocieron la justicia, confesaron su necesidad y vieron el interés común íntimamente unido al particular de sus personas.

Las almas sensibles desfallecían con la novedad de una impresión dulcísima, a que no estaban acostumbradas, un numeroso cuadro de tropas en quienes la ternura ocupaba el lugar de la ferocidad que los distinguió en los combates; la existencia de los oficiales de la marina inglesa y principales individuos de su comercio, el prelado de la iglesia y jefes de todas las corporacio-

nes públicas, alternando con los nuevos representantes del pueblo y dando a éste, desde los balcones de las casas consistoriales, una prueba nada inequívoca de la sinceridad de sus sentimientos; el estruendo de la artillería aumentado por las aclamaciones y vivas de veinte mil espectadores; las de los buques ingleses que celebraban una función que sus jefes estaban admirando; el conjunto de mil circunstancias que felizmente se agolpan a los sucesos grandes; todo producía ternura, la confianza, las esperanzas más seguras, y elevando las almas de los jóvenes arrancaban lágrimas a los viejos, para quienes dejó de ser terrible la muerte, después de haber visto un día tan glorioso. La fórmula del juramento fué la siguiente.

«¿Juráis a Dios nuestro Señor y estos Santos Evangelios, reconocer la Junta Provisional Gubernativa del Río de la Plata, a nombre del señor Don Fernando VII, y para guardar sus augustos derechos; obedecer sus órdenes y decretos; y no atentar directa ni indirectamente contra su autoridad, propendiendo pública y privadamente a su seguridad y respeto?»

Todos juraron, y todos morirán, antes de que quebran ten la sagrada misión que se han impuesto.

MARIANO MORENO. (1)

Publicado en la Gaceta de Buenos Aires, del 7 de junio de 1810.

(1) Mariano Moreno nació en Buenos Aires en 1778 y murió en 1811. Perteneció al grupo de escritores de la Revolución, en el cual se destacan también, Juan Cruz Varela, Bernardo Monteagudo, José Ignacio Gorriti y otros muchos.

12.

La ociosidad

Ciudadano ocioso, es un mal
ciudadano.

Eurípides.

Habíase radicado en Atenas — hace de esto más de tres mil años — un extranjero llamado Amílcar. Por su condición honorable, por su gran fortuna, por su carácter progresista llegó Amílcar a tener grande influencia entre los ciudadanos atenienses.

Era aquella una época aciaga para la República: las costumbres estaban desmoralizadas y se carecía de un código de leyes que permitiera a los hombres de gobierno ejercer equitativa justicia.

¡Leyes! ¡Necesitamos leyes! — se decían — que señalen a cada hombre sus deberes y sus derechos. Sin ellas el país es como una barca sin timón. Decidieron, en consecuencia, encargar a un ciudadano probo y severo, llamado Dracón, que formulase un código.

Las leyes que dictó Dracón al pueblo fueron severísimas: pocos días después de haber sido establecidas, entró en casa de Amílcar uno de sus hijos gritando:

— ¡Padre! ¡Padre! ¡Es inaudito! Alceste, el hijo de tu amigo Simón acaba de ser condenado, por ociosidad, a pagar una fuerte multa, con la amenaza de que si no se corrige tendrá pena de la vida. Sin embargo, él es rico no necesita trabajar.

— La ley es clara — respondió Amílcar — el ocioso — no dice *el pobre ocioso* — merece pena de muerte,

pues que Dracón considera la ociosidad como madre de todos los vicios.

—Podrías hacer valer tu influencia a fin de que sea perdonado, se trata de un amigo.

—Hijo mío: todo ciudadano está obligado a conocer las leyes y cumplirlas. Alceste debe pagar y enmendarse.

—Pero...

—No puedo interceder, y si uno de mis hijos se hallase en igual caso, tampoco lo haría. Esto debes tenerlo muy presente.

EJERCICIOS.

I. — Licurgo, Dracón, Solón, célebres legisladores griegos.

Ley (del lat. *lex*): regla y norma constante de las cosas.

Dalmacio Vélez Sársfield, notable legislador argentino:

¿Qué hizo?

¿Por qué son necesarias las leyes?

¿Qué es la Constitución de un país?

¿Quién dicta las leyes?

¿Qué Poder las promulga o las veta?

¿Qué es el veto?

Veto (del latín *veto*), yo vedo o prohibo.

—Trate de conocer los deberes y derechos del ciudadano argentino.

II. Describa un timón y diga la importancia que tiene en las embarcaciones.

13.

Árboles nacionales

Embistieron los huracanes al ombú con bravío ímpetu, pero él había ramificado hercúlea resistencia en



Un tala.

sus potentes raíces. Cantáronle los poetas por su bello porte, por su imponente majestad. Menciónasele en todas las descripciones como si su patria fuera la República entera y sus méritos muy grandes.

Obligado compañero del rancho o único sobrevi-

viente a él, destacándose majestuoso sobre el amplio horizonte de la pampa bonaerense, engañó la fantasía popular, que vio un rasgo característico donde no había más que un ser exótico, trasportado a la pampa, Dios sabe por qué capricho del destino.

Hermoso como árbol lo es, sin duda; mas sus frutos... su madera... su resistencia... todos los conocemos.

Otro árbol, no tan porteño como el *ombú*, se lleva mis simpatías; y ahí veréis lo que de él dice su comprovinciano, don Samuel Lafone Quevedo. Digo así, porque el *algarrobo* despliega su mayor validez allá, en lo que los de aquí solemos llamar *tierra adentro*.

«Árbol más útil que el *cardón* ⁽¹⁾ sólo se hallará el algarrobo: el *negro* para toda clase de construcciones, el *blanco* para enterrado. En invierno larga la hoja a impulso del viento y ésta sirve de alimento a las bestias en tiempo en que falta el pasto del campo.

El lloro de estos árboles es la verdadera goma arábiga y se llama *mitú* por los criollos, y al pie de los troncos deposita otra resina con que tiñen la lana. La flor es amarillenta y se llama *pichusca* ⁽²⁾, es larga y cilíndrica en lugar de ser esférica, como la del aramo o espinillo. La fruta es una vaina larga, dulce, pero de gusto algo fuerte. De la blanca se hace *aloja*, que es la cerveza del país; y la negra es molida después de seca, para hacer el famoso pan de algarroba, llamado *patay*, que todos conocemos. Es éste un alimento tan fuerte que no se libra de una carraspera el que lo toma por primera vez o se excede en la cantidad.

(1) *Cereus*, plantas características de la región seca del N. O.

(2) *Pichusca*, quiere decir *cosa* derramada como si fuera el cierre de esta flor.

Cuando cae la flor, se dice que el algarrobo está *pichusquiando*.

Los animales prefieren éste a todos los forrajes, y he visto al zorro despreciar hasta la gallina más tierna y más gorda cuando está cayendo esta fruta, que fué y es el tema del canto del *coyuyu*, como se llama la cigarra del algarrobal.

La espina del algarrobo es tan grande que con justicia se llama clavo, y de ella se sirven los que recogen *algarroba* para hacer de sus *puhullas* (1) un costal o *inchi* como le llaman cuando está lleno.

Por tantas y tan buenas razones es que el algarrobo se llama *árbol* (2) en todos estos lugares. Cuando se dice que una cosa es hecha de *árbol* o *palo de árbol*, ya se sabe que es algarrobo». (3)

.....
Ellos, los dos árboles, recibieron, como quien dice, el bautismo de sangre y entraron en la historia patria por el lado de la tradición, y así vemos desfilar: el ombú del virrey Vértiz, el ombú del Perdriel, el ombú de la Esperanza y otros ilustres ombúes que dan tono a la familia.

No menos se ha distinguido el algarrobo en eso de sombrear la casa patriarcal o permitir que a su amparo descanse el héroe. Así están el algarrobo de Pueyrredón, el algarrobo de Álvarez Prado, el algarrobo bajo el cual descansó el general Paz en vísperas de la batalla de Oncativo el 25 de febrero de 1830.

Pero no contaré la historia de ninguno de estos árboles, ni de otros. Quien la quiera saber encontrará

(1) Poncho grueso con frisa.

(2) Árbol = tacu.

(3) Londres y Catamarca.

interesantes datos en un folleto publicado por el doctor E. Udaondo y cuyo título es «Arboles Históricos de la República Argentina».

EJERCICIO.

- I. — Defina y aplique en oración los términos embestir, ímpetu, hercúlea, potente, destacarse, exótico, vaina.
- II. — Nombre las partes principales de una planta.
- III. — Porte de los siguientes árboles: ombú, tala, algarrobo, paraíso, sauce, pino, eucaliptus, cereus, araucaria, palmera.
- IV. — ¿En qué consiste el porte de las plantas?
- V. — Plantas solitarias, plantas sociales.
- VI. — Aspecto de las plantas en las regiones húmedas, en las secas, en las salitrosas.

14.

La muerte del pajarito

«Los hombres jóvenes se pierden por la sociedad de los malos».

Eurípides.

En un pueblecito de la provincia de Jujuy llamado Yaví, en una de sus ambulancias por las orillas, en compañía de un muchacho callejero, gran perseguidor de nidos, entró Boris conducido por él, a un terreno baldío encerrado por un cerco de piedra.

—Aquí hay muchos nidos—, dijo el muchacho. — El otro día tapé uno de rabia por no poderlo sacar; estaba muy hondo; voy a ver si lo encuentro.

Buscó un rato, dió con el sitio, retiró una piedra del hueco y se vió detrás de ella un pajarito, parado, muerto, ya seco... Tenía la cabeza caída y los ojos abiertos; Boris reconstruyó en su mente, ante el tristísimo espectáculo, la tragedia que ocurrió en el nido; vió los piciones con los picos abiertos en escuadra, piando, muriéndose de hambre y a la madre yendo y viniendo de sus polluelos a la puerta del nido cerrado; calculó sus angustias, su desesperación ante el terrible conflicto, sintiéndose ella misma desfallecer; su resignación, en fin, al situarse en la puerta para morir de pie como ningún héroe lo ha hecho hasta ahora!...

Echó una mirada de cólera y de reproche al muchacho, bandido y cruel, destituido de todo sentimiento humano, que le pareció un monstruo horrible, y sin decir palabra, huyó de su lado para no verle más!...

La escena del pajarito, con todos sus detalles, quedó grabada en la memoria de Boris para siempre, junto con otras análogas.

E. WILDE.

«Aguas Abajo»

EJERCICIO.

I. — Señale Jujuy y Yaví.

Defina la palabra ambulancia, y vea si está bien empleada.

Describe un nido, que haya visto, atendiendo a su forma y material de que está hecho.

Importancia del nido en la vida de las aves, en la de los insectos.

II. — Defina las palabras cerco, hueco, tragedia, conflicto, desfallecer, resignación, héroe, análogas.

15.

Sentóse la familia

«Los buenos nos impulsan al bien, los malos al mal. Cul-ti-vad, pues, jóvenes, la com-pañía de los buenos».

Eurípides.

Sentóse la familia bajo el parral sombroso que corre a espalda de la casa, y Hurtado, con escurridiza ingenuidad, se insinuó en el comedor.

A las tres de la tarde, Telésforo hubo de bajar a Villaclara a ciertos menesteres. Don Medardo, Doña Dolores, Leonor y la tía Anastasia fuéronse a dormir la siesta. Josefina permaneció en la huerta, repasando y adobando hortalizas y plantas en flor. Sacó a Sirena, la vaca familiar, a pacer de la apretada y gustosísima yerba de un pradezuelo, al borde de la cerca. Muy próximo corría un arroyo, atravesando de un lado a otro la huerta, y en sus márgenes se apretaban, a modo de giraldilla infantil, matas de margaritas y narcisos, de rosas y claveles. Josefina fué a acomodarse en el césped, en un redondel de sombra, a la vera de las flores. Sus ojos se elevaban involuntariamente hacia la cima de los grandes álamos negros, agudos como torres ojivales, que emboscaban la casa. Una bandada de jilgueros, uno en pos de otro, giraban en torno de la copa del álamo más alto, y era como una corona alada y melodiosa suspendida sobrenaturalmente en el aire azul. Y Josefina, casi fascinada, adelantaba el rostro, alargando el cuello, como para comulgar. La canción clara del arro-

yo le acariciaba los oídos, y los dientes entreabiertos jadeando un poco. Las abejas venían a su vecindad, se posaban sobre sus brazos, sobre su cabello, sobre su seno, todas la conocían. Cuando los jilgueros rompieron el círculo encantado, Josefina se volvió a las abejas, y comenzó a recitar, con suavidad cantarina «Las abejitas de la Virgen».

Y las abejitas, como si se embriagasen con la voz de la niña, comenzaban a danzar en el aire, zumbando armoniosamente.

RAMÓN PÉREZ DE AYALA.

16.

A mi caballo

«La mejor conquista del
hombre».

Buffón.

Rey de los llanos de la patria mía,
mi tostado alazán, ¿quién me volviera
tu fiel y generosa compañía
y tu mirada inteligente y fiera?

¿Has llorado por mí? Cuando otra mano
limpia el polvo a la crin de tus melenas,
recibes las caricias siempre ufano:
¿adviertes, alazán, que son ajenas?

Tu pobre dueño, errante, vagabundo,
tan sólo de recuerdos ha vivido,
y en todos los caminos de este mundo
la imagen de la patria le ha seguido.

Patria es amor, es entusiasmo, es gloria,
es el aliento de la vida humana,
la constante visión de la memoria,
el sueño de la noche y la mañana.

Tú mismo, el cuello de dolor doblado
la nativa llanura abandonaste,
y el lago cristalino y azulado
en el rico pesebre recordaste.

¡Es tan hermoso el cielo! ¡Son tan bellos
los astros que en el Plata se reflejan!
Con renegridos ojos y cabellos
esclavo el corazón sus hijas dejan.

Crecen allí las flores y las mieses
sin el cansancio de la frente humana,
y señala el camino de los meses
fruto sabroso que perfume emana...

¿Te acuerdas, mi alazán, de aquella aurora
cuando llegando a la ventana mía,
hallaste mi cabeza indagadora
ante el libro doblada, que mentía?

Y del Oriente el resplandor velaba
del lucero de amor la mustia lumbre,
y la aromada brisa que reinaba,
el pecho me llenó de mansedumbre.

Un no sé qué sentí: como incompleto
mi ser me pareció; tendí los brazos,
y sólo sombras y silencio quieto
halló mi corazón hecho pedazos.

... ..

JUAN MARÍA GUTIÉRREZ.

EJERCICIOS.

- I. — Busquen los alumnos datos referentes a la especie caballar atendiendo a su parentesco con otras especies animales, a sus costumbres, alimentación, utilidad. Insistan los señores maestros sobre el buen trato que debemos a los seres inferiores; perversidad de golpearlos cruelmente.
- II. — Ventajas reconocidas del caballo criollo: ¿Cuáles son?

17.

Angostura

¡Qué espectáculo admirable! Entramos en la sección del río, llamada Angostura. El enorme caudal de agua, esparcido antes en extensos regueros corre silencioso y rápido entre las dos orillas que se han aproximado como aspirando a que las flotantes cabelleras de los árboles que las adornan confundan sus perfumes. Jamás aquel «espejo de plata, corriendo entre marcos de esmeralda» del poeta, tuvo más espléndido reflejo gráfico.

Se olvidan las fatigas del viaje, se olvidan los caimanes y se cae absorto en la contemplación de aquella escena maravillosa que el alma absorbe mientras el cuerpo goza con la delicia de la temperatura que por momentos se va haciendo menos intensa.

Sobre la orilla, casi a flor de agua, se levanta una vegetación gigantesca. Para formarse una idea de aquel tejido vigoroso de troncos, parásitos, lianas, de todo ese mundo anónimo que brota del suelo de los trópicos con la misma profusión que las ideas confusas de un cerebro bajo la acción del opio, es necesario traer a la memoria, no ya los bosques del Paraguay o del norte de la Argentina, no ya la India con sus eternas galas, sino aquellas estupendas riberas del Amazonas, que los compañeros de Orellana miraban estupefactos como el reflejo de un mundo desconocido a los sentidos humanos.

¿Qué hay dentro? ¿Qué vida misteriosa se desenvuelve tras esa cortina de cedros seculares, de caracolies, de palmeras enhiestas y perezosas, inclinándose para dar lugar a que los guadúas gigantesco levanten sus flexi-

bles tallos, entretejidos por delgados bejuquillos cubiertos de flores?

¡Sobre el obscuro tejido se yergue de pronto la gallarda melena del cocotero, con sus frutas apiñadas en la cumbre, buscando al padre sol para dorarse; el mango presenta su follaje redondo y amplio, dando sombra al mamey, que crece a su lado; por todas partes cactus multiformes; la atrevida liana que se aferra al coloso jugueteando las mil fibrillas audaces que unen en un lazo de amor a los hijos todos del bosque; el ámbar amarillo, la pequeña palma que dá la tagua, ese maravilloso marfil vegetal, tan blanco, tan unido y grave como la enorme defensa del rey de las selvas indias!

¡He ahí los bosques vírgenes de América, cuyo perfume viene desde la época de la conquista embalsamando las estrofas de los poetas y exaltando la soñadora fantasía de los hijos del norte!

¡Helos ahí en todo su esplendor! En su seno los saínos, los tapiros, los papuares hacen oír, de tiempo en tiempo, sus gritos de guerra. Junto a la orilla, bandadas de micos saltan de árbol en árbol, en posturas imposibles, miran con sus pequeños ojos candescentes el vapor que vence la corriente con fatiga. Los aires están poblados de mosaicos animados. Son los papagayos, los guacamayos, la torcaz y el turpial, las aves enormes y pintadas, cuyo nombre cambia de legua en legua, bulliciosas todas, alegres, tranquilas, en la seguridad de su invulnerable independencia.

MIGUEL CANÉ.

«En Viaje».

LÉXICO.

Safno o Sahño. — Mamífero paquidermo americano, semejante al jabato.

Turpial. — Varias avechitas reciben este nombre en Colombia.

Caracolí. — Nombre que se da en Colombia al árbol llamado anacardio.

Guadua o Guadúa. — Especie de bambú gigantesco.

Bejuco. — Nombre de varias plantas tropicales de tallos largos y delgados que corren por el suelo o se enroscan en otros árboles.

Mamey. — Se da este nombre a dos árboles de América algo semejantes entre sí, cuyo fruto tiene una pulpa aromática y sabrosa.

Liana. — Es un galicismo tomado del francés liane; la palabra española es bejuco.

Angostura. — En Colombia.

18.

El complot de los fusiles

«La gloria te eleva por sobre los demás y te inspira legítimo orgullo».

Eurípides.

Si hay un sentimiento que honra al corazón humano, es la veneración y el respeto que inspiran las grandes acciones.

Correr peligro de la vida y sacrificar la fortuna en servicio de la independencia de la patria, son títulos que enaltecen a los hombres.

Ejercitadas por la mujer, esas mismas acciones deben considerarse aún más dignas de admiración y aplauso.

El 29 de Mayo de 1812 se congregaban las más ilustres damas de Buenos Aires, en casa de la señora doña Tomasa Quintana de Escalada.

Tenía por objeto aquella reunión el fin más noble y patriótico para la causa de la independencia.

El erario estaba exhausto y las armas faltaban para armar a los voluntarios que partían entusiastas a defender la causa de los pueblos.

Los ciudadanos más distinguidos habían tomado a su cargo el costo de una partida de fusiles para aliviar al gobierno.

Este era un rasgo muy natural: entraba en la esfera del patriotismo el sacrificio bajo todas sus formas; pero llegó una remesa de fusiles, y los ingleses, nuestros buenos amigos de aquella época, no sabían vender a pla-

zo, ni les convenía abrir crédito a gobierno tal vez de un día y pueblos sin rentas públicas.

Para recibir los fusiles era preciso entregar el dinero contante, y el dinero faltaba.

Belgrano pedía nuevas bayonetas para armar las poblaciones que se levantaban en masa contra el español. El vocal Sarratea las reclamaba a su vez para Montevideo, cuya plaza debía poner en estrecho sitio.

La reunión de aquella noche en casa de la señora de Escalada, tendía, pues, a salvar la afligente situación.

Cuando estuvieron reunidas las principales complo-tadas, la señora Tomasa les habló así:

—Las he mandado llamar, para que, si están resueltas, compremos los fusiles, haciendo una suscripción. El gobierno no puede pagarlos, y es preciso que los enemigos no adviertan nuestra pobreza.

—Perfectamente, amiga mía, — dijo doña Carmen Quintanilla de Alvear.

—¿Y cómo haremos eso? ¿Será preciso prevenir a nuestros esposos? — agregó María Costa.

—Eso no puede ser; los vuestros aceptarían, pero el mío, que es español, y nada amigo de los patriotas, lo descubriría todo, — replicó Elena P.

—¡Pobre Elena! ¡Qué desgracia la tuya, casarte con un godo acérrimo! ¡Debes sufrir mucho!

—¡Oh! No tanto como mi marido; él sufre por mí y por nuestro pequeño Juan, que es americano. Por esto yo no puedo dar mi nombre, si el donativo se ha de hacer por escrito.

—¿Pero pagarás tu arma?

—Eso sí.

—Bien; dame una onza de oro, y yo tomo dos fusiles por mi cuenta, — repuso Petrona Cárdenas.

—Un fusil es poco — agregó Elena, entregando la onza a su amiga.

—Si es poco dale otra onza a Carmen Quintanilla, para que te lleve otro.

—Bueno, así está bien. ¡Cuándo podrá sostener una espada mi hijo!

—¡Felices ustedes, que pueden dar su nombre al mundo para que las admire! Yo tengo que sacrificarme a la paz doméstica.

M. PELLIZA.

EJERCICIOS.

Patria (del lat. *patría*) lugar en que se ha nacido.

Formar oraciones en que entren las palabras siguientes:

Complot — veneración — erario — exhausto — esfera del patriotismo — dinero contante — subscripción.

Nombren otras damas patricias argentinas.

Nombren próceres argentinos.

¿Qué les recuerdan las palabras: Sulpacha, Huaquí, Cabeza de Tigre, Las Piedras, Cerrito?

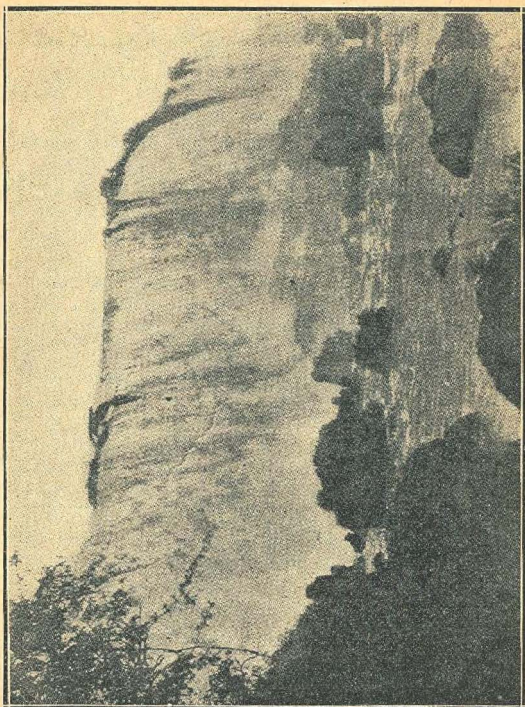
Explique el significado de la frase: **Padres de la Patria.**

19.

Las cataratas del Iguazú

La masa de agua que corre por el Iguazú se precipita en el abismo, ofreciendo, por un instante, a quien lo contempla, su color verdoso. Mas apenas comienza su caída, el aire la penetra al ofrecerle su resistencia y la convierte en espumas. Por todas partes desborda su caudal el poderoso río, no bien aparece una depresión en el borde de su cuenca, y como la resistencia del aire aumenta por la velocidad creciente de la caída, sutiles vapores se levantan del fondo bullidor en que cayeron las espumas, formando como nubes tenues o nieblas espesas, a las que el sol de la mañana envía su mensajera de colores.

Todo es glorioso allí. Una vegetación lozana y vigorosa arraiga entre las rocas volcánicas por las cuales se deslizan los torrentes y los arroyos, ora salpicando los troncos de los árboles, ora las grandes piedras que los torrentes arrastraron en el tumulto de su caída. El verde variado de las hojas se destaca sobre el rojizo obscuro de las moles pétreas; las flores embalsaman el ambiente húmedo y tibio de la mañana; las nubecillas de vapor suavizan, al interponerse, lo duro de los tonos. Pero allí está el arco iris, aire luminoso, a través de cuyas amplias cintas se perciben el contorno y el movimiento, pero nuevo, indefinible, luz de lo irreal, cielo del hada invisible que en la noche de los tiempos estampó su varilla mágica en la cuna de este cuadro de belleza incomparable.



Cataratas del Iguazú.

Un cielo puro y azul, como un dosel divino, tiende sobre el cuadro su concavidad infinita, y un hondo rumor, inmenso, continuo, se levanta de las profundidades del abismo saludando la majestad del cielo que lo cubre y lo contiene.

En la plenitud indefinible de ese rumor de las grandes cataratas, bordan su melodía politónica los hilos de agua que se escapan por las grietas y, al perfilarse la vaga sinfonía, sus notas fugitivas parecen adormecerse o despertar en los misterios de un murmullo eolio.

Se oye ruido de vientos que zumban en las olas de un mar inmenso, quejidos de montaña, rugidos de panteras míticas, bramar lejano de leones apocalípticos, y una voz indescifrable que nos dice algo en un lenguaje sin sílabas, y es porque la Fantasía se siente humillada en presencia de tanta gloria, de tanta belleza, de tanta gracia.

Y cuando la noche descubre el luminoso tul del firmamento; cuando los velos de novia imitan grandes fantasmas que divagan entre las sombras, y el rumor incesante de la gran sinfonía penetra lo más íntimo del alma subyugada, la voz misteriosa se torna inteligible, y la Fantasía, sonriente, alcanza a comprender lo indescifrable, porque los rumores de la Naturaleza son himnos, y los cantos eran el poema de las espumas.

E. L. HOLMBERG.

LÉXICO.

Tonos duros. — Significa en pintura los que son fuertes y chillones y que no armonizan entre sí. La coloración tropical no es dura sino vigorosa, intensa.

Politónico. — De muchos tonos.

Panteras míticas. — Aquellas de que hablan los mitos o cuentos.

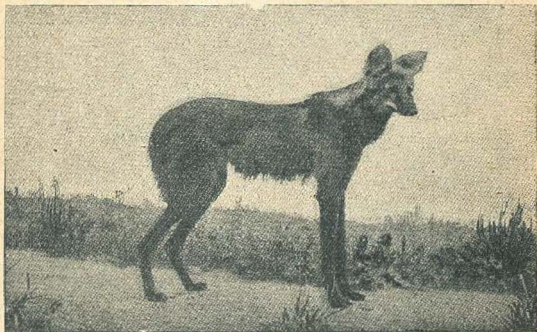
Apocalipsis. — Libro enigmático y difícil de comprender escrito por San Juan Evangelista.

Leones apocalípticos. — Animales extraños de que habla el Apocalipsis.

EJERCICIOS.

Anotar las conjunciones y formar oraciones.

Analícese esta descripción considerando: 1º Las circunstan-



Aguará.

Animal carnívoro; vive en el Chaco, Misiones y otras partes del este de la República; es de color leonado rojizo, el vientre más claro y las piernas oscuras; es mayor que el lobo común europeo, pero menos peligroso.

cias en que fué vista: al salir el sol, a mediodía, a la claridad de la luna; sus efectos, etc.

2º La fisonomía natural de la escena: si es llano u ondulado si fértil o estéril, etc.

3º Las mejoras hechas por el hombre; si hay cultivo, si se ven edificios.

4º Personas; cuáles son, descríbanse.

5º Habitantes de la vecindad; su carácter, peculiaridad, etc.

6º Los sonidos que hieren los oídos.

7º La lejana perspectiva.

8º Comparación con otra escena que se le parezca.

9º Asociaciones históricas.

10º Sentimientos e ideales que despierta el espectáculo.

20.

Una planta funesta

En uno de los tantos momentos de mi vida en que, cansada y desfallecida, he acudido en busca de reposo para el cuerpo, o de una distracción para la mente, al libro, amigo y compañero siempre amable, siempre fiel, encontré un diálogo de *Alfonso Karr*, sumamente bien ideado y que, por la novedad de la forma, la verdad que desgraciadamente encierra, y los beneficios que puede reportar a quien ponga en práctica los saludables consejos que de él se desprenden, me he propuesto ofrecerlo en la primera ocasión a mis lectores y con especialidad a los niños, a quienes interesa en alto grado.

Si la memoria no me es infiel, el autor citado dice en su libro, más o menos, de esta manera:

Suponed que hace unos 300 años se hubiera presentado un hombre cualquiera a un jefe de Estado, cuyas finanzas anduvieran bastante mal, y con él sostuviera el siguiente diálogo:

—Señor: como sé que el presupuesto de esta nación no da para mucho, vengo a proponeros el establecimiento de un impuesto que, sin opresión, sin levantar la menor queja, haría entrar en el tesoro del Estado, en un tiempo relativamente corto, cerca de un centenar de millones, impuesto que será voluntario, al que nadie estará obligado, y al que, no obstante, todos contribuirán.

—Veamos vuestro proyecto — habría dicho el mencionado jefe.

—Helo aquí, señor. El Estado no tendría más que reservarse el privilegio exclusivo de vender una yerba que, reducida a polvo, puede ser introducida en la nariz, en hojas puede ser masticada o quemada para aspirar el humo.

—¿Es acaso un perfume más delicioso que el ámbar, el civeto, la rosa?

—No, por el contrario, huele bastante mal.

—¿Es por ventura una panacea, o una planta maravillosa, capaz de librar al hombre de las garras de la muerte?

—Tampoco — hubiera contestado el postulante.

La costumbre de aspirar esta yerba en polvo disminuye la memoria, destruye el olfato, causa vértigos y hasta apoplejías; masticada, envenena el aliento, produce desórdenes en el estómago; aspirado el humo, causa, en el primer tiempo, náuseas, sudores, fríos, etc.

Los obreros que se emplean en esta fabricación son delgados, pálidos, enfermos de cefalalgia, de temblor muscular, de afecciones agudas y crónicas del pecho.

—¿Pero es un veneno lo que me proponéis? — hubiera exclamado furioso el jefe, en el caso de escuchar al hombre hasta el fin.

—Uno de los más activos que se conocen — hubiera respondido el interpelado.

—Y entonces, ¿cómo os figuráis que haya hombres tan poco amantes de sí mismos, tan descuidados, tan necios, que sabiendo que marchan a la muerte consentirían con placer en fumar semejante substancia o introducirla en la nariz? Estáis loco... retiraos.

—Saldré, señor; pero no sin predeciros que llegará

un día en que más de 50 millones de hombres lo han-
gan, y por si acaso ignoráis el nombre de esta planta,
peor y más engañadora que una sirena, os diré que es
el *Tabaco*.

Y en efecto, el hombre de Estado habría alejado al
indiscreto de su presencia o le hubiera hecho encerrar
en un manicomio, lo cual no habría impedido que se
equivocara, pues llegó la hora funesta en que casi to-
dos los hombres se hallan bajo el dominio de una
pasión, que se transmite de padres a hijos con una
tenacidad cada vez más deplorable, puesto que hoy,
como si el hombre estuviera cansado de vivir y no as-
pirara más que a la destrucción de su especie, pre-
para con toda tranquilidad un cigarro para sí y
otro para el hijo de diez años.

I. THALASSO.

LÉXICO.

Ambar gris. — Materia oleosa muy odorífera; se halla flo-
tando en las aguas del mar, principalmente en las costas de
Sumatra, China, Brasil, y en algunas costas europeas y africa-
nas; se usa en la perfumería.

Almizcle. — Substancia odorífera que se extrae de una glán-
dula de cierto animal llamado Almizclero.

Sirenas. — Seres fabulosos, que con su canto atraían a los
navegantes y luego los mataban.

Panacea. — Remedio universal.

Postulante. — El que hace alguna petición.

Vértigo. — Estado en que parece que todos los objetos dan
vuelta en derredor del paciente.

Apoplejía. — Enfermedad en que se pierde el movimiento y
el sentido.

Interpelado. — La persona de quien se requieren datos o
noticias respecto a alguna cosa.

Arma (del lat. arma) — Instrumento destinado a ofender
o defender.

EJERCICIOS.

I.—Buscar cuatro derivados de cada una de las palabras que van a continuación: Águila — Arma — Azúcar — Doblar — Gallina — Frente — Ordenar — Tabaco.

II. — Nombren diferentes clases de armas.

III. — Convendrá hacer un estudio detenido de las palabras arma y armar, pues son muchas las acepciones en que se usan.

IV. — Formar numerosas oraciones en que entren dichas palabras.

DEBER.

I.—Lleven a clase, al día siguiente de leer esto, las noticias que hayan podido recoger respecto a la planta y comercio del tabaco, para hacer una composición.

Si es posible dibujen una planta de tabaco.

Escriban las palabras de esta lección que lleven c delante de e o i.

21.

At home ⁽¹⁾

«Nadie logra dominar una materia sin estudiar; cualquiera puede, no obstante, formarse en la virtud sin el menor esfuerzo».

Pensamiento chino.

Bella es la vida que a la sombra pasa
del heredado hogar; el hombre fuerte
contra el áspero embate de la suerte
puede allí abroquelarse en su virtud;
si es duro el tiempo y la fortuna escasa,
si el aereo castillo viene abajo,
queda la noble lucha del trabajo,
la esperanza, el amor, la juventud.

Hijos, venid en derredor; acuda,
vuestra madre también ¡fiel compañera!
y levantad a Dios con fe sincera
vuestra ferviente, cándida oración.
Él es quien nos reúne y nos escuda,
quien puso en vuestros labios la sonrisa,
da su aroma a la flor, vuelo a la brisa,
luz a los astros, paz al corazón.

Después de la fatiga y del naufragio
ansío rodearme de cariños;
la serena inocencia de los niños

(1) En el hogar.

de la herida mortal calma el dolor.
Es para el porvenir dulce presagio
que el hombre con el mundo reconcilia,
el ver crecer en torno la familia,
bajo las santas leyes del amor.

El vano orgullo, la ambición insana,
aspiren a las pompas de la tierra;
su nombre ilustre en la sangrienta guerra
lleno de encono el bárbaro adalid;
nuestra misión es, hijos más cristiana:
amar la caridad, amar la ciencia;
puras las manos, pura la conciencia;
dar el licor a quien nos dió la vid.

El sol de cada día nos alumbre
el sendero del bien; nada amedrente
al varón justo, al ánimo valiente
que fecundiza el suelo en que nació;
la libertad amemos por costumbre,
por convicción y por deber; en ella
el despotismo estúpido se estrella:
¡La patria esclavizada redimió!

¡Honra y prez a los padres denodados!
entre ellos se encontraba vuestro abuelo;
hoy descansa su espíritu en el cielo,
noble atleta vencido por la edad.
Venid en sus recuerdos impregnados,
y llena el alma de filial ternura,
su venerada, humilde sepultura,
con flores y con lágrimas regad.

Tomad ejemplo en él, y cuando un día
emprenda yo mi viaje de retorno,
erigidme una cruz y de ella en torno
sin una mancha en la tranquila sien,
lentos de paz, radiantes de armonía,
podáis decir de vuestro padre amado:

Latió en su pecho un corazón honrado
no fué prócer, — fué más— hombre de bien!

CARLOS GUIDO SPANO.

22.

La lámpara de Aladino

«Tú eres rico, pero la riqueza no te da inteligencia ni valer».

Eurípides.

Cuando Aladino, el héroe casquivano de Las Mil y Una Noches, se sintió próximo a morir, notó que por la primera vez acaso, le brotaba del alma una amarga filosofía. Habíase quedado en la soledad. Atardecía, y una penumbra sutil invadía la regia alcoba, rica en toda suerte de primores. Cerca de sí, abandonada como objeto inútil, para que nadie ardiera en la codicia de poseerla, estaba la lámpara de las maravillas, que lo hizo dueño de las bellezas del mundo»...

Brotábale del alma una amarga filosofía. ¿De qué le había servido, en suma, su vida extraordinaria? ¿Qué podía llamarse su obra? Véase primero en su infancia, remiso a todo buen consejo, voluntarioso y holgazán. Recordaba luego la aventura capital de su vida: aquella su amistad con el mago africano, aquel paseo misterioso por las afueras de la ciudad, aquel arribo al campo solitario, aquel conjuro del hechicero... Véase después cruzar las galerías en busca de la lámpara maravillosa, olvidada en la hornacina del muro. Luego, la torpeza del mago: su ira satánica, su perfidia monstruosa... Después, la posesión de la lámpara: cómo un buen día, mientras la madre frotaba para limpiarla de su polvo milenario, surgió el genio protector que se le ofreció por esclavo...

Veíase rico y poderoso en plena juventud, dueño de los tesoros de la tierra, servido por el gigante y por el gnomo, dominador de toda cosa, domeñador de toda fuerza....

Veníale el recuerdo de su amor por la hija del rey, y con ello sus victorias fáciles, sus hazañas sin virtud.

Pero, con eso y con más ¿valía algo su vida? ¿Qué dió de sí mismo para alcanzar gloria y fortuna? Un azar puso en sus manos la lámpara de prodigio; otro trajo a su presencia el genio tutelar... Más valía por cierto, el pobre alfarero de su vecindad, que sólo hizo su ánfora, pero con sus propias manos, que él — vanidoso Aladino — que todo cuanto hizo fué por manos ajenas.

.....

ARTURO CAPDEVILA.

23.

La raposa mortecina

Una raposita ha salido de su manida y se ha dirigido a la aldea. Todo duerme; es media noche. En la oscuridad no se percibe más que — allá lejos — la raya negruzca de las montañas sobre la foseura del cielo.

Brillan las estrellas: brillan con ese titileo radiante de las noches de invierno. En esas noches, a la madrugada, en el perfumado reposo de la tierra, ese relumbrar vivo radiante de los astros trae a nuestro espíritu una profunda nostalgia — ¡oh Fray Luis de León! — de algo que no sabemos... De cuando en cuando un vienteillo ligero trae de la aldea un olor particular que nuestra raposita recoge en sus narices. El ejido del pueblo está ya aquí; luego las casas; detrás de una de ellas se extienden las largas tapias de un corral. En los travesaños de un cobertizo están acurrucadas las gallinas, los gallos. Los gallos, tan vigilantes no se han percatado de nada. Lentamente, pasito a paso, ventean-do todos los olores, avanza la buena raposita.

—Un momento, querido cronista. ¿Porqué llama usted buena a esta raposita inquietadora, sanguinaria, que va a poner el espanto y la destrucción en la república de las gallinas?

—Perdón, querido lector. Todo es relativo, y la raposa, comparada con el taciturno y violento lobo, es buena, es excelente.

Hace mucho tiempo, que un gran naturalista — Buffón — ha hecho en pocas líneas el elogio de la ra-

posa. «La raposa no es un animal vagabundo, sino domiciliado — escribe Buffón ⁽¹⁾ — esta diferencia que se hace sentir aún entre los hombres, tiene gran eficiencia y supone más grandes causas entre los animales. La idea sola del domicilio presupone una singular atención sobre sí mismo; luego, la elección del lugar, el arte de fabricar la guarida y de solapar la entrada a ella, son tantos otros indicios de un sentimiento superior».

Tiene, pues, nuestra raposita un sentimiento superior del mundo y de la vida. Solo que... la vida es dura; se tiene hijos; los inviernos no ofrecen grandes recursos en el campo. No hay nidos en los atochares; las cepas de los majuelos aparecen desnudas y secas. ¿Qué ha de hacer una raposa sino ir a los corrales donde las gallinas reposan? Ya está en el gallinero nuestra zorrita; las gallinas se han dado cuenta — un poco tarde — del huésped que viene a visitarlas. La hora no es para cortesías. Se ha producido un ruidoso remolino en el cobertizo a la vista de la raposa. Todas las gallinas cacarean y los gallos cantan despavoridos. La raposa ha cogido una gallina entre los dientes y la ha zarandeado con violencia...

Nó se harta de destrozar gallinas; tendidas quedan muchas por tierra. En la casa deben tener el sueño muy pesado; nadie se mueve. O ¿qué sabemos? Estos labriegos que trabajan a costa de un amo son muy ladinos.

Pensad en las matanzas que hacen los pastores y se las achacan a los lobos. Tal vez ahora saben que la zorra está destrozando el gallinero; pero como la raposa

⁽¹⁾ Jorge Luis Leclerc conde de Buffón (1707 a 1788) célèbre naturalista francés

no ha de poder llevarse todas las gallinas y han de quedar algunas muertas...

Entusiasmada, encarnizada en su labor siniestra, nuestra raposita no ve que una claror blanquecina aparece por el oriente.

A nuestra raposita se le ha hecho tarde. No puede salir sin peligro del gallinero, van y vienen gentes por la aldea. Otros gallos lejanos cantan; un can ladra. No tiene otro recurso nuestra raposa que salir a la calle y tenderse en medio haciéndose la muerta.

24.

La raposa mortecina.*(Conclusión).*

Nuestra raposita se hace la muerta; en medio de la calle está tendida. No es cosa rara, donde hay muchas zorras, ver una zorra muerta en medio del arroyo. Va pasando la gente. «A cabo de una pieza, pasó por hi un home, dixo que los cabellos de la frente del raposo eran muy buenos para poner en la frente de los mozos pequeños, porque no los ahojen». Con una tijeras, este hombre curioso trasquila la frente de la zorrita. La zorrita se estuvo quieta.

Después otro transeunte vió la raposa y dijo lo mismo del pelo del lomo. Le trasquiló los pelos del lomo. La raposita se estuvo quieta. Luego otro hizo la misma observación respecto del pelo de las ijadas. Le trasquiló las ijadas. La raposita se estuvo quieta. «Nunca se movió el raposo, porque entendía que aquellos cabellos no le farían gran daño en los perder». Otro viandante llegó más tarde y dijo que la uña del raposo es buena para curar panadizos. Tajóle las uñas a la raposita. La raposita no se movió. Después otro dijo que el diente de la zorra cura los males de dientes. Quitóle un diente a la raposita. La raposita no se movió. En seguida vino otro y manifestó que el corazón del raposo es conveniente para nuestros dolores de corazón. Metió mano al cuchillo para sacarle a la raposa su corazón. «Y el raposo vió que le querían sacar el corazón y que si se

lo sacasen que non era cosa que se pudiese cobrar». Entonces la raposita dió un salto, echó a correr y se perdió a lo lejos.

... En nuestras casas, en la vida cotidiana, debemos pasar por alto — indulgentemente — las pequeñas cosas. En la vida pública, a la vista de todos, de igual manera, no debemos ponernos fieros ante lo que en sí tiene escasa importancia. No coloquemos nuestro plano de dignificación y de reivindicación en un plano demasiado alto. Si el puntillo de honor lo ponemos muy subido, a cada momento tendremos que estar en alteraciones, porfías y denuedos. Nuestra vida se hará imposible. Una palabra, un gesto, un ademán, un ligero desdén, una inflexión de cólera, un matiz de irritación en los demás tendrán para nosotros una importancia decisiva. No; sepamos pasar por todo esto. La raposita no se movía cuando le trasquilaban el lomo y la frente; aquello no tendría para ella importancia. Pero cuando se trate de cosas grandes, cuando se trate del corazón — como en el caso de la raposa — entonces pongamos todas nuestras fuerzas, todo nuestro ímpetu en defender la esencialidad de nuestro ser normal: las ideas, los procedimientos, la conducta, la honradez, la sinceridad.

AZORÍN.

LÉXICO.

Raposo, raposa, zorro: Animal carnívoro, digitígrado, esto es, que camina sobre la punta de los pies; muy conocido por lo sagaz y dañino. El zorro azul y el zorro blanco que viven en la parte septentrional del hemisferio Norte, son muy buscados por su hermosa piel; nuestro zorro de Patagonia tiene también una piel bastante apreciada en el comercio.

Atocha. — Esparto.

Atochar. — Sitio donde se guarda el esparto.

Esparto. — Planta gramínea cuyas hojas sirven para hacer sogas, esteras y pasta de papel.

EJERCICIO.

Busquen los alumnos frases comunes en que se emplee la palabra zorra en diversas acepciones. Ej.: No es la primera zorra que desuella.

SINÓNIMOS.

Son sinónimos, según el Diccionario de la Academia, los vocablos o palabras que tienen una misma o muy parecida significación.

El conocimiento de los sinónimos es uno de los caminos para llegar o mejor dicho para ir conociendo nuestro idioma, pues aunque el significado de los sinónimos sea el mismo su empleo en la frase no puede ser hecho indiferentemente.

Roque Barcia, en sus «Sinónimos Castellanos» nos proporcionará algunos ejemplos: alumbrar, iluminar.

«Alumbrar» no es más que hacer luz, a fin de que no caminemos entre tinieblas.

«Iluminar» es alumbrar con profusión.

El alumbrado corresponde a una necesidad. La iluminación, a una fiesta. Alumbrando damos claridad; iluminando damos brillo.

La ciudad se alumbra diariamente; y se ilumina los días de la patria u otras festividades.

Anciano, viejo: Viejo se refiere a la edad; anciano a las cualidades del espíritu. El viejo tiene achaques; el anciano experiencia. El viejo es raro, extravagante, gruñón, egoísta; el anciano es discreto, prudente, previsor, resignado. El viejo es censor constante de la juventud; el anciano es su guía, su maestro.

Así decimos: las canas venerables del anciano, no del viejo. Desierto, inhabitado, solitario: desierto significa inculto; inhabitado que no hay gente; solitario que no hay compañía. Un paraje puede ser desierto, pero no inhabitado, ni solitario.

Dirigir, enderezar: Dirigir se aplica a hechos morales; enderezar se refiere particularmente a hechos físicos. En dirigir entran la moral, la ciencia, el cariño, la razón. En enderezar entra el hecho.

Se dirige lo que va descaminado, se dirige al hombre, se dirige un asunto.

Se endereza lo que está torcido: una planta, un carro.

Recomendamos, pues, a los jóvenes lectores que se preocupen de emplear siempre, en lo que escriban, los términos en su más justa acepción.

25.

Infancia

Con el recuerdo vago de las cosas
que embellecen el tiempo y la distancia,
retornan a las almas cariñosas
cual bandada de blancas mariposas,
los plácidos recuerdos de la infancia.

¡Caperucita, Barba Azul, pequeños
liliputienses; Gulliver gigante
que flotais en las brumas de los sueños,
aquí tended las alas,
que yo con alegría
llamaré para haceros compañía
al ratoncito Pérez y a Urdimales!

¡Edad feliz! Seguir con vivos ojos
donde la idea brilla,
de la maestra la cansada mano,
sobre los grandes caracteres rojos
de la rota cartilla,
donde el esbozo de un bosquejo vago
fruto de instantes de infantil despecho,
las separadas letras juntas puso
bajo la sombra de impasible techo.

.....

.....

Escuchar de la abuela
las sencillas historias peregrinas;
perseguir las errantes golondrinas,
abandonar la escuela
y organizar horrisona batalla,
en donde hacen las piedras de metralla
y el ajado pañuelo de bandera;
componer el pesebre
de los silos del monte levantados;
tras el largo paseo bullicioso
traer la grama leve,
los corales, el musgo codiciado.
Y en extraños paisajes peregrinos,
y perspectivas nunca imaginadas,
hacer de áureas arenas los caminos
y de talco brillante las cascadas.
Los reyes colocar en la colina,
y colgada del techo
la estrella que sus pasos encamina,
y en el portal el Niño-Dios riente
sobre mullido lecho
de musgo gris y verdecino helecho.

.....

José A. SILVA.

26.

Alejandro Cumine Russell

El nombre que encabeza estas líneas pertenece a un niño de 17 años, el cual llevó a cabo uno de los actos más sublimes que pueden registrarse en la historia de la humanidad.

El buque transporte *Birkenhead*, que conducía un cuerpo de ejército inglés, chocó, el 26 de febrero de 1852, contra una roca submarina.

Desde el primer momento comprendió el capitán que el buque estaba perdido, y como era imposible salvar a toda la tripulación, dispuso que algunos oficiales se ocuparan del salvamento de las mujeres y los niños.

El resto de la tripulación y los soldados formaron en orden de parada y esperaron la muerte, la muerte que venía a pasos agigantados, pues el *Birkenhead* se hundía pulgada por pulgada en el océano.

La historia de ese naufragio y la actitud serena de aquellos hombres, en su mayor parte jóvenes, fuertes y valientes, hizo temblar de emoción a toda Europa, y el emperador Guillermo I de Alemania mandó que el relato de aquella catástrofe fuera leído a cada regimiento los días de parada, como ejemplo del hecho más grandioso, más heroico que se puede presentar en la historia del ejército.

A Alejandro Cumine Russell se le encomendó la dirección de un bote cargado de mujeres y niños; el joven ocupó su puesto en el timón; con los ojos llenos de lágrimas vió desaparecer el buque llevando en pos

a todos sus compañeros, y poco después oyó los gritos de agonía que exhalaban los náufragos al ser atacados por feroces tiburones.

Cuando todo quedó en silencio y se creía que la tripulación entera había perecido, vieron a un marinero del buque náufrago que hacía esfuerzos por alcanzar el bote.

Se veía que aquel hombre estaba extenuado de fatiga; se sumergió un momento y volvió a aparecer ya muy cerca; entonces una de las mujeres gritó: «¡Salvadle! ¡Oh, salvadle, es mi marido!»

El bote tenía ya demasiada carga y era imposible traer una persona más.

El joven Russell, aquel joven lleno de vida, que la suerte había elegido para librarle de la muerte, miró rápidamente a la mujer, a sus hijitos, al padre luchando desesperadamente con las olas, y algo más lejos los siniestros tiburones.

¡Una idea de sublime abnegación pasó por su mente! Abnegación tanto más rara, cuanto que se producía en favor de personas para él casi desconocidas.

En un instante se le vió ponerse de pie, lanzarse al mar y ayudar al náufrago a entrar en el bote, donde le dejaba su sitio.

«¡Dios te bendiga!» fué el grito que partió de todos los labios; pero nadie se imaginó que aquel acto llegaría hasta el sacrificio.

Hijos míos, leed con atención, pensad que el joven era libre y que nadie habría podido dirigirle el menor reproche si no hubiera salvado a aquel hombre; más aún, él era responsable de la salvación del bote, puesto que era el jefe; todo esto tenedlo bien presente, pa-

ra que podáis sentir y comprender lo grandioso de su sacrificio.

Alejandro Cumine Russell no trató de entrar en el bote: se dió vuelta y afrontó impávido el ejército de tigres marinos; todos sus compañeros cerraron los ojos horrorizados; cuando los abrieron solo quedaba el recuerdo del infeliz joven.

Si alguna vez visitáis a Escocia, tal vez tendréis ocasión de leer, en la capilla del Colegio Militar de Glenalmond, la placa de piedra que lleva la siguiente inscripción:

PARA LA GLORIA DE DIOS
Y EN MEMORIA
DE
ALEJANDRO CUMINE RUSSELL
PROVINCIA DE ABERDEENSHIRE

*Estudiante de este colegio de 1848 a 1850.
Quien como oficial del Regimiento «74 Highlanders»
en el naufragio del «Birkenhead»
afrontó muerte de Héroe.*

EJERCICIOS.

Deletrear las palabras: encabeza, pertenece; alcanzar, historia, humanidad, conducir, salvar, valientes, emoción, dirección; feroces, salvado, horrorizados.

¿A qué actos llamamos sublimes?—¿Qué es una roca submarina?—Explicar las palabras: extenuado, exhalaban, afrontó, impávido.—Señalar en el mapa a Inglaterra, Escocia y Alemania. — ¿Por qué Russell iba en el timón? — ¿Qué es el tiburón? — Explicar el significado de las comillas y puntos de admiración.

TEMA DE COMPOSICIÓN.

La Abnegación.

27.

Frases de Teodoro Roosevelt

Ex-Presidente de los Estados Unidos.

—No hay hombre que pueda ser feliz si no trabaja.

—Todo americano de entendimiento recto, tiene que pensar bien de sus compatriotas, siempre que llegue a conocerlos.

—Tan indisculpable es la mentira en la política como fuera de ella.

—Los que sólo piensan en la ociosidad y en el placer, y odian a los demás y rehuyen sus deberes para con el prójimo, esos, sean pobres o ricos, son enemigos del Estado.

—La palabra *gloria* es buena, pero la palabra *deber* es mejor.

—Entre los nombres de hombres dignos de nota que contiene nuestra historia, no hay el de uno sólo que haya llevado vida cómoda.

—Son condiciones previas del buen éxito: un trabajo asiduo, una inteligencia despierta y una voluntad inflexible.

—En definitiva, la verdad más desagradable resulta ser siempre una compañera más segura que la más grata mentira.

—La prosperidad material es una base indispensable para el bienestar de la nación o del individuo, pero ello es sólo una base.

—Cartago, Tiro y Sidón, pasaron dejando apenas un recuerdo en la historia de la humanidad, porque sólo fueron comunidades comerciales y porque sus *leaders* no representaban otra cosa que una opulenta oligarquía materialista. Atenas y Roma han dejado, por el contrario, huella indeleble en la historia de la humanidad, porque ellas edificaron una existencia más elevada, una vida de actividades intelectuales y de realizaciones múltiples sobre una base de trabajo agrícola afortunado y de prósperas y variadas industrias fundamentales indispensables para la obra de ambos.

EJERCICIOS.

—Señale en el mapa las ciudades nombradas o los sitios donde estuvieron situadas.

—Amplíe algunos pensamientos.

—Busque algunos refranes comunes y explíquelos. Ejemplo: *No es oro todo lo que relumbra.*

—Insistan los señores maestros sobre la necesidad de fomentar variadas industrias en nuestro país; y sobre la necesidad de fabricar artículos buenos para poder competir con otros países.

—La industria más humilde puede proporcionar bienestar a muchos individuos.

28.

El Elefantito

«Jamás tendrá éxito la persona que se deja llevar por la cólera: ella, la cólera, es lo que más particularmente contribuye a perder a los hombres».

Eurípides.

En tiempos remotos el elefante no tenía trompa. Su nariz, apenas del tamaño de una bota, era negruzca y movable, pero no le servía para levantar las cosas.

Entre los muchos elefantes que vivían en Asia, en África había uno pequeño, tan sumamente curioso que no se cansaba de interrogar sobre toda clase de asuntos, tanto que se hizo conocer en todo el África por su insaciable curiosidad.

Preguntó a su tío el Avestruz: ¿por qué están arremolinadas las plumas de su cola? A su tía la Jirafa, cómo se había manchado la piel; a su tío el Camello, por qué era jorobado; a su tío el Hipopótamo, qué cosa le había irritado los ojos, y todos aquellos amables tíos le contestaron con una coz.

Fué a casa de su tío el Babuino para que le explicara por qué los melones eran tan sabrosos, y la mano peluda de su tío Babuino le fustigó como un látigo. Pero ni coces ni manotadas saciaban su curiosidad.

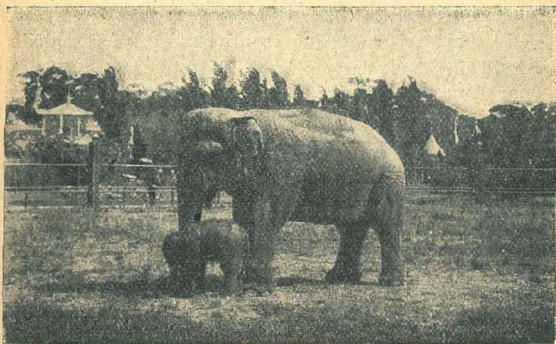
Cierta mañana el Elefantito hizo una nueva pregunta: — ¿Qué come el Cocodrilo?

Los tíos respondieron: «¡Schitt!» en un tono que no admitía réplica; entonces fué a ver al *Kolokolo* y le ex-

presó su deseo de saber lo que comía el Cocodrilo.

Kolokolo respondió con un triste lamento: — Vaya a la orilla del fangoso río Limpopo y averigüe.

A la otra mañana nuestro curioso tomó cien kilos de bananas, cien kilos de caña de azúcar, setenta melones, y dijo a los suyos: — ¡Hasta la vuelta! Voy a sentarme a orillas del Limpopo, hasta averiguar lo que come el Cocodrilo.



Elefanta con su hijita, nacida en el Jardín Zoológico de Buenos Aires.

Como sus tíos y tías volvieran a zurrarle, salió él de su casa algo acalorado, pero no sorprendido.

Comiendo melones y tirando las cáscaras, caminó de Graham a Kimberley, de Kimberley a Khama, de allí se dirigió al N. E. y llegó a la orilla del Limpopo, todo bordeado de árboles, tal como le había dicho Kolokolo.

Pero debo advertirlos que hasta aquel momento el Elefantito no sabía cómo era un Cocodrilo, ni a qué

cosa se asemejaba.

Lo primero que encontró fué una Serpiente Pitón, envuelta en una roca.

—Disculpe Vd. — dijo con amabilidad. — ¿Ha visto Vd. por estos parajes algo semejante a un Cocodrilo?

—¿Si he visto un Cocodrilo? — respondió la serpiente con voz llena de desprecio. — ¿Qué me preguntarás después?

—Desearía saber de qué se alimentan los Cocodrilos.

La Pitón se desenvolvió rápidamente de la roca y le hizo conocer el latigazo con su cola escamosa.

—Es extraño — dijo el Elefantito. — Todos mis parientes me han pegado a causa de mi insaciable curiosidad, y presumo que aquí pasará la misma cosa.

Antes de despedirse de la serpiente de las rocas, la ayudó con mucha finura a enroscarse de nuevo, y un poco acalorado, pero no sorprendido, se puso en marcha, comiendo melones, hasta que pisó algo que creyó fuera un tronco seco caído a la orilla del Limpopo.

Pero aquella especie de tronco era precisamente el Cocodrilo, y como el viajero vió que guiñaba un ojo, le dijo:

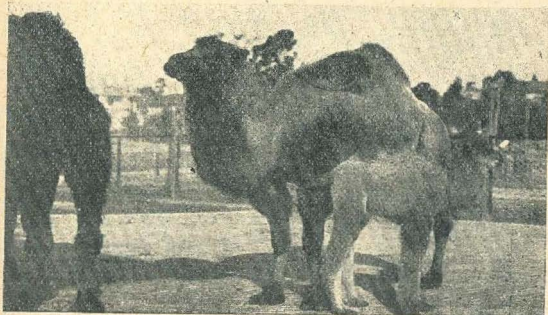
—¿Ha visto Vd. un Cocodrilo por estos parajes?

El Cocodrilo guiñó el otro ojo y sacó la mitad de la cola fuera del limo; pero el joven, que estaba escamado, retrocedió más que ligero.

—Acércate, pequéñuelo — dijo el Cocodrilo; — ¿por qué preguntas esas cosas?

—Disculpe Vd. — replicó el Elefantito, — pero mi padre y mi madre me han vapuleado; lo mismo han hecho mis tíos la Jirafa y el Avestruz, que pueden co-

cear tan fuerte como mi corpulento tío el Hipopótamo y mi peludo tío el Babuino, para no mencionar la Serpiente Pitón, de quien he recibido un latigazo terrible; temo que suceda lo mismo con Vd., y no deseo recibir más caricias.



Dromedario: Su patria es África y Asia oriental; el pequeño que se ve aquí, nació en el Jardín Zoológico de Buenos Aires.

—Ven, pequeñuelo, que te lo diré al oído.

El inocente paquidermo bajó la cabeza y el Cocodrilo lo cazó de la nariz.

El Elefantito se sintió muy molesto, y en aquel momento la Serpiente Pitón le gritó: — Mi joven amigo: si ahora, inmediatamente, no tira Vd. con todas sus fuerzas, le anuncio que irá a dar al fondo del Limpopo.

Entonces el Elefantito se sentó sobre sus ancas y tiraba y tiraba; el Cocodrilo por su parte tiraba en sentido opuesto; así fué que la nariz del primero empezó a alargarse, y como el otro no soltaba, la nariz, que

era pequeña y roma, empezó a adquirir cada vez mayores proporciones.

Viendo que el hombre del río iba a vencer, la Serpiente Pitón fué en ayuda del Elefantito diciendo:

—¡Ah, temerario e inexperto viajero! — Dió dos vueltas alrededor de la pierna del paquidermo y le ayudó a tirar hasta que consiguió escapar a los terribles dientes.

El herido envolvió su pobre nariz en hojas frescas de banano y se sentó a esperar que se le encogiera, pero al cabo de tres días estaba en el mismo estado y así quedó siempre, como la tienen ahora todos los elefantes.

Al fin del tercer día una mosca se posó sobre su hombro, y él sin pensar en lo que haría, levantó la trompa y la mató.

—Ventaja número uno — dijo Pitón; — Vd. no hubiera podido hacer eso con el miñango de nariz que tenía; trate de comer un poquito.

Antes de que ella se diera cuenta de lo que su protegido estaba haciendo, estiró él la trompa, arrancó un poco de pasto, le quitó el polvo con las patas delanteras y lo llevó a la boca.

—Ventaja número dos — dijo Pitón; — Vd. no hubiera podido hacer eso antes. ¿Qué haría Vd. ahora si le pegaran?

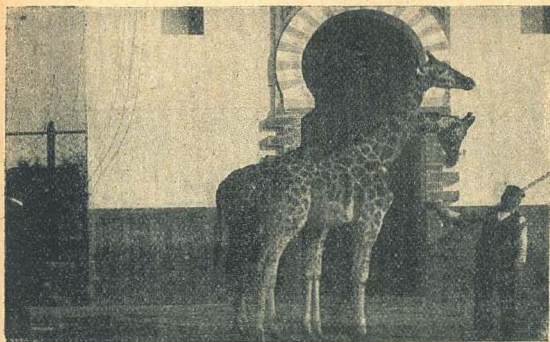
—Dispense Vd.; creo que no me agradaría.

—Pero yo creo que le gustaría pegar a los demás. Su nueva nariz le va a ser muy útil para ello.

—Gracias — dijo el Elefantito, — ya me acordaré; y ahora será mejor que vuelva a casa para probarla en toda mi querida familia.

Se puso en viaje de regreso a través de África, mo-

viendo y balanceando su trompa. Cuando quería fruta la bajaba de los árboles en vez de esperar que caye-



Jirafa; rumiante de Africa.

ra, como hacía en otros tiempos; cuando deseaba pasto lo arrancaba, en vez de arrodillarse como acostumbraba, y cuando le molestaba el sol se hacía una gorra fresca con limo de río; y para distraerse cantaba, y su voz hacía el efecto de muchos instrumentos metálicos que sonaran juntos.

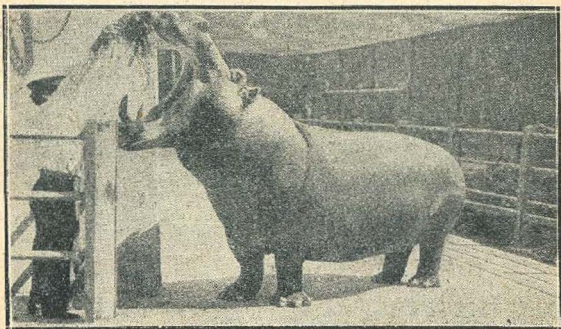
Para saber si su amiga la Serpiente le había dicho la verdad, se desvió un poco del camino y fué a ensayar un golpe de trompa en su ancho y robusto tío el Hipopótamo; el resto del tiempo lo empleó en levantar las cáscaras de melón que había tirado antes, porque era un paquidermo aseado.

Una tarde, al anochecer, se halló de regreso en su

casa; recogió la trompa y dijo: «¿Cómo están Vds.?» Todos parecieron muy contentos, pero le advirtieron:

—Si vuelves a molestar con tus inacabables preguntas, volveremos a pegarte.

—¡Oh! — exclamó el hijo del Elefante. — Creo que Vds. no saben lo que significa pegar; pero ya les enseñaré.



El hipopótamo.

Desenvolvió su trompa y golpeó tan fuerte a dos de sus hermanos que los hizo dar varias vueltas por el suelo.

—¡Bananas! — dijeron ellos; — ¿dónde has aprendido esa broma, y qué le has hecho a tu nariz?

—Pregunté al Cocodrilo del Limpopo lo que tenía para comer y me dió esto — respondió el recién llegado.

—Es muy feo — murmuró el Babuino.

—Así es, pero en cambio es muy útil, vea: — alzó al Babuino con la trompa y lo metió en un nido de avispas.

Este Elefantito, que se había vuelto malo, trompeó a su familia hasta que todos estuvieron muy acalorados y sorprendidos. Tiró de la cola a su tío el Avestruz; agarró por una pata a su tía la Jirafa y la arrojó entre un zarzal; se acercó a su tío el Hipopótamo y le gritó muy fuerte, y cuando después de comer se acostó a dormir la siesta le echó agua en el oído; pero ningún daño hizo al Kolokolo.

Cuando las cosas llegaron a un grado imposible de resistir, toda la familia se dispersó y fué a ver si el Cocodrilo del Limpopo les daba narices para guardar. Cuando volvieron estaban lo mismo que antes y no pegaron a nadie. Desde entonces los elefantes que Vds. verán y los que no verán, todos tienen trompa semejante a la de aquél que fué insaciablemente curioso (1).

LÉXICO.

Elefante. — Animal del orden de los paquidermos; sólo se encuentra en Asia y en África; muy inteligente; interesantes hábitos; sumamente feroz cuando se encoleriza. Vengativo. Se domestica y presta buenos servicios.

Hipopótamo. — Paquidermo muy grande; vive en África.

Jirafa.—Rumiante sumamente alto; se encuentra en África.

Avestruz. — Ave del orden de los corredores; el de África es mucho más grande que el de América.

Babuino. — Pertenece al orden de los cuadrumanos, monos.

Serpiente Pitón. — Hay varias especies que no son venenosas, pero las de África son terribles por su gran tamaño. En la Mitología Griega figura con este nombre un dragón monstruoso, símbolo del obscurantismo, que fué muerto por Apolo.

Cocodrilo. — Saurio de gran tamaño, común en los ríos de

(1) Reducción de un cuento escrito en inglés por Rudyard Kipling.

África. En América existen especies que llevan el nombre de caimán y yacaré. El yacaré abunda en los ríos Paraná, Paraguay, Pilcomayo, Bermejo, en Corrientes, etc.

EJERCICIOS.

Dibujen un elefante.

Descripción del elefante.

Dar los derivados de las palabras siguientes:

Gloria — Mina — Cielo — Hijo — Historia — Flor — Triunfo — Cuerpo — Real — Gobierno — Padre — Ángel — Amable — Globo — Golpe — Mentir.

MODELO DE DEBER.

Gloria: — Gloriarse — Glorificable — Glorificación — Glorificadamente — Glorificador — Glorificar — Gloriosamente — Glorioso.

29.

A mi hija Agustina

Ardua montaña es la vida,
De misteriosa pendiente
En que a veces no se siente
Lo que cuesta la subida

¡Tan soñada!

En la primera jornada
El impaciente viajero.
Halla más suave el sendero,
Verde y florido el zarzal,
En cada soplo una nota
Y una perla en cada gota
Del sonoro manantial.

... ..

Un año, es un paso más
Hacia la cumbre lejana
Que llaman la dicha humana
Y no se alcanza jamás;

Hija mía,

Larga y penosa es la vía
De mil abismos surcada;
No hay arroyos ni enramada,
A veces en el camino;
Sólo la virtud sustenta

Y en las fatigas alienta
Las fuerzas del peregrino.

¡La virtud! Perfume santo
Que los contagios aleja,
Que hace dulce hasta la queja
Y da hasta al dolor encanto.

Hija amada,
Esa es la joya preciada,
El talismán prodigioso
Que trueca el pesar en gozo,
Que las querellas concilia,
Que hace a la niña más bella;
¡Y a la mujer una estrella
Del altar de la familia!

O. V. ANDRADE (1).

EJERCICIO.

Busque el significado de las palabras rima y armonía. Diferencia entre prosa y verso. Medida de los versos; consonantes.

Ej.: «Ar-dua mon-ta-ñaes la vi-da
1 2 3 4 5 6 7 8
de mis-te-rio-sa co-rrien-te
1 2 3 4 5 6 7 8
tan so-ña-da.
1 2 3 4

LÉXICO.

Poesía (del lat. *poesis* y éste del griego). — Expresión artística de la belleza por medio de la palabra sujeta a medida y cadencia de que resulta el verso. La medida que se usa para hacer versos se llama metro.

El metro está formado por el número de sílabas que debe llevar cada verso, las cuales se cuentan siguiendo ciertas reglas.

(1) Olegario V. Andrade, entrerriano, es uno de nuestros primeros poetas. Sus obras principales son: *El nido de Cóndores*, *Atlántida* y *Prometeo*. Murió en 1884.

30.

La gorra del Príncipe

Simón Bolívar era hijo de don Juan Vicente Bolívar Jaspes y Montenegro, marqués de Aragua, vizconde de Toro, Señor de Aroa, Coronel perpetuo de las Milicias de Aragua, Caballero cruzado, Caballero de Santiago, Regidor perpetuo y opulentísimo propietario de Venezuela.

Cuando el joven Simón fué enviado a estudiar a España obtuvo allí la situación que correspondía a su alto nacimiento y riquezas, y pronto sirvió en el cuerpo de caballeros pajes de S. M.

Un día jugaba con el príncipe de Asturias, después Fernando VII, de funesta memoria, y en uno de los saltos del volante arrojó la pelota con tan poca destreza que en lugar de formar la curva natural fué en línea recta a la cabeza del príncipe, despojándole de la gorra.

Confusos del suceso, los jóvenes cortesanos esperaban un grave castigo para el joven Bolívar, y le aconsejaron que se escondiese, pero él contestó con mucha sangre fría:

—«Pues no lo hice a mal hacer y Su Alteza nos hace el honor de jugar con nosotros al volante, nada tengo de qué arrepentirme.»

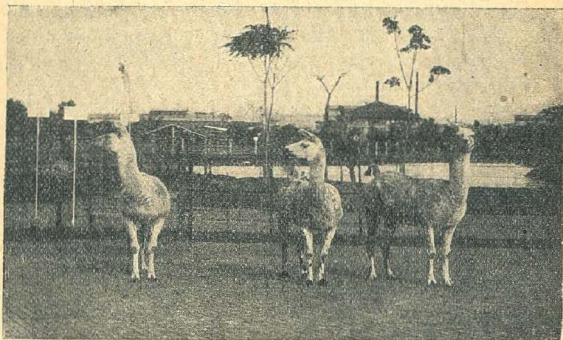
Supo el rey el suceso, a la vez que la respuesta de Bolívar, y exclamó lleno de bondad:

—«Tiene razón el rapaz y no hay motivo para castigarle. Y pues el príncipe se entrega con ellos a jue-

gos infantiles, decidle que en otra ocasión se ajuste mejor la gorra para jugar con chicos tan traviesos »

El niño Bolívar quitó la gorra de la cabeza al joven príncipe de Asturias; más tarde el general Bolívar debía quitar de su corona una de las joyas más preciadas.

JUAN VICENTE CAMACHO.



Llamas: Rumiantes muy mansos que los indios de las mesetas andinas utilizaban como animales de carga; su lana sirve para hilar; es menos fina que la de alpaca.

31.

El legado de Ana María

II.

Mirémosles de cerca. Se llaman elefante, camello, dromedario, caballo, burro, buey o llama. Allá van arrastrando en larga procesión pesadas cargas, azuzados por el conductor con el *ankus*, el látigo, el rebenque o la picaña.

¡Hop! ¡Hop! ¡Arre! ¡Arre, borrico! ¡Hueyaa!... ¡Negroo!... ¡Más ligero! ¡Hop! ¡Hop!

Enorme peso acumuló sobre el lomo de sus pacientes colaboradores la avara crueldad del amo.

Y allá van, dóciles, sumisos, con las piernas doloridas... entumecido el corazón, enfermos los pulmones por exceso de trabajo. No importa. ¡Hop! ¡Hop! ¡Arre! ¡Más ligero! — grita el conductor.

.....

III.

El legado de Ana María es un legado de justicia y de piedad para con los seres inferiores. Nadie le inculcó semejantes sentimientos; brotaron en su corazón como plantitas maravillosas y crecieron con él.

Preguntando unas veces, leyendo otras, llegó a informarse de las costumbres de muchos animales y ello sirvió para fortificar los sentimientos que le inspiraban.

Supo así que las hormigas, las abejas, los elefantes, los monos y otros animales practican la fidelidad, la obediencia, la abnegación, la protección mutua, el castigo de los culpables.

Supo también, y esto la llenó de admiración, que ciertas especies viven asociadas formando naciones con autoridades constituídas, que trabajan y son felices, como sucede con las abejas.

—Mamá — dijo un día — quiero tener un pueblo de abejas en la huerta.

—Los pueblos de abejas se llaman enjambres, — respondió la madre — habita cada pueblo en su colmena y muchas colmenas forman un colmenar.

Desde el día en que se instaló la colmena modelo en la huerta, pasaba Anita horas enteras mirando por el vidrio a las buenas abejitas empeñadas en la construcción de los panales o rellenando los alvéolos con miel.

Se dice que las abejas tienen simpatía por ciertas personas, al paso que manifiestan a otras odio; no podría decir que a Anita la quisieran, pero lo cierto es que, como no las molestaba en absoluto, ellas, por su parte, trabajaban y se movían con entera libertad sin causarle el menor daño.

EJERCICIOS.

Busquen y escriban diez palabras en que haya diptongo. Deletreen en alta voz y en coro las palabras de la lección que se escriben con *v* y *z*.

Nombren algunos insectos.

Comparar las condiciones físicas e intelectuales del *pómpilus* con las de las personas; ventajas de tener fuerza, sagacidad, agilidad, tenacidad, discernimiento y modo de adquirirlos.

PARÓNIMOS.

Baca (insecto, fruto), *vaca* (cuadrúpedo); *baqueta* (la de fusil), *vaqueta* (cuero curtido); *barón* (título), *varón* (hom-

bre); *cabo* (mango), *cavo* (de cavar); *bello* (hermoso), *vello* (pelo corto); *cocer* (cocinar), *coser* (hacer costura); *cegar* (perder la vista), *segar* (cortar el trigo); *ciento* (cien), *siento* (de sentir); *asada* (carne asada), *azada* (herramienta); *Asia* (continente), *hacia* (preposición); *asta* (palo donde se fija la bandera, cuerno), *hasta* (preposición); *cirio* (vela), *Sirio* (la estrella más brillante en la constelación del Can Menor).

Formen los alumnos frases en que entren los parónimos dados y busquen algunos otros.

32.

La caridad en Holanda

La primera impresión vívida que tuvimos de la caridad holandesa, fué al admirar una riquísima chica que entró a comprar alguna cosa en una tienda donde nos hallábamos.

Iba vestida de negro y rojo, en paños alternados; la cabeza fina encerrada en casco de plata que brillaba tras un adorno de encaje que formaba una delicada aureola al rostro juvenil, de facciones inteligentes, que sonreía con gracia y finura a nuestras miradas llenas de extrañeza.

Preguntamos qué era la singular e interesante aparición, y era de ver la expresión de orgullo del tendero al explicarnos que era una *Huérfana de la ciudad de Amsterdam*.

Cada ciudad de Holanda tiene una casa de huérfanas, a las cuales se da una educación muy práctica: concurren a las escuelas comunes y salen a la calle solas con su bonito y singular traje medioeval, ostentando los colores de la ciudad y protegidas por su uniforme.

¡Guay del fondero que las deje entrar en su fonda y les venda el menor refresco, y también de aquél que les falte al respeto que merece la juventud, la inocencia y la desgracia! Multas y prisiones están listas para los mentecatos.

A los diez y ocho años salen del asilo a ganarse la vida, pero hasta los veintitrés quedan bajo la tutela del

mismo, presentándose cada seis meses con su libreta y certificados.

De «Un Criollo en Holanda».

EJERCICIOS.

Conversación sobre la conveniencia de imitar en nuestros pueblos el ejemplo de Holanda.

Con muy poco gasto podría cada comunidad costear un asilo modelo para huérfanas, donde aprendieran un oficio.

En nuestro país es triste la suerte de los huérfanos; tratemos de reformar esto.

Recordemos que el huérfano es acreedor a toda consideración y cariño; tiene derecho a recibir educación, buen trato, alimento, vestido.

—Composición: « Los huérfanos ».

33.

El cóndor y la lechuza

Mientras sobre una alta roca
Destroza un cóndor su presa,
Una chismosa lechuza
Dícele de esta manera:

«Oh, príncipe de las aves,
Tú, que de fuerte te precias,
Ve a la araña que te insulta:
¿Por qué de ella no te vengas?»
A lo que el cóndor responde:

«Porque a esta altura no llegan
Jamás los necios insultos,
Ni los chismes de tu lengua».
Y siguió después comiendo
Con no poca indiferencia.

*Si alguna vez en tu vida
Con un chismoso te encuentras,
No le hagas el menor caso,
Ni le des otra respuesta.*

LÉXICO.

Cóndor. — Ave de rapiña diurna, notable por su poderoso vuelo y por su vista perspicaz. Se le considera como símbolo de fuerza. Muchos poetas le han cantado.

Lechuza. — En la mitología es el ave de Minerva. Rapaz nocturno muy útil por la gran cantidad de alimañas que destruye; se la persigue injustamente.

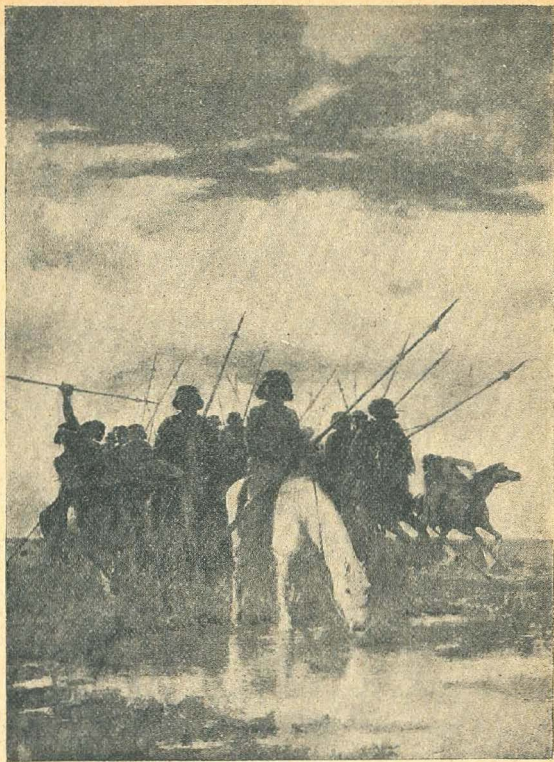
Araña. — Invertebrado, de ocho patas, varios ojos; tiene

el tórax y la cabeza unidos en una sola pieza llamada céfalo-tórax; respira por pulmones; vive en parejas, pero existe algunas pocas especies que son sociales. Muchas especies de esta clase son venenosas.

EJERCICIOS.

Pongan los alumnos en prosa la fábula leída y hagan algunas apreciaciones respecto a la condición del chismoso.

Comparación entre el cóndor y la lechuza.



Araucanos de la Pampa durante un malón, dando a beber a sus
caballos.
(Panneau de Bouchet existente en el Museo de La Plata).

34.

Quien debe, paga.

Hay quien tiene la imprudencia
de olvidar, torpe y ligero,
o las deudas de dinero,
o sus deudas de conciencia.

Y se forja la ilusión
de que es insolvente, cuando
está el infeliz pagando
con su propia estimación.

Porque todo el que se atreve
a prescindir del deber,
se expone siempre a perder
mucho más de lo que debe.

G. NÚÑEZ DE ARCE.

EJERCICIOS.

¿Cuáles son las deudas de conciencia? — Deber que tenemos de cumplir la palabra empeñada; la exactitud en la hora, préstamos y, en fin, todo lo que represente una deuda material o moral.

Humillaciones a que se ve expuesto el que no paga sus deudas de dinero; dictados que se le dan; en qué consiste la propia estimación; ¿cuándo podemos estimarnos a nosotros mismos?

35.

La quena mágica

—¡ Cuando yo tenga una caña!

—¿ Y cuándo será, pues?...

—¿ No es verdad, Simón, que a tí te gustaría que yo tuviese una caña?

—¡ Ya lo creo!

—Cortaría dos pedazos así, de dos palmos, y el resto lo guardaríamos. Después haría dos quenas (1), una para tí, Simón, fíjate, con un lado en punta y un cuadradito en ella; después, más abajo, un agujero bien pequeño, que se puede tapar fácilmente, y al medio, para que suene como el viento, dos dedos más abajo, otro, y así contando hasta siete...

—¡ Cuánto habrá que contar!

—Yo no sé más que hasta cinco.

—No importa. Haremos cinco y don José María, no el de Incahuassi (2), sino el vecino de la ciénaga, nos hará las marcas en la quena hasta que sean siete.

—¡ Cuántos agujeros serán siete!

—Oye, Quipildor. ¿ Sabes lo que pienso?...

—¡ Que nunca tendremos una caña!

—La tendremos... ¡ ya verás!

.....

(1) **Quena.** — Flauta de siete agujeros cuya base es la nota re. Universalmente usada en forma perfecta por las tribus andinas, desde Venezuela hasta Mendoza, en la República Argentina.

(2) **Incahuassi.** — Casa del Inca, en quichua. Se encuentra este nombre con frecuencia en los Andes de la América Meridional. En este caso, el cerro más hermoso de la Gobernación de los Andes.

—¡Si supieras lo que pienso! — dijo a su vez y después de largo rato Quipildor. — Pienso en los países en que brotan las cañas.

—¡Han de ser muy bellos, y los criollos tendrán tantas quenas! ¡Qué bien han de tocarlas!

Yo he visto una caña con hojas. Son muy largas y verdes; muy, pero muy verdes. Aquí... nunca se ve el verde de las cañas.

—¿Hará daño mirarlas, Quipildor?

—¡Eso no, Simón, porque son tan lindas! Ha de ser un país muy grande, en que la tierra es de otro color. Yo me he fijado en la que venía pegada en aquella que ví. Era como la que está junto al arroyo. Y será un país en que la vida también es distinta. ¡Dicen que se hacen tantas cosas con las cañas! No habrá piedras por todas partes como aquí. A don Tiburcio, que ha estado, le he oído decir que todo el campo se ve cubierto por ellas, que cuando sopla el viento parece como si la tierra ondulara, y que a la tarde, con el viento en calma, se oye como si ya tuvieran agujeros y tocaran; pero cuando el viento las arquea, que entonces todas silban y da tristeza... ¡y da miedo!

EDUARDO A. HOLMBERG.

«Flor de las Nieves».

DESENVOLVIMIENTO DE LA CULTURA EN EL RÍO DE LA PLATA.

«La cultura— dice Ortega y Gasset — es labor, producción de las cosas humanas; es hacer ciencia, hacer moral, hacer arte. Cuando hablamos de mayor o menor cultura queremos decir mayor o menor capacidad de producir cosas humanas de trabajo. Las cosas, los productos son la vida y el síntoma de cultura».

En América latina dos elementos se repartieron la difusión de la cultura en los primeros tiempos del coloniaje: I. Los soldados que conquistaron por medio de las armas, y estable-

cieron instituciones civiles de acuerdo con el mandato de las autoridades de la Metrópoli; II. Los misioneros que con paciencia y bondad ejemplares catequizaron las tribus indígenas.

Como los misioneros recorrían a pie larguísima distancias, sus conocimientos de la topografía del país, de fauna y flora, llegaron a ser muy extensos. Las obras escritas por aquellos varones son hoy consultadas por todos los estudiosos. Al mismo tiempo fundaron colegios donde se daba enseñanza a los hijos de los colonos.

Asunción, Esteco, Jujuy, Salta, Tucumán, Santiago del Estero, Córdoba y Buenos Aires, fueron sucesivamente centros de importante cultura colonial.

Largo sería enumerar los nombres de los misioneros que se hicieron célebres por sus virtudes, por su arrojo y por sus obras en la época del coloniaje, pero aquellos que lo deseen pueden consultar la obra del escritor argentino Don Ricardo Rojas «Literatura Argentina».

En la época de la Revolución se destacaron ya muchos escritores, políticos y poetas, y en el siglo XIX y lo que va del XX, nuestro desenvolvimiento general científico, literario, artístico, y sobre todo el de las ciencias económicas, ha ido siempre en aumento.

Leyes amplias y protectoras, una red inmensa de vías de comunicación facilitan los transportes y el comercio; la explotación y mejora de la cría de ganado; el progreso de la agricultura y la industria, son factores que asegurando el bienestar material propenden al progreso intelectual y colocan a la República Argentina en un lugar destacado entre las naciones de América.

36.

El rubí

.....
.....
El cuerpo del delito estaba allí, en el centro de la gruta, sobre una gran roca de oro; un pequeño rubí, redondo, un tanto reluciente, como un grano de granada al sol.

El gnomo tocó un cuerno, el que llevaba a su cintura, y el eco resonó por las varias concavidades. Al rato, un bullicio, un tropel, una algazara. Todos los gnomos habían llegado.

Era la cueva ancha y había en ella una claridad extraña y blanca. Era la claridad de los carbunclos que en el techo de piedra centelleaban, incrustados, hundidos, apiñados, en focos múltiples; una dulce luz lo iluminaba todo.

A aquellos resplandores podía verse la maravillosa mansión en todo su esplendor. En los muros, sobre pedazos de plata y oro, entre venas de lápiz-lázuli, formaban caprichosos dibujos, como los arabescos de una mezuquita, gran muchedumbre de piedras preciosas. Los diamantes, blancos y limpios como gotas de agua, emergían los iris de sus cristalizaciones; cerca de calcedonias colgantes en estalactitas, las esmeraldas esparcían sus resplandores verdes, y los záfiro, en amontonamientos raros, en ramilletes que pendían del cuarzo, semejaban grandes flores azules y temblorosas.

Los topacios dorados, las amatistas, circundaban en

franjas el recinto; y en el pavimento cuajado de ópalos, sobre la pulida crisofasia y el ágata, brotaba de trecho en trecho un hilo de agua, que caía con una dulzura musical, a gotas armónicas, como las de una flauta metálica soplada muy levemente.

¡Puck se había entrometido en el asunto, el pícaro Puck! Él había llevado el cuerpo del delito, el rubí falsificado, el que estaba ahí, sobre la roca de oro como una profanación entre el centelleo de todo aquel encanto.

Cuando los gnomos estuvieron juntos, unos con sus martillos y cortas hachas en las manos, otros de gala, con caperuzas flamantes encarnadas, llenas de pedrería todos curiosos, Puck dijo así:

—Me habéis pedido que os trajese una muestra de la nueva falsificación humana, y he satisfecho esos deseos.

.....

.....

Pausa.

—Habéis comprendido?

Los gnomos muy graves se levantaron.

Examinaron más de cerca la piedra falsa, hechura del sabio.

—¡Mirad, no tiene facetas!

—Brilla pálidamente.

—¡Impostura!

—¡Es redonda como la coraza de un escarabajo!

Y en ronda, uno por aquí, otro por allá, fueron a arrancar de los muros pedazos de arabesco, rubíes grandes como una naranja, rojos y chispeantes como un diamante hecho sangre; y decían: — He aquí lo nuestro, ¡oh madre tierra!

Y lanzaban al aire las gigantescas piedras luminosas y reían.

De pronto, con toda la dignidad de un gnomo:

— ¡Y bien! el desprecio.

Se comprendieron todos. Tomaron el rubí falso, lo despedazaron y arrojaron los fragmentos — con desdén terrible — a un hoyo que abajo daba a antiquísima selva carbonizada.

Después, sobre sus rubíes, sobre sus ópalos, entre aquellas paredes resplandecientes, empezaron a bailar asidos de las manos una farandola loca y sonora.

Y celebraban con risas, el verse grandes en la sombra.

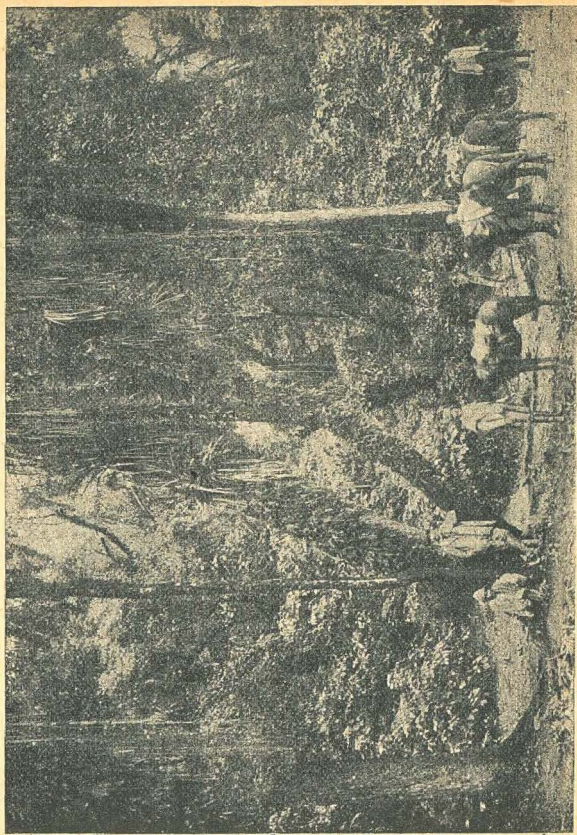
.....
RUBÉN DARÍO.

EJERCICIOS.

— Nombren diez piedras preciosas indicando su color y mérito.

— Nombren seres fantásticos creados por la imaginación popular. Ejemplo: gnomos, elfos, silfos...

— ¿De qué está formado el rubí? ¿De qué el diamante?



UNA SELVA TUCUMANA.

37.

Tucumán.

¡Arad hondo!

A SILVANO BORES.

.....
¡Tierra de promisión! Para su lustre
le basta ser la cuna
donde vieron la luz Avellaneda,
— el príncipe genial de la tribuna,
que en su frase galana,
vibradora, de trópica elocuencia,
vertió aroma de selva tucumana —
Alberdi, Lamadrid, — el esforzado
que el triunfo con su sable dominara —
y Monteagudo, — el rayo de la idea,
cuya palabra, que su sol caldeara,
fué el toque de clarín de la pelea. —
¡Pero más gloria tiene!
En la noche de ayer fué una aurora,
¡la destinó Dios mismo
para campo de lucha redentora,
palenque de heroísmo!

—————
Inolvidable ayer — al evócarlo
palpitan en la mente fulgurantes
imágenes de luz; visiones patrias
como desnudas vírgenes flotantes —
Y se siente rumor como de dianas,
redobles de tambores

y batir de campanas,
mientras se oye el tronar de los fusiles
y el estampido del cañón airado,
de la noche a los místicos reflejos,
cual el fragor del Iguazú, escuchado
como temblor de tierra desde lejos.

¡Inolvidable ayer! En él un día
se peleó brazo a brazo
al pie del Aconquija ciclopeo,
cual otro día al pie del Chimborazo.
Lucharon con esfuerzo giganteo,
estremeciendo el corazón del llano,
las tropas de Tristán y ésas que pasman:
¡las huestes de Belgrano!
¡Se oyeron gritos de victoria luego,
y, al disiparse el humo,
miró del Atalaya el centinela,
como inmensa catástrofe de fuego,
arder la Ciudadela!

¡Encuentro de colosos!
de un lado el león soberbio, viejo en gloria
y triunfador en lides,
que forjara dos siglos de su historia
con Pelayos y Cides;
y del otro el Centauro
nacido en las florestas tropicales
de América cautiva,
que tiene la pujanza
de la viril intrepidez nativa;
el hijo de los Andes,
destinado a misiones inmortales,

que traza con su lanza
el rumbo de las grandes,
eternas ascensiones nacionales.

¡Fué ruda y empeñosa la jornada!
¡En formidable choque
se entreveraron con arrojo fiero
el gladiador ibero,
cubierto con la cota magullada
de la era feudal, abominable
espectro de la historia,
y el altivo guerrero americano,
con frente iluminada de la gloria
por refulgente rayo,
que abrazaba con brío sobrehumano
por escudo de lucha un sol de Mayo!

¡Fué ruda y empeñosa la jornada!
¡Lid de leones, justa de latinos!
Pero, arrollados por la ola airada,
los vencedores de Bailén cedieron
y los bisoños cuadros argentinos
de laurel inmortal su sien cubrieron.

Inmenso triunfo, sin igual proeza
que le bastaba para eterna fama,
para grabar su nombre entre los nombres
que la leyenda universal aclama;
mas Dios la destinaba
para más limpia gloria;
y cuando el sol radiante de la historia
entre densas tinieblas se ocultaba

y la España otra vez su predominio
 en la patria sin luz reconquistaba,
 en Tucumán, la predilecta cuna
 de las grandes hazañas inmortales,
 la libertad del Plata decidieron
 en la junta genial los congresales.

¡Salve! ¡Oh, Congreso! ¡Junta soberana
 que proclamaste un día
 la libertad de la conciencia humana,
 la independencía de la patria mía!
 ¡La tierra americana
 postrada, del dolor a los embates,
 al escuchar tu voz se irguió atrevida
 y aprendió para diana en los combates
 la proclama de fuego de Laprida!

X.

LÉXICO.

Tierra de promisión. — Se dice de toda tierra muy rica en productos, como era aquella donde condujo Moisés a su pueblo.

Lustre. — Decoro, honor, gloria de la familia, raza o nación.

Nicolás Avellaneda. — Escritor, notable por la belleza de la forma literaria de sus obras. Fué presidente de la República.

Juan Bautista Alberdi. — Estadista notable.

Gregorio Aráoz de Lamadrid. — Uno de los militares más valientes y arrojados del ejército argentino; luchó contra el caudillaje.

Palenque. — El cercado que se construía para cerrar el espacio donde se celebraban antiguamente combates de caballeros; en este caso el palenque donde se celebraron combates heroicos fué la llanura tucumana.

Aconquija. — Sierra de Tucumán y nevado del mismo nombre.

Chimborazo. — Pico muy elevado de los Andes ecuatoriales.

Pío Tristán. — General que mandaba el ejército español contra el cual combatió Belgrano.

Manuel Belgrano. — Ilustre patricio, general del ejército del Norte; venció a Tristán en Salta y Tucumán; como ciudadano dió los más altos ejemplos de acatamiento a la autoridad de su país, fué abnegado, religioso y desprendido.

El león soberbio. — Se refiere al símbolo del escudo español, donde hay un león.

Lid. — Combate, pelea, lucha, guerra.

Pelayo. — Héroe asturiano, que combatió encarnizadamente contra el establecimiento de los árabes en el norte de España.

Cid Campeador. — Rodrigo Díaz de Vivar, héroe español cuyas proezas han dado lugar a gran número de leyendas.

Centauros. — Raza de gigantes muy poderosos; suele confundirseles con los hipo-centauros, monstruos mitad hombre y mitad caballo.

Gladiador. — El que combatía en el circo romano, con hombres o con fieras.

Era feudal. — Época de la Edad Media en que los nobles tenían gran poder y autoridad.

Bailén. — Acción de guerra ganada por el ejército español, a las órdenes del general Castaños, al francés, en 1808.

Francisco Narciso Laprida. — Presidente del Congreso de Tucumán en 1816.

EJERCICIOS.

Conversación sobre el Congreso de 1816.—Su organización, propósito. — Resultados.

Explicación detallada de la poesía, una o dos veces, y que luego formen los alumnos diez oraciones en que entren palabras difíciles de ella.

38.

Teyú-Cuaré

La sección de la cuenca del Plata que llamamos Alto Paraná, es en realidad el Paraná Medio, pues geográficamente considerado, el curso *superior* del río termina en el salto de Guairá; el *medio*, en la desembocadura del Paraguay, desde donde puede decirse que las aguas marchan hacia el Plata sólo por el efecto de la inercia, formando desde allí el curso *inferior*.

Como la navegación de la sección del río llamada Alto Paraná es muy interesante, al paso que relativamente poco frecuentada, vamos a recorrerla hasta el último extremo a que se puede llegar en vapor, deteniéndonos un momento en algunos puntos.

Pasando Corrientes, nos descubrimos con respeto ante el Paso de la Patria; más adelante está Itatí con su ya célebre santuario; luego las islas Dos Hermanas y seguimos admirando la rica variedad de paisaje hasta llegar a Ituzaingó, desde donde tenemos en perspectiva el salto de Santa María de Apipé.

Hemos recorrido más o menos 50 leguas de navegación fácil pero las restingas que obstruyen aquel punto del río son un serio y peligroso obstáculo, y muchas veces, al pasar los vapores a toda máquina han chocado contra los escollos, abriéndose rumbos de consideración, y no es raro el caso de verdaderos naufragios.

Las islas de Apipé, el archipiélago de Yaciretá (país de la luna), y algunas otras que desfilan ante el viaje-

ro, son tierras sumamente fértiles, y allí, en medio de las aguas bullidoras o tranquilas, en el ambiente diáfano de luz que se quiebra, se descompone o se refleja, aparecen con todo el fastuoso lujo de su joyel tropical.



Yacaré; es común en Corrientes, Misiones y Chaco.

No lejos de Posadas, pero en la costa paraguaya, se encuentran las rocas perforadas de Itacuí (cueva de piedra), por cuya abertura la imaginación de la gente sencilla cree distinguir, a veces, la imagen de la Inmaculada Concepción, a la cual tratan de propiciar con todas las ofrendas de que en su pobreza pueden disponer.

Entre los numerosísimos arroyos que llevan al Paraná el homenaje de la Sierra Imán, el más importante es, sin duda alguna, el Yabebuirí (Río de las Rayas) que, dejando a la izquierda el cerro de Santa Ana, reanima con la melopea de su eterno murmurio a Loreto, y va luego a fundirse en la corriente inmensa.

Las ruinas de Santa Ana, de Loreto, más allá las de San Ignacio, y luego otras y otras más, muestran

por la grandiosidad de los monumentos derruídos, cuánta era en su tiempo la florecencia de la república jesuítica; pero todo ha pasado: los misioneros fueron arrancados de aquellas tierras; los pobres indios esclavizados; en los campos cultivados, en las huertas y en los jardines, creció de nuevo la maraña. Los templos, las escuelas, los hogares, donde el niño indígena parecía haber sido redimido de la esclavitud por la religión de Jesús, se derrumbaron o fueron cubiertos por la vegetación; sólo ella despliega, hoy como entonces, la magnificencia de sus creaciones y sirve de marco sin igual a los pórticos y a las columnas que aun quedan en pie.

Antes de llegar a la desembocadura del arroyo San Ignacio, cerca del cual están las ruinas de la misión del mismo nombre, el cauce del río se abre hasta 2000 metros de ancho y caen sobre su margen izquierda los últimos albardones de la sierra de Teyú-Cuaré, que parece ser la continuación misionera de la sierra de Amambay.

Son muy curiosos, del punto de vista geográfico, estos enormes paredones de piedra que, como todos los escollos y las rocas de la región, tienen también su leyenda, mejor dicho, sus leyendas.

Teyú-Cuaré significa *cueva que es o que fué del lagarto*; y los indios guaraníes creen que en los resquicios de aquellas rocas existe un lagarto monstruoso con alas y patas, con aliento de fuego, y cuya ocupación es hacer naufragar las embarcaciones que osen aventurarse por aquellos parajes.

Esta creación de la inventiva india es quizá una reminiscencia de seres que existieron en épocas anteriores, pues quitándole el aliento ignívomo, es muy se-

mejante al *Pterodáctilo* de la época terciaria y principios de la cuaternaria. Pero ante la observación y la ciencia, los monstruos desaparecen, y el Dr. Bertoni cuenta que en una gran bajante del Paraná vió, como a la mitad del río, un escollo cuya existencia habían comprobado otros viajeros.

La barca confiada que cruzando aquellos parajes tuviera la desgracia de chocar con aquel obstáculo, desaparecería de un modo tan rápido como imprevisible.

Antes de llegar a Villa Azara, ya el río empieza a enangostarse y las orillas a ser cada vez más elevadas, alcanzando en algunos puntos, hasta 60 metros; así encajonada la corriente es más rápida; sin embargo, se llega bien hasta el puerto de Tacurú-Pucú, que dista de allí mucho más que Teyú-Cuaré de Posadas.

LÉXICO.

Diáfano. — Transparente.

Fastuoso. — Suntuoso, lujoso.

Bullidor. — Bullicioso.

Joyel. — Especie de joya pequeña.

Perforadas. — Horadadas, que tienen un agujero al través.

Murmurio. — Murmullo.

Florescencia. — Época de la floración de la planta.

Derrumbaron. — Cayeron, se fueron al suelo.

Pórtico. — Atrio o galería con arcos.

Melopea. — Significa la composición de los cantos mismos que en realidad son la melodía.

EJERCICIOS.

Deletreo de palabras que se escriben con c s y z.

Dicte el maestro las palabras:

Acerbo — acerar — cebada — cebolla — céfiro — cenil — cerebelo — cervato — cerviz — cinc o zinc — cirugía — excarcelación — exceder — vacío — provincia — providencia —

sebo — selva — servicio — servil — severidad — siervo —
ciervo — travesaño — travieso — buzo — buzón — morbidez
— zabullir — voraz — voz — zipizape — avezar.

Busquen los alumnos 25 palabras que se escriban con s, c o z;
hagan con ellas una lista y llévenla a la clase para deletrear
en voz alta.

Agregar los adjetivos que se indican a tres nombres a los
cuales convengan:

Fiel — ingrato — sublime — glacial — dulce — amargo —
profundo — tierno — noble — sencillo — violento — sagrado—
puro — débil — constante.

MODELO DE DEBER.

Fiel: Amigo. — Una copia. — Un perro.

COMPOSICIÓN.

El Paraná. — Con el mapa a la vista y atendiendo a los
siguientes puntos: nacimiento, direcciones, desembocadura,
afluentes de la derecha y la izquierda, puertos de sus orillas,
obstáculos en su curso. ¿Qué son los camalotes; qué llevan?
Importancia de este río, dibujo del mismo.

39.

Tierras fabulosas

Rumoreante tropel de aventureros
se arroja al mar arcano y tenebroso,
que lleva, en sus espaldas de coloso,
las naves de los rudos marineros.

Mezclados van hidalgos y pecheros,
el noble y el mendigo arambeloso,
soldado obscuro y capitán famoso,
vagamundos y frailes y guerreros.

Viva sed de renombre y de fortuna
en su alma ardiente, el español aduna:
son heroicas y crueles sus pasiones.

Y vislumbra en insomne fantasía
de Catay fabuloso las regiones,
y el oro puro, que Cipango cría.

LEOPOLDO DÍAZ.

LÉXICO.

Pecheros. — En este caso, plebeyos.

Arambeloso. — Andrajoso.

Cipango. — Primer nombre bajo el cual conocieron los europeos al Japón.

Catay. — Nombre que daban a la China.

40.

Las dos aves

Desde encorvado ramaje,
en las aguas de un raudal,
admiraba un pavo real
la pompa de su plumaje.
Un ruiaseñor entre tanto
escondido en la espesura
llenaba monte y llanura
con la nota de su canto.
Y dijo el pavo: — ¡Hay torpeza!
¡Venir a sentar reales
donde brillan sin rivales
mi lujo y mi gentileza!

Largo silencio guardó
un filósofo que oía;
mas cuando la noche umbría
llanura y monte cubrió,
y que de uno y otro actor
más indicio no quedaba
que el canto que modulaba
el selvático tenor:
—Venga — dijo en este punto
el necio opulento y hable,
si de su esplendor inestable
no es este caso trasunto.

Esa sombra en que se ha hundido
súbito el ave altanera,

anuncia lo que a él le espera
puesto su sol: el olvido.

Mientras la voz que aun retumba
llenando el nocturno viento,
dice que vive el talento
aun más allá de la tumba.

JOSÉ ANTONIO CALCAÑO.

LÉXICO.

Pavo real. — Ave del orden de las gallináceas; notable por la hermosura de su plumaje.

Ruiseñor. — El rey de las aves canoras; pertenece al orden de los silvanos o pájaros; su patria es la Europa Meridional.

EJERCICIOS.

¿Qué nos enseña esta fábula? ¿Qué diferencia hay entre el plumaje de ambas aves y cuál entre su voz?

Comparar el valor del talento y el de la fortuna.

¿Cuándo es necio el opulento? Poner algunos ejemplos de grandes hombres que han vivido en la obscuridad y sin embargo su nombre ha llegado hasta nosotros; ej.: B. Palissi, el pintor Millet.

Anotar en el pizarrón los verbos, formar oraciones con ellos y luego hacer el enlace escrito de modo que se refiera en prosa lo que se ha leído en verso.

Dibujen un pavo real y una calandria, considerada como el ruiseñor de América.

41.

Un cuento de abuelita

«No digáis nunca: esta falta es ligera; yo puedo comerla sin hacer daño».

Pensamiento chino.

—¡Abuelita!... ¡Abuelita! ¡Mamá vieja! — decían los chicos, — un cuentito, hoy que llueve y no podemos ir a la escuela.

—¿Qué voy a contaros si ya he acabado mi repertorio?

—Pero abuelita — interrumpió la chiquitina Lucía, calándose las gafas que aquélla tenía en la mano; — Vd. lee todo el día libros que están llenos de cuentos, y deben ser bonitos, porque a veces ríe y a veces llora, como nosotros cuando nos habla de Robinsón, o de la cabaña del tío Tom.

—Lo que yo leo, hijas, son cosas serias; pero voy a ver si puedo arreglar algo que podáis comprender; dejadme hacer memoria... ¡Ah! ya; os hablaré de la vida, cuyo fruto bien conocéis.

—¡Oh! abuelita, se nos hace agua la boca; hasta Junio hemos tenido este año uvas de San Juan y Mendoza, enviadas por nuestro amigo X.

—Sí, aquella región de los Andes, y muchas otras de nuestro hermoso país, se adapta perfectamente al cultivo de esa planta.

—Y de ella también se traen ricos vinos por el F. C. de Buenos Aires al Pacífico.

—Verdad es; pero sería mejor que no los trajeran, porque ése es un artículo muy fácil de adulterar, y como es de uso corriente, viene a constituir un peligro grande, pues los comerciantes sin conciencia expenden, bajo el nombre de vino, drogas venenosas que perjudican grandemente a la salud.

—¡Ah! ¡y los que se embriagan?

—Esos son unos desgraciados y criminales al mismo tiempo, porque se envenenan, se van matando paulatinamente, arruinan su salud, se embrutecen, dan mal ejemplo y acarrear grandes males a sus hijos.

—Si viera, abuelita, ¡qué risa me da cuando veo un ebrio por la calle!

—No — replica la abuela: — jamás puede dar risa el espectáculo de un hombre tambaleante, hablando disparates, que os mira con ojos estúpidos. No, niños; cuando veáis eso, atravesad la calle y seguid por otra acera; un ebrio produce repugnancia y lástima.

Yo creo que si los hombres supieran hasta dónde pueden llegar las consecuencias de un vicio, que así como la fortuna puede pasar hasta los biznietos, se detendrían horrorizados y no beberían más.

Mientras eso se hablaba, Lucía, con las gafas de la abuela caladas, estaba sentada allí cerca; parecía no escuchar, ni estar en la conversación, cuando de pronto dijo:

—Pero, abuela, Vd. *nos está estafando*; éste no es el trato.

—Bueno, chicos, cierran el pico, y que abuela solita hable.

Todos se desbandaron a buscar asientos, y poco después volvían, cual con una sillita de hamaca, quien con

un banquito, que colocaba bien cerca de la querida anciana, y con los ojos fijos en ella esperaron.

—Pues señor — empezó ésta: — se cuenta que siendo joven, Dionisio viajaba por Grecia para ir a Nascia. El camino era largo, el sol quemaba, y el niño fatigado se sentó en una piedra para reposar.

Observando en derredor, atrajo su atención una plantita cuyas hojas frescas, de un lindo verde, presentaban elegantes recortes.

—Si pudiera llevar este arbustito para mi jardín — se dijo; — ¿pero cómo?

Y mirando en torno, vió el fémur de un ave (en aquella época había pájaros colosales), lo tomó, desprendió con cuidado la plantita de la tierra, procurando no dejar completamente pelada la raíz, y la metió en el tubo del hueso.

Emprendió luego la marcha, pero el camino era largo y la plantita crecía con tanta rapidez, que pronto sus dentadas hojitas miraban sonrientes la luz del sol, en tanto que, por el lado opuesto, las fibras radicales estiraban sus cordones amarillentos en busca de tierra y humedad.

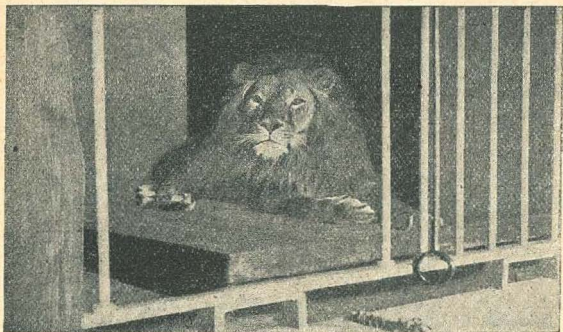
El sol era ardiente y el joven dios, con el deseo de salvar a su protegida, buscó un hueco más grande; la casualidad le deparó un húmero de león y allí guardó su tesoro.

Pero la luz, ejerciendo su influencia misteriosa, atrajo de nuevo las hojas hacia sí, y el tallito se estiró; el sol iba, pues, a calcinarlas.

Dionisio tentó un último esfuerzo; ya tocaba al término de su viaje; buscó de nuevo en derredor y vió, cerca del camino, el esqueleto de un asno muerto; en-

tonces tomó uno de los grandes huesos largos y sin detenerse a separar los otros encajó en su cavidad todo el conjunto.

Cuando llegó a Nascia, su primer pensamiento fué para el tesorito; corrió al jardín, hizo un hoyo, y como



Por la majestad de su porte, por su mirar sereno, por su fuerza y agilidad extraordinarias, el león africano es símbolo de nobleza y fuerza. En su aspecto difiere completamente del tigre, que lleva la ferocidad impresa en la cara.

los huesos que le habían servido para transportarlo estuvieran muy enredados por las raíces, puso en tierra todo su conjunto, para no dañarlas.

En el verano siguiente recogió el fruto de sus desvelos; un tallo sarmentoso y desairado se levantaba a varios metros, pero entre el áspero follaje doraba el sol hermosísimos racimos, con los cuales fabricó el primer vino que ha bebido la raza humana, la cual se aficionó al sabroso licor y muy luego abusó de él.

Entonces Dionisio fué testigo de un gran prodigio. Cuando los hombres comenzaban a beber, se ponían tan alegres que cantaban como pájaros.

Cuando habían bebido algo más, se volvían feroces como leones.

Cuando llegaban al exceso, bajaban la cabeza y presentaban el aspecto estúpido de un asno.

Y salió por un caminito y entró por otro...

¿Queréis, hijos, prometerme no beber vino, ni ninguna clase de bebidas alcohólicas?

—¡Oh! sí — dijeron todos, y entre besos prometieron a la abuelita no probar jamás, como no fuera por mandato del médico, el licor aquél, que enturbia la inteligencia y desfigura el rostro hasta el punto de hacernos asemejar al animal de las orejas grandes.

LÉXICO.

Grecia. — País al sur de Turquía; su capital es Atenas.

Nascia. — Antigua ciudad de Grecia.

Dionisio o Baco. — Dios del vino; en Grecia se celebraban fiestas en su honor.

Fémur. — Hueso del muslo.

León. — Mamífero perteneciente al orden de los carnívoros; hoy no existe en Europa.

Adaptar. — Acomodar, ajustar una cosa con otra.

Adulterar. — Falsificar.

Arbusto. — Cualquier planta pequeña de tallo leñoso; la vid no es un arbusto.

Calcinar. — Calentar excesivamente.

Follaje. — El conjunto de hojas de una planta.

42.

La propiedad

«Amad al pueblo en vez de despreciarlo, porque es el verdadero fundamento del Estado. Si este fundamento es sólido, no podrá el Estado ser destruido».

Pensamiento chino.

La propiedad levanta la condición del hombre e imprime a su carácter la independencia que en la vida asume; y como ha sido adquirida por el trabajo, que es un esfuerzo y preparada por la economía que es una previsión, le da la conciencia de sus facultades y de sus fuerzas.

El propietario se reconoce entonces dueño de su destino por que ha luchado hasta realizar el sueño de su ambición y por que ha vencido.

De ahí en adelante principia para él una nueva vida, por que la propiedad la ocupa y la dilata, trayendo consigo aquellas preocupaciones de porvenir, que son el tormento y el orgullo del hombre. Su alma deja de flotar incierta, por que sus preocupaciones tienen ya un rumbo y su voluntad una dirección. La propiedad lo ha incorporado a la vida del país. Sus leyes le protegen, la prosperidad general acrecienta su valor; y sus instituciones libres le aseguran el empleo de su inteligencia y de sus brazos para continuar siempre ascendiendo por el camino de la fortuna y de la consideración social.

Así el propietario, aunque haya nacido en lejanas regiones, se convierte en *ciudadano*, por que realiza la

hermosa definición de la ley romana, *viviendo del derecho y de la vida de la ciudad*.

Luego, entonces, si hay un país regido por una constitución social no basada sobre el privilegio que favorece y que excluye, sino sobre la igualdad que omite distinciones y en el que se requiere, sobre todas las cosas, respecto de los individuos que la componen, amor a las instituciones públicas, inteligencia y energía para ejercer los propios derechos, firmeza para mantenerlos; este país debe tener como ciudadanos propietarios libres, por que solo la libertad y la propiedad pueden desenvolver estas cualidades y estos sentimientos en el hombre. Las palabras de Benthon en el Senado de los EE. UU. deben por lo tanto ser nuestra bandera, principiando por abjurar a su sombra viejas preocupaciones: «Multipliquemos por todos los medios la clase de los propietarios libres para perpetuar la república».

NICOLÁS AVELLANEDA.

«Estudios Sobre las Leyes de Tierras Públicas».

43.

Mirando al mar

La mañana.

Es la brisa tibia y leda
un aroma que desmaya,
tendido al sol en la playa
peina el mar canas de seda.

Rodando su azul gigante
que de nubes se enmaraña,
el cielo es una montaña
de mármol y de diamante.

En la arena, apenas rota,
escribe asidua la espuma,
y le dan papel y pluma,
las alas de la gaviota.

L. Lugones.

¡Cuánto cambia de color el mar inmenso!... ¡Quién habló de la monotonía del mar? La dura tierra sólo varía en el espacio; el mar cambia y se transforma en el tiempo. Allí donde hace un instante tuvo una fisonomía, ahora tiene otra diferente. Esa inmensidad es un perpetuo «devenir», sin punto de reposo, sin velocidad de fijeza. ¡Qué paleta como la que le surte de matices? ¡Qué gama como la gama de sus sonidos? ¡Qué imaginación más rica en formas que ella, nunca igual a sí misma?... Yo quiero que detengáis el pensamiento en un aspecto, nada más, de esa variedad infinita; en la mudanza del color. ¡Qué raras invenciones de tintas las que saca a luz sobre el lomo, ya crespo, ya sumiso! Para estos cambios suele bastar un instante: lo que se tarda en quitar la mirada y devolverla. Y ¡qué es lo que obra en ellos como causa? ¡Qué es lo que colora de

nuevo y de improviso la sublime extensión? A menudo sólo una nube que cruza por el cielo, sólo un rayo de sol que, rasgando el seno de las brumas, toca el haz de la onda; cosas de allá, de la región de lo leve, de lo vago, de lo inaccesible... Tengo la imaginación hecha de tal modo que toda apariencia material tiende en mí a descifrarse en idea. La naturaleza me habla siempre el lenguaje del espíritu. Observando, desde la playa, esto que ahora apunto, yo pensaba en ese otro mar, extraño y tornadizo, que es la multitud de los hombres; y pensaba luego en mil cosas ligeras, aéreas, ideales, que flotan a toda hora sobre el mar humano, allá donde no alcanza la furia de sus olas; concepciones de almas ilusas, candideces de almas puras, ensueños de almas bellas... Y me producía una suerte de embeleso el pensar que basta a veces el toque leve, sutil, de uno de esas cosas delicadas, sobre el lomo del salvaje monstruo inquieto, para colorearlo de nuevo un instante: para que la muchedumbre, — la formidable fuerza real, — se rinda, como la cera al sello, a la toda poderosa debilidad de una palabra del poeta, de una promesa del visionario, de un ¡ay! del desvalido.

JOSÉ ENRIQUE RODÓ.

«El mirador de Próspero».

44.

El Cóndor

En la empinada roca
que los valles domina
y con su frente hasta las nubes toca,
ve allí el águila andina,
el soberbio animal, rey del espacio,
pisar con altivez la excelsa cumbre,
medir la inmensidad, bañarse en lumbré
del etéreo palacio.
Alza el desnudo cuello,
y cresta y corvo pico luce ufano,
y con ojos de vívidos destellos
penetra la extensión, el bosque, el llano.
Bate las alas de potencia suma,
arrójase a escalar el firmamento,
devora espacio, y a través del viento
lleva rizada la morena pluma.
Atrás deja la nube
donde el rayo se forja y brama el trueno
y en ondulante giro sube y sube
a las regiones del azul sereno.
Ni el aire enrarecido, ni la llama
del astro abrasador — candente hoguera
que los mundos inflama —
parar pueden un punto su carrera.
Nada ataja este ardor, esta osadía;
inmensidad y luz busca en su anhelo,
y luz e inmensidad le brinda el cielo,

y hacia el cráter del sol el rumbo guía.
Allá se cierne en estupenda altura,
por los desiertos del espacio avanza,
y un leve punto en la extensión figura
que humano ser a distinguir no alcanza;



El cóndor.

no más pronto, del mar en lontananza,
alígero bajel corta la espuma,
y se disipa entre lejana bruma.
Ya el fuego aspira de la ardiente zona,
y su ambición la intrepidez corona;

ve de cerca los vivos resplandores
con que se ciñe el luminar del día,
y debajo los mares luchadores
y por doquiera la región vacía.
En esta soledad goza su pecho,
rey de los seres que el espacio encierra,
todo el azul para volar estrecho,
y el sol delante y a sus pies la tierra.
Tal se encubra el ingenio peregrino
y a la gloria inmortal se abre el camino.

VICENTE CORONADO.

LÉXICO.

Cóndor. — Entre las aves de rapaña se distinguen los buitres, porque tienen la cabeza y el cuello pelados, mientras que las águilas los tienen cubiertos de plumas; sólo en sentido figurado puede decirse, refiriéndose al cóndor: «he ahí el águila andina». El cóndor es un buitre; es una de las aves que puede volar más alto; es muy dañino y perseguido.

Aligero. — En este caso significa muy veloz.

Aire enrarecido. — Se dice del aire cuando está menos denso que lo general. En las mesetas y partes elevadas de las montañas el aire está enrarecido.

Etéreo. — Fúlgido, luminoso, resplandeciente.

Osadía. — Audacia, atrevimiento.

EJERCICIO.

Búsquese el superlativo de las siguientes palabras: Bueno—dulce — amable — fuerte — débil — pobre — rico — feliz — contento — cariñoso — malo — afable — noble — caritativo — bondadoso.

¿Qué representa el cóndor como símbolo? (belleza, fuerza, fortaleza). ¿Cómo consideran los poetas a muchos animales dañinos, como el león, el águila, el cóndor? ¿Cómo los consideran los naturalistas y por qué la gente los persigue? Comparación de estos animales con los malhechores de cuerpo hermoso y alma perversa. Injusticia de muchos juicios humanos.

45.

La princesa sin corazón.

Unos. — No entreis ahora en la cámara regia. Es la hora solemne. Llegaron las hadas, las hadas benéficas. En torno a la cuna bendicen propicias.

Otros. — No faltó ni una sólo al bautizo de nuestra princesa. ¡Princesa dichosa entre todas!

Unos. — ¡Será la más bella!, dijeron unas.

Otros. — De todos amada, dijeron otras.

Unos. — Le ofrecen tesoros. La torre de plata que el rey construyera, la torre, hundida tan hondo como alta se eleva hasta el cielo, no basta a guardar los tesoros que ofrecen las hadas a nuestra Princesa.

Otros. — ¡Oh Princesa, dichosa entre todas! Las hadas rodean tu cuna, las hadas benéficas.

Unos. — ¡Dichosos nosotros, porque ella será nuestra reina!

Otros. — ¡Dichoso su reino entre todos!

Unos. — ¡La abundancia y la paz, serán siempre en su reino!

Otros. — ¡Callad! ¡Callad! Son las hadas que vuelven. (PASAN LAS HADAS).

Unos. — Su hermosura es la luz, es la luz del cielo. Luz rosa de aurora, aurora de un día de felicidad.

Otros. — La luz de una noche feliz.

Unos. — Todas son hermosas. Su hermosura es una armonía que acaricia el alma.

Otros. — Mal habrá quien se atreva a decir cuál es más hermosa.

Unos. — Mal habrá de cierto. ¡Benedicid, bendecidnos, señoras hadas!

Hadas. — Para todos paz y amor, paz y amor.

Todos. — Nos bendicen las hadas.

Rey. — Amigos, servidores, amigos todos: Más de llorar que de reir es mi alegría, tan grande y tan dulce alegría. No parece del mundo este día; el corazón a brincos baila en mi pecho, salta, salta, y se asoma a los ojos en llanto, en risa a los labios, y lloro y río de tan grande y dulce alegría; no parece del mundo este día, este día de la vida mía. Hubo grandes dolores en la vida mía; en mi reino hubo guerras y pestes y grandes carestías, y el gemir de mi pueblo fué por mucho tiempo para mis oídos como el oleaje del mar, noche y día, gemir infinito. Hoy es la esperanza, hoy es la paz y es la abundancia y la promesa de todos los bienes. Las hadas bendijeron la cuna de mi hija, de vuestra Princesa. Sobre el reloj de arena que contara las horas de sus días, desgranaron como collar de perlas el collar de sus dones. Hermosura, poder, riqueza, y todos agrados. A sus ojos, un mirar que alegra como la luz del sol, un mirar que consuela como luz de luna; a sus cabellos, llamarada de oro en sus rizos, suavidad de seda en sus hilos; a su boca, voz melodiosa, liras y ruseñores y vibraciones de cristal y plata, de palmas que arrullan y de arroyo que salta entre guijas. Majestad y gracia a toda su persona; tal majestad, que pudiera vestirse de harapos y correr los caminos por extrañas tierras, y todos dirían al verla: «¡Es una reina, es una reina!» Gracia y agrado tales, que la espada de la Justicia, como el puñal de la Venganza, serán en sus manos gentiles adornos, como ramo de flores o abanico de plumas, y los castigados, los condenados por su justicia o su venganza, sonreirán agradecidos a

la muerte, y dirán al morir: «¡Dulce y bella es la muerte que de tí viene, señora nuestra, bella señora!»

Cortezanos y servidores. — Generosas como nunca fueron las hadas. Pero, decidnos, señor y rey, dos veces las vimos: cuando llegaron colmadas de ofrendas y cuando partieron después de ofrecidas. Entre todas una, la reina de todas, sólo un cáliz de oro llevaba en sus manos; sin duda era henchido de un raro encanto que salud y hermosura asegura.

Rey. — Nada trajo en el cáliz de oro, ni piedras preciosas, ni encantos sutiles. Ella sola entre todas las hadas, la reina de todas ofrenda no rinde. Su encanto es misterio que nadie comprende. «Sin mí nada valen los dones de todas las hadas, yo sola su dicha aseguro»... ¿Y sabéis lo que guarda en el cáliz de oro? ¡El corazón de la Princesa!

Todos. — ¡Su corazón, su corazón! ¿Y vive?

Rey. — Vive, vive, y alegre sonrío, y nunca habrá pena. La reina lo dijo: «Yo sola su dicha aseguro. Si dentro del pecho un corazón siente, no hay dicha posible».

Todos. — Ni pena ni dicha. Sin corazón, ¿cómo puede vivirse?

Rey. — Bastan los sentidos para gozar sin pena los goces de la vida; bastan los sentidos para la alegría; del corazón viene la pena toda. La reina de las hadas bien lo sabe, sabe más que nosotros, sabe más que todos. Ella sola su dicha asegura. ¡Qué dichosa será la hija mía! ¡Todo alegre en su vida, que todo es alegre cuando sin corazón se vive!

Todos. — Misterioso encanto será el de las hadas. Sin corazón, ¿cómo puede vivirse?

J. BENAVENTE.

«La princesa sin corazón».

46.

El desierto

Era la tarde, y la hora
en que el sol la cresta dora
de los Andes. El desierto
incommensurable, abierto
y misterioso, a sus pies
se extiende; ¡triste el semblante,
solitario y taciturno
como el mar, cuando un instante
al crepúsculo nocturno,
pone rienda a su altivez!

Gira en vano, reconcentra
su inmensidad, y no encuentra
la vista, en su vivo anhelo,
do fijar su fugaz vuelo,
como el pájaro en el mar.
Doquier campos y heredades
del ave y bruto guaridas,
doquier cielo y soledades
de Dios sólo conocidas,
que él solo puede sondar.

A veces la tribu errante
sobre el potro rozagante,
cuyas crines altaneras
flotan al viento ligeras,

lo cruza cual torbellino,
y pasa; o su toltería
sobre la grama frondosa
asienta, esperando el día
duerme, tranquila reposa,
sigue veloz su camino.

¡Cuántas, cuántas maravillas
sublimes y al par sencillas,
sembró la fecunda mano
de Dios allí! ¡Cuánto arcano
que no es dado al mundo ver!
la humilde yerba, el insecto,
el silencio, el triste aspecto
de la grandiosa llanura;
el pálido anochecer.

Las armonías del viento,
dicen más al pensamiento,
que todo cuanto a porfía
la vana filosofía
pretende altiva enseñar.
¿Qué pincel podrá pintarlas,
sin deslucir su belleza?
¿Qué lengua humana alabarlas?
Sólo el genio su grandeza
puede sentir y admirar.

Ya el sol su nítida frente
reclinaba en occidente,
derramando por la esfera
de su rubia cabellera
el desmayado fulgor.

Sereno y diáfano el cielo
sobre la gala verdosa
de la llanura, azul velo
esparcía, misteriosa
sombra dando a su color.

El aura, moviendo apenas
sus olas de aromas llenas,
entre la yerba bullía
del campo que parecía
como un piélago ondear.
Y la tierra contemplando
del astro rey la partida,
callaba, manifestando
como en una despedida,
en su semblante pesar.

Sólo a ratos, altanero
relinchaba un bruto fiero
aquí o allá, en la campaña;
bramaba un toro de saña,
rugía un tigre feroz:
o las nubes contemplando,
como estático y gozoso,
el yajá, de cuando en cuando
turbaba el mundo reposo
con su fatídica voz.

Se puso el sol; parecía
que el vasto horizonte ardía:
la silenciosa llanura
fué quedando más oscura
más pardo el cielo, y en él,

una que otra estrella, y luego
a los ojos ocultaba,
como vacilante fuego
en soberbio chapitel.

El crepúsculo entre tanto,
con su claroscuro manto,
veló la tierra; una faja
negra como una mortaja,
el occidente cubrió;
mientras la noche bajando
lenta venía, la calma
que contempla suspirando
inquieta a veces el alma,
con el silencio reinó.

ESTEBAN ECHEVERRÍA ⁽¹⁾.

(1) Echeverría es uno de nuestros literatos más afamados. Sus composiciones líricas, sus poemas, sus escritos en prosa fueron leídos con avidez en los tiempos ya lejanos en que inició lo que puede llamarse el movimiento revolucionario de nuestra literatura. Echeverría era un hombre reflexivo, estudioso, inspirado y amante de la patria. — Pedro Goyena.

EL ROMANTICISMO: «Según el Diccionario de la Academia, llámase romántica a la escuela de escritores que no se ajustan en sus producciones a las reglas y principios observados en las obras de los escritores que se tienen por clásicos».

«El sentimiento de la naturaleza es moderno; entra en la literatura con el romanticismo. Los románticos asocian a su personalidad todo el mundo exterior; los bosques, las montañas, el mar son una prolongación de su personalidad». — Azorín.

Los escritores románticos argentinos más destacados son: Esteban Echeverría, D. F. Sarmiento, José Mármol, Bartolomé Mitre, J. B. Alberdi, V. F. López, Juan María Gutiérrez, Nicolás Avellaneda, Marcos Sastre.

47.

Puesta de sol

Por la calle solitaria
cuyo término confuso
vagamente se deslía
en el oro del crepúsculo,
silencioso y pensativo
como siempre, voy sin rumbo
enhebrando fantasías
en el aire azul y puro.

Tranquila está la barriada,
los talleres están mudos,
no se ven las chimeneas
empenachadas de humo,
y, a lo lejos, de las fábricas
salen, alegres, los últimos
obreros que se atropellan
en caprichoso tumulto,
y cuyas blusas azules
borda el sol de hilos purpúreos.

LUIS G. URBINA.

«Antología romántica».

48.

La Cabaña

«Pensad antes de obrar, y no comencéis nada sin haber consultado las circunstancias bien a fondo».

Pensamiento chino.

II.

Para obtener fruto en una obra debemos proceder: primero con orden; segundo con perseverancia. Si tra-



Los niños eran aficionados a los animales; Anita tenía un ganso de Egipto.

bajamos muchas horas durante un día y nada durante una semana, muy poco provecho hemos de sacar; pero si durante un mes, un año, dedicamos a un trabajo una o dos horas diarias, los resultados serán sorprendentes.

Así lo comprendió nuestra amiga, y en consecuencia, no se empeñó en arreglar su jardín en siete u ocho días, cosa que la hubiera obligado a trabajar sólo en aquéllo, lo que no podía ser, pues ella se debía al manejo

de la casa, para vigilar y hacer personalmente muchas cosas.

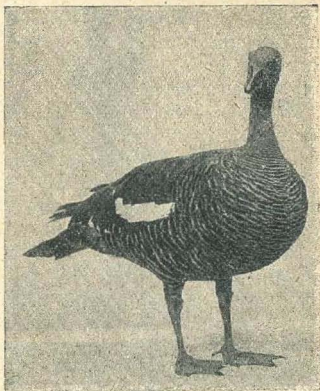
Después de reflexionar sobre la mejor manera de distribuir su tiempo, decidió ocupar en la limpieza del jardín dos horas todos los días por la mañana, bien temprano, y una a la tardecita, cuando ya el sol hubiera perdido su fuerza.

Como no tenía niños que perturbaran su sueño, resolvió levantarse a la madrugada junto con su esposo; a las 4 estaban ya en pie, después se desquitaban con una hora de siesta al mediodía, y acostándose temprano.

El 1.º de marzo dió principio a la tarea que se había impuesto, tarea que, aun siendo de su gusto, importaba sacrificios. No es fácil, para una joven criada en la ciudad, donde todo es bullicio, acostumbrarse a la soledad del campo, ni es fácil acostumbrarse a madrugar, así no más, de buenas a primeras; pero Amalia puso al servicio de su resolución toda su fuerza de voluntad.

Los primeros días, cuando el señor Viera la llamaba, con gusto se habría hecho la dormida o remoloneado un poco; pero resistió valientemente las tentaciones.

Las manos de una joven criada en la abundancia no son aptas seguramente para manejar el rastrillo, las



Pedrito era dueño de una avutarda.

tijeras de podar, la azada; Amalia las protegió con guantes fuertes y gruesos, y si hubierais visto en aquellos días su gentil figura con su pollera de brín, corta, calzado un poco fuerte y polainas de cuero, protegida la cabeza, ya con una gran gorra de sol, ya con un sombrero de anchas alas que bajaban a los costados cubriendo el blanco cuello y el rostro encantador, la habríais tomado por una aparición, por una hada que se entretenía en libertar sus plantas favoritas del dominio impertinente de la maraña.

Pronto rosales, magnolias, cicas, latanias, camelias, fueron surgiendo en el espacio despojado; el boj y la santonina que rodeaban los canteros habían crecido como pasto, y fué necesario cortar y entresacar plantas, podar las rosas, ordenar canteros de violetas, sacar las plantas secas.

El peoncito José aflojaba la tierra punteándola; se arregló la distribución del agua, para la cual había ya dos o tres depósitos que la recibían por cañería; se ataron y ordenaron los jazmines, madreselvas, campanillas, ipomeas ⁽¹⁾, y otras enredaderas que debían proteger los corredores y glorietas.

Dos meses después, cuando el invierno empezaba a hincar sus uñas de hielo, el trabajo estaba casi terminado.

(1) *Ipomeas*: enredaderas con grandes flores de suave perfume algunas de las cuales son llamadas *Damas de noche*.

49.

Una carta

Mi querido amigo:

.....

Nuestro trabajo se acerca a su término: hemos instalado el campamento en el punto denominado «Rinconada», probablemente porque la inmensa cadena de médanos que rodea al cerro «Pie de Palo» por el Sur y el Este, forma en esa parte un ángulo recto, desarrollando sus estériles colinas hacia el río Bermejo, a cuya orilla van a perderse.

Atrás hemos dejado los misteriosos «llanos» de La Rioja, donde a cada paso se cree ver la sombra del «Chacho» o bien la del «Tigre».

La sierra de la Huerta que nos separa de ellos no se alcanza a ver ya, sino bajo la forma de ligeras nubes azuladas. En el ardiente deseo de llegar, hemos olvidado casi los algarrobales seculares de la orilla del Bermejo, donde vienen a proveerse de *rodrigones* los viticultores de San Juan.

En este momento llegan nuestras mulas aguateras; vienen del «Camperito», distante tres leguas al Norte de nuestro campamento. Todos los días harán el mismo viaje, acompañadas con los demás animales que van a beber y todos los días experimentamos la misma sensación de alegría, la misma satisfacción íntima, al oír el murmullo del líquido bienhechor al pasar de los barriles al tanque en que se le deposita.

No nos decimos nada y, sin embargo, cada uno de nosotros sabe que el otro piensa. ¡Ya tenemos agua!



Paisaje serrano.

R. Giudice

Y hace más de un año que, salvo raras excepciones, aquéllas en que hemos levantado nuestras carpas al lado de alguno de esos escasos manantiales de agua apenas potable que salpican, aquí y allá, estas tristes regiones, el mismo pensamiento acude a nuestra mente.

Es que el agua, tan despreciada por aquéllos que nunca se han sentido amenazados por la sed, reviste aquí las formas de una hada benéfica, a cuyo contacto renace la vida.

No hay anécdota, relato de viaje, ni incidente, en que el agua no sea el personaje principal; las tradiciones mismas, fuentes inagotables de la Historia, no escapan a su influencia.

¡Y qué contrastes entre ellos!

Por un lado la famosa Martina Chapañay, jefe de una *banda* de salteadores, sirviéndose de la naturaleza, inocente cómplice, que obligaba a los viajeros a acercarse a las aguadas donde les esperaba para robarles y aun asesinarles, por otro: la finadita «Correa» que muere de cansancio y de sed entre dos aguadas, víctima de un suelo desheredado.

Martina Chapañay es la protagonista principal de los cuentos de fogón; el relato de sus hazañas, quizá algo aumentado por el tiempo, despierta recuerdos aún palpitantes.

De la finadita Correa no se habla, se aspira el suave perfume que parece esparcirse desde su tumba, se piensa en ella, mientras acude a la memoria su lamentable historia:

«Hace próximamente 35 años, una pobre mujer de apellido Correa, cargando su hijito, se dirigía desde los Llanos a San Juan, en busca de su marido, a quien habían apresado; tenía indudablemente toda la voluntad de aquéllos que saben que nada tienen que esperar, sino de sus propias fuerzas; toda la energía de una madre en demanda del pan para su hijo; pero sus fuerzas la abandonaron en el Vallecito. Cayó vencida por la sed, pero sin que la tortura le quitara un último destello de inteligencia.»

«No pudiendo caminar más, decidió morir en la cima de un cerrito desde donde su hijito pudiera ser visto. Y así fué, un pasajero dió sepultura al cadáver y después de plantar una cruz en el cerro, se llevó al niño, que hasta hace algunos años vivía en San Juan.»

«Al poco tiempo se esparció la voz de que la finada hacía milagros: Fulano había encontrado sus mulas

perdidas, inmediatamente después de haber hecho un voto; Zutano a quien se le había cansado el caballo, pudo llegar hasta la aguada más próxima, gracias a una promesa.»

«Pero la fama de milagrosa de la *finadita* quedó definitivamente asentada — para las gentes candorosas de aquella región — cuando el señor C..., después de haber encontrado unos animales que se le habían perdido, le hizo levantar un pequeño monumento a la orilla del camino a San Juan.»

«Desde entonces la tumba de la buena mujer es visitada por todos los pasajeros, sin excepción, y una sencilla caja de madera, recibe su óbolo. Llama la atención el gran número de vales que se ven allí al lado de dinero contante. Dichos vales representan cantidades tomadas en préstamo a la *finadita* por aquéllos que se ven necesitados, y se dice que no hay ejemplo de que alguno haya dejado de devolver lo que llevó.»

«Es aquél un *banco* ideal de un cristianismo admirable.»

E. P.

EJERCICIO.

- Señalen en el mapa las montañas y ríos nombrados.
- ¿Quién era el «Tigre de los llanos»? — ¿Quién el Chacho?
- Busquen datos en el «Facundo» de Sarmiento.
- Busquen datos para una descripción de «Los llanos de La Rioja».

50.

El comercio de sal durante el coloniaje

Esparecidas en nuestro territorio desde Patagonia hasta Jujuy, hállanse lagunas saladas de todos tamaños, muchas de las cuales fueron explotadas por los indios y luego por los españoles. La menos favorecida por grandes depósitos salinos es la zona litoral, es decir: las provincias de Santa Fe, Buenos Aires, Entre Ríos y Corrientes.

Debido a dicha circunstancia las colonias del litoral que sufrieron épocas de suma escasez en artículos de primera necesidad, sufrieron también carestía de sal.

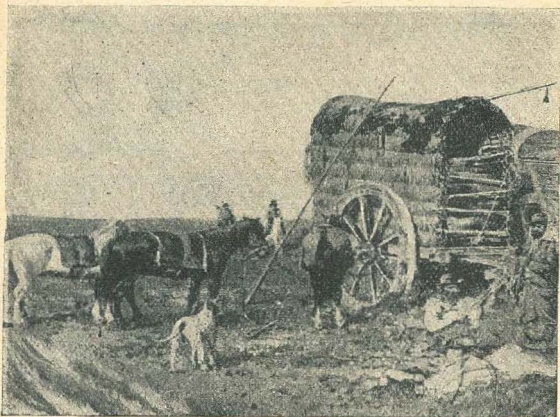
En las actas de los Cabildos se hallan a menudo referencias a dicha escasez y a providencias tomadas para que aquéllos que la tenían no abusaran del público vendiéndola a precios exorbitantes.

He aquí algunos ejemplos:

El 12 de octubre de 1621 el regidor don Diego de Trigueros propuso al Cabildo que, en vista de estar la ciudad muy falta de sal y sabiéndose al mismo tiempo que los navíos surtos en el puerto tenían bastante de ella, pero no querían venderla, él, como regidor, pedía que fuera sacada la sal de dichos buques y se vendiera y repartiera a los vecinos.

En el Cabildo del 9 de septiembre de 1661 se leyó una petición del procurador general en que se pedía remedio por la falta de sal, obligando a los que la tuvieran a manifestarlo. En 1665 tomó el gobierno par-

ticulares resoluciones respecto a la sal que guardaba un tal Abaca, obligándole a venderla al por menor y amenazándole con aplicarle multa si no obedecía.



En 1669 no había sal en Buenos Aires; calcúlese, pues, cuál sería la satisfacción con que se recibió la noticia de haber sido descubierta una gran laguna de la cual podía extraerse dicha substancia.

Desde el primer momento se acordó que los vecinos pudieran sacar de ella toda la sal que desearan para venderla luego, a condición de que su precio no excediese de un peso el almud, debiendo destinar un real de dicho peso para la obra de la iglesia.

En éste como en otros casos, los cristianos tomaron

posesión de la salina sin tener en cuenta el derecho de los indígenas que vivían en sus inmediaciones y las explotaban hacía mucho tiempo.

Los viajes a «Salinas Grandes» que empezaron a hacerse con bastante regularidad, todos los años, a principios del verano, fueron siempre con acompañamiento de fuerzas, y como a la expedición oficial se unían muchos particulares de la campaña con sus carretas y peones, se formaba un largo convoy el cual atravesaba la hoy provincia de Buenos Aires, cuyo territorio estaba entonces, en su mayor parte, en poder de los indígenas.

La más importante de tales expediciones salió durante el gobierno de Vertiz. Llevaba un conjunto de 1000 hombres, más o menos: 12.000 bueyes; 600 carretas; y una escolta de 400 soldados, lo cual nos prueba dos cosas: la importancia y cantidad del artículo a extraer, y el peligro que debían afrontar al internarse en la región dominada por los puelches.

51.

Juan Martín de Pueyrredón

El nombre de Pueyrredón está asociado a los hechos más distinguidos de la revolución argentina. Actor unas veces, colabora en otras, influyendo en los acontecimientos.

Hijo de don Juan Martín de Pueyrredón, francés, y de doña Rita Dogan, natural de Buenos Aires, nació en esta ciudad el 18 de diciembre 1776.

Independiente por su fortuna, ilustrado por su educación en Europa, donde pasó la primera juventud, la conquista de Buenos Aires por tropas de S. M. Británica en 1806 le convierte en revolucionario y en soldado.

En el combate de Perdriel cosecha sus primeros laureles, llevando una carga temeraria al centro mismo de las filas inglesas.

Tendido su caballo por una bala de cañón, estaba a punto de perecer cuando uno de sus jinetes, acercando el anca del suyo, recibe al intrépido joven, que de un salto toma la grupa, y desaparecen impávidos.

Así se mostraba en su cuna, brava y gentil, bautizada por el fuego, la después famosa caballería del Río de la Plata.

El 12 de agosto, día de la reconquista, Pueyrredón se bate en las calles de Buenos Aires y desemboca el primero en la Plaza de la Victoria, seguido de sus valientes húsares, alcanzando a quitar una banderola ene-

miga, en momentos de correr al Fuerte, Berresford y los suyos.

La influencia europea que simboliza Liniers en ese combate brazo a brazo, se encontró a un mismo nivel con la influencia criolla encarnada en Pueyrredón.

El Cabildo premió la conducta de este último con un escudo de honor, enviándole en seguida, como su diputado a la corte de Madrid. En tal carácter hizo inútiles reclamaciones para mejorar la condición de sus paisanos de América, sin obtener otra cosa que la confirmación de Liniers en el mando, y la célebre respuesta del ministro Caballero, *de que Buenos Aires tenía bastante con la minería, la pastora y la teología.*

Invadida España en 1808 por el ejército de Bonaparte, el enviado porteño vuela, con peligro de su existencia, hacia su patria; mas antes de conseguirlo es capturado en Montevideo y remitido a Madrid por el gobernador Elío. Se escapa en el Brasil y parte directamente a Buenos Aires, donde llega a principios del año nuevo (1809).

Afiliado con los patriotas que trabajan en favor de la independencia, se hace sospechoso, y un emisario del virrey Cisneros lo prende y encierra en el cuartel de patricios.

Su remisión a España estaba resuelta por aquel funcionario, cuando debió inesperada fuga a los auxilios de Orma, Belgrano y Rodríguez Peña. Un buque preparado por estos últimos lo condujo a Río de Janeiro, llevando cartas e instrucciones para tratar de la emancipación con la princesa Carlota, esposa de don Juan VI.

Reclamada su persona en esa corte por el representante español, encuentra resistencia en el monarca, a condición de que el joven patricio, poniéndose a la cabeza

de doce mil portugueses, se presente cual otro Coriolano a las puertas de su patria.

Una negativa categórica defrauda las intenciones del rey, y se convierte en desconfianza la benevolencia que le dispensaba.

Este cambio le hace dudar de su seguridad y resuelve alejarse prontamente.

Las cartas de Buenos Aires le daban cuenta, al mismo tiempo de los preparativos que se hacían contra Cisneros.

Juzgando maduro el proyecto, se embarca secretamente a fines de mayo de 1810, y toma tierra el 8 de junio siguiente, en la costa sur de la provincia.

Allí fué sorprendido, nos dice él mismo, con la nueva de la instalación del primer gobierno patrio. ¡Qué calcule su júbilo ante aquella noticia, el que sea capaz de figurarse lo amargo de sus fatigas en pro de tan solemne acontecimiento!

M. PELLIZA.

LÉXICO.

Huaqui. — Cerca del lago Desaguadero en Bolivia.

Combate de Perdriel. — Tuvo lugar el 31 de julio de 1806. Varios patriotas, que se estaban organizando para reconquistar a Buenos Aires, habían reunido unos 600 hombres con los que atacaron a los ingleses, siendo vencidos por éstos.

Napoleón Bonaparte. — Emperador de Francia. Entró en España con permiso para llevar la guerra a Portugal y expulsar a los ingleses; pero luego puso preso al Monarca y dió el trono de la península a su hermano José.

EJERCICIOS.

Subrayen los alumnos los nombres, indicando género y número.

Hágase ver que ésto es una biografía; analícese de acuerdo con los siguientes puntos:

I. Descripción de la persona. — II. Nacimiento, condición, vocación. — III. Carácter, disposición. — IV. Facultades mentales, rasgos característicos de su inteligencia. — V. Acontecimientos sucesivos empezando en el primer período de su vida. — VI. ¿Qué le hizo famoso?

VII. Busquen algunos datos referentes a la vida y obra de los grandes conquistadores: Alejandro Magno, Napoleón; y de guerreros como Aníbal, San Martín, Bolívar, etc.

Diferencia entre la obra de los guerreros conquistadores y la de los que combaten por la libertad de su país.

52.

El viento y el mar.

El viento despertó aterido, en la cima de la montaña más alta de la tierra, siempre cubierta de nieve. Su desperezar fué terrible, pues pareció que la cordillera temblaba, y la nieve comenzó a rodar por las laderas, arrastrando cuanto encontraba a su paso. Luego el viento se agitó y rugió:

—¡Tengo frío!

Huyó del monte dando saltos tan grandes como no los ha dado el animal más ligero. Los árboles más añosos se inclinaban a su paso. El viento no hacía más que tocarles y se doblaban. Al llegar a los valles, sintió ya el calor de la carrera y continuó rugiendo y saltando. Otra montaña le cerró el paso, y, después de haberla azotado como si quisiera derribarla, subió a sus picachos desgajando árboles y derrumbando rocas, y saltó al lado opuesto. Allí estaba el mar.

—¡Despierta, hermano! — bramó el viento. — ¡Aquí estoy yo!

—¿Por qué vienes a turbar mi reposo? — preguntó el Océano.

—Quiero jugar contigo. ¡Despierta!

Y para despertarle, el viento le sacudió con sus robustos brazos.

El mar se entregó al viento, que le levantó hasta las nubes y le dejó caer con estrépito; luego bajó a cogerle en el fondo del abismo, y, como locos, saltaron, corrieron, brincaron; bramando, silbando, rugiendo.

—¿Dónde está el rayo? — exclamó el viento. — Me gusta jugar contigo, ¡oh mar! cuando su luz siniestra enrojece las nubes.

—¡Aquí estoy! — respondió un acento metálico.

—¿Quién habla?

—Yo.

—¿Quién eres?

—El telégrafo.

—¿Qué tiene que ver el telégrafo con el rayo?

—El hombre me ha sujetado a este alambre y ha aprovechado mi velocidad para suprimir el espacio.

El viento soltó una carcajada. Al oírlo, las ballenas y los tiburones huyeron espantados hacia el polo.

—Sólo falta — dijo el viento — que el hombre suba a las nubes y te aprisione.

—Ya lo ha hecho. Pone el pararrayos encima de su morada y a él me tiene encadenado.

—¡Necio! Te creía más fuerte.

—¡Nubes, abríos y azotad la casa del hombre! ¿Dónde estáis?

—Aquí — contestó una voz estridente.

—¿Quién habla?

—La locomotora.

—¿Qué tiene que ver la locomotora con las nubes?

—Las tengo aprisionadas en mi seno. En vez de flotar en el espacio, se retuercen dentro de las paredes de mi caldera, y, convertidas en fuerza, arrastran largos trenes y suprimen distancias.

—¿Quién ha podido tanto?

—El hombre.

—¡Mar! — bramó el viento. — Tú no te dejas aprisionar como el rayo y las nubes.

—Yo tenía un secreto, — dijo el mar, — tenía abra-

zado un mundo y lo escondía a todas las miradas. El hombre lo adivinó, y un débil leño bastóle para arrebatármelo.

—¿Quién es el hombre?

—El que a tí te domina.

—¡A mí! — rugió el viento.

Y con cólera sacudió las aguas, que se convirtieron en montañas.

—¡A tí! — añadió el mar, — pues te obliga a mover las aspas de un molino y a hinchar las velas de un buque.

—¿Quién ha dado su poder al hombre?

—El que a mí, infinitamente grande, me puso por valla el grano de arena, que es lo infinitamente pequeño: Dios.

LÉXICO.

Viento. — El aire en movimiento.

Gaurisankar o Everest. — En los montes del Himalaya es la montaña más alta; mide 8.840 metros.

Alud. — Masa de nieve que se desprende de una montaña y rueda por su flanco.

Ballena. — Mamífero cetáceo de gran corpulencia; actualmente sólo se le encuentra en los mares vecinos a los polos. En el Austral han empezado hace pocos años grandes cacerías de ballenas.

Tiburón. — Pez condroptorigio, familia de los selacios: es el más voraz que se conoce; llega a tener más de 7 metros de largo.

Añoso. — Cargado de años.

Estrépito. — Ruido, fragor, estruendo.

EJERCICIOS.

I

¿Qué es el pararrayos? — ¿de qué se hace? — ¿para qué sirve?

Decir los nombres que toma el viento: I, según su dirección; II, según su rapidez; III, según la constancia o variabilidad

con que sopla. — ¿Qué quiere manifestar la locomotora cuando dice que tiene las nubes encerradas en la caldera? — ¿Cuál era el mundo que tenía escondido el mar?

IV. Hablen del aeroplano.

V. ¿Qué es el telégrafo sin hilos?

II

Homónimos

Amo:

Yo amo a mi padre.

Pedro es el amo de casa.

vela (substantivo).

jacinto (flor);

gentil (pagano);

cáncer (enfermedad);

amo (tiempo de verbo);

amo (substantivo).

Cáncer (signo de Zodiaco).

Jacinto (nombre de persona).

gentil (gracioso, elegante).

vela (tiempo de verbo).

Explicar lo que significa palabras homónimas.

Formar oraciones con los homónimos dados y buscar otros. En las oraciones que se piden, háganse entrar algunos nombres compuestos y las palabras; viento, telégrafo, locomotora, ballena, alud, tiburón.

53.

El Yassí-Yateré

Lía, la gordita, sentada a la puerta del rancho, mecía con sin par ternura a su muñeca de trapo, a su Rorro. En vano el Paraná murmuraba allí cerca; en vano las hojas cenicientas de las cecropias se destacan plateadas sobre el verde obscuro de los mirtos; en vano los helechos balancean al viento el encaje de sus frondas o las sensitivas pliegan sus foliolos para substraerse al beso de fugitiva mariposa; todas las bellezas que el trópico brinda al pobre albergue para su ornato, no tienen para la gordita el encanto supremo de los ojos de Rorro, bordados con hilo negro sobre fondo blanco, aquellos ojitos que no pestañean, que la miran siempre.

Los rizos de la niña brillan bajo el sol de Misiones, formando aureola al rostro angelical y sonriente.

Juana, la madre de Lía, ocupada en las faenas caseras no oyó el siniestro silbido de Yassí-Yateré, el enano que sale del bosque a robar niños.

Entre tanto la rubiecita cantaba:

Duerme, hijo mío; mira, entre las ramas

Está dormido el viento;

El tigre en el flotante camalote,

Y en el nido los pájaros pequeños.

Ya no se ven los montes de las islas:

También están durmiendo.

Han salido las nutrias de sus cuevas;
Se oye apenas la voz del teru-tero.

J. Zorrilla de San Martín.



Lía, la gordita.

Y cantando para adormecer a Rorro, dobló ella su cabecita, los cabellos rubios cayeron desordenados sobre

la carita rosada, y cubrieron los azorados ojos de la muñeca dormida.

Escondido detrás de un laurel secular, el Yassí-Yateré, precioso enano rubio, cubierta la cabeza con un gran sombrero de paja y un bastón de oro en la mano, espiaba el momento propicio para apoderarse de aquella hermosa criatura.

En cuanto la madre se alejó, Yassí, sonriendo maliciosamente, se aproximó con sigilo, tomó a Lía en sus robustos brazos y corrió al bosque.

El grito lanzado por la niña al despertar, atrajo a la madre asustada; pero sólo fué para ver al enano alejarse con su hijita en brazos, y penetrar presuroso en el intrincado ramaje, sin que le detuvieran lianas, ni tacuarembós, porque todas las ramas y malezas se apartaban al acercarse Yateré, y, cuando pasaba, volvían a cerrarse, de modo que pronto se perdió de vista.

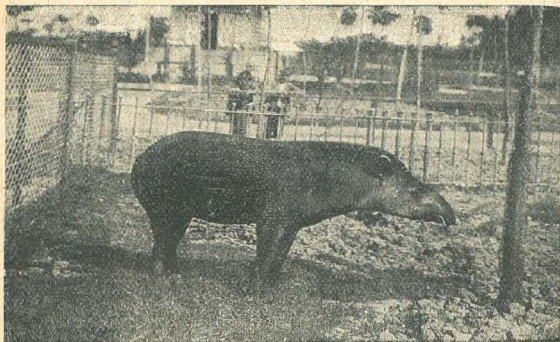
Empero Juana, como madre que era, y como madre valerosa, se propuso arrancar su hijita de manos del ladrón, y sin reflexionar en los peligros de la selva, penetró resueltamente en su inhospitalaria espesura.

Árboles enormes, atados por tacuarembós y lianas, le cerraban el paso y extraviaban su camino; millones de mirines cubrían su rostro chupando con rapidez el sudor que lo inundaba; de pronto se detuvo paralizada por el terror: un *yagareté* había lanzado formidable rugido.

—Si retrocedo — pensó Juana — pierdo mi gordita: ¡no; adelante! — y siguió caminando hasta que se detuvo de nuevo, helada y temblando: el cascabel del Crótalo sonaba rápidamente, como si la serpiente estuviera furiosa; desafiarla era morir. Se detuvo, pues, sin hacer movimiento, hasta que el reptil, aquietado, siguió su camino, haciendo sonar más lentamente sus cascabeles.

El día se había apagado casi por completo cuando, en una rama de mirto, divisó al Rorro que la miraba con sus ojos redondos y *estrávicos*; su boquita *preludiaba* un *puchero*, en tanto que su brazo informe se dirigía hacia la derecha.

¡Oh, adorable pequeñita! Estaba pálida de miedo, pero tenía valor para señalar, con su manecita sin dedos, el camino que llevara el raptor.



Tapiro: abunda en Misiones, Chaco, Paraguay, Brasil.

Siguió Juana la dirección indicada, llegó a un claro del bosque, y mirando con precaución desde un matorral, vió al Yassí, tendido sobre el musgo, contemplando a la niña robada.

Lía, acostada sobre una camita de *isipós*, fabricada por el enano, jugaba con el tesoro del bosque, con el Isondú.

El Isondú es la larva más hermosa que existe en América; su cabeza color de rubí brilla con espléndido fulgor; muchos rayos de luna se alojaron en sus anillos, de modo que, al moverse en la oscuridad, produce una luz más intensa que la de las luciérnagas.

Y la niña, cuando veía aquel lindo animalito moverse sobre su ropa, palmoteaba y reía de contento.

—Mira, Yassí — dijo una vez, — si Rorro viera este Isondú, cómo abriría los ojos. ¿Por qué no me traes a Rorro, enano?

—Se quedó a dormir en un mirto — dijo Yassí. — Mañana lo buscaremos, ahora duerme tú.

Cuando la niña se durmió envolviéndola con isipós, y cansado del juguete que había robado, el Yassí-Yateré se alejó para ir a espiar a unos tapiros que había visto al pasar.

Entonces Juana, guiada por el resplandor del Isondú, se acercó a su hijita, la tomó en brazos y emprendió con ella y Rorro el regreso a su rancho, al cual llegó cuando empezaba a clarear.

LÉXICO.

Yassí-Yateré. — Es un pajarillo que gusta de vivir en lo más intrincado de los bosques. Su grito, que repite frecuentemente, ha dado origen a la leyenda del enano que roba niños, debido quizá a que algunos indios malévolos lo imitan y cometen crímenes aprovechando el terror que inspira.

Misiones. — Gobernación Nacional. Señalarla en el mapa.

Paraná. — Una de los ríos mayores de la América del Sur. Señalarlo en el mapa.

Isipós. — Lianas de diversas especies.

Lianas. — Varias especies de enredaderas, cuyos vástagos se alargan muchísimo; abundan en los bosques tropicales.

Tacuarembó. — Especie de bambú; su follaje forma malla densa, impenetrable, de hebras entrelazadas e intrincadas en todas direcciones; cubre las sendas y envuelve con su tejido los matorrales ya por sí mismos muy espesos.

Mirines. — Abejitas silvestres de Misiones.

Yaguareté. — Tigre americano.

Crótalo. — En este caso me refiero a la víbora de cascabel que es un crótalo muy abundante en Misiones, Chaco, etc.

Destacan. — Surgen, sobresalen, llaman la atención.

Fronda. — Partes foliáceas de los helechos. — Conjunto de hojas o ramas que forman espesura.

Foliolo. — Parte de una hoja compuesta.

Aureola. — Círculo de luz que se coloca sobre las cabezas de las imágenes sagradas.

Siniestro. — Perverso, malvado, aleve.

Azorado. — Asustado, sobrecogido.

Sigilo. — Secreto; en este caso se acercó de modo que no le vieran ni sintieran.

Malezas. — Paraje abundante en malas hierbas o donde abundan matorrales.

Inhospitalario. — Que no da hospitalidad; se dice de las personas y de la naturaleza.

Larva. — Uno de los estados por que pasan los insectos en su metamorfosis.

EJERCICIOS.

Dados los siguientes nombres en masculino, escribir el femenino y algunas reglas respecto de su formación;

León — perro — carnero — caballo — hombre — tigre — elefante — cóndor — ratón — gallo — conde — emperador — poeta — héroe.

Señalen en el mapa el territorio de Misiones y digan lo que sepan de él. — Origen de su nombre. — ¿Qué fué de las misiones jesuíticas? — Nombren algunos pueblos que fueron misiones.

Animales peligrosos de la selva tropical. — Nombren los alumnos algunos y digan lo que de ellos sepan. — ¿Qué es el cascabel de la serpiente de este nombre? — Víbora de la Cruz. — Viviendas y alimentos de las serpientes. — ¿Qué simbolizan las víboras en general? — ¿Cuándo se dice que una persona tiene una lengua viperina? — Yarárá, Yacanina, Lam-palagua.

Carácter de Juana; de dónde sacó este valor; hágase resaltar el valor y la abnegación de las madres en general durante todas las fases de la vida de sus hijos; amor, respeto, veneración que éstos les deben. — Tema de composición: «Mi madre».

54.

Un cementerio original

Yendo de Córdoba hacia el antiguo convento de los Mercedarios, sobre la orilla derecha del río Primero, se nos ocurrió torcer por un atajo para visitar el arrabal de San Vicente.

Algo más que un arrabal de la docta ciudad, un pueblecito semejante a lo que son Flores, Belgrano y Barracas para Buenos Aires, eso es San Vicente. Como ellos, no surgió a consecuencia de la extensión de la ciudad, sino más bien como un conjunto aislado, que en el andar del tiempo irá soldándose a ella de una manera más digna de lo que hoy está.

En efecto, compónese San Vicente de dos barrios: el más vecino a Córdoba es un rancharío póbrrimo, pasado el cual se entra en la parte moderna, adelantada, de tendencias tanto más aristocráticas cuanto humilde es el rancharío.

Es, por otra parte, igual a cualquier barrio moderno de cualquier parte del país, pero tiene una nota sumamente pintoresca: el cementerio.

Traspone uno los umbrales de aquella mansión y desde el primer momento siéntese invadido por un hálito de paz y bienestar. Estamos en la casa de la muerte y, sin embargo, desearíamos permanecer en ella mucho tiempo; formulamos quizás, íntimamente, el deseo de dormir allí el último y más tranquilo de los sueños.

No existen en aquella necrópolis monumentos de esos que demuestran riqueza u opulencia, que impresionan

por la delicada labor artística.... En cambio hay allí algo tan humano y tierno que conmueve hasta las fibras más recónditas del alma.

Pasado el patio encuéntrase uno en una huerta, en un jardín de crucecitas multicolores: las hay blancas, rosadas, celestes, verdes, todas brillantes de limpieza, todas muy próximas unas a otras, como que allí entieran casi de pie a los muertos.

Es la parte dedicada a los niños: los pequeños inocentes descansan allí entre flores, unos vecinos a los otros, bajo la sombra de sus crucecitas que a lo lejos lucen también como flores.

Las coronas de flores artificiales desteñidas por la intemperie, el verde fresco del césped, los macizos de flores, sobre que se levantan las vistosas crucecitas, nos dicen que el amor a los que no existen tiene un templo en el corazón de los deudos que visitan y cuidan las sencillas tumbas. Pero, hay algo más: cada cruz lleva en su parte alta una cajita con tapa de vidrio dentro de la cual están guardados los juguetes que prefirió el pequeño.

Se ven allí muñequitas, lamparillas, caballitos, muñecos a caballo o en burrito, muñecas de porcelana, de celuloide y hasta de trapo. Ninguna tumba de niño carece de ellos; las pobres madres piensan seguramente que allá, entre los bienaventurados, ha de sonreír feliz su hijito al contemplar los objetos que alegraron sus juegos.

55.

El legado de Ana María

IV.

«No afirméis jamás; este acto de virtud es insignificante, séame permitido renunciar a él.»

Eurípides.

Que los pajarillos no hacen otra cosa que saltar de rama en rama, comer gusanillos y cantar...

—¡No, señor! Ni los gusanillos, ni las semillas se hallan tan al alcance de las avecitas que puedan éstas traerlas a medida de su antojo.

Todo animal, grande o pequeño, ha de buscar su alimento con tanta o mayor fatiga como el hombre busca el suyo. Todo animal tiene enemigos con los que le es necesario combatir o de los que está obligado a precaverse, viéndose estimulado a ejercer sus facultades en la lucha por la vida para procurarse materiales indispensables, tanto como en aprender estratagemas de ataque y defensa; de la defensa abierta y franca o por medio de simulación, como la practican muchos insectos, particularmente en su forma de crisálida, aparentando a menudo ser una rama seca, u otra cosa.

El que quiera observar lo que pasa a su alrededor tendrá más de una sorpresa; veamos algunos ejemplos.

Previsión. — Es una facultad muy desarrollada en ciertas especies. Cuando una manada de búfalos se esparce por una pradera, colocan en diversos puntos cen-

tinelas que dan la señal del peligro; llegado éste, las hembras y sus crías se reúnen, los machos toman posiciones a su alrededor, prontos a hundir sus puntiagudos cuernos en el cuerpo de sus enemigos.



El *guanaco* abunda en la región nord-oeste del país y en la Patagonia.
Su piel es muy útil y con su lana se hacen tejidos.

Otro tanto hacen los guanacos, elefantes, avestruces y focas. Siempre hay vigías que dan el alerta para que la manada pueda ponerse a tiempo en salvo.

El que haya observado una pareja de churrinches o de pecho colorado, en la época de nidificación, habrá podido comprender que no eligen sitio al azar. Examinan varios árboles y en cada uno muchas horquetas o ramitas, antes de decidir dónde han de edificar su casita.

La elección del sitio para el hogar de los futuros pichones lleva a la pareja tanto o más tiempo que la construcción de éste.

Igual cosa puede decirse de la «Ayuda Mutua». ¿Quién no ha visto a las hormigas tratando de auxiliarse en el transporte de la carga o recogiendo a sus heridos, con todo cuidado, para llevarlos al hormiguero, practicando, lo mismo que las abejas, el sabio precepto de «cada uno para todos y todos para cada uno»?

EJERCICIOS.

Hable de nidos; arte que despliegan algunas avecitas en su construcción; materiales que emplean. El hornero.

Derecho que tiene el animal a su cueva o su nido; el que lo destruye comete un delito, y lo comete impunemente porque no hay una ley que lo castigue. ¿Habéis pensado alguna vez en esto?

Nidos de insectos: albañiles, cavadores, fabricantes de celdas acartonadas, fabricantes de cucuruchos de hojas.

Muchos datos sobre aves encontrará en la revista «El Hornero» que publica la Soc. Ornitológica del Plata.

56.

Monteagudo a Sucre

Lima, Junio 23 de 1822.

Ministerio de Estado y Relaciones Exteriores del Perú.

Señor General de Brigada, *Antonio J. Sucre*,
Comandante General del Sud de Colombia.

Señor General:

Venciendo ustedes al ejército enemigo en las faldas del monte Pichincha, han escrito en ellas las últimas palabras que faltaban al decreto de la emancipación de Colombia, y tal vez a la de los pueblos que quedan clamando por ser libres. El gobierno, el pueblo, el ejército, han saludado desde aquí con entusiasmo al Libertador de Quito y a sus bravos compañeros de armas. En la historia de los guerreros hay sucesos que el destino hace misteriosos para que sean más memorables. Quito debía ser libre, pero su libertad estaba reservada al esfuerzo unido de colombianos, peruanos y argentinos, que desde las inmensas distancias que los separan, han ido a buscar la victoria en el Ecuador. Yo felicito a ustedes en nombre de mi gobierno. Felicito a esa República y a toda América por la sangre que ahorrará a la humanidad, la que se derramó con gloria el 24 de Mayo, mes que ha sido tantas veces célebre en la revolución del nuevo mundo.

Tengo la honra de reiterar a ustedes los distinguidos sentimientos de consideración con que soy su servidor señor General.

BERNARDO DE MONTEAGUDO.

57.

La lluvia en la Pampa

Una nube, una sola, arrastrada violentamente por el pampero, manchaba el firmamento azul celeste claro, en que brillaba el sol, alto aún. Parecía que nos hallásemos bajo una inmensa campana, y el horizonte circular estaba libre en un radio de leguas. La nube marchaba al encuentro del sol — muy alto también — cargada de lluvia, con una rapidez vertiginosa.

—Vamos a tener un chaparrón, dijo un paisano.

Las matas de paja brava y de cortadera no se movían a nuestro alrededor; las capas inferiores de la atmósfera parecían dormir; zumbaban en torno los tábanos, los mosquitos, los *jejenes*, y la tropilla se arremolinaba y apeñuscaba en círculo bajo el ardiente sol, y los pobres jamelgos, desesperados, agitaban las colas en defensa de sus flancos sangrientos, tratando de ocultar la cabeza melancólica entre la masa formada por sus compañeros.

Me quedé a la puerta del rancho, interesado por el espectáculo de aquella nube arrebatada en medio de tanta tranquilidad, cuando no se movía una brizna en el campo, y vagos vapores, transparentes como vibraciones del aire, hervían entre los matorrales, a raíz del suelo, como evaporación violenta de la tierra caldeada por el sol.

La nube era alargada, recortada con curvas caprichosas, cual de copos de algodón, en los contornos más cer-

canos, blanquísimos, que cambiaban de forma como derrumbamientos súbitos, a cada instante, ancha orla de plumón de cisne que corría de norte a sur, circundando el cuerpo fusiforme y ceniciento de la nube, muy opaca en el centro, algo más clara luego, en escala descendente, como si se esfumara, y su límite indeciso quisiera confundirse con el azul casi blanco del cielo.

Bogaba con rapidez vertiginosa como extraño bareo que navegara hendiendo el agua con la banda en lugar de la proa, y a medida que se acercaba iba afectando — en la continua variación de sus perfiles — una forma semicircular, cóncava, cuyo centro pareció de pronto situarse en el lugar en que yo me hallaba.

Un instante después la nube aislada ocultó al sol, perdió la orla su blancura de cisne, la masa, aun más opaca, proyectó sombra sobre una vasta extensión de pampa, como una mancha neutra sobre el verde cálido y vibrado de la yerba y que corría por el suelo amoldándose a sus menores accidentes, como apocalíptico reptil que solo tuviera dos dimensiones: el ancho y el largo...

Dos paisanos que seguían a caballo la huella polvorienta, como dos manchitas de color al rayo ardiente del sol, se trocaron de repente en dos notas grises, y galoparon un rato a la sombra, hacia mí como antes, pero más lejos, llevados gran distancia atrás por la luz difusa que los envolvía. La nube siguió su carrera desolada. Los gauchos, iluminados de pronto por el sol que me deslumbró al reaparecer, dieron un enorme salto hacia adelante. La nube pasó sobre mi cabeza cuando ya su sombra huía a lo lejos: pasó como ave fantástica de alas sin rumores, arrebatada por el vendaval de la altura, dejando al sol triunfante tras ella...

En el ambiente diáfano, tranquilo, fulgurante, de una claridad, de una transparencia de pureza infinita, bajo la vibración blanquecina del cielo y la aureola de gualda del sol, allá en el aire dormido, hubo una avalancha, un derrumbamiento de piedras preciosas, brillantes tallados, rojos rubíes, topacios, amatistas, turquesas, esmeraldas, una lluvia de gemas sorprendentes de hermosura, embriagadoras de riqueza, fascinantes como si ellas también fuesen luz. Derramábase en la atmósfera un caudal, un tesoro, una maravilla, como no la soñó el mismo Aladino, como no se alcanzó a desear en el más fantástico de los cuentos orientales...

La nube al pasar había volcado su joyel sobre la pampa, y caían a montones, precipitadas desde lo alto, las estupendas pedrerías con que se forma el iris, pero no ya en fastuosa diadema, sino en cascada rutilante, en un desbordamiento desordenado y artístico, inverosímil y caprichoso, de riquezas, que fueron más, sólo más en aquel instante, y que en vano buscará luego la avidez, y entre la humilde yerba, en el suelo de la pampa que — ávido y avaro él también — la recogió antes de que el sol pudiese devolverlas a la nube.

ROBERTO PAYRÓ.

LÉXICO.

Pampero. — Viento del suroeste, generalmente violento y fuerte.

Paja brava. — Planta social muy común en algunas partes de la República y muy difícil de destruir.

Cortadera. — Especie de paja; da unas varas terminadas por flores blancas que forman un penacho muy hermoso.

Tábano. — Díptero semejante a una mosca grande; molesta mucho a los animales a causa de su picadura dolorosa.

Mosquitos. — Insectos dípteros, muy molestos; hay muchas especies.

Jejenes. — Especie de mosquitos muy pequeños y sumamente incómodos.

Jamelgo. — Caballo, por lo general de poca apariencia.

Apocalíptico reptil. — Animal extraño, fantástico, como los que menta el Apocalipsis.

Brizna. — Partícula de yerba o madera.

Bogaba. — Navegaba.

Vertiginosa. — Tan sumamente rápida que causa vértigo.

Carrera desalada. — Sumamente rápida.

Gemas. — Piedras preciosas.

Rutilante. — Refulgente, resplandeciente.

Gualda. — Yerba que da color amarillo; se dice de cosas de este color.

EJERCICIOS.

¿Qué eran las piedras preciosas que volcó la nube? ¿Por qué las gotas semejaban piedras preciosas? ¿Qué hizo el suelo con la lluvia que cayó? ¿De qué modo las hubiera devuelto el sol a la nube?

Señalen la Pampa y digan algo de sus habitantes y aspecto general.

58.

Sotileza

I.

Silda, la huérfana, fué recibida en casa de los Moeceón, y en cuanto a cómo fué tratada, lo sabrá quien quiera leer lo que va a continuación.

«Por de pronto no hubo cama para ella: verdad que tampoco la tenían Carpia ni su hermano ⁽¹⁾. Allí no había otra cama, propiamente hablando, y por lo que hace a la forma, no a la comodidad ni a la limpieza, que un gran catre en un espacio reducidísimo, con luz a la bahía ⁽²⁾, el cual se llamaba sala porque contenía también una mesita de pino, una silla de *banizas*, un escabel de cabretón y una estampita de San Pedro, patrono del Cabildo, pegada con pan maseado a la pared. Carpia dormía sobre un jergón medio podrido, en una alcoba oscura con entrada por el *carrejo*, y su hermano encima del arcón en que se guardaba todo lo guardable de la casa, desde el pan hasta los zapatos de los domingos. A Silda se la acomodó en un rincón que formaba el tabique de la cocina con uno de los del *carrejo*, es decir, al extremo de éste y enfrente de la puerta de la escalera, sobre un montón de redes inservibles, y debajo de

(1) Hijos de Moeceón.

(2) De Santander.

un retal de manta vieja. ¡Si la pobre chica hubiera podido llevarse consigo la tarimita, el jergón, las dos medias sábanas y el cobertor raído a que estaba acostumbrada en su casa!... Pero todo ello y cuanto había puertas adentro, no alcanzó para pagar las deudas de su padre. Después de todo, aunque Silda hubiera llevado su cama a casa de tío Mocejón, se habrían aprovechado de ella Carpia o su hermano, y al fin, la misma cuenta le saldría que no tener cama propia. No sé si discurría Silda de esta suerte cuando se acostaba sobre el montón de redes viejas del rincón de la cocina; pero es un hecho averiguado que tenderse allí, taparse hasta donde le alcanzaba la media manta y quedarse dormida como un leño, eran una misma cosa.



Algo más que la cama, extrañaba la comida. No era de bodas la de su casa; pero la que había, buena o mala, era abundante siquiera, porque entre dos solas personas, repartido lo que hay, por poco que sea, siempre toca mucho a cada una. Luego, como hija única de su padre, que no se parecía en el genio ni en el arte a Mocejón, era relativamente niña mimada, por lo cual, de la parte de Mules siempre sa-

lía una buena tajada para aumentar la de su hija; al paso que, desde que vivía con la familia de la Sargüeta, nunca comía lo suficiente para acallar el hambre; y lo poco que comía, malo, y nunca cuando más lo necesitaba, y de ordinario entre gruñidos e improperios, si no entre pellizcos y soplamocos.

.....

II.

Entre tanto, tenía que andar en un pie a todo lo que se le mandara, si quería comer eso poco y malo con sosiego; y lo que se le mandaba era demasiado, ciertamente, para una niña como ella. Por de pronto, ayudar a las mujeres de casa, dentro o alrededor de ella, en el *aparejo de la barquia*, es decir, componer las redes, secarlas, hacer otro tanto con las velas y con *las artes de pescar*, etc., etc. Cuando toda la familia, hombres y mujeres, iban a la pesca de bahía, especialmente a la boga (pescado que entonces abundaba muchísimo, y que desapareció por completo años después, debido, según dice la gente de mar, a la escollera de Maliaño, porque precisamente el espacio que ella encierra era donde las bogas tenían su pasto), a la pesca de bahía tenía que ir Silda también, y a trabajar allí, aunque niña, tanto o más que las mujeres o que Carpia, pues la Sargüeta rara vez iba a la bahía con su marido.

.....

Allí conoció a Muergo, a Sula y a otros muchos raqueros de la calle de la Mar, y sobre todo, al famoso *Cafetera* (cuya biografía en libros anda años hace) que, aunque de la calle alta, no asomaba por ella jamás, y a Pipa y a Michero y a más de una chicuela que anda-

ban con ellos. Siguiendo a esta tropa menuda, se aficiónó al muelle Anaos y a la vida independiente y divertida que hacía en aquel terreno famoso, en el que cada cual campaba por sus respetos, como si estuviera a cien leguas de la población y de todo país civilizado.

J. M. DE PEREDA.

EJERCICIOS.

Comparen la suerte de esta huérfana con la de la huérfana de Holanda que se leyó antes.

Los huérfanos en nuestro país; necesidad de mejorar su condición.

Conveniencia de que cada pueblo tuviese su Casa para huérfanos.

59.

Gloria

EN LA MUERTE DE BARTOLOMÉ MITRE

El fu.
Manzoni.

Cayó con gran sonido
El hombre excelso, y con dolor profundo
Exhala el corazón largo gemido.
¡Algo grande ha perdido
La Argentina, y América, y el mundo!

Su poderosa mano
Quedó inerte, mostrando la derrota.
De su vida la muerte triunfa en vano:
¡Su aliento soberano
Sobre las cumbres de la patria flota!

Su vida está incrustada
En la patria inmortal que en turbia hora
Él forjó con su idea y con su espada:
¡En su tumba sagrada,
En el alma del pueblo que le adora!

No una vez, por ventura,
La Gloria virtió aquí su lumbré clara;
Mas nunca, al remontarse a tanta altura,
Supo tan suave y pura
En cada corazón labrarse un ara.

En su triunfal camino
Rodó el amor en torno a su persona:
Y siempre, en fausto o en adverso sino,
Tuvo todo argentino
Para su noble frente una corona.

En los tremendos días
En que imperando un bárbaro sangriento,
Larva infernal de anárquicas orgías,
Con hondas elegías
De infamia y muerte retumbaba el viento;

Surgió a la acción fecunda
El gran varón que la Argentina llora:
Arma el brazo viril; viva y profunda
La fe de su alma inunda,
Y asalta a la barbarie vencedora!

De entonces, proceloso
Campo de inmensa lucha fué su vida,
Sin que en su vasto curso generoso
La viese aun el reposo
Ni un solo instante para el Bien dormida.

La esperanza ilusoria,
La proscripción, el popular tumulto,
La amarga lid con la mundana escoria,
La rota y la victoria,
La aclamación, el rencoroso insulto;

La fe del civil bando,
El fulminante verbo tribunicio,
De tres naciones el marcial comando,

El soberano mando,
Y la aureola augusta del patricio;

¡Todo lo tuvo! ¡Ajeno
De egoísta ambición, sigue su estrella,
Y de la imagen de la Patria lleno,
Su espíritu sereno
Por sobre todo superior descuella!

CALIXTO OYUELA.

EJERCICIOS.

I. Estudien la personalidad de los siguientes ciudadanos argentinos; Mitre, Sarmiento, Avellaneda, Tejedor.

II. Nombren algunos escritores argentinos poetas y prosistas.

III. Nombrar diez guerreros argentinos especificando el arma a que pertenecían y la acción en que se distinguieron.

IV. — Valor del ciudadano civil, del guerrero, del escritor en la obra cultural.

60.

El gaucho

Era de verlo por la pampa amarillenta, embebida al infinito en la tela del horizonte donde se hundía, recién volada de su laguna, la garza matinal, al galope del



El Baqueano.

C. Ripamonti

malacara o del obscuro cuyo ímpetu rebufaba, tascando fervorosos fervores en la roedura de la coscoja. A la luz todavía tangente del sol que iba tendiéndose por la

hierba, rubio y calentito como un poncho de vicuña, el corcel parecía despedir flámulas de color en arrebató de antorecha. Empinado el sombrero ante las posibles alarmas del horizonte, y con ello más abierta la cara al cielo, el jinete iba sorbiendo aquel aire de la pampa, que es — ¡oh gloria de mi tierra! — el aroma de la libertad.

Hundíase el barboquejo de borlas entre su barba negra que escarpaba rudamente los altos pómulos de bronce. Animábase, hondo en su cuenca el ojo funesto. Flotaba tendido en golilla sobre la chaqueta largo pañuelo punzo. Entre los flecos del calzoncillo rebrillaba la espuela. Otro rayo de sol astillábase en la cintura sobre la guarda del puñal.

Trotaba al lado suyo, con la acelerada lengua colgándole, el mastín bayo erizado de rocío. Aquí y allá flautaba un teruteró. Y aquel aspaviento del ave, aquella lealtad del caballo y del perro, aquella brisa perfumada en el trebolar como una pastorella, aquella laguna que aún conservaba el nácar de la aurora, llenaban su alma de poesía y de música. Raro el gaucho que no fuera guitarrero, y abundaban los cantores. El payador constituyó un tipo nacional. Respetado por doquier, agasajado con la mejor voluntad, vivía de su guitarra y de sus versos; y al clavijero de aquella, el manójo de favores rosas y azules, recordaba, supremo bien, las muchachas que para obsequiarle habían desprendido las cintas de sus cabellos.

LEOPOLDO LUGONES.

«El Payador».

NOTAS. — Fijese el lector cómo en el fragmento anterior las características de la pampa están señaladas: el color, la lejanía del horizonte, la laguna, y animales característicos

como son la garza y el terutero. Y luego la apostura y algunos detalles del traje gauchesco, su atento mirar al incierto horizonte.

En «El Payador» hace Lugones un extenso estudio del poema «Martín Fierro».

EJERCICIOS.

- ¿Quién es el autor de la obra «Martín Fierro»?
- ¿Qué valor tiene esta obra en la literatura nacional?
- ¿Qué simboliza Martín Fierro?
- Leer algunos fragmentos de dicha obra.
- Nombren algunos autores argentinos que han escrito en estilo gauchesco.

61.

La poesía gaucha

No era grande, que digamos, la necesidad de comunicación social entre aquellos hombres de la llanura. La pulpería con sus juegos y sus libaciones dominicales, bastaba para establecer ese vínculo, muy apreciado por otra parte, pues los gauchos costeábanse en su busca desde muchas leguas a la redonda. Pertenecía, por lo común, a tal cual vasco aventurero que llevaba chiripá y facón antes de haber aprendido a hablar claro, conciliando aquella adaptación campesina con la boina colorada a manera de distintivo nacional. Detrás del mostrador fuertemente enrejado en precaución de posibles trifulcas, que echaba al patio, *manu militari*, con vigorosas descargas de botellas vacías alineadas allí cerca como proyectiles, el pulpero escanciaba la caña olorosa o el bermejo carlón de los brindis, mientras algún guitarrero floreaba pasacalles sentado sobre aquel mueble. Tal mozo leído delettraba el último diario de la ciudad. Otros daban y recibían noticias de la revolución pasada o pelea famosa entre dos guapos de fama. Todo ello en lenguaje parco y reposado que parecía comentar el silencio de los campos peligrosos.

La pampa con su mutismo imponente y su monotonía, tan característicos que no hay estepas ni saharas comparables, predisponía poco a la locuacidad. Durante las marchas en compañía, el viento incesante, la fatiga de jornadas muy largas por lo regular, la necesidad de observar sin descanso el rumbo incierto y los riesgos fre-

cuentos, eran otras causas de silencio. Cualesquiera que haya viajado por nuestras llanuras conoce esta particularidad, a la cual agrega la impresión del desierto una especie de bienestar filosófico. «El campo es tan lindo, me decía cierta vez un gaucho, que no da ganas de hablar». A esta suerte de misticismo poético mezclábase el mutismo peculiar del indio y el no menos característico del árabe cuyas sangres llevaba el gaucho en sus venas. Con ello, volvióse sentencioso, definiendo su economía de palabras con frases generales y sintéticas que solían ser refranes. Solo cuando cantaba cuentos en torno del fogón expedíase con mayor abundancia.

La poesía de sus cantos era breve: tal cual copla suelta en ritmo de seguidilla o de romance. Hasta los juegos de carreras, tabas y naipes, que constituían las reuniones principales de la campaña; en las comilonas que sucedían a las hierras; en los bailes con que se festejaba algún casorio o la incorporación de algún angelito al cielo, por muerte de niño, mostrábase el gaucho taciturno.

LEOPOLDO LUGONES.

«El Payador».

62.

El 25 de Mayo de 1812

I.

Desde el amanecer del 25 de Mayo de 1812, la pequeña ciudad de Jujuy bullía de rumores y movimiento inusitados. El frenético repicar de los templos y las rotundas salvas de la artillería, resonando entre las montañas que circuyen el valle, saludaban jubilosos el alba de la efeméride. Despertaba la población entre aquella música de campanas y de armas, y se echaba a la calle, apercebida para el festival que comenzaba. Saludábanse los vecinos en el nombre de la *Patria*, sagrado para aquellos aldeanos, como el *Ave María* de sus portales. Por la calle de las Zegadas y por la calle de San Francisco, iba creciendo con la mañana el gentío de militares, indios, esclavos y artesanos que se encaminaban a la plaza capítular. La mañana estaba, como las almas, gloriosa de azul, sobre las calles limpias y las paredes blanqueadas del caserío. Alguna leve escarcha retardaba su cairal ñe cristal sobre los aleros y tejados. Alguna niebla despe rezábase bajo el alba, sobre las nevadas cimas del Chañi...

La gente madruguera que había ido congregándose en la plaza, comentaba las fiestas religiosas de la víspera; las iluminaciones y regocijos de la noche anterior. En el atrio de la Matriz, en las arquerías del cabildo, en la azotea de los Saracívar, alineábanse los mecheros de aceite y las lamparillas de barro que habían ardido la noche anterior, probablemente preparadas por la indus-

tria de Antonio Cruz y de Vicente Galván, que las ade-rezaron en las fiestas mayas de 1813. La plaza mostraba así, con su lonja consistorial y sus torres, un aspecto mágico para la población deslumbrada. El ceremonial de aquellas fiestas públicas, harto les era conocido, así a la gente de Jujuy, como a la de todas las ciudades de Indias los onomásticos de sus reyes, el aniversario de su fundación, el día de su patrono y las pascuas, repetía cuatro y cinco veces por año, para regocijo de los vecinos, las partes del gastado ceremonial. Pero esta vez, sobre el antiguo esquema de la jura, toda la figuración se renovaba; y la presencia del ejército numeroso y de la oficialidad forastera, decoraba la fiesta con sus oros marciales.

Distraíanse los corrillos de la plaza en parlerías y con-jeturas, cuando, de pronto, la cuenca del valle se estre-meció con nuevo estruendo: había sonado un cañonazo y después otro, y otro; y ahora continuaba sonando. Pablo de Mena que llegaba al cabildo en aquel momento, y que iba, como alférez, a ser uno de los protagonistas de la fiesta, les avisó que esos cañonazos eran las salvas con que la tropa anunciaba la salida de la Bandera nacional, desde la casa del general en jefe. Corrió la muchedumbre por la calle adyacente hacia la posada donde alojábase Belgrano, y se oyó el último cañonazo, de los quince que prescribía la ordenanza, cuando entre los ponchos rojos de los indios y las casacas azules de los militares, vieron al barón de Holmberg que avanza-ba en mitad de la calle, seguido por su escolta de honor, conduciendo la Bandera hasta el edificio del cabildo. Apareció el barón en sus balcones y haciéndola flamear al son de dianas, la dejó en la baranda entregada a la

contemplación y el aplauso de aquella muchedumbre, que la veía por primera vez.

Los ecos de los cañonazos, las aclamaciones, los clarines, más la noticia de la Bandera expuesta a la contemplación popular, cundieron por todo el pueblo, y la muchedumbre llegó a hacerse compacta y a colmar la plaza. Todos los naturales de las haciendas vecinas, los indios de Palpalá, de Reyes, de Yala, de la Almona, de Cuyaya, llegaban a verla y se mezclaban a los niños y a los esclavos de las casas señoriales removidas hasta el traspatio por el rumor de la fiesta. Pronto comenzaron a llegar también los amos y las damas, vestidos con sus mejores paramentos, pues se acercaba la hora de la misa solemne y del tédeum, a la cual asistiría el cabildo, justicia y regimiento, y con ellos el propio creador de la bandera, y el doctor Gorriti que la bendeciría.

Pronto en efecto apareció Belgrano bajo el arco central del cabildo, y empezó a andar hacia la Matriz, con su paso pausado. Un rumor de curiosidad afectuosa y admirativa electrizó a la muchedumbre. Abrióronle todos respetuoso camino, y así al cortejo que los acompañaba. Traía vestido su frac verde y cordones de gala, su calzón corto embutido en la bota de charol; recio el mentón sobre la chorrera florecida de finos encajes. El sonrosado persistente de su tez delicada, velaba apenas una recién-dita emoción. Las gentes reconocieron entre el cortejo que le acompañaba, a Pablo José de Mena, regidor alférez y alcalde de primer voto por depósito de la vara en esos días; al joven doctor don Teodoro Sánchez de Bustamante, prestigioso asesor del cabildo que renunció a su empleo pocos meses después por seguir a Belgrano en el éxodo; a Eustaquio de Iriarte, alcalde ordinario de segundo voto; a Lorenzo Ignacio de Goyenechea, regidor

alcalde; a Alejandro Torres, defensor de menores; a Mariano de Eguren, el escribano del cabildo; al síndico procurador Manuel Lanfranco; a los alcaldes de barrio don Bartolomé de la Corte y don Martín de Rojas; y a los Portal, los Basterra, los Sarverri, los Gogénola, los Alvarado, los Iturbe, los Carrillo, los Zagada, los Chavarría, y tantos otros vecinos feudatarios ya prestigiosos en el patriciado local.

II.

Cuando penetraron en la iglesia, que dista pocos pasos del cabildo, la misa solemne iba a comenzar. El altar del fondo, tallado en el estilo jesuítico del púlpito que aún se conserva, elevaba su airosa arquitectura de retorcidas columnas y ángeles dorados. Su auténtica belleza que era el orgullo de la población, predominaba entre su día de luces, al fondo de la nave oscurecida por las puertas entornadas, que el frío del invierno conminaba a cerrar. El aire estaba como impregnado de un penetrante perfume de mujer e incienso. Oíase en la penumbra religiosa el desgranar de los rosarios; el golpe de los reclinatorios y las toses que ahuecaba la nave; o el roce como de alas fugitivas que formaban con su aligerado rumor las faldas y los siseos. Al entrar en el cabildo, las caras femeninas se volvieron curiosas; y entre ellas hubo alguna que se volvió para mirar a Belgrano...

Mientras ocupaban sus asientos de honor, la pequeña orquesta de Pedro Ferreyra, el músico del pueblo, atacó desde el coro, con sus violines, su órgano, y sus voces gangosas, la sonata de los ceremoniales de iglesia, en que siempre intervenía como maestro cantor.

Concluía la misa cuando Belgrano mandó traer a la Matriz la Bandera que, conducida por el barón de Holmberg, había tremolado toda la mañana en el balcón central del cabildo. Al ver que la sacaban para llevarla a la iglesia, hubo gran agolpamiento y rumor de pueblo en la gente que, por ser estrecho el templo, aguardaba en la plaza. Y dentro de la iglesia hubo entre la concurrencia gran emoción y expectativa, al ver que entraba el nuevo estandarte al sitio donde antes no llegara sino el estandarte del rey; y que tomándolo Belgrano por el asta, se adelantó hacia el altar en que el doctor don Juan Ignacio Gorriti terminaba su misa. El doctor Gorriti, revestido, y volviendo la cara hacia el pueblo, trazó en el aire la señal de la cruz; y como si todos fuesen ritos de un mismo culto, bendijo, en nombre de Dios, aquella enseña de la patria naciente. En la nave y en las almas reinó un silencio eterno. Subió Gorriti al púlpito — por la escala donde los indios habían grabado en tiempo de los jesuitas la escala de Jacob — y desde lo alto de aquella cátedra que su elocuencia haría histórica, explicó la significación del símbolo que acababa de consagrar.

Voces de regocijo en el templo cuando concluyó la ceremonia. Entre la confusión del público impaciente, Belgrano volvió a entregar la Bandera al barón de Holmberg, para que tornase a ponerla en el balcón del cabildo. El pueblo, al verla salir presidiendo el cortejo, estalló, de un ángulo a otro de la plaza, en vivas estruendosos y aclamaciones formidables. La tropa señaló aquel momento con otras quince salvas de sus cañones. Con ellas promediara la jornada; y pasó la siesta entre comentarios y desfile de pueblo ante los balcones del ayuntamiento.

Por la tarde, las ceremonias de la Bandera, alcanzaron su significación laica y democrática. Vino Belgrano hasta

la casa del cabildo, donde le esperaban sus miembros y el teniente gobernador de la ciudad. El ejército auxiliador del Perú estaba formando cuadro en torno de la plaza. Las familias de Jujuy, que asistieran por la mañana al tédeum, aguardaban ahora en los balcones de las casas cercanas, para asistir a la nueva escena. La plaza estaba decorada de guirnaldas y arcos. El pueblo apretábase en las bocacalles y las aceras. Y de todos aquellos pechos viriles volvió a elevarse un vítor resonante, cuando vieron a Belgrano salir del cabildo con la Bandera en su brazo, cruzar la calle silenciosamente, caminar hacia el centro de la plaza, y subir a una tribuna, agitando su enseña en alto. Las aclamaciones de la muchedumbre se repitieron entonces. Palmadas y bravos encrespaban el aire. Y dominando aquel entusiasmo por el ademán del que necesita silencio, se oyó en el ámbito de la tarde nebulosa que comenzaba a declinar, aquella arenga de Belgrano, que el prócer mismo comunicó después al Triunvirato.

Belgrano tenía la voz velada, pero tal fué aquel día su necesidad de ser oído, y tal en su auditorio el ansia de oírlo, que la voz de su arenga llegó a las damas de las aceras, llegó a la muchedumbre de las esquinas:

«Soldados, hijos dignos de la Patria, camaradas míos:
«Dos años ha que por primera vez resonó en estas regiones el eco de la libertad y él continúa propagándose
«hasta por las cavernas más recónditas de los Andes;
«pues que no es obra de los hombres, sino del Dios Omnipotente que permitió a los americanos que se nos
«presentase la ocasión de entrar al goce de nuestros derechos; el 25 de Mayo será glorioso para siempre en los
«anales de nuestra historia y vosotros tendréis un motivo más de recordarlo, cuando veis en él por primera

« vez la bandera nacional en mis manos, que ya os dis-
« tingue de las demás naciones del globo sin embargo,
« de los esfuerzos que han hecho los enemigos de la sa-
« grada causa que defendemos, para echarnos cadenas y
« hacer más pesadas que las que cargaba. Pero esta gloria
« debemos sostenerla de un modo digno con la unión, la
« constancia y el exacto cumplimiento de nuestras obli-
« gaciones hacia Dios, hacia nuestros hermanos, y hacia
« nosotros mismos; a fin de que la Patria se goce de
« abrigar en su seno hijos tan beneméritos, y pueda pre-
« sentarla a la posteridad como modelos que haya de
« tener a la vista para conservarla libre de enemigos, y
« en el lleno de su felicidad. Mi corazón rebosa de ale-
« gría al observar en vuestros semblantes, que estáis
« adornados de tan nobles y generosos sentimientos, y
« que yo no soy más que un jefe a quien vosotros impul-
« sáis con vuestros hechos, con vuestro ardor, con vuestro
« patriotismo. Sí, os seguiré imitando en vuestras accio-
« nes y con todo el entusiasmo de que son capaces los
« hombres libres para sacar a sus hermanos de la opre-
« sión. Ea, pues, soldados de la Patria, no olvidéis jamás
« que nuestra obra es de Dios: que Él nos ha concedido
« esta Bandera, que nos manda que la sostengamos, y
« que no hay una sola cosa que no nos empeñe a man-
« tenerla con el honor y el decoro que le corresponde.
« Nuestros padres, nuestros hermanos, nuestros hijos,
« nuestros ciudadanos, todos, todos fijan en nosotros la
« vista y deciden que a vosotros es a quienes correspon-
« derá todo su reconocimiento si continuáis en el camino
« de la gloria que os habéis abierto. Jurad conmigo
« ejecutarlo así, y en prueba de ello gritad: ¡Viva la
« Patria! ».

El ¡viva la Patria! que Belgrano pedía, a la sombra de

su propia Bandera, fué contestado por la tropa, y su voz unióse el coro de las mujeres y los niños, que asistían desde los balcones, y el rugido del pueblo que se apiñaba en las aceras. Aquel clamor brotado unánime de la plaza de Jujuy, como de una boca de la tierra, se concretó después en música heroica, y ascendió desde los pífanos y atabales del ejército hasta subir a las torres de los templos, donde fundido con el repique de las jubilosas campanas, voló como una ráfaga de gloria, hacia las cimas de los Andes tutelares, que almenan y hermocean la ciudad armoniosa del Xivi-Xivi. Las salvas de los cañones saludaban, entre tanto, con repetidas descargas, la hora de la tarde, como había saludado en jornada tan bella la hora del amanecer.

Entre aquellas enloquecedoras manifestaciones de júbilo popular, Belgrano, siempre con la Bandera en alto, vino a ponerse a la cabeza del pueblo y del ejército, que le acompañaron a depositarla en su casa. Desfiló Belgrano, envuelto en aquella aura de vítores y músicas marciales. Creaba en ese momento, para su propia gloria, la actitud en que habría de verlo la posteridad. Creaba, en aquel momento, para su propia Patria, el símbolo con que habría de perpetuarla en los siglos. « Nuestra sangre derramaremos por esa Bandera », exclamaba el pueblo al verla pasar... Pocos meses más tarde, la sangre del juramento fué derramada... Belgrano estaba ante la escena henchida de esperanzada emoción. Él mismo ha narrado la escena en un oficio célebre, y a quien no inventara bandera alguna, ha de excusársele esta simple rapsodia de aquel relato; tal página era necesaria en homenaje a Jujuy, pues fuéle dado a su pueblo, el 25 de Mayo de 1812, ser el protagonista denodado de la heroica escena;

siendo en aquella humilde ciudad, donde nacieron nuestras fiestas mayas.

RICARDO ROJAS

« La Bandera Nacional » de *La Argentinidad*.

COMPOSICIÓN.

La Bandera Nacional.

63.

El patrono del Huaco

«Es triste y suave tu fulgor, viajera,
de la fúnebre noche solitaria!...
Íntima es tu plegaria.
¡oh brisa pasajera,
que vas de rama en rama sollozando
el lastimero adiós de tu partida!...
¡Remedo de la vida,
que entre flores y espinas va cruzando,
los recuerdos llorando
de la inocente juventud perdida!»

R. Gutiérrez.

(«El alma errante»).

Tengo en el alma algo como una vaga tristeza que no sé de dónde viene ni por qué razón: pero cuando pasa uno por estos momentos, siente deseos de remontarse en alas de su memoria a tiempos mejores, que siempre son los que han pasado.

¡Oh niñez, dichosa edad, — diré parodiando al Hidalgo de la Mancha — en ti nada hay que no despierte un acorde, nada que no sea una armonía, un idilio, un poema! De ella quiero hablar; quiero volver a ella, aunque sea para recordar episodios insignificantes, que tienen todo el encanto de esas leyendas del hogar que hacen reverdecer las canas del anciano.

El Huaco fué un fuerte de la indomable tribu que la conquista española encontró poblando las faldas orientales de los Andes, en la provincia de La Rioja, la de los bravos cachalquies, en cuyo indomable valor había toda la fiera y el heroísmo de los suizos de Guillermo Tell.

Eran soberbios como sus montañas, inaccesibles como sus rocas sumergidas en las nubes.

La conquista religiosa penetró antes que la militar, porque los indígenas, como los niños, están más dispuestos a ceder al arrullo del amor que al empuje de la fuerza.

El Huaco, fuerte militar de los cachaquies, se convirtió en asiento de una misión jesuítica; y al abandonar los Padres sus posiciones americanas, dejaron también en aquel lugar de las montañas los restos de su paso, en las chozas las imágenes de los dioses embellecidas por el culto de muchas generaciones, y en las conciencias una mezcla informe de las supersticiones que engendra la fe con las extravagantes, pero poéticas, tradiciones de la raza.

Allí se establecieron mis antepasados, allí llevaron sus penates y se entregaron con labor infatigable al arte que Virgilio cantó en églogas inmortales, en aquellas planicies cubiertas de verdura, donde la flauta rústica de Teócrito congrega los rebaños al caer la tarde.

El sentimiento y la imaginación religiosa han divinizado también los atributos de nuestra madre tierra. San Isidro, con su rostro tostado por el sol y su par de bueyes, ha reemplazado a la fecunda Ceres.

¡Benditos sean sus frutos!

En lo alto de aquellas montañas he aprendido a balbucir mis primeras palabras, y sus espectáculos gigantes me enseñaron desde niño a tener fe en el trabajo y en el pensamiento del hombre.

Quizá también allí aprendió mi corazón a desafiar las tempestades.

JOAQUÍN V. GONZÁLEZ.

LÉXICO.

El Hidalgo de la Mancha. — Es «Don Quijote», héroe de la novela de ese nombre, cuyo autor es Miguel de Cervantes Saavedra.

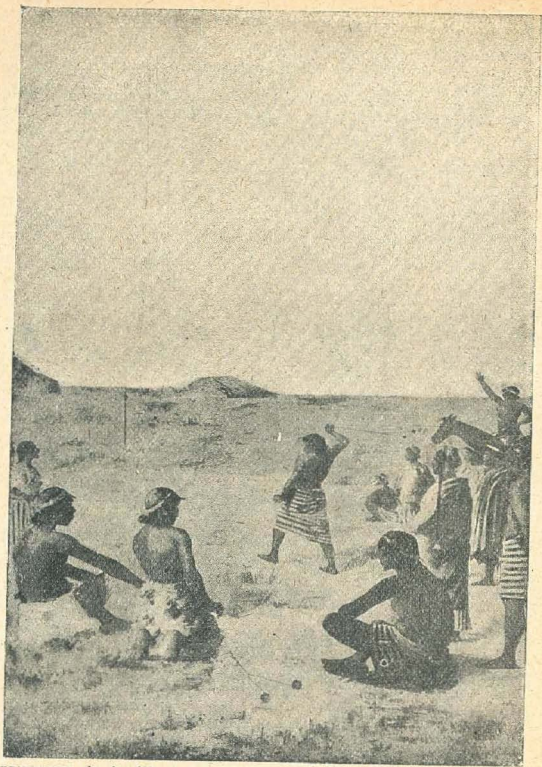
Guillermo Tell. — Héroe legendario a quien debe Suiza su libertad.

Virgilio. — Célebre poeta latino.

Égloga. — Poema de corta extensión en que se usa el lenguaje de pastores.

Penates. — Divinidades familiares de los romanos.

Teócrito. — Poeta griego; vivió III siglos antes de J. C.



Araucanos de la Pampa ensayándose en el tiro de boleadoras.
(Panneau de Bouchet existente en el Museo de La Plata).

64.

El ejército de los Andes

(FRAGMENTO).

¿No debo luchar? ¿Quién
sin haber luchado alcanza
gloria?

Eurípides.

¿Quién es aquél a quien la turba aclama
Con explosión de vítores triunfales?...
Eserito está su nombre en los anales
De medio mundo: ¡San Martín se llama!
El héroe de las druídicas misiones,
Alto y fornido como atleta griego,
Cuya frente enigmática y serena
Se insuflaba en su mundo de visiones
Sobre una inmensa tempestad de fuego;
¡El ronco Capitán de tez morena,
De aguileña nariz y negros ojos,
Los que, a la sombra fiel de sus pestañas,
Abarcaban las patrias lejanías,
Miraban a través de las montañas!
En su mula, enjaezada a la chilena,
De pie firme y de eriolas energías,
Al tranco marcha. Cubre su melena
El típico falucho; gran capote
Azul turquí, botonadura gualda,
Ribeteado con vivos encarnados,
Su pecho envuelve y musculosa espalda;
Su diestra empuña el coruscante sable,

Que apunta a los altísimos nevados;
Calza su pie la granadera bota
Que a la rodilla da; ciñe en su taco
La nazarena de estrellado bronce
Con que pica a su potro en la derrota
Del enemigo, cuando le abren claros
Las recias cargas del Octavo y Once.
Al lado del gigante misionero
Va, conduciendo el militar tesoro,
Zenteno, el ascendido tabernero.
Del Estado Mayor gloria y decoro,
O'Higgins marcha, en el momento aciago,
Para su Chile, que Marcó avasalla,
A despertar el alma de Santiago,
Con la diana triunfal de la batalla.
Las Heras va también, el gran Las Heras,
Empuje de los choques resonantes,
Que rompe cuadros, desbarata hileras,
Con su aguerrido pelotón de infantes.
A la vanguardia de sus tropas, sigue
Soler, el iniciado del Cerrito,
El primero en trepar con osadía
Las empinadas cuestas de granito.
Lleva a la grupa de las mulas, Plaza,
Para hacerse escuchar, la artillería,
Temístocles de trueno y la amenaza.
Cramer y Conde, con marcial talante,
Guían al Siete, inciador de acciones;
Portus y Freyre, a la legión volante
De audaces coraceros y dragones.
Mandan a los hercúleos granaderos,
A cuyo galopar tiembla y chispea
La tierra, en polvorosos entreveros,

Escalada, Zapiola, Necochea,
Y Melián y Olazábal y Lavalley,
El que al frente de rápidas patrullas
Corre a probar el temple de su corvo
En los agrios ribazos de Achupallas.
Y aquella armada multitud guerrera
Andando, andando, poco a poco sube
A la patria del águila altanera,
A la tierra del cóndor y a la nube,
Cual si su intento gigantesco fuera
Dominar la amplitud del Continente,
Desde la última roca de granito,
Interrogar al cielo frente a frente,
¡Y sondear la intención del infinito!...
¡La Libertad en vuestra acción confía,
Anónimos soldados argentinos,
Preclaros héroes de la Patria mía!
¡Desde el Estrecho al Ecuador lejano,
Con la fe de su gloria y sus destinos,
Que el misterioso porvenir escuda,
Una mitad del mundo americano
Al puñado de Apóstoles saluda!

ADÁN QUIROGA.

LÉXICO.

Achupallas. — Situada en la falda occidental de los Andes; allí el teniente D. Juan Lavalley tuvo un pequeño encuentro con tropas realistas y las dispersó.

Cerrito. — Combate cerca de Montevideo; el general José Rondeau venció a los españoles mandados por Vigodet.

Juan Gregorio Las Heras. — Coronel, mandaba el 11 de infantería.

Pedro Conde. — Mandaba el 7 de infantería.

Ambrosio Cramer. — Coronel, mandaba el 8 de infantería.

José Matías Zapiola. — Coronel graduado, mandaba los granaderos a caballo.

Mariano Necochea. — Formaba en la escolta.

65.

Rumbo al Sur

Hace ya muchos años, el teniente Giacomo Bove, de la marina italiana, se ofreció y obtuvo recursos de nuestro gobierno para recorrer las costas marítimas de la República Argentina, con intención de realizar más tarde un viaje a las regiones antárticas.

Componían la expedición, cuyo jefe militar era el comandante Luis Piedrabuena, el cúter *Patagonia*, una lancha a vapor, la corbeta *Cabo de Hornos*; y acompañaban a Bove, el botánico Dr. Spegazzini, el capitán Edelmiro Correa, representante del Instituto Geográfico Argentino, y algunos otros.

El 25 de diciembre de 1881 zarpaba rumbo al sur, llegando a la Isla de los Estados el 30 de enero de 1882.

El aspecto de la isla es tétrico, los montes Buenos Aires, Bucheland, Roma, levantan sus cimas oscuras, cortadas por profundos derrumbaderos; pero en sus faldas crece, hasta 400 metros, lujuriosa vegetación.

Tablas rotas, árboles despedazados, fierros torcidos, clavos, anclas, botellas, trapos, cuerdas, despojos de Dios sabe cuántas naves, mezclados, a medio podrir, esparcidos en desorden, anuncian al viajero que aquella región es, como dice el teniente Bove, «un cementerio de centenares de embarcaciones».

La Isla de los Estados es una tierra que, desprendida de los Andes, ha sido trabajada por las olas furiosas y cubierta por los hielos en épocas primitivas.

La humedad del clima excluye casi por completo la vida de mamíferos; las arenas rellenan frecuentemente los puertos, que en otro tiempo debieron ser magníficos.

Las avalanchas, las lluvias torrenciales, las furiosas marejadas, la violencia de los vientos, son causa de continuos cambios hidrotopográficos en esta isla, pues parece que la lluvia y el huracán jamás tuvieran reposo a su alrededor; siendo el frío y la humedad sus mayores calamidades.

Los expedicionarios desembarcaron en la bahía Roca, donde a cierta distancia de la costa se ven espléndidas hayas y muchos otros árboles.

Con la lancha, exploró Bové la costa norte hasta el puerto Cook. Los cabos San Juan, San Antonio, Middle South y San Bartolomé eran batidos por olas violentísimas, y la lancha fué tomada frente al cabo Bailly por un remolino espantoso que la sacudía violentamente. Dejemos hablar al marino:

«No era posible gobernar, ni usar velas, ni remar; la pobre embarcación se levantaba, bajaba, se retorcía por la acción de aquellas ondas que la azotaban de proa, de popa y flanco; si hubiera tenido tiempo de hacer observaciones, la abría comparado con un pedazo de madera, arrojado en una caldera de agua en ebullición. Jamás encontré tan justo el proverbio: *«Hay un Dios hasta para los locos»*.

Los expedicionarios continuaron su viaje por aquellas costas inhospitalarias. En la Tierra del Fuego compraron algunos esqueletos humanos, y habiendo sido tomados por un vendaval en la bahía Sloguett, corrió la voz, entre los marineros, de que los esqueletos aquellos, arrancados al reposo de la tumba, a que eran acreedores, se habían reunido en consejo para perder a la embarcación,

y cuando más tarde tuvo lugar el siniestro, se aferraron en su creencia respecto de los pobres esqueletos.

Los últimos días de mayo pasaron sin que pudieran dejar la bahía de Hammacoia, y habiendo arreciado el tiempo, decidieron los expedicionarios echar la embarcación a tierra para poder salvar la vida.

En aquel naufragio, el marinero Jemmy Howard se dejó atar al timón; pero... hable Bove:

« Pusimos dos cuchillos desnudos cerca de él para que pudiera cortar sus ligaduras, así que su trabajo llegase a ser inútil. No podré olvidar jamás al bravo Jemmy, amarrado al timón, con los ojos fijos en el que mandaba la maniobra, repitiendo, palabra por palabra, las órdenes que se le daban:

¡Steady, Jemmy! — ¡Steady, Sir! — ¡All right, Jemmy! — ¡All right, Sir! ». (1)

El *San José* volaba sin tocar los escollos, felizmente, hasta que fué a enterrar su proa en la arena de un ansa, se tumbó sobre el flanco izquierdo, y los náufragos tuvieron tiempo de refugiarse en la hendidura de una barranca, con el mar a los pies, y una roca de 200 metros a la espalda.

EJERCICIOS.

Hágase resaltar el valor del marino. — Marineros ilustres: Brown, Espora, Grau, Blanco Encalada, Azopardo. — Importancia de los viajes científicos; importancia que tiene para los marineros el conocer bien las costas de su país. — Marina argentina. — ¿Cuál es la fragata-escuela? — ¿Cuáles son los buques principales de la escuadra?

El relevamiento prolijo de la costa patagónica fué llevado a cabo por orden del Almirantazgo inglés. En los años 1826

(1) ¡Firme, Jemmy! — ¡Firme, Señor! — ¡Muy bien, Jemmy! — ¡Muy bien, señor!

a 1830 el capitán King había dado comienzo al relevamiento de las costas de la parte meridional de la América del Sud. Dicho estudio fué completado por el capitán Fitz-Roy que mandaba el *Beagle*. La expedición tenía por objeto principal el estudio de las costas de Patagonia y Tierra del Fuego, y empezó en 1831. En el «Diario de un Naturalista» por Carlos Roberto Darwin se hallan muchos interesantes detalles referentes a la Geografía y a la Historia Nacional de la parte sur de América. La expedición de Bove fué muy provechosa a la ciencia.

La Carrera

Lanzóse el fiero bruto con ímpetu salvaje
Ganando a saltos locos la tierra desigual,
Salvando de los brezos el áspero ramaje,
A riesgo de la vida de su jinete real.
Él con entrambas manos le recogió el rendaje
Hasta que el rudo belfo tocó con el pretal:
Mas todo en vano: ciego, gimiendo de coraje,
Indómito al escape tendióse el animal.

Las matas, los vallados, las peñas, los arroyos,
Las zarzas y los troncos que el viento descuajó,
Los calvos pedregales, los cenagosos hoyos
Que el paso de las aguas del temporal formó.
Sin aflojar un punto ni tropezar incierto,
Cual si escapara en circo a la carrera abierto,
Cual hoja que arrebatan los vientos del desierto,
El desbocado potro veloz atravesó.

Y matas y peñas, vallados y troncos
En rápida, loca, confusa ilusión
Del viento a los silbos, ya agudos, ya roncós,
Pasaban al lado del suelto bridón.
Pasaban huyendo cual vagas quimeras
Que forja el delirio, febriles ligeras,
Risueñas o torvas, mohinas o fieras,
Girando bullendo, rodando en montón.

Del álamo blanco las ramas tendidas,
Las copas ligeras de palmas y pinos,
Las varas revueltas de zarzas y espinos,
Las yedras colgadas del brusco peñón.

Medrosas fingiendo visiones perdidas,
Gigantes y monstruos de colas torcidas,
De crespas melenas al viento tendidas,
Pasaban en larga fatal procesión.

.....

JOSÉ ZORRILLA ⁽¹⁾.

«Granada».

EJERCICIO.

Utilidad, aptitudes y empleos diversos del caballo en la vida del hombre.

- Caballos mitológicos; caballos célebres.
- El caballo argentino.

(1) José Zorrilla (1817-1893). Poeta lírico y dramático español. Fué uno de los escritores más populares del siglo 19. Entre sus obras más conocidas se cuentan: «Cantos del Trovador», «El Puñal del Godo», «El zapatero y el Rey».

67.

La piedra Itá-Guaimí.

(PIEDRA VIEJA).

En el río Alto Paraná, siguiendo al norte, y pasando el puerto de Pirá Puitá (pescado colorado) sobre la costa paraguaya, que lo es de la aldea que se llama Villa Azara, la barra del arroyo Itutí (salto blanco), que se reconoce por la pequeña y preciosa catarata que desde el río se ve despeñarse graciosamente entre una cortina de magnífica vegetación, y la de los arroyos Yroy-guazú e Yroy-mí (arroyo frío, grande y pequeño), sobre las piedras de la playa que quedaban al descubierto, gracias a la bajante que se había producido en la época en que pasamos (agosto), se halla la famosa piedra Itá-Guaimí.

Esta piedra es de forma casi ovoide, gruesa en su mayor porción; tiene sobre su parte superior, una estrangulación de la que se eleva otra porción pequeña y casi cuadrada, de modo que parece un gran cuerpo con su cabeza respectiva.

Dada su forma curiosa, guarda también su leyenda, de origen, a mi modo de ver, jesuíta.

Esta piedra, en otro tiempo, fué una muchacha desobediente, mal mandada, y que nunca hacía caso a sus padres, sino que, simplemente, se dejaba llevar por sus caprichos.

Habiéndola mandado su madre a buscar agua al río, salió con el cántaro en la cabeza, refunfuñando entre dientes, viendo lo cual Tupá (Dios), indignado, la transformó en piedra en el momento que llegaba a la orilla, y desde entonces ha quedado petrificada en castigo de su desobediencia.



Ruinas Jesuíticas en Misiones.

No es extraño, como he dicho más arriba, que esta tradición tan moral, muy semejante a la leyenda de la mujer de Lot, en la que también se castiga la desobediencia, haya sido sugerida por los jesuítas, que aprovecharon la oportunidad que les ofrecía la Naturaleza, en apoyo de sus doctrinas, tanto más cuanto que los indios no necesitan de leyendas para hacerse obedecer por sus mujeres e hijas, ya por naturaleza pasivas y demasiado acostumbradas a otro orden de argumentos

más persuasivos y brutales.

Hasta hace poco, y aun hoy, algunos indios, sobre todo los guayanás, al pasar por allí no se atrevían a tocar tal piedra, ni hablar fuerte delante de ella, porque tenían la creencia de que la Itá-Guaimí se enojaba, e inmediatamente sobrevénia una gran tormenta, de modo que, ya cerca de allí, se decían con aire misterioso:

— ¡¡*Chaque Itá-Guaimí!!* ¡¡*Chaque Itá-Guaimí!!*
¡Cuidado con la Itá-Guaimí!

JUAN B. AMBROSETTI.

EJERCICIOS.

Conversación sobre los ríos Paraná y Uruguay. — Belleza de las tradiciones. — Cómo se conservan. — Por qué razón los argentinos tenemos pocas tradiciones en comparación con los pueblos europeos. — ¿Es fácil conocer las de los indios? Autores que se ocupan de razas primitivas en la Argentina: S. Lafone Quevedo, Adán Quiroga, Juan B. Ambrosetti, F. Outes, E. Boman, R. Lehmann-Nitsche, S. Debenedetti, F. de Aparicio, H. Greslebin, etc.

Resumen escrito.

Señalen en el mapa los puntos mencionados. — ¿Quién era la mujer de Lot? — ¿En qué se asemejaría a ella la muchacha de la tradición? — ¿En qué época podrían haber sugerido los jesuitas a los naturales esta leyenda?

Seres fantásticos del folklore indígena: en el norte argentino: Pacha-Mama, Coqueta; en Misiones: Yassí-Yateré, Lobisone; en Corrientes: Pombero; en Buenos Aires: duendes, Gualichu, Tinguiriricas.

68.

La Cabaña

III.

EL GALLINERO.

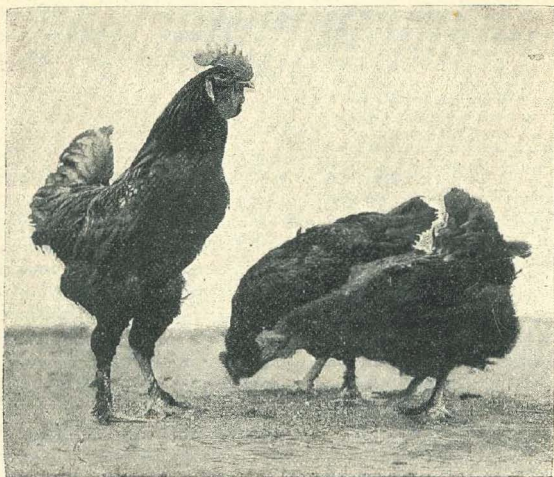
Por modesta que sea una mesa, siente uno alegría al sentarse a ella, cuando sobre el blanco mantel lucen algunas vasijas con flores y más aún cuando en la fuente yace una gorda gallina rodeada de sabrosas batatas, blancos choclos y otras verduras perfumadas y sanas; esto lo tuvo muy presente la señora Amalia, y al par que del jardín, empezó a ocuparse del gallinero. El abandono en que encontró éste, corría parejas con aquél; las pocas gallinas que se habían salvado vivían a la buena de Dios, perseguidas por toda clase de sabandijas.

Amalia hizo cercar un terreno arbolado, de unos 25 metros de lado, con grueso alambre tejido, y encerró allí las aves. En uno de los costados se techó un dormitorio, que quedó separado del corral por un cerco de alambre fino, el cual tenía abundante trabazón de madera para que las gallinas, que gustan de dormir en lo alto, se encontrasen bien.

Considerando como detalle muy importante los ponederos, distribuyó en el corral algunas barricas con cubierta impermeable, para ese objeto; todos los días, a

la tardecita, se procedía a recoger los huevos y diariamente se hacía la limpieza del gallinero.

Conversando con su esposo respecto al producto que pueden dar las gallinas, supo con sorpresa que una de



Gallinas Lhang-Shang.

estas aves, de clase ordinaria, da al año tanto o más que una oveja, también ordinaria, con la ventaja de que necesita menos espacio y cuesta menos su adquisición.

Para mejorar los productos se llevaron algunos juegos de gallinas de raza.

La cría de animales finos es siempre difícil, porque requieren mayores cuidados, y se enferman con facilidad; por esa razón, aun cuando hay varias razas de gallinas, muy hermosas y útiles, nuestra amiga, considerando que sus deberes no le permitían dedicar sino corto tiempo al cuidado del gallinero, eligió dos: la *Legorne*, de color ceniza azulado, resistente a la intemperie, muy ponedora, y capaz por sus costumbres vagabundas, de buscarse la vida; y la *Orpington*, originaria del Norte de China, buena ponedora también, cuyos pollos son tan hermosos como poco delicados para la humedad; esta última raza tiene además la ventaja de ser de índole mansa y no se aleja mucho de la casa, siendo posible criarla en un espacio reducido.

Cada una de estas razas tuvo su instalación por separado, y en otro corral se instalaron las gallinas destinadas al consumo de la casa.

Las gallinas que están poniendo y los pollos pequeños, requieren comida especial; las primeras deben ser alimentadas con método, porque si tienen alimentos a discreción engordan demasiado y no ponen; los segundos se alimentan con sobrantes de comida, y durante los primeros días, se les da una pasta hecha con leche y harina de maíz, teniendo cuidado de darles poco cada vez, pero a menudo.



Mujer triturando grano.

Esta costumbre popular se practica aún hoy en todo el país, en los lugares apartados. Los indios de la región montañosa excavaban morteros en rocas más o menos lisas que afloran en la superficie del suelo.

Plantas luminosas

Muchas veces, allá en los tiempos de la feliz niñez, oyendo a los paisanos de nuestra campaña hablar con misterioso terror de la luz mala, excitada mi infantil curiosidad, quise saber qué era, más aún, quise verla; las explicaciones de aquella gente ignorante no me dejaron satisfecha, pues me parecía imposible que Dios, en su bondad suprema, dejara a las pobres almas errar por la tierra, desoladas y ansiosas, causando terror a los vivos.

Pero no es mi ánimo hablaros aquí de la fosforescencia de los huesos, que seguramente conoceréis; no de la luz de San Telmo, tampoco de la fosforescencia del mar, ni de los insectos; voy a hablaros de una que ha de seros menos conocida.

El reino de los vegetales es fuente inagotable de enseñanzas y fenómenos curiosos que nos llaman tanto más la atención, cuanto que tenemos en general a las plantas por seres casi inertes, incapaces de otros movimientos que los impresos a su cuerpo por el viento que pasa.

Si os interesais por estas cosas, leed la vida de las feroces dioneas, dróseras y utricularias, cazadoras de insectos; de la mandrágora que, según los antiguos, lanzaba desapacibles gritos, y de la miedosa sensitiva, que pliega sus foliolos al menor contacto.

Existen muchas plantas que, a ciertas horas de la noche, esparcen en derredor de sí destellos luminosos;

fenómeno descubierto por María, hija del botánico Linneo, la cual llamó la atención de su padre hacia la Capuchina común.

En las aguas de África, el lirio del estanque exhala vivos resplandores. En el Brasil brillan en medio de los bosques durante la noche la *Euphorbia Phosphorea* y el *Kus-Kus*, especie de césped que asusta con su luz intermitente a los animales que pasen.

Entre los hongos, los helechos y los musgos, muchas especies son luminosas, y existen algunas pequeñísimas especies de los primeros que crecen en las galerías de las minas, iluminándolas con luz suave.

Muchos naturalistas se han dedicado a estudiar las plantas fosforescentes, y parece probado que el fenómeno se debe a la influencia de la electricidad, pues se observa que el brillo que emiten es mucho más intenso en las noches tormentosas, o después de un día de gran calor, así como también es más poderosa en verano.

Os aconsejo, pues, que si viajando por la selva, atravesando la Pampa, o cuando la casualidad os lleve a las cercanías de alguna necrópolis, os sobrecoge el terror al ver brillar una luz azulada, rojiza o amarillenta, dominéis el miedo, inquiráis y comprobaréis que es algo que está al alcance de vuestra investigación.

LÉXICO.

En el campo suele con frecuencia verse luces que brillan un momento y desaparecen; y los campesinos creen que estas luces son debidas a almas errantes.

Uno de los compuestos de los huesos es el fosfato de cal, y como es muy frecuente que los esqueletos de los animales permanezcan a la intemperie, el fósforo brilla en la obscuridad y a él son debidas esas luces misteriosas.

Fosforescencia del mar. — En los mares tropicales se observa por la noche un fenómeno espléndido; el mar parece

de fuego y las olas movidas por el buque brillan con chispas que saltan y se rompen; en las zonas templadas se observa el mismo fenómeno con menor intensidad.

Dioneas. — Plantas cuyas flores cazan insectos y los matan; **Dróseras**, plantas que viven, por lo general, en lugares pantanosos y cuyas hojas se cierran cuando un insecto se posa en ellas y lo estrujan; por cuya razón a ambas se les da el nombre de plantas carnívoras.

Utricularia. — Planta acuática; hay muchas especies de ellas.

Capuchina común. — Pertenecce a la familia de las tropeáceas; muchos géneros son muy útiles en medicina y en economía doméstica.

EJERCICIOS.

Hagan croquis de conjunto con líneas rectas. Plantas útiles por su madera, por su fruto, por su semilla; forrajeras; plantas perjudiciales y venenosas. Haga el maestro que los alumnos se fijen en el porte de los vegetales a fin de que puedan distinguirlos a la distancia; ej.: un álamo y un eucalipto; un sauce y un paraíso; un pino y un cedro, etc., también en el diverso colorido de su follaje.

Hagan croquis de conjunto con líneas rectas. — Colorido del campo según el pasto que lo cubre: la alfalfa, de tinte azulado; el trébol, verde claro; la cebadilla, grandes manchones casi blancos; la flor morada, de color lila claro y cuyo conjunto, a la distancia, parece agua.

70.

El milagro

Transportémonos a la provincia de San Juan, desde cuya capital se distinguen los gigantes Andes y donde vió la luz un gran intelectual de nuestro pueblo, el ilustre Sarmiento.

Los muchachos de San Juan son tan traviesos como cualesquiera otros de la tierra.

No extrañaréis entonces que os cuente alguna picardía llevada a cabo, hace muchos años, por un grupo de niños pertenecientes a distinguidas familias de aquella provincia hermana.

Sucedió que durante algún tiempo, el teatro de muchas travesuras, mejor dicho, el punto de vista de todas ellas, fué la iglesia parroquial.

En los michinales de la torre anidaban gran número de palomas cuyos gorditos pichones incitaban a los muchachos, siempre aficionados a buscar nidos, y como en San Juan no existe el *Pombero*, se aprovechaban a más y mejor.

Y no sólo subían a la torre en busca de las palomitas, sino que llegaron una vez a apoderarse de una pequeña campana, la que llevaron a un descampado y allí organizaron una fiesta religiosa.

Cuando el Cura Párroco, señor Castro, oyó el repique y se enteró del hecho, envió al sacristán a recoger la campana, que estaba bendita; pero los muchachos se resistieron a entregarla, diciendo que la devolverían

una vez terminada la función, y el sacristán tuvo que batirse en retirada.

Todas estas cosas tenían justamente enojado al padre Castro, que resolvió ponerles término aplicando un correctivo a los audaces y traviesos jovenzuelos.

Cuando se organizaba una *razzia* de pichones, pasaban los de la partida por un angosto zócalo que rodeaba la torre, vaciaban el nido y seguían su camino para bajar por la escalera del campanario, pues por el exiguo zócalo aquel, harto peligrosa era la travesía y sólo muchachos de un pueblo montañoso eran capaces de hacer una excursión por aquella acera, debajo de la cual, a más de 10 metros, quedaba la calle.

Uno de tantos días, ya agotada por completo la paciencia del sacerdote, tomó unas disciplinas y esperó a los rapaces.

—Ninguno de ustedes bajará por la escalera — les dijo — sin recibir de mi mano buena azotaina.

Los muchachos se resistían; esquivaban el bulto, rogaban al padre que pegara despacio, que no volverían a pecar, y, quieras que no, fueron recibiendo su castigo y llevando las marcas que les imprimieran las bien manejadas disciplinas.

Entre los de aquella partida había un muchacho de apellido Rufino, niño orgulloso, altivo y valiente.

—Padre: — dijo — No sufriré que usted me pegue.

—No pasas — replicó el cura — sin recibir tu merecido.

—Déjeme pasar, o me arrojo de la torre.

—Puedes botarte, pues no te libras.

No había concluido de hablar, cuando el niño volaba por el aire en dirección a la calle.

El Padre Castro cayó fulminado por un síncope; no había pensado que Rufino cumpliría su amenaza, que sólo tomó por balandronada de muchacho.

Los compañeros bajaron por la escalera desolados, creyendo encontrar a su compañero de piraterías con el cráneo hecho pedazos.

Pero cuál no sería su sorpresa al contemplarlo de pie en medio de la calle y que al acercarse les dijo sonriendo:

—¿A ver, pues, las señales de los azotes? Lo que es yo ni una seña; ni me he lastimado.

Sin saberlo y con exposición de su vida, había puesto en práctica el joven Rufino, el principio del paracaídas.

El traje de los niños sanjuaninos era, en aquella época, una blusa de cotonada bastante larga y cerrada, y encima un ponchito redondo muy ajustado al cuello, traje bastante amplio y resistente, que al extenderse en el aire sirvió de paracaídas y salvó al atrevido muchacho de estrellarse contra el pavimento.

La gente del pueblo, por su parte, siempre dada a atribuir a influencias sobrenaturales todo aquello que, en su ignorancia, no alcanza a comprender, clamó: «¡Milagro!» y como tal los buenos sanjuaninos lo atribuyeron al padre Castro.

LÉXICO.

Pombero. — Es, según los campesinos de Misiones, un hombre alto, delgado, cubierta la cabeza con un gran sombrero y armado de bastón para pegar a los muchachos que encuentre durante la siesta robando nidos.

Paracaídas. — Es un aparato semejante a un paraguas; sirviéndose de él puede una persona lanzarse desde cierta altura, sin hacerse daño.

EJERCICIOS GEOGRÁFICOS.

Señalar en el mapa la provincia nombrada e indicar sus ríos, montañas y producciones principales.

El niño y la golondrina.

—¡Oh! si, yo fuera dulce golondrina,
—Decía un niño de pupila azul —
Con su ala yo, de niebla vespertina,
Cruzaría gozoso el leve tul.

—Y yo — le respondió la golondrina —
Para ser niño de pupila azul,
Cambiar querría mi ala peregrina,
Por tus lindos cabellos de áureo tul.

—Y tú, ¿qué harías, dulce golondrina?
—Le dijo el niño de pupila azul —
¿Qué harías si por tu ala peregrina
Mis cabellos te diera de áureo tul?

La golondrina entonces: —Si tuviera
Tus cabellos — le dijo — de áureo tul
Sólo al verme en el mundo se dijera
Que yo era un ángel de ese cielo azul.

Pero tú —continuó la golondrina —
Di, tierno niño de pupila azul:
¿Qué harías, pues, con mi ala peregrina
Sin tener tus cabellos de áureo tul?

—Aparta, aparta, golondrina leve,
—Respondió el niño de pupila azul —
Do sólo el alma a penetrar se atreve
Yo volaría entre el celeste tul.

JORGE ISAACS.



¡Oh! si yo fuera dulce golondrina.

EJERCICIOS.

El maestro explicará el significado de esta poesía. ¿Por qué dice el niño; dulce golondrina? — ¿Qué significa niebla vespertina, refiriéndose al ala? — ¿Por qué dice de áureo tul, refiriéndose a los cabellos del niño? — ¿A dónde volaría el niño si tuviera las alas de la golondrina?

Golondrinas. — Aves migratorias; es notable el vuelo de las golondrinas por sus giros fantásticos; las golondrinas europeas hacen sus nidos de tierra, como los horneritos; las de América anidan en los aleros y en las cavidades que encuentran en las paredes; son aves de buen augurio porque anuncian la primavera. Se alimentan de insectos; cuando llega el otoño se reúnen en grandes bandadas y se retiran hacia el norte, a los países cálidos.

Algunos animales se usan como símbolo; busquen diez nombres de aves, insectos, cuadrúpedos, que lo sean.

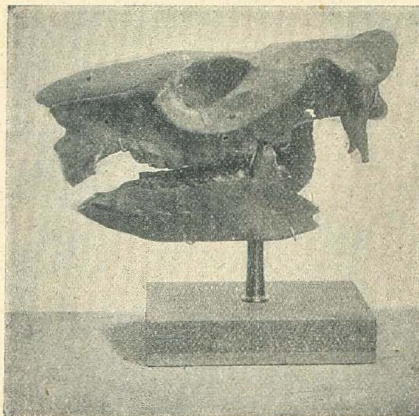
EJEMPLO DE DEBER.

La abeja es símbolo de laboriosidad.

72.

Monte Hermoso

¡Monte Hermoso!... Para la generalidad sólo tiene de hermoso el nombre. Es una serie de colinas de arena



Cráneo fósil de *Tipoterio*.

semimovible, de unos treinta y tantos metros de elevación, de las cuales la más alta lleva un faro destinado a evitar en lo posible los siniestros que con tanta fre-

cuencia ocurren en esta costa. Es una localidad árida y solitaria, abrasada por el sol y barrida por los vientos que azotan el rostro con la arena ardiente, sin agua y sin pasto, y si lo hay, duro y punzante como aguja de colchonero. Por un lado está limitada por una barranca acantilada de doce a catorce metros de alto y de unas veinte cuadras de extensión, cuya base batida por las olas, ora mansas, ora furiosas, del océano, está acribillada de cuevas y hendiduras, derrumbándose en grandes trozos que caen enterrándose en la arena, semejando imponentes monolitos, que luego son poco a poco destrozados por las aguas. Por el otro lado, por la espalda, está aislada por una serie de médanos accidentados, ya en forma de cuchillas largas y angostas, ya cónicas o circulares, formando una faja de un par de leguas de ancho; región casi intransitable, en la que sólo se mueven a la vista del hombre en vertiginosa carrera los avestruces y las gamas.

Pero este punto aislado de todo centro civilizado, enclavado en una región poco menos que inhabitable, es, para el naturalista, si no un monte hermoso, un monte de oro, un monte de vida hasta ahora desconocida, muerta si se quiere, pero que revive ante nuestros ojos a los golpes de pico aplicados en la barranca.

F. AMEGHINO.

LÉXICO.

Monte. Hermoso. — Está situado en Bahía Blanca. Este paraje es interesante para los naturalistas por los fósiles que se han encontrado allí.

Gama. — Es la hembra de un ciervo pequeño que existe en nuestra Pampa.

Acantilada. — Se dice de la costa que desciende al mar por cantiles y de la que está tajada a plomo.

Acribillado. — Lleno de agujeros como una criba.

Monolito. — De una sola piedra.

Médanos. — Llámase aquí médanos a las dunas o sea colinas formadas por arena; algunos son movedizos, otros fijos y cubiertos de vegetación.

EJERCICIOS.

I. — El maestro dictará un trozo en plural para que los alumnos lo escriban en singular.

Escribir oraciones en grado comparativo de igualdad, de inferioridad y de superioridad.

II. — Señalen regiones del país donde abundan los médanos.

73.

La Cabaña

IV.

Mientras la señora se ocupaba en la dirección de la casa, del gallinero y del jardín, el doctor Viera había empezado, por su parte, la instalación del establecimiento agrícola-ganadero, destinando unas cuarenta cuadras para chacra, treinta para alfalfares y el resto para ganado.

Como los primitivos dueños no se preocuparon de mejorar el campo, éste, sin ser malo, no era de los mejores; algunas semillas de buenos pastos europeos esparcidas a tiempo dieron tan buen resultado, que pocos años después se había transformado en uno de los mejores retazos de tierra.

El secreto del éxito, en un establecimiento de campo, no está en tener mucha hacienda, sino en que sea de buena clase: nuestro amigo formó tropillas de las tres mejores razas ovinas: *Rambouillet*, *Lincoln* y *Cara Negra* (*Hampshire Down*); cada una se mantuvo separada de las otras. Los ejemplares mejores se criaron a galpón para ser enviados a las casas de remate de la Capital o a la Exposición Rural, que se celebra cada año; lo demás se vendía, ya aisladamente, ya en pequeñas tropas.

El mismo procedimiento siguió con la hacienda vacuna; lo que había de emplear en la compra de animales ordinarios, fué invirtiéndolo en la adquisición de ejemplares de raza, eligiendo los que más se avenían al clima de nuestro país.

Por pequeño que sea un establecimiento, el dueño no tiene tiempo de permanecer ocioso; si desea verlo prosperar, debe tener presente que *el ojo del amo engorda el ganado*; por mucha confianza que le merezca su personal, jamás ha de dejar de vigilarlo; no por maldad, sino por ignorancia, los peones cometen muchas veces yerros o descuidos que pueden ser perjudiciales.

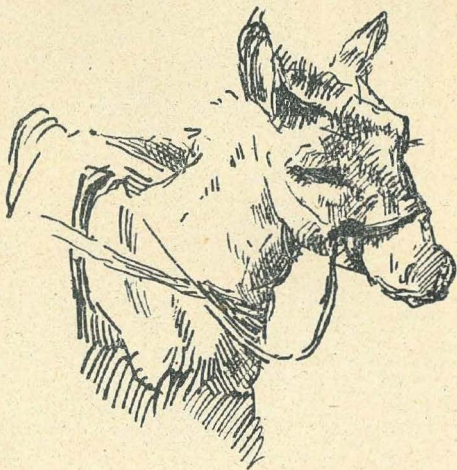
Pegar a los caballos en la cabeza, intimidar por medio de latigazos a las vacas que desea amansar, son cosas corrientes en el hombre de campo; él no tiene la menor idea de que los animales son seres sensibles como nosotros, que sienten dolor, frío, calor, y que con cariño es fácil conseguir mucho de ellos.

Decidido nuestro amigo a emplear los métodos europeos para amansar los animales, llamó a su peonada y habló así: — Vds. saben que en mi casa se les trata de muy distinta manera que en la generalidad de los establecimientos; deseo que, a su vez, cuiden con bondad a los animales, previniéndoles que jamás disculparé actos de violencia contra ellos.

Dos o tres peones que no pudieron dominar su mal genio, y que maltrataban a las pobres bestias, fueron despedidos; los demás se acostumbraron poco a poco a ser humanitarios. Con agua, rasqueta y paciencia se domesticaban hasta las más indomables vaquillonas y los potrillos más ariscos.

Los resultados de la buena dirección, actividad y vigilancia no se hicieron esperar; muy pronto los productos de *La Cabaña* empezaron a llamar la atención y a venderse a muy buenos precios; por un carnero se le pagó una vez 8000 pesos, y por un toro... ¿cuánto creéis que se le pagó por un toro?... Nada menos que 40.000 pesos.

No supondréis que esta maravilla se produjo al año siguiente, ni a los dos años de ocuparse el señor Viera en hacer prosperar su tierra y *seleccionar* animales; no, le fué preciso trabajar mucho personalmente, no



Este es «Nino»—el burrito—que nunca supo de malos tratamientos.

distraerse los primeros años en ir a la Capital a pasar temporadas, dejando *La Cabaña* al cuidado del *capataz*; pero sus sacrificios fueron, como veis, recompensados, y ahora, después de varios años de lucha, se permite algunos placeres bien ganados por cierto.

Varios antiguos peones, que tienen allí su familia, le son muy útiles en la vigilancia de su cabaña; el principal es el viejo Juan, tan cuidadoso de los intereses como de la salud de su querido patrón, a quien suele permitirse regañar cuando ve que madruga estando resfriado o cosas por el estilo; sin embargo, él, Juan, tuvo una pulmonía a causa de no cuidarse y salir de noche, para cerciorarse de si el galpón, donde se guardaba el toro más valioso, había quedado bien cerrado.

Que Juan fué perfectamente atendido, que sus amos se preocuparon de todo lo concerniente a su curación, y lo mandaron después por dos meses al Paraguay a fortalecerse, eso no lo pondréis en duda. Actos tan nobles se repiten con suma frecuencia en *La Cabaña*.

LÉXICO.

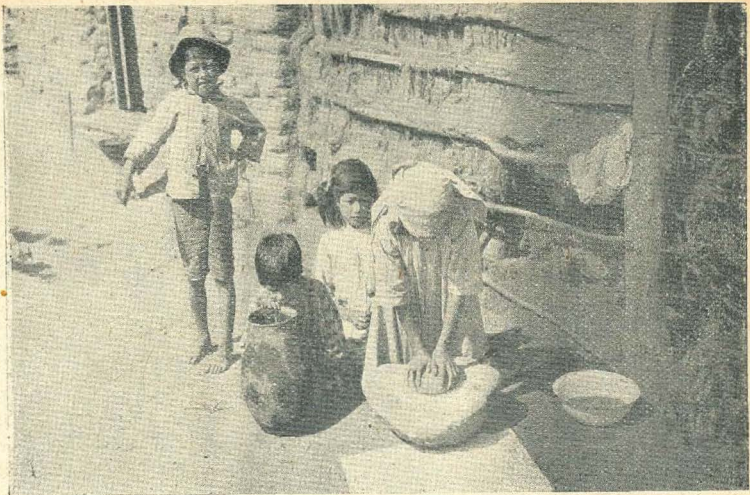
Pastos. — Los pastos naturales de aquí son los llamados duros: paja; los pastos tiernos han sido introducidos.

Lana. — La lana de las ovejas Lincoln es gruesa; la de los Merinos, fina; según la clase de tejidos que estén de moda se paga mayor precio por una u otra clase de lana.

Animales de raza. — Se dice generalmente de los que pertenecen a raza fina.

Seleccionar. — Perfeccionar la raza y elegir los mejores ejemplares para cría.

Durham. — Una de las razas vacunas mejores por la cantidad y calidad de la carne.



Costumbres primitivas, todavía en uso.

El molino o conana, como se le llama, consiste en una caja de piedra de superficie plana, sobre la cual se echa el grano: con otra piedra, más chica, se muele; como se ve en la figura, la muchacha está *conando*. En todo el noroeste del país se hallan estos utensilios.

74.

Recuerdos históricos que no causan horrores ni cuentan desastres

En este punto las sierras forman collados, alternando los cerros rocallosos y las colinas altas, verdes, musgosas. Los picos de los primeros, rompiéndose en cuchilla, corren hasta perderse en el horizonte. Mil siluetas de torres almenadas, edificios góticos, temples derruidos, se elevan y enclavan en el diáfano azul. Los picos agudos semejan frailes, las manos entre amplias mangas, la capucha puesta como embudo con la punta al cielo o echada a la espalda a guisa de mochila. Frailes descomunales, de pie, de rodillas, en oración humilde o clamando con la frente alta y los brazos tendidos al infinito.

Las colinas al frente forman lomadas multicolores, suaves planicies; redondas cúpulas elevadas y deprimidas ondulando como grandioso oleaje marítimo, vestidas sus faldas con arbustos, cactus, matorrales y cardones gigantes entre manchas de tupida yerba, asilo de reptiles y despensa de liebres, conejos y cacería menor, en donde no se pierden los perdigones, ni quedan sin labor los perdigueros.

Colinas y cerros abriéndose en compás, abarcan el valle, partido en dos por torrente cristalino, bullicioso, saltarín y capaz de meterse por donde menos falta haga y de llevarse valladares y reparos de encuentro para establecer nivel común, como los socialistas de nuestros días y los insurgentes de todos los tiempos.

En el ángulo de ese fantástico compás, sobre blanda meseta que rodea el torrente en profundo lecho con bordes elevados formando pintoresco abismo, se extiende, oliente la aldea. La calle principal la cruza de extremo a extremo y comienza y remata en dos columnas de piedra labrada, como portadas que, en semicírculo ofrecen asiento al viajero cansado, al entrar, o lugar de despedida a los aldeanos, al salir fuera en excursión muy larga. Las cabañas cercadas de huertos, las callejuelas por donde corre el arroyo entre berros de relucientes hojas; la plazoleta con tiendas de colorines, de lienzos, arreos de montar y baratijas; su blanco pilón de piedra berenguela, al centro, y dominándolo todo, la iglesia con su enorme ojiva de colores en la fachada, con sus torreillas blancas y agudas que terminan en flecha, y en el costado la casa parroquial, burguesa, sombreada por copudos saúcos y tapizada de trepadoras capuchinas y madreselvas que, remontando el muro, forman parasol oloroso en la portada.

A su sombra, sentado en silla de baqueta cochabambina y el breviario en la mano, contempla el buen cura, no viejo aún y de rostro fresco y aire bonachón, el zig-zag que en la loma de enfrente, a partir desde la alta ermita sin puerta, que tiene empotrada en el muro del fondo una cruz pintarrajeada en cuerpo y brazos con los pasajes de la pasión del Redentor, contempla el zig-zag que forma la senda blanquicea sobre el verde tapiz de la falda, por donde al lánguido renguear de su caballo baja un jinete defendiendo, con la ancha ala de su sombrero, su faz y sus ojos del sol, que le cae de lleno, al descender amarillo y caliente hacia el ocaso.

Exhalaba la tarde sus vahos y sus perfumes al son del torrente que bullía sordo y pertinaz abajo y de la cigarra que zumbaba monótona, incansable, arriba.

El jinete descendía, descendía hasta el torrente, que cruzó por puente de troncos juntos, sin apearse; esquivó los pilares de la calle central del pueblo y se detuvo en una gran cabaña pajiza de doble piso con ventanas rústicas, cobertizo, corredor y establo, todo entre fronda de manzanos florecidos de blanco.

El buen cura dejó su libro y acudió al templo en donde se le esperaba; vistió sobrepelliz, manípulo y estola y comenzó la ceremonia del bautismo de un niño. Teníalo en los brazos el que venía «pian, piano» jinete por la senda del monte, y no presenciaban el caso más que el sacristán, con el cirio encendido en una mano y los pots de óleo y sal en salvilla en la otra, y una mujer del pueblo, puesta de limpio y con los aros y hebillas de las fiestas grandes.

El forastero era de noble y altiva faz, ojos brillantes, sin bigote, las patillas en chuleta, los modales medidos y cultos, el traje entre militar y paisano; galones o bordado sin lustre, chafados, asomaban por el cuello del poncho de paño azul, que caía hasta las botas altas y con espolines.

El buen cura, aunque murmuraba sus oraciones y ponía la sal y el óleo al neófito, no apartaba la vista del extranjero, como atraído por el prestigio incógnito, de manera que, al verter el agua, invocando a la Santísima Trinidad, la dejó caer sobre el sacristán, que se lo advirtió disimuladamente.

Concluído el ministerio, invitó el cura al padrino a prestarse para sentar la partida en el libro.

Hecho el encabezamiento con el consabido: «Yo infrascrito, Cura y Vicario», preguntó al forastero:

—¿Su nombre?

—Manuel Belgrano.

Mirada de estupor; indeciso, añadió con ansia inexplicable:

—¿Su profesión?

—General del Ejército libertador de las Provincias del Alto Perú.

El cura se puso en pie, hizo una reverencia profunda, juntó las manos sobre el pecho, alzó con unción los ojos al cielo, y murmurando una oración entre dientes, extendió la diestra y puso solemnemente la bendición sobre el forastero.

Entre tanto había desaparecido el sacristán. Duró aun algún tiempo el asiento, pasando al libro las particularidades sobre el nacido, sus padres y su padrino.

De pronto se echaron a vuelo las campanas como en los grandes días, resonó el órgano tocando con ardor no usado hasta entonces, y al salir del templo, cura, padrino y comadre portadora del niño, el pueblo corría por la plaza gritando:

—¡Viva el general Belgrano! ¡Viva! ¡Viva!

Repentinamente se cubrieron las ventanas y puertas, de cañas, llevando, a guisa de bandera, pañuelos de yerbas y lienzos de colores; tronaron cohetes y petardos, y se vió descender, bajo el hermoso crepúsculo prolongada por los celajes de oro y púrpura que embellecían el horizonte, centenares de hombres a los gritos de « ¡Viva la patria! ¡Viva Belgrano! »

En medio de la muchedumbre ebria de entusiasmo, montó el general de nuevo a caballo, saludó con el sombrero en la mano, estrechó y besó la mano al cura, y después del regalo obligado — una pequeña bolsa con tomines y reales — a la comadre, partió al trote largo a juntarse con su ejército que acampaba a tres leguas

en lo ancho y despejado de la quebrada de Sarapalca, corregimiento de Potosí.

JULIO L. JAIMES.

LÉXICO.

Collado. — Altura que no llega a ser monte.

Edificio gótico. — De orden gótico. Uno de los órdenes más hermosos de la arquitectura.

Enclavan. — Traspasan, entran.

Guisa. — Modo, manera, semejanza de alguna cosa.

Mochila. — Especie de caja de cuero que los soldados llevan a la espalda con todo su ajuar.

Insurgentes. — Sublevados, levantados.

Pertinaz. — Obstinado, terco, tenaz.

Sobrepelliz. — Vestidura blanca, corta, con mangas muy anchas, que llevan los sacerdotes en ciertas funciones de iglesia.

Manípulo. — Ornamento sacerdotal semejante a la estola, pero más corto, que se ciñe al brazo izquierdo sobre la manga del alba.

Estola. — Ornamento sacerdotal que se pone encima del sobrepelliz; consiste en una banda larga, angosta, con los extremos más anchos y con cruces en ellos y una en la mitad del largo.

Alto Perú. — Así se llamaba a Bolivia en tiempo del coloniaje.

75.

Entre los médanos

Hoy, dijo Edmundo, van a volar los médanos de Talca; lo mejor será que vayan temprano; ya están preparados los cochecitos. Talca es una laguna del campo «Don Roberto» y está rodeada de médanos como casi todas las de aquella región sur de la provincia de San Luis.

Tomamos el desayuno y salimos: el viento no dejaba ni gasas ni sombreros en la cabeza, y de lejos vimos ya la nube de arena que bailaba en el aire, siguiendo el desordenado compás del ventarrón.

El día antes habíamos contemplado los médanos en calma, entreteniéndonos largo rato en observar las extrañas construcciones hechas por el viento y los dibujos que suele dejar en la movable arena, cuyos granitos están siempre dispuestos a bailar.

Cuando llegamos, nos convencimos de que en realidad no carecíamos de valor al meternos en semejante infierno. Masticábamos arena; ni los tupidos velos, ni el ala de los sombreros, muy echada a la cara, nos podían proteger; andábamos a tientas.

La laguna, agitada, levantaba olas que estrepitosamente rompían contra un bote amarrado a la orilla.

Berta y Edmundo se embarcaron en él, mientras yo buscaba objetos de fabricación indígena que estuvieran al descubierto, porque todas las grandes lagunas de esta zona han sido asiento de importantes tolderías, así

es que entre los médanos se encuentran morteros, flechas, pedazos de cacharros que el viento descubre o esconde según su capricho.

Los morteros están intactos; reducidos los cacharros a su mínima expresión por los remolinos que los zaran-dean sin cesar. A pesar de todo, el coleccionista nada desprecia, y, por insignificante que parezca, siempre recoge y guarda lo que encuentra.

Mientras seguía yo por la arenosa playa y cantaba la laguna su eterno rum... rum... enviando grandes olas espumosas, luchaban mis amigos con el viento y la correntada y tanto, que si no hubiese sido por el fuerte brazo de Edmundo no se salvan aquel día según me dijeron después.

Recogiendo un pedacito de cacharro aquí, otro más allá; trepando con dificultad las movedizas cuestras, continué mi penosa marcha hasta que dí con un paraje res-guardado donde me senté a descansar.

Estas lagunas son distintas de las lagunas de la provincia de Buenos Aires con su explayada y rojiza orilla.

Las que visité en el campo « Don Roberto » — (Talca, El Plumero, Los Barriles, El Chañar, Los Baños, El Águila), son lagunas, más bien laguitos, entre médanos, que generalmente tienen, de un lado, un montecito de árboles bajos con mucho matorral y del otro, un médano arenoso.

Hace apenas unos cuarenta años eran estos campos propiedad de los indios ranqueles, cuyo centro se hallaba en Leubucó. ⁽¹⁾

(1) El viaje a los indios ranqueles del Coronel Lucio Mansilla, describe muchos de estos parajes y las costumbres de aquellos indios.

Sus caminos — las rastrilladas — que como verdaderas sendas del desierto no podían ser abandonados so pena de grandes peligros para el viajero, han sido substituídos por el riel y el automóvil... ¿Y nada más? ¿Qué hubiera pensado Mariano Rosas ⁽¹⁾ si hubiera visto llegar a Fels en aeroplano a los aduarez ranquelinos?

Hoy las lagunas a cuya orilla deteníase el salvaje a descansar, vense rodeadas de alfalfares y arboledas... pero ¡qué lucha! Muchas veces cuando ya el revoltoso elemento parece dominado asoma su nariz la vieja indomable arena y destruye en una noche lo que costó varios años de fatigas.

En la época de la pesca se animan las orillas silenciosas con la presencia de los pescadores mendocinos que llegan con sus botecitos de totora, hacen su pequeña población y viven allí tres o cuatro meses enviando diariamente pescado a Villa Mercedes, San Luis, Mendoza, etc.

Los indígenas carecieron de este elemento de vida, porque no teniendo las lagunas entre médanos comunicación con los ríos, estaban desprovistos de peces.

Hace algunos años el gobierno nacional hizo distribuir huevos en ellas y se poblaron como por encanto; de aquí su riqueza actual.

(1) Mariano Rosas: Uno de los últimos caciques ranquelinos.

76.

Venecia

Venecia es la ciudad del silencio. El silencio es un ser viviente. Parece que, huyendo de París o de Londres, se refugia a descansar en los canales. El silencio tiene notas, por mejor decir, sensaciones. Reposa en la helada vejez de los palacios de mármol, como el espíritu de los siglos que han muerto. En el agua se alegra un momento, y deja que ésta se le lleve al pie de los mismos palacios, con un murmurio voluptuoso casi suspirante. Huye de los astilleros donde a golpes se meten tuercas, colérico como si recibiera un insulto. Y del silbato de los vapores se aleja nostálgico, porque ya no puede dormirse en la suave ondulación de las velas de Lepanto. En el crepúsculo se muestra como una página inmaculada, para que el alma suspire con todos los recuerdos y sonría con todas las esperanzas. En la noche se duerme como un niño en el regazo de la infinita paz, que tiene el aliento de una madre... Las góndolas pasan, deslizándose apenas y murmurando: «no le despertéis, no sea que hable y diga lo que debéis ignorar vosotros, oh impenitentes poetas».

ANGEL ESTRADA.

«El color y la piedra».

LÉXICO.

NOTAS. — Venecia. — Ciudad de Italia edificada sobre canales.

Fué durante mucho tiempo una poderosa república cuyos gobernantes llevaban el título de *dux*; en sus innumerables palacios y en sus iglesias se hallan imponderables tesoros artísticos.

Lepanto. — Batalla dada en 1571 en el golfo a que debió su nombre. Fué entre turcos y cristianos y Venecia concurrió con gran número de galeras.

EJERCICIO.

Búsquese el significado de las palabras galera, góndola. Nombren y definan diez tipos de embarcaciones antiguas y modernas.

77.

El agua multiforme

« El agua toma siempre la forma de los vasos que la contienen », dicen las ciencias que mis pasos atisban y pretenden analizarme en vano ;
yo soy la resignada por excelencia, hermano.
¿ No ves que a cada instante mi forma se aniquila ?
Hoy soy torrente inquieto y ayer agua tranquila ;
hoy soy, en vaso esférico, redonda ; ayer apenas, me mostraba cilíndrica en las ánforas plenas ;
y así pitagorizo mi ser hora tras hora ;
hielo, corriente, niebla, vapor que el día dora,
todo lo soy, y a todo me pliego en cuanto cabe ;
¡ Los hombres no lo saben, pero Dios si lo sabe !
¿ Por qué tú te revelas ? ¿ Por qué tu mano agitas ?
¡ Tonto ! ¡ Si comprendieras las dichas infinitas de plegarse a los fines del Señor que nos rige !
¿ Qué quieres ? ¿ Por qué sufres ? ¿ Qué sueñas ? ¿ Qué te
[aflige ?
¡ Imaginaciones que se extinguen en cuanto aparecen... En cambio, yo canto, canto, canto !
Canto, mientras tú penas, la voluntad ignota ;
canto cuando soy chorro, canto cuando soy gota,
y al ir, proteo extraño, de mi destino en pos,
Murmuro : ¡ Que se cumpla la santa ley de Dios !
Porqué tantos anhelos sin rumbo tu alma fragua !
¿ Pretendes ser dichoso ? Pues bien, sé como el agua ;
sé como el agua llena de oblación y heroísmo

sangre en el cáliz, gracia de Dios en el bautismo;
sé como el agua dócil a ley infinita,
que reza en las iglesias en donde está bendita,
y en el estanque arrulla, meciendo la piragua.
¿Pretendes ser dichoso? pues bien, sé como el agua!
Lleva cantando el traje con que el Señor te viste,
Y no estés triste nunca, que es pecado estar triste.
Deja que en tí se cumplan los fines de la vida;
sé declive no roca; transfórmate y anida
donde al Señor le plazca, y al ir del fin en pos,
murmura: que se cumpla la santa ley de Dios.

AMADO NERVO (mexicano).

«La hermana agua».

LÉXICO.

Pitágoras. — Filósofo griego; vivió de 569 a 470 a J. C., predicaba que la materia muda constantemente de forma; la palabra pitagorizo, que es aquí una licencia poética, pues no existe el verbo pitagorizar.

Proteo. — Viejo profeta marino que cuidaba los caballos de Neptuno. Cuando querían obligarlo a profetizar, se transformaba en mil cosas distintas para no hacerlo. Cuando se veía vencido tomaba su verdadera forma y decía la verdad. Se le considera también como personificación de la ola inhospitable que toma las formas más diversas.

78.

Fanales del mar

«Por si lo ignoras, te diré que la estupidez es el primer efecto de la ignorancia».

La luz del Sol, al pasar de la atmósfera al agua, se refracta, es decir, se quiebra; pero no tiene bastante poder para atravesar todas las capas líquidas y llevar su benéfica influencia hasta grandes profundidades.

¿Crearéis por esto que el fondo del mar está sumergido en profundas tinieblas?

Nada de eso. En el mar existen muchos animales que producen luz a semejanza de las linternas y coyuyos; hay crustáceos cuyos enormes ojos son verdaderos faroles que les guían en los sombríos antros.

La fosforescencia del mar es debida a infusorios que, por millones de millones, pululan en las aguas. El fenómeno alcanza maravillosas proporciones en la zona tórrida, pero en algunos puntos de la costa argentina, tales como Mar del Plata, puede observarse también durante las noches oscuras.

Mas no son las luces vagabundas las que van a ocupar nuestra atención por hoy, sino focos estables, distribuidos en el fondo del mar, verdaderos fanales que sustituyen al Sol en los insondables abismos.

Este descubrimiento débese al marqués Follín, que ha hecho muchos estudios sobre animales submarinos; mas no quiero empañar su interesante narración, y como su estilo es sencillez, lo comprenderéis sin dificultad.

« Una noche, estando el tiempo muy oscuro, habíamos echado la red a gran profundidad. Habiendo subido a cubierta en el momento preciso de verla asomar a la superficie del agua, fuémos fácil advertir que despedía muchos resplandores fosforescentes, particularidad que al pronto apenas nos llamó la atención, porque el mar presenta a menudo los mismos efectos cuando lo agita algún choque o frotamiento.

« Pero nuestra sorpresa fué grande cuando sacaron de la red gran número de *isis gorgónidas* que tenían el aspecto de un arbusto, y vimos que difundían destellos que hicieron palidecer la luz de los veinte fanales con que se alumbra la cubierta, y que, por decirlo así, cesaron de lucir tan luego como pusimos en ella a los políperos. Este efecto inesperado produjo al pronto una especie de estupefacción general, y en seguida llevamos algunos ejemplares al laboratorio donde apagamos todas las luces.

« Dada la obscuridad profunda en que dejamos dicha pieza, aquello pareció cosa de magia, pues presenciábamos el espectáculo más maravilloso que le es dado al hombre contemplar.

« De todos los puntos de los tallos principales y de las ramas o brazos de los *isis*, brotaron chorros de haces luminosos, cuyos fulgores se atenuaban para avivarse luego, pasando del color morado al púrpura, del rojo anaranjado al azulado, al verde de varios tonos, y a veces al blanco, pero el dominante era el verde; los demás sólo aparecían por destellos y se fundían rápidamente con aquél. Si, para que el lector pueda formarse una ligera idea de lo que en aquel momento nos tenía embelesados, digo que todo ella era mucho más hermoso que la más hermosa pieza de fuegos artificiales, ni aun así se podría suponer el efecto producido, y sin

embargo, no se me ocurre otra cosa mejor con que comparar el fenómeno.

«Mas, por desgracia, no fué de larga duración. La vida de aquellos animales se extinguía poco a poco, la vivacidad de los fulgores disminuía a cada minuto, y las luces iban muriendo a la par del organismo.

«Al cabo de un cuarto de hora, su postrera palidez desaparecía, no dejando al polípero más que el aspecto triste y sombrío de una rama seca.

«Si se examina un pequeño fragmento de esta *gorgónida*, de este *isis*, se ve que su eje calizo es muy poca cosa, y que el sarcosoma que lo reviste, y que despide la luz, no puede tener gran espesor. Y sin embargo, estaba bastante poderosamente organizado para suplantat la luz eléctrica, la de un fuego de artificio, y casi me atrevería a decir la del Sol, y esto en todas las partes comprendidas entre los zooides. Para que pueda juzgarse de esta intensidad, diremos que desde un extremo a otro del laboratorio, esto es, a más de seis metros de distancia, podíamos leer como a mitad del día los caracteres más pequeños de un periódico».

LÉXICO.

Linternas y Coyuyos. — Escarabajos llamados también saltapericos; orden de los coleópteros.

Crustáceos. — Animales invertebrados que tienen el cuerpo duro por fuera; ej.: el cangrejo.

Pólipos. — Animales invertebrados acuáticos, la mayor parte sociales.

Isis gorgónidas. — Género de pólipo del orden de las gorgónidas.

Antro. — Caverna, cueva, profundidad insondable.

Vagabunda. — Andariega.

Fanal. — Farol grande que se pone en las torres de los puertos y en la popa de las embarcaciones.

Insondable. — Que su profundidad no se puede medir con la sonda.

Fosforescentes. — Que da luz semejante a la del fósforo en la obscuridad.

Pesquisa. — Indagación, inquisición.

Laboratorio. — Oficina donde se preparan productos químicos.

EJERCICIOS.

I. — Pequeños experimentos para demostrar la refracción y la reflexión de la luz.

Fenómenos debidos a la refracción y a la reflexión de la luz en la atmósfera.

II. — Deletrear las palabras difíciles.

Aplicar adjetivos convenientes a los siguientes nombres:

Sol — agua — mar — tinieblas — órgano — fanales — noche — madrugada — sorpresa — obscuridad — vida — luz — fuego.

III. — Dar cinco nombres de grandes mares indicando su situación, cinco de golfos importantes y cinco de canales o estrechos. Las faros y su utilidad; hágase resaltar el sacrificio del guarda de un faro aislado durante meses de toda comunicación humana.

79.

Era un hermoso día

Era un hermoso día de Grecia. El gran cielo puro desplegaba sus velos de oro sobre el valle de Olímpia. Hacia el oriente los montes de Arcadia se alejaban como las olas de un mar iluminado; mientras el vecino Cronio interponía por el Norte su falda de laureles florecidos, y las montañas de Trifilia cerraban al Sud con sus escarpamientos estériles y pedregosos que brillaban al sol.

En medio del valle asomado por arriba de sus propios muros, coronada de santuarios, ex-votos, de estatuitas innumerables, de pórticos, de carros de triunfo, la ciudad sagrada recortaba sobre el azul del cielo su necrópolis blanca. El radiante medio día reverberaba en los mármoles y chispeaba aquí y allí en la pintura dorada de algún templo.

Fuera del estadio, donde en aquel momento se celebraba los juegos de la olimpiada nonagésima, todo estaba silencioso y casi desierto. Apenas si algunos vendedores descansaban a la sombra adormecedora de los toldos en las tiendas esparcidas por la llanura, o algún sacerdote cruzaba solitario del Altis. Sin embargo, como atraído por el vuelo inseguro del viento, un vago murmullo que se apagaba y renacía por instantes, llegaba del otro lado del Alfeo. Era el bullicio de las mujeres, a quienes las leyes prohibían, bajo pena de ser precipitadas desde lo alto de una roca, la entrada en el circo, y que, reunidas en la margen opuesta del río se consolaban con escuchar,

a la distancia, el estruendo de las aclamaciones que rebotaban a lo lejos como el embate intermitente y lejano de un mar.

Así, a la sombra de los grandes árboles, unas parlando sin cesar, otras dejándose adormecer por el rumor delicioso de las aguas, esperaban la terminación de los juegos: las hermanas, las esposas y las madres de los atletas que habían querido seguirles hasta la misma Olimpia, y las innumerables curiosas arrastradas por la ola de la peregrinación y la grandiosidad de la fiesta.

Veíanse allí mujeres de todos los pueblos: élias, árcades, mecenias, megarenses, sicilianas esbeltas, jonias de Asia Menor y de las islas, las que habitaban la divina Atenas y Creta la de los golfos azules; las hijas ardientes de Lesbos y Abidos, rica en palomas, las nacidas en las colonias del Mediterráneo, y en las riberas brillantes del Euxino. Confundida de aquella suerte la femenina multitud, llenaba de un vasto rumor claro el paraje.

La hierba extendía su tapiz suntuoso estrellado de anémonas primaverales, por debajo de los pinos, de las encinas, de los plátanos, del rojo madroño, del mirto, del laurel, que entrelazando sus follajes, formaban hondos senos oscuros, frescos como grutas, donde los insectos rayaban el agua de los estanques dormidos, y los sátiros de piedra, pelosos de musgo enseñaban entre las hojas su risa bicorne.

ENRIQUE LARRETA.

LÉXICO.

Abidos. — Antigua ciudad sobre el Helesponto, otra del mismo nombre existió en Egipto.

Aifeo. — Río divinizado del antiguo Peloponeso hoy se llama Rulia.

Euxino. — Ponto Euxino, es hoy el Mar Negro.

Lesvos. — Hoy Mitilene, isla vecina al Asia Menor.

Olimpia. — Célebre ciudad del Peloponeso donde se celebraban las fiestas llamadas olimpiadas que tenían lugar cada cuatro años en honor de Júpiter. Los griegos acostumbraban a contar por olimpiadas. Tanto en Olimpia como en Creta, en otras islas y muchas ciudades de Grecia se han descubierto magníficas ruinas pertenecientes a la más remota antigüedad.

Arcadia. — Región montañosa de Grecia antigua, habitada por un pueblo de pastores.

Creta. — Isla grande al Sud de Grecia, hoy se llama Candia o Creta. Allí era donde estaba el célebre laberinto donde vivía el monstruo llamado Minotauro.

Sátiros. — Espíritus o dioses menores que formaban el cortejo de Baco; tenían el cuerpo velludo y orejas en punta. No pensaban sino en divertirse de mala manera y lo único de alguna seriedad en que se ocupaban era en tocar la flauta.

Advertencia. — Convendría que esta lectura se hiciera con un mapa a la vista.

80.

Los horneros

.....
Están tristes y mudos los horneros,
No entonan su canción,
Porque son arquitectos y no hay barro
Para hacer el palacio de su amor.

*
* *

¡Gloria a Dios en la tierra y en el cielo!
De occidente se ve
Avanzar densa nube color plomo,
Ceñida de relámpagos la sien!

Vuela el polvo batido por las gotas
Que empiezan a caer,
Y el olor desabrido de la lluvia
Es fragancia al espíritu esta vez.

Con frenético impulso, los ganados
Descienden en tropel
Al polvoroso lecho del arroyo,
Donde tantos murieron hasta ayer.

A manera de elásticas neblinas,
Las aves, cien a cien,

Sobre cada laguna se dispersan
Y se abaten de súbito después.

*

* *

Las cerzetas, los ánades azules,
Difunden a la vez,
El chasquido de bronce de sus alas,
Barriendo el agua para hallar sostén.

Entre tanto, redobla el aguacero,
Y hasta el rayo crüel,
Al herir la llanura a latigazos,
Parece que la hiere por su bien!

Llovió mucho, muchísimo, y al cabo
Volvió el sol a verter
Su luz sobre las charcas y lagunas,
Que como plata relucir se ven.

Irradiaba el ombú luces metálicas
De la copa hasta el pie,
Y volaron al campo los horneros
Batiendo el ala con vivaz placer.

*

* *

El anhelo, el afán que los domina,
¡Quién pudiera decir!
¡Quién pintar de sus baños, en los charcos,
El veloz aleteo, el frenesí!
¡Y sus cantos vibrantes, repetidos,
Que resuenan al fin,



Los horneros han hecho su nido en la *tranquera*; un cardo levanta hasta él sus flores violadas.

Cual si niños robustos y felices
Se echarán como locos a reir!

Dan principio después a la tarea
Con ansiedad febril;
A la dulce tarea de ir alzando
Los recios muros de un hogar feliz.

Van y vienen, trayendo entre sus picos
Ora paja, ora crin,
Que amasada con barro, en un cemento
Mejor que el pórtland se convierte allí.

Luego suelen un poste, una cumbrera,
Un árbol elegir
Para alzar el palacio cuyos planos
Sabén ya de memoria porque sí.

El pico, convertido en ingeniosa
Cuchara de albañil.
(Que hasta el mismo Palladio envidiaría
Si hubiera estado alguna vez aquí).

El cimientto comienzan de la fábrica
En círculo a construir:
Una puerta, un pasillo y una alcoba...
¡Cuán poco basta para ser feliz!

Los muros, encorvándose, terminan
En bóveda gentil,
Y ni lluvias alcanzan ni huracanes
El flamante palacio a destruir.

Poco tiempo después, ambos esposos
Dan caza al aguacil,

A la abeja, a la oruga, y en la alcoba
Se oye un grato incesante rebullir.

Al ceñirse una aurora del estío
Su nimbo carmesí,
Vió a la puerta agrupados los polluelos,
Y a sus padres, llamarlos a vivir.

Luego, abiertas las alas inseguras
Bajo el cielo turquí,
Arrojarse a los campos de la patria
La familia inmortal del albañil.

.....

R. OBLIGADO.

LÉXICO.

Andrés Palladio.—Célebre arquitecto italiano del siglo XVI.
Aguacil; aguacil. — Así llamamos impropriamente a la libélula.

Anade y Cerzeta. — Aves acuáticas del orden de las pal-
mípedas.

EJERCICIOS.

I.— El alumno formará adjetivos con las siguientes palabras:
abrazar — tierra — región — ganado — pampa — llevar —
fatigar — dolor — errar — viento — proteger — desfallecer
— gloria — vanidad — agua — vibrar — gracia — historia —
cariño — monstruo — Asia — África — amabilidad.

II.— ¿Dónde anidan los horneros? — ¿De qué hacen los nidos?
— Forma y disposición de éstos. — ¿De qué se alimentan? —
¿Cuál es su color? — ¿Hay otras avecillas que fabriquen su
nido de barro? — Nombren algunas aves desprolijas para hacer
el nido. — Ventajas de los nidos bien contruídos. — Ventajas
de toda obra hecha con esmero.

Describan lo que aquí se cuenta, en un trabajo mixto con
dibujos.

81.

El niño y la serpiente

Un niño que jugaba con una serpiente domesticada la dijo:

—Querido animalito: si no te hubieran quitado el veneno, no tendría tanta confianza, pues las serpientes sois criaturas ingratas y perversas.

Ya he leído lo que sucedió a un pobre paisano, quien habiendo encontrado una víbora, que tal vez sería uno de tus antepasados, casi helada debajo de una haya, la puso en el seno para calentarla. Apenas la infame se sintió revivir, mordió a su bienhechor, y el caritativo paisano murió!

—Me admiro — dijo la serpiente — de la parcialidad de vuestros historiadores. Los nuestros cuentan esa historia de muy distinta manera. Según ellos, tu hombre caritativo creyó que el reptil estaba realmente helado, y como era una de esas serpientes que tienen una hermosa piel salpicada de lindas manchas de diversos colores, la metió en el seno para llevarla a su casa y allí desollarla. ¿Crees que aquello era justo ?

—¡ Ah! ¡ calla! ¡ calla! — respondió el niño — ¿ Qué ingrato no sabría justificarse?

—¡ Bien, hijo mío! — interrumpió el padre que había escuchado el diálogo. — Sin embargo, si algún día oyes hablar de la extraordinaria ingratitud de alguno, entérate bien de todas las circunstancias antes de execrar a un hombre.

Los verdaderos bienhechores rara vez encuentran ingratos; y en honor de la humanidad, yo creo que jamás. Pero, hijo mío, hay gentes cuyos beneficios tienen miras interesadas, y esos merecen, en verdad, recibir ingratitud en vez de agradecimiento.

LESSING ⁽¹⁾.

LÉXICO.

Bienhechor. — El que hace beneficios.

Parcial. — Que está de parte de alguno en el momento de formar juicio; un juez, un examinador pueden ser parciales.

Reptil. — Clase de animales que tienen los miembros muy cortos o que carecen de ellos. La mayor parte de los ofidios no son peligrosos, pero todos nos causan temor; en cambio si encontráramos miel de abeja la comeríamos sin miedo y, sin embargo, hay miel venenosa que produce graves males, como la *Lechiguana colorada*.

Execrar. — Detestar, abominar, aborrecer, maldecir.

Diálogo. — Conversación entre dos personas, o como aquí, en sentido figurado, entre un animal y un hombre o entre animales.

EJERCICIOS.

I. — Háblese del agradecimiento.

Los animales ¿son capaces de hacer beneficios al hombre o a otros animales? Sí; ejemplos: El puma que cuenta la tradición traía alimento a una mujer que lo había curado de una enfermedad; el caballo del árabe, que viendo encadenado a su dueño, lo levantó y lo condujo a su tienda. Ciertas avecillas ponen huevos en los nidos de otras y éstas les crían sus pichones; ejemplo: el tordo en el del chingolo.

Los animales son muy capaces de agradecimiento y lo manifiestan en el amor que suelen tener a sus amos, lo que podemos ver en los caballos y en los perros; se cuenta de varios caballos que lloraron cuando murió su amo, de perros que han salvado al suyo; pero se trata de animales superiores, y los reptiles tienen una capacidad muy limitada.

II. — Determinar de qué sustantivos se derivan los adjetivos siguientes:

⁽¹⁾ Gotold Efraín Lessing, célebre escritor alemán; nació en Sajonia en 1729 y murió en 1781.

Amargo — Gramatical — Dulce — Alegórico — Caprichoso — Solemne — Social — Caritativo — Libre — Adulador — Montañoso — Asmático — Honrado — Gordo — Cautivo — Discreto — Gracioso — Desastroso — Severo — Sereno.

III. — Dibujen una víbora.

¿Qué víboras venenosas existen en este país? ¿Han oído hablar de la víbora de la cruz, de la de cascabel, de la yarará, de la yacanina?

¿Qué otros animales venenosos tenemos aquí?

82.

La leyenda del Coquena

I.

Cazando vicuñas anduve en los cerros;
heridas de balas se escaparon dos.
— No caces vicuñas con arma de fuego,
Coquena se irrita, — me dijo el pastor.

¿Por qué no pillarlas a la usanza vieja,
cercando la hoyada con hilo punzó?
¿Para qué matarlas, si sólo codicias
para tus vestidos su fino vellón?...

— No hieras vicuñas con arma de fuego,
Coquena las venga, — te lo digo yo.
¿No viste en las mansas pupilas oscuras
brillar la serena mirada del dios?...

— Tú ¿viste a Coquena? —

Yo nunca lo *vide*,
pero sí mi *agüelo* — repuso el pastor —
Una vez oíle silbar solamente
y en unos tolares, como a la oración.

Coquena es enano. De vicuña lleva
sombbrero, escarpines, casa y calzón.
Calza diminutas hojotas de duende
y diz que es de cholo la cara del dios.

De todo el ganado que pace en los cerros
Coquena es oculto, celoso pastor.
Si ves a lo lejos moverse las tropas,
es porque invisible las arrea el dios...
y él es quien se roba de noche las llamas
cuando con exceso las carga el patrón.

II.

En unos sayales, encima del cerro,
cuidando sus cabras andaba el pastor;
zumbaba en las *iras* el gárrulo viento,
rajaba las piedras la fuerza del sol.

De allende las cumbres de nieves eternas
venir los nublados miraba el pastor;
después la neblina cubrió todo el valle,
subió por las faldas, el cerro tapó.

Huyó por los *filos* el hato disperso
y a gritos en vano lo llama el pastor;
que el frío y el cierzo le cortan la cara,
la niebla y la puna le apagan la voz.

Rendido al cansancio, debajo unas peñas,
envuelto en su poncho, lloraba el pastor,
le toma la noche sentado en cuclillas
y un sueño profundo sus ojos cerró.

Cuando el alba tiñe, — limpiando los cielos, —
de rosa las abras, despierta el pastor;
junto de él, en cambio del hato perdido,
Coquena, de oro le puso un zurrón.

No más en los cerros, cuidando sus cabras,
las gentes del valle vieron al pastor;
Coquena dispuso que fuese muy rico...
Tal premia a los buenos pastores el dios.

JUAN CARLOS DÁVALOS.

LÉXICO.

Tola. — Planta de las mesetas.

Gárrulo. — Se dice de las cosas que hacen ruido continuado.

Puna. — En este caso se refiere a la fatiga que se experimenta en las altas mesetas andinas.

83.

La quemazón

Corría el Ubajay siguiendo las caprichosas curvas del manso raudal que al pronto estrechaba la orla de los carrizales ribereños para rebasar una altura, y rodaba luego en una hondonada de playas arenosas.

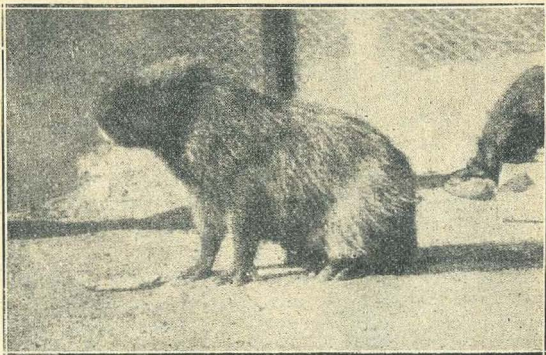
El sarandí y la paja brava cedían allí puesto al camalote que expandía sobre el agua tranquila sus *embalsados* de hojas pulposas y lucientes, rematadas por vistosos racimos de flores, en que el blanco, el azul y el morado se fundían en una suave gradación de colores hasta teñir toda la corriente con esos vagos tintes violáceos de que se cubren los arroyos de aquella incomparable región, en la hora crepuscular.

El sol, ya casi en el ocaso, filtraba a través de los ramajes largas flechas de luz, salpicando el obscuro matiz de las yerbas con lentejuelas de oro. Y en los claros de los remansos el agua cabrilleaba herida por el sol y hacía chispear el pavonado lomo de una bandada de biguaes que bogaba lentamente. En lo más alto de la barranca, una garza solitaria, inmóvil, como petrificada mirando la corriente, parecía dormir. Más allá, un ave enlutada se oculta en los juncuales al sentir las pisadas de un casal de carpinchos que avanzan retozando sobre el blanco arenal.

El ave medrosa lanza de improviso un grito quejumbroso, y en el ambiente tranquilo de la tarde se extingue

lentamente la voz angustiada del carahú que llama en vano la compañera que nunca volverá...

Tras aquel grito sintióse en el arroyo ruidoso chapoteo;



Carpincho. — Animal roedor anfibio.

los biguaes pasaron azotando el agua con las largas alas; los carpinchos bufaron ariscos ¡ap! ¡ap! hundiéndose en la corriente, y la garza remontó el vuelo luciendo al sol su niveo plumaje y fué a posarse en la copa de un sauce, aleteando.

Ruidos apresurados partieron entonces de las espesuras, y una cuadrilla de toros de cerdoso morrillo y aguda cornamenta apareció de improviso en un abra del monte. Se detuvieron un instante volviendo la cabeza, escarbaron el pasto castigándose los flancos con el grueso borlón de las colas, se apeñuscaron chocando las recias astas y volvieron a desaparecer.

Detrás, erizando las plumas del pescuezo y el cuerpo recogido, cruzó una bandada de avestruces huyendo en línea oblicua; se separaban y volvían a juntarse los charabones delante de las hembras, que un hermoso macho convoyaba, corriendo a retaguardia con la cabeza erguida y las alas esponjadas, que tendía ya a un lado ya al otro, en rápidos despliegues, como si el animal quisiera protegerlas de un invisible perseguidor...

Pasaron breves instantes y el campo quedó nuevamente en reposo.

Pero entonces, hacia el lado de donde huían los animales, empezaron a elevarse espesas humaredas y un rumor sordo, que cada vez fué siendo más cercano, anunciando la quemazón.

Caía la noche. Sobre la masa ennegrecida de los montes flotaron antorchas gigantescas, que flameaban crepitando entre las maciegas, corrían locas enroscándose a los altos troncos, trepaban rápidas por los ramajes cubiertos de lianas y plantas parásitas, hasta abrasar toda la arboleda que se retorcía con sordos crujidos antes de entregarse al insaciable enemigo.

Desgarramientos secos, estallidos de la savia que reventaba por chisporroteos de luces fantásticas, resonaban por todos lados, mientras las llamaradas adquirían cada vez mayores proporciones ensanchando la zona devastadora.

Las aves montaraíces huían desbandadas, reflejando en las claridades rojizas del incendio sus oscuros plumajes; y al ras del pasto tostado cruzaban en precipitada fuga dando silbos y broncos chillidos las alimañas de los pajonales.

La línea de las llamas seguía avanzando hacia la costa del Ubajay, pero allí el tupido cerco de las yerbas acuáticas las contuvo bañando sus hojas de jugo nutricio al contacto del fuego. Las llamaradas, rabiosas, estiraban sus lenguas ondeantes chamuscando las plantas exteriores del camalotal. Algunas llegaron hasta el borde del arroyo e intentaron en vano saltarlo, pero al fin se encogieron retrocediendo fatigadas.

Entonces se precipitaron al asalto de un viejo ceibo que se cubrió de blancos espumarajos, como si quisiera proteger las débiles guías de las enredaderas que festoneaban el crecén de sus flores purpúreas.

De repente, en medio de los juncos de un estero, un puma concolor se revolvió bramando sin querer abandonar la guarida, hasta que una llamarada lo envolvió y empezó a tostarlo. La fiera se irguió bravía sobre el barranco y dando un rugido se arrojó a la corriente.

Al fondo, el bosque entero ardía convertido en una enorme hoguera. Los árboles despojados de follaje mostraban sus troncos negros y escuetos quemándose entre fragores, como si una legión de invisibles combatientes hicieran disparos de metralla en medio del incendio, que teñía las claridades del cielo con resplandores anaranjados.



Las garzas viven a la orilla de las lagunas, arroyos y esteros, donde hallan abundante alimento.

Y allá arriba, muy lejos, sobre el toldo azulado — tan puro y transparente que no se veía las estrellas — levantábase la luna llena derramando blanquecina vislumbre sobre aquella arboleda deshojada y tétrica, cuyos gajos retorcidos por las llamas semejaban las negras cruces de un inmenso cementerio

MARTINIANO LEGUIZAMÓN.

LÉXICO.

Montaraz. — Obra de M. Leguizamón.

Ubajay. — Riacho de Entre Ríos.

Carrizales. — Sitios poblados de carrizo. — **Carrizo:** planta semejante a las cañas; crece en abundancia en los parajes húmedos y en las orillas de los ríos.

Rebasar. — Aquí está usado en el sentido de transponer.

Sarandí. — Se da este nombre a dos arbustos pertenecientes a distintas familias.

Paja brava. — Planta social, pertenece a los pastos fuertes, muy común en algunas partes de la llanura argentina.

Camalote. — Planta acuática; también se llama así a un conjunto de plantas de diversas especies arrastradas por la corriente.

Remanso. — Sitio donde la corriente se detiene obstruida por algún obstáculo.

Biguá. — Ave del orden de las palmípedas, llamado también zamaragullón; es negro con plumas ribeteadas de verde metálico.

Garza. — Ave zancuda; en la Argentina existen varias especies.

Carpincho. — El roedor más grande que existe; es un animal de índole mansa.

Carahú. — Carau, Viuda loca. Es del orden de las zancudas; vive con frecuencia en los bañados.

Abra. — Claro o camino abierto naturalmente en la selva.

Charabones. — Llamamos así en la Argentina a los aves-truces jóvenes.

Ceibo. — Árbol de la familia de las bombáceas; da hermosas flores rojas.

Puma concolor. — León americano.

Apeñuscar. — Se usa en sentido familiar para indicar conjunto de personas o animales que se hallan muy apretados en un sitio.

Convoyar. — Acompañar o escoltar un convoy.

EJERCICIOS.

I. — Formar oraciones con las palabras difíciles de esta lectura; deletreo y silabeo de las mismas.

II. — En las locuciones siguientes, convertir el nombre en adjetivo y el adjetivo en nombre:

Bondad paternal — Amistad leal — Doctor Grave — Mérito modesto — Graciosa expresión — Soldado brutal — Silencio desdénso — Gramática difícil — Héroe intrépido — Inquietud natural — Dulce firmeza — Vieja experiencia — Belleza matinal — Grosera injuria.

MODELO DE DEBER.

Bondad paternal: padre bondadoso.

Amistad leal: lealtad amistosa.

Dibujen algunos animales de los que se mencionan.

Nombren 4 roedores argentinos y diez aves.

84.

¿Por qué no estudias?

Después de aquel día tan largo, es una noche también muy larga, con luces encendidas delante de las imágenes y conversaciones en voz baja, sostenidas en el hueco de las puertas que rechina al abrirse. Yo me senté en el corredor, cerca de una mesa donde había un candelero con dos velas, y me puse a pensar en la historia del gigante Goliath. Antonia, que pasó con el pañuelo sobre los ojos, me dijo con voz de sombra:

—¿Qué haces ahí?

—Nada.

—¿Por qué no estudias?

La miré asombrado de que me preguntase por qué no estudiaba, estando enferma nuestra madre. Antonia se alejó por el corredor, y volví a pensar en la historia de aquel gigante pagano que pudo morir de un tiro de piedra. Por aquel tiempo, nada admiraba tanto como la destreza con que manejó la honda el niño David; Hacía propósito de ejercitarme en ella cuando saliese de paseo por la orilla del río. Tenía como un vago y novelesco presentimiento de poner mis tiros en la frente pálida del estudiante de Bretal. Y volvió a pasar Antonia.

—¿Por qué no te acuestas, niño?

Y otra vez se fué corriendo por el corredor. No me acosté, pero me dormí con la cabeza apoyada en la mesa.

.....

Rayando el día, entró en la alcoba una señora muy alta, con los ojos negros y el cabello blanco. Aquella señora besó a mi madre en los ojos mal cerrados, sin miedo al frío de la muerte y casi sin llorar. Después se arrodilló entre dos cirios, y mojaba en agua bendita una rama de olivo y la sacudía sobre el cuerpo de la muerta. Entró Basilisa buscándome con la mirada, y alzó la mano llamándome:

—¡Mira la abuela, picarito!

¡Era la abuela! Había venido en una mula desde su casa de la montaña, que estaba a siete leguas de Santiago. Yo sentía en aquel momento un golpe de herraduras sobre las losas del zaguán donde la mula había quedado atada. Era un golpe que parecía resonar en el vacío de la casa llena de lloros. Y me llamó desde la puerta mi hermana Antonia:

—¡Niño! ¡Niño!

Salí muy despacio, bajo la recomendación de la vieja criada. Antonia me tomó de la mano y me llevó a un rincón:

—¡Esa señora es la abuela! En adelante viviremos con ella.

Yo suspiré:

—¿Y por qué no me besa?

Antonia me miró pensativa, mientras se enjugaba los ojos:

—¡Eres tonto! Primero tiene que rezar por mamá.

.....

RAMÓN DEL VALLE INCLÁN.

La composición

Si nos acostumbramos a observar lo que nos rodea podremos, de las cosas más sencillas, cosechar buen material para nuestras composiciones y cartas. Observemos las cosas de la casa: su disposición, color, uso a que están destinadas. Observemos los trajes y fatigas de las personas mayores.

Observemos los animales domésticos: su tamaño, color, costumbres; estas observaciones deben ser continuadas, pues en un día no se aprende a conocerlos.

Los aspectos que adquieren el cielo, la tierra, las casas, los árboles, según el día, esté claro, nublado o lluvioso, frío o caluroso ponen en lo mismo que vemos todos los días tal diversidad de aspectos, que para describirlos en sus diversos momentos, tenemos que emplear términos y conceptos casi diametralmente opuestos, aunque se trate del mismo asunto.

La influencia que ciertos fenómenos continuados (lluvia, sequía, nieve, fríos, calores excesivos) ejercen en la naturaleza que nos rodea, pueden ser comprendidos por niños de cuarto a quinto grado, y raro será aquel que no haya oído a los suyos comentar el malo o bueno estado de los campos, el estado de las cosechas, los perjuicios de la langosta; pues bien tales noticias bien aprovechadas podrán servirle de mucho para enriquecer su composición.

El día de lluvia es por sí solo un semillero de enseñanzas; basta que nos tomemos el trabajo de observar: como cae el agua, la dirección que trae, su fuerza, el aspecto del cielo; lo que hace en la tierra, lo que lleva, lo que deposita; si se forman corrientes y baches; si entró el agua en la casa, si cayeron hojas o frutos por causa de la lluvia.

Y en ningún momento debemos olvidar que ante todo hemos de poner verdad en la narración, o descripción.

Conviene que las primeras composiciones sean cortas, y escritas en cláusulas cortas y estilo sencillo. Que empleen términos aceptados por la Academia, haciendo frecuentes consultas al diccionario. Vigilar mucho el empleo de los epítetos vulgares como p. e.: terror pánico, lluvia torrencial, blancura nívea, etc.

Mucho ayudará el leer en clase algunas de las indicaciones que trae Hermosilla en su «Arte de escribir»; Toro y Gómez «Arte de escribir» y los trataditos respecto de nuestros vicios de habla castellana de Don Ricardo Monner Sans, así también el diccionario de galicismos de Baralt; y los Sinónimos de Seix y Barral.

En los escritos de los autores citados al principio, encontrarán magníficos ejemplos de descripciones, cuadros, retratos, etc., de que pueden valerse.

86.

Las damas de Tanagra

Sobre la mesa en que trabajo, antes cubiertas de papeles, hay ahora cinco damas diminutas que sonríen, que bailan, que se pasean. Para sacarlas de Grecia fué necesario que el éforo de general de las antigüedades me diera, después de negociaciones, un pasaporte en toda regla. « Más vale que las deje V. aquí — decíame mi amigo Jean Dargos —; más vale que las deje, pues el permiso de llevárselas le va a costar mucho ». Mucho me costó, en efecto. Pero no lo siento. Con sus gracias coquetas las lindas damitas me recompensan ahora de mis penas. Charladoras como mujeres, me hablan de mil cosas deliciosas que los sabios ignoran, y me cuentan mil secretos que la Historia desconoce. Un soplo ligero de antigüedad viva anima sus cuerpecillos de barro. Y yo me pregunto a veces, cuando veo que sus ojos se animan, cuando siento que sus labios se mueven, cuando descubro que su seno palpita, me pregunto, sinceramente, sencillamente si ese soplo misterioso no sea un alma verdadera. ¿Os hace reír mi ingenuo fetichismo? buscad en ese caso cinco damitas de Tanagra, de Mirina o de Pérgamo, vedlas vivir, oídlas hablar, amadlas como yo amo a las mías, y luego decidme si no os parecen seres con alma.

E. GÓMEZ CARRILLO.

«Grecia».

Nota. — En los sepulcros y necrópolis griegas se encuentran infinidad de estatuillas de tierra cocida, figulinas, que representan dioses, diosas, hombres, mujeres, héroes: toda una pléyade de preciosuras. Tanagra, en Beocia y Mirina, en Asia Menor, son las necrópolis más interesantes por el número y la belleza de las estatuillas que en ellas se han encontrado. En Tanagra existían figulinas de todas las épocas: pero las más hermosas son las del siglo IV. A. J. que reflejan la influencia de Praxiteles; son por lo general mujeres con largas vestiduras, muchas llevan sombrero y abanico. En Mirina, las más hermosas son posteriores a la época de Alejandro Magno.

87.

Los lacedemonios

Un rey de Lacedemonia expatriado de su país habíase refugiado entre los persas. Recibió allí muchas mercedes de Darío y permaneció en Persia hasta el fin de sus días. Cuando Jerjes preparaba la expedición contra los griegos quiso conocer la opinión de su ilustre huésped y he aquí como narra el historiador Herodoto el diálogo que aquél sostuvo:

Acabada ya la reseña de las galeras, saltó Jerjes de su nave e hizo comparecer a Demarato (que tal era el nombre del expatriado) hijo de Aristón, que le acompañaba en la expedición contra Grecia y puesto en su presencia, hablóle en estos términos:

—«Mucho me agradaría ahora, Demarato, que respondieras a una pregunta que hacerte quiero. A lo que tú mismo dices y a lo que aseguran los griegos que se han presentado en mi corte, tú eres griego y natural de una ciudad que ni es la menor ni la menos poderosa de la Grecia. Quiero, pues, que me digas si tendrán valor los griegos para venir a manos conmigo. Dígolo porque estoy persuadido de que ni todos los griegos, ni todos los demás hombres de occidente, por más que se juntaran en un ejército, serían capaces de hacerme frente en campo de batalla, no yendo acordes entre ellos mismos. Mucha complacencia tendré, pues, en oír sobre esto tu parecer». Esta fué la pregunta de Jerjes, y tal la respuesta de Demarato:

—« Señor, le dice; ¿queréis que os diga la verdad desnuda, o que la disfrace con la lisonja? » — A lo que respondió Jerjes mandándole decir la verdad, asegurándole que por ella nada perdería de su gracia.

Con esta seguridad en la de Jerjes, continuó Demarato: « Pues que mandáis, señor, que hable francamente y diga la verdad, yo os la diré de manera que no daré lugar a que después de esto me cojáis en mentira. La Grecia, señor, es una nación criada siempre sin lujo y con pobreza, pero hecha a la virtud, fruto de la sabiduría y de la severa disciplina. Con la misma virtud que practica remedia su pobreza y se defiende de su servidumbre. Tal elogio debo darlo a todos los griegos que viven cerca de la región y países dóricos; pero no hablaré de todos ellos, sino de los lacedemonios. Y en primer lugar digo que de ningún modo cabe que den oídos a vuestras pretensiones, encaminadas a quitar la libertad a la Grecia, de suerte que aunque todos los demás griegos os presten vasallaje, ellos solos saldrán a recibirlos con las armas en la mano. No os toméis la molestia de preguntarme acerca del número de hombres que cuentan para salir al encuentro, pues tened seguro que si constare su ejército de mil soldados, con mil os darán batalla; si menos fueran, con menos os la darán, y si fuerán más, serán más los que la presenten ».

« Los lacedemonios cuerpo a cuerpo no son los más flojos del mundo, en las filas son los más bravos de los hombres. Libres si lo son, pero no libres sin freno, pues soberano tienen en la ley de la patria, a la cual temen más que a vos vuestros vasallos. Hacen sin falta lo que ella les manda, y ella les manda siempre lo mismo: No volver las espaldas estando en acción a ninguna muchedumbre de hombres armados, sino vencer o morir sin

dejar su puesto. Pero ya que os parecen absurdas mis razones, hago ánimo en adelante de no hablaros más de ello; lo que ahora os dije lo dije precisado. Deseo, señor, que todo salga a medida de vuestros deseos ».

De la respuesta de Demarato hizo burla Jerjes, y tomándola a risa no dió muestra ninguna de enojo, sino que le envió enhorabuena y con mucha paz.

I. — El historiador Herodoto nació el primer año de la olimpiada 74, en Halicarnaso, colonia dórica. Viajó mucho durante su vida; visitó gran parte del Asia Menor, el Egipto y en Europa conoció toda la Grecia y parte de Italia. Sus obras son importantísimas y se las consulta como fuentes de historia.

II. — El resultado de la campaña de Jerjes contra Grecia dió la razón a Demarato pues los persas fueron batidos en las célebres batallas de Maratón, Termópilas, y Salamina.

88.

De cómo y por qué se trajeron esclavos negros al Plata

«Tratad a los extranjeros con humanidad; llevad la ilustración a vuestros vecinos; imitad el talento; depositad vuestra confianza en los hombres honrados y romped toda relación con los hombres corrompidos».

Pensamiento chino.

La influencia del africano fué muy importante en el Nuevo Mundo. En 1501 trajéronse los primeros a la isla Española, y pronto se generalizaron por todo el continente. El mismo padre Las Casas aconsejó su importación, aunque más tarde el abuso de los amos le hiciera lamentarse de ello. El instituir el tráfico de negros en América, fué consecuencia de la protección que los monarcas españoles dispensaron a los indios. Aceptada la igualdad de éstos en el cristianismo, y reconocida cierta injusticia en el despojo de que se les hiciera víctimas por la fuerza — las leyes buscaron alivianar su servidumbre. El mitayo de las lóbregas minas, el encomendado de inhumanas labranzas y pesquerías, fueron substituídos por el esclavo de color. Tal cosa contribuyó a salvar la raza indígena: hecho sumamente importante para el destino de América.

Los males que acarreó la introducción de esclavos negros fueron — continúa el autor — menores en nuestro país que en las Antillas.

Los indios reducidos, en efecto, abundaban entre nosotros; el clima era benigno; el trabajo pecuario y agrícola realizábase en condiciones más humanas que la pesquería de perlas o la extracción de metales. Por otra parte, los colonos españoles del Plata no igualaban sino por excepción a nobleza tan esclarecida como la de Méjico y Perú, y sus empresas no eran tan pingües como para costearse el lujo de numerosos esclavos. Los peligros y azares con que se realizaba el tráfico de los negreros, encarecía su botín. Cautivados a sangre y fuego en sus aldeas africanas, de cada cien negros perdíase la mitad: unos hasta el embarque, otros en la travesía y el mercado; pestes y nostalgias les consumían también; de modo que al venderlos en América se necesitaba cubrir con los salvados el precio de los que se perdían. Agréguese a ello que si las leyes de Indias, imponían fidelidad y obediencia al esclavo, prescribían para el amo la obligación de vestirle, alimentarle, alojarle en condiciones higiénicas, de ser piadoso en el trabajo de las mujeres y los niños. Todo eso contribuyó para que el africano fuese en el Río de la Plata, no un obrero rural, porque el indio y el mestizo abundantes lo reemplazaban con ventaja, ni una recua de carga o animal de labor, sino objeto de lujo y signo de señorío.

RICARDO ROJAS.

«El Blasón de Plata».

89.

Una elección y una apuesta

.....
—Decí, Fernando: ¿Quién ha ganado ayer las elecciones?

—No lo sé, contestó el interpelado. Yo no he leído ningún diario, pero creo que todavía no puede saberse.

—¿Por qué? Si han ganado los radicales...

—No señor; la unión nacional...

—He oído bien la explicación de la nueva ley electoral — agregó Fernando — y he visto cómo se votaba, en casa de mi tío, que ha sido presidente del comicio.

—Pero yo le quiero jugar a éste cinco pesos a que no han ganado los radicales: Mi padre ha...

—¡Sí, te juego!...

—Escúchenme un momento; — intervino Fernando — ¿por qué quieren jugar dinero sobre si un hecho ha ocurrido o no? En primer lugar ustedes no han ganado los cinco pesos, si los tienen, y ya quieren jugarlos... En segundo lugar, los hechos no se cambian por más que se apueste. La apuesta es una porfía que no muda las cosas...

—Tiene razón Fernando — repitieron cuatro o cinco voces, que hicieron callar a los porfiados.

—Déjenlo que explique porqué no puede saberse quién ha ganado.

—El voto es secreto — dijo Fernando. — Yo no entendía qué querían decir con esto; pero ahora lo comprendo

bien. Cada votante que llegaba presentaba su libreta de enrolamiento militar con su retrato al presidente del comicio, que lo miraba para saber si era la misma persona que indicaba la libreta. En seguida le entregaba un sobre y le decía que pasara a un cuarto que estaba al lado. En ese cuarto yo ayudé a arreglar una mesa, los montones de listas de candidatos que mandaron los comités. Encerrado cada votante dentro del cuarto, debía poner en el sobre la lista que prefería, o la que él hiciera, y al salir del cuarto la echaba en una urna, se le devolvía la libreta de enrolamiento y se iba. Nadie podía saber por quién había votado. Al concluir se cerró la urna con una faja de papel. Se había contado 164 votantes y debían tener 164 sobres. Un empleado de correos con dos vigilantes, la llevó al Congreso. Allí las tienen que abrir los jueces... De modo que se pueden imaginar ustedes que si no se sabe nada de lo que está dentro de una urna cerrada, no puede saberse más de lo que está dentro de mil urnas cerradas; y entonces es inútil apostar...

RODOLFO RIVAROLA.

«Fernando en el Colegio».

El cuervo y el zorro

La adulación es un medio peligroso.

Un cuervo encontró en un jardín un pedazo de carne envenenada, que el jardinero había puesto para los gatos de su vecino. Creyendo haber hecho una buena presa, el cuervo levantó en sus garras la carne y fué a posarse sobre las ramas de una vieja encina.

Cuando iba a empezar su almuerzo, oyó que un zorro le decía con tono meloso:

—Yo te bendigo, ave de Zeus.

—¿Por quién me tomas? — preguntó el cuervo.

—¿No eres tú el Aguila *Caudal*, que diariamente desciende del trono de Júpiter para aliviar mi miseria dándome sustento? ¿A qué disimular? Yo veo en tu garra victoriosa el don que *el Dios*, sensible a mis plegarias, me envía hoy por tu intermedio.

El cuervo, admirado, se regocijó íntimamente y no quiso sacar al zorro de su error.

Con estúpida generosidad, dejó caer su presa y alzó orgullosamente el vuelo.

El zorro tomó la carne sonriéndose y la comió lleno de maliciosa alegría, pero bien pronto ésta se cambió en dolorosa sensación: el veneno hizo su efecto y el adúlador sucumbió en medio de atroces padecimientos.

LÉXICO.

Cuervo europeo. — Ave carnívora, de tamaño mayor que una paloma; su color es negro con visos pavonados. Se le considera como símbolo de simpleza y también de ingratitud; de ahí el proverbio: **Cria cuervos y te sacarán los ojos**; su color sirve como término de comparación: **negro como cuervo**.

En la Argentina se denomina cuervo a dos aves, una zancuda y otra rapaz, el jote.

Zorro. — Es símbolo de la sagacidad; es un zorro; se dice de la persona astuta que disimuladamente y con maña artera busca su provecho.

Zeus o Júpiter. — El dios principal de los griegos; se le representa siempre con un águila.

Águila. — Una de las rapaces mayores y más hermosas, de mucha fuerza, vuelo rápido y vista perspicaz. Se la considera como símbolo de la majestad y la victoria y ha sido muy usada como tal por los ejércitos de muchos pueblos antiguos y modernos. Tiene mirada de águila, se dice del que ve algo muy elevado y lejano en el orden moral; ej.: San Martín tenía mirada de águila.

Águila Caudal. — Es más pequeña que la Real; se distingue por tener la cola más larga que otras especies.

EJERCICIOS.

Como el mismo asunto ha sido tratado por otros fabulistas—Samaniego, Esopo, Iriarte, Lafontaine — hágase leer algunas de las fábulas y compararlas con la de Lessing, y luego, que los alumnos desarrollen el mismo tema en una composición.

Conversación respecto a la bajeza que hay en la adulación; carácter del adulator; impresión que debe sentir el mismo adulado; impresión que causa en los demás.

Dibujen el zorro con líneas solamente, primero.

91.

Recuerdos de Catamarca

A fines de 1884 regresaba yo de Catamarca, donde había estrenado mis pergaminos de la Facultad, como secretario del Interventor Nacional. Un poco de curiosidad, algo de amor propio y mucho de apego cariñoso al malogrado Dr. Onésimo Leguizamón, jefe de la embajada, decidieron de la suerte de mis huesos juveniles, que fueron deplorablemente traqueteados, hasta dar en la pintoresca y ponderada sede de la Virgen del Valle. Precisamente el día de la fiesta de tan milagrosa patrona emprendí el viaje de retorno por la Cuesta del Totoral: de modo que encontré los caminos de la montaña cubiertos de peregrinos y de ofrendas semovientes: gallinas, pavos y cabritos, procedentes de las comarcas vecinas y destinados a engrosar los caudales de la popular imagen.

Eran mis compañeros el capitán López, adjunto militar de la Intervención, y un soldado del 1.º de línea, llamado Rojas, que se nos proporcionó del piquete, en razón de que siendo catamarqueño podía ser diputado y tenido por excelente baqueano.

Esta última cualidad tenía su importancia, dado que, una vez terminado el camino nacional a través de las sierras del Alto, debíamos recorrer varias leguas de terreno llano, poblado de chañares y de cactus, y entre cuyas marañas se cruzaban numerosos senderos que lo mismo podían llevarnos a San Pedro, que a Tucumán o a los infiernos.

Sería largo explicar por qué habíamos preferido hacer el viaje a caballo y no sobre rodado, tratándose de recorrer una distancia de casi treinta leguas; pero mis lectores quedarán suficientemente ilustrados con la advertencia de que no habíamos ganado para sustos a la ida, siendo suspendidos en la diligencia, sobre los profundos precipicios que bordan la angosta carretera.

.....

Comenzamos mal: debiendo atravesar de noche las suaves y pintorescas cuestecillas del Portezuelo y del Palo Labrado y contando con una hermosa noche para admirar paisajes de reflejos lunares, tuvimos que soportar una improvisada tormenta, amén de su aguacero de verano que nos caló hasta las camisetas.

A media noche, y abrumados por una marcha de cinco horas, rematamos nuestra primera jornada bajo el hospitalario techo de la posta de Amadores, donde los señores Nieto y Avellaneda nos hicieron conocer las delicias inolvidables de un *confort* ⁽¹⁾ que, brindado con afectuosa espontaneidad, y lujoso en su sencillez por lo oportuno, nos demostró que los mejores bienes son los más relativos en este mundo.

Amadores da frente a una puerta lateral del largo y angosto valle de Paclín, que se extiende como una verde alfombra al pie de las montañas, entre las que sobresale la cumbre del Totoral. Constituyendo ésta uno de los grandes atractivos del camino, cruzamos rápidamente el valle en las primeras horas de la mañana, y después de un breve reposo en La Merced, donde comienza la ascensión, emprendimos ésta con los caballos

(1) *Confort*, palabra francesa que significa comodidad, bienestar

bien cinchados al sobaco, recorriendo una vía semejante, por sus giros, a una sierpe pendiente de un balcón.

La cuesta era empinada y tortuosa, resguardados de pircas los despeñaderos de sus curvas, y de cuya pendiente dará una idea el detalle de que tardamos más de una hora en salvar la media legua que nos separaba de la cima.

¡Al fin llegamos a la Cuesta Colorada!

Echamos pie a tierra, nos envolvimos en las mantas que habían hecho oficio de cojinillo y admiramos durante algunos minutos los cuadros que nos brindaba tan colosal atalaya: allá abajo el valle de Paclín, semejante a un nacimiento de Navidad; al norte, las montañas cenicientas del Alto, manchadas de nubes semejando puñados de algodón o disparos de gruesa artillería emplazada en las colinas; al sur y al este, las lejanas y grises llanuras santiagueñas y tucumanas; y en el límite occidental del horizonte, una cinta ondulada y brumosa que ocultaba los altos picos andinos.

A las 10 de la mañana comenzamos la larga y sinuosa bajada, a través de las elevadas sierras orientales del Alto, a cuyas gigantescas y verdes faldas se ajustaba como una guarnición el camino descendiente, abierto en el granito.

E. J. WEIGEL MUÑOZ.

LÉXICO.

Pircas. — Paredes de piedra hechas por los indios.

Atalaya. — Torre hecha comúnmente en un lugar elevado para que sirva de punto de observación.

Sierras del Alto. — Son continuación sur de la sierra de Aconquija. Entre la sierra del Alto y la de Gracián está el valle de Paclín.

Chañar. — Árbol perteneciente a la familia de las leguminosas.

Cactos. — Plantas espinosas; forman una numerosa familia cuyo tipo es la que da los higos chumbos; algunos cactos levantan sus ramas derechas, semejando candelabros gigantes; algunas especies son muy útiles en las mesetas del norte, Catamarca, Puna, etc.

Paclín. — Departamento de Catamarca; confina al norte con la provincia de Tucumán.

Totoral. — Cuesta del Totoral en la sierra del Alto, departamento de Paclín.

Totora. — Palabra quichúa que significa junco; se llama totoras a varias especies de plantas que viven en bañados y otros parajes donde las aguas tienen poca corriente.

EJERCICIOS.

¿Qué significa la palabra intervención?

¿En qué casos el Gobierno Nacional interviene en una provincia?

¿Qué es un Interventor?

¿Qué es un baqueano?

Señalar en el mapa las sierras del Alto y dígame de qué macizo se desprenden y qué provincia atraviesan.

Chañares y cactos: explicar la fisonomía de estas plantas.

Señalar en el mapa el Portezuelo y el Palo Labrado, Posta de Amadores.

¿Qué significa la frase: *los mejores bienes son los más relativos en este mundo*?

Señalar en el mapa el valle de Paclín y la cumbre del Totoral.

92,

La muerte del pastor

Balada eglógica

Se lo dijo a la fontana
el llanto de una aldeana,
ya el carrizal no lo duda,
que oyó gemir al poeta.
Todo, todo lo trasuda:
el sauce y la mejorana...
Es bien cierto: ¡Pobre nieta!...
Lo cuenta en su lengua ruda
la soledad rusticana;
lo deplora la campana
desde la ermita desnuda,
la zampoña que está muda,
la flauta y la pandereta,
y hasta el cielo que interpreta
una gran tristeza humana...

¡Pobre nieta!...

¡Pobre abuelo!...

Hay un gran beso de duelo
en la quietud del ambiente.
Murió el pastor: ¡Quién lo duda!
¡Desde la ermita hasta el huerto,
la montaña lentamente
se está vistiendo de viuda!...

¡ Es cierto, es cierto!
 Ya todos saben que ha muerto
 el mozo de la carreta...
 Por el camino violeta
 su corazón va llorando
 como un cordero inexperto:
 ¡ Armando! ¡ Armando!

El alma de las montañas,
 de sugerencias tranquilas,
 mira con penas hurañas,
 aquellas claras pupilas
 que en el camino violeta
 lloran con lágrimas lilas...
 Muda está la pandereta,
 mudas están las esquilas,
 ya nadie emboca las cañas
 desde que Armando está ausente
 en tanto que las montañas
 miran pasar lentamente
 aquellas vagas pupilas
 que, tarde a tarde, intranquilas
 van a llorar a la fuente.

.....
 JULIO HERRERA Y REISIG.

«Los Peregrinos de Piedra».

LÉXICO.

Balada. — Composición poética dividida en estrofas, en la cual se refiere melancólicamente algún suceso tradicional o legendario, las baladas terminan por lo general en un mismo verso a manera de estribillo.

EJERCICIO.

Cuenta las sílabas de algunos versos. Ej.:
 Se-lo-di-jo-ala fon-ta-na
 el-llan-to deu-naal-de-a-na.

93.

La Cabaña

V.

Algún tiempo después de instalados en la estancia, los esposos se prepararon para recibir un pequeño viajero, que llegó felizmente y al cual pusieron el nombre de Luis.

Muy delicada es la crianza de un niño; es necesario tener mucho tacto para no darle demasiado alimento ni muy poco; ambas cosas le serían perjudiciales.

La madre se había provisto, con anticipación, de *El Libro de las Madres*, y guiándose fielmente por él, crió a su hijo sano y robusto.

Desde un principio le dió el alimento cada dos horas; le bañaba diariamente, y bien arreglado, con su ropita ni demasiado ajustada, ni muy suelta, le dejaba estar en la cuna.

Los niños desde los primeros días se dan maña para imponer su voluntad, y todos en la casa, la abuelita, las tías, las amigas de la mamá, son sus cómplices; levantan al recién nacido, no bien llora un poquito; lo pasean, le dan agua con azúcar, o agua con azahar, cosas inútiles en general y que dan pésimos resultados. El niño que se acostumbra desde los primeros días a estar en brazos, ya no tendrá sosiego en la cuna, y quien sufre las consecuencias no son las tías, ni la abuelita que vienen por un rato de visita, sino su mamá.

La costumbre de zarandear, mecer y dar palmaditas al niño en todos sentidos, para que calle o para hacerlo dormir, perjudica a su salud, más de lo que podemos suponer.



Amalita era muy laboriosa.

Los esposos Viera obraron, pues, muy cuerdamente no permitiendo que Luisito fuera sacado de la cuna aun cuando llorara, y distribuyendo severamente las horas de su alimentación, baño y sueño.

Amalia no le permitió comer nada antes del año, y entonces empezó con prudencia a darle sopitas de fideos finos, fosfatina, caldo con sémola, una yema de huevo en el caldo, pero sobre todo leche.

Después de Luis, llegaron Amalia, José Pedrito, Anita y Mercedes; con todos se siguió el mismo régimen; si alguno parecía indispuesto, se le ponía a dieta inmediatamente por dos o tres días; así crecieron muy hermosos; porque para criar niños sanos lo que más necesita es método en la alimentación.

Por las avenidas del jardín jugaban alegremente acompañados de dos grandes perros: *Duc* y *Huáscar*, mestizos de San Bernardo y Terranova.

Son de índole muy buena estos niños. Los dos mayores tienen hace tiempo una maestra que les enseña y los lleva a dar examen en una escuela de la capital; nunca dan trabajo para hacer sus deberes, que ellos conocen perfectamente; también es verdad que sus padres, muy buenos, muy cariñosos, son al par sumamente severos cuando los niños incurren en alguna falta, y cada orden dada por el papá, la mamá o la maestra se cumple sin replicar; pero me complace en decir que rarísima es la ocasión en que los niños mayores incurren en faltas; Luis y Amalia jamás han dicho una mentira; son verdaderos modelos de franqueza y lealtad.

A las ocho de la mañana, todos, bañados y arreglados, entran en el comedor a tomar su desayuno; después los más pequeños van a jugar, los mayores a la clase hasta las diez; a esa hora termina la lección y parece que

los dos perros supieran el momento preciso en que los niños han de salir, pues aguardan en el corredor, frente a la puerta de la sala de estudio, atentos a la salida de sus amiguitos; a veces *Duc*, que es el más pícaro, se esconde detrás de alguna planta, y cuando los niños empiezan a buscarlo, les ladra de repente como si estuviera enojado; así corren y juegan hasta la hora del almuerzo.

Algunas horas de la tarde se emplean también en lecciones, y después Amalia ayuda a su mamá en las faenas caseras; es muy buena zurcidora, y además suele preparar bollos o rosquitas para el te; generalmente da la última vista al gallinero de las cluecas para ver los pollitos, que le gustan mucho, recoge los huevos, los fecha y a veces da lecciones al muchacho.

Como supongo que os gustará conocer la receta de las rosquitas, ahí va :

Se toman 460 gramos de maicena, 8 yemas, 115 gramos de azúcar cernida, 115 de manteca; ralladura de limón. Si la masa quedara dura se le ponen más yemas; y antes de mojar la harina, puede mezclársela una cucharadita de polvo Royal. Cuando está la masa a punto se forman las rosquitas y se ponen al horno que no debe estar muy caliente.

Luisito, por su parte, suele salir con su papá a los puestos, y ya sabe muchas cosas referentes al cuidado de las haciendas; da gusto verle a caballo en su petizo, galopando al lado del señor Viera.

94.

¡Ara y canta...!

I.

Labriego: ¿Vas a la arada?
Pues dudo que haya otoñada
más grata y más placentera
para cantar la tonada
de la dulce sementera.

¿Qué has dicho? ¿Que el desgraciado
que pasa el eterno día
bregando tras un arado
jamás cantó de alegría
si alguna vez ha cantado?

Es una queja embustera
la que me acabas de dar.
¿No sabes que yo sé arar?
Pues déjame la mancera
y oye que voy a cantar:

II.

« Labriego poco paciente:
si crees que sólo tu frente
vierte copioso sudor
que sorbe innúmera gente,
sal de tu error, labrador ».

« Lo dice quien es tu hermano,
quien canta tu lucha brava,
lo dice quien por su mano
siega la mies en verano
y el huerto en invierno cava. »

« ¿Qué sabes tú del tributo,
que el mundo al trabajo rinde,
ni qué sabes de su fruto,
si no has traspuesto la linde
del terruño diminuto? »

« Si el mundo aquel te impusiera
yugos que impone al mejor,
pensarás que tu mancera,
si no es la más llevadera,
tampoco es la cruz mayo. »

« Te quema el sol del estío,
te azota el viento de enero
y aguantas en el baldío
los hálitos del rocío
y el golpe del aguacero. »

« Dura y perenne es la brega,
que pide riegos la vega,
que pide rejas la arada,
que pide gente la siega,
que el huerto espera la azada, »

« y es trabajoso el descuajo,
y abrumador el destajo,
y a veces nulo el afán... »

¡Y tal vez es el trabajo
más duro que blanco el pan!»

« Todo es verdad, labrador;
pero en esos horizontes,
y en esas siembras en flor,
y en éstos alegres montes,
¿no hay nada consolador? »

« ¿ Todo negro es tu destino?
¿ Todo el vivir te envenena?
¿ De abrojos horribles llena
todo el árido camino?
¿ Toda ingrata es la faena? »

« ¿ No sabes tú, labrador,
que hay frente que el tiempo arruga
escaldada en un sudor
que sana brisa no enjuga
con soplo consolador? »

« ¿ Sabes que hay ojos que ciegan
laborando en la penumbra
mientras los tuyos se entregan
al piélago en que se anegan
de la luz que nos alumbrá? »

« ¿ Sabes que ambientes malsanos,
si no venenos letales
marchitan pechos humanos
con corazones leales
del tuyo dignos hermanos, »

« mientras tu pecho sanean,
y equilibran tus sentidos,
y tus sudores olean
ricas brisas que pasean
por estos campos floridos? »

« ¿ Quieres en el mundo verte
con bravas agitaciones,
con injurias de la suerte,
con bárbaras tentaciones
y duelos, sin sangre, a muerte? »

« ¿ Qué sirena engañadora
hasta aquí a decirte llega
que en la ciudad bullidora
ni se reza, ni se llora,
ni se sufre, ni se brega? »

« ¿ Qué espíritu engañador
o torpe decirte quiso:
*Llora y suda, labrador,
que el mundo es un paraíso
regado con tu sudor? »*

« Fuera más útil y honrado
decirte quién ha arrancado
de las entrañas de un cerro
este pedazo de hierro
de la reja de tu arado. »

« Decirte qué hornos ardientes
fundieron humanas frentes
cuando este hierro ablandaron

y que en su masa cuajaron
sudores de hermanas 'gentes. »

« Ara tranquilo labriego,
y piensa que no tan ciego
fué tu destino contigo,
que el campo es un buen amigo
y es dulce miel su sosiego, »

« y es salud el puro día,
y estas bregas con vigor,
y este ambiente es armonía,
y esta luz es alegría...
¡ Ara y canta, labrador! »...

JOSÉ MARÍA GABRIEL Y GALÁN.

95.

Huayra - Puca.*(Viento colorado)*

TRADICIÓN CALCHAQUI.

Numerosos eslabones andinos cortan, con la descarnada arista de sus brazos, la parte occidental de la República Argentina y, por circunstancias que no explicaré ahora, en Catamarca, La Rioja, San Juan y los valles calchaquíes, falta el elemento principal de vida, falta el agua, y como consecuencia, en el paisaje desamparado, falta el bosque con su fauna parlera y alegre.

Dados los caracteres topográficos de aquellas provincias, se comprende que los fenómenos meteorológicos tuvieran, para los habitantes autóctonos, una importancia capital, y no es extraño que así como en Misiones nacieron divinidades tutelares que cuidan la hierba, los frutos y los niños, la imaginación de estos pueblos creara también potencias sobrenaturales en concordancia con sus necesidades, sus anhelos o sus visiones, tales como Llastay, que apacienta sus *aves*, consistentes en vicuñas, alpacas y guanacos ⁽¹⁾; Pacha-Mama, la protectora, la madre fecunda de la tierra; el sombrío Chiqui, a quien

(1) Los habitantes de los valles calchaquíes y también los paisanos del interior llaman aves a estos mamíferos y a otros.

es necesario ofrecer en holocausto niños, a fin de conseguir algunas gotas de agua para la tierra sedienta.

Entre las numerosas cadenas que recorren la mencionada región, se extienden, en algunas partes, valles angostos y profundos, que han recibido el nombre de cajones.

La meteorología de estos cajones es muy interesante; las rachas de viento, de ese viento de las mesetas que constituye el martirio de aquellos que las recorren; las rachas de viento, digo, al sentirse aprisionadas por enhiestas paredes de granito, adquieren velocidades de ciclón; los remolinós, en diabólica carrera giratoria, levantan un polvo rojizo que tiñe la atmósfera con matices sanguíneos, y si a esto se añaden los destrozos que causan, los mil ruidos que salen de las profundas cavernas, los silbidos, los ayes que se escapan de las grietas, parece lógico que los aborígenes atribuyeran, en su infantil ignorancia, a potencias quiméricas, fenómenos cuya causa eran incapaces de explicar y que, por otra parte, llevaban a su espíritu supersticioso terror.

Así merecieron la tradición de Huayra-Puca en los valles calchaquíes, y de la Madre del Zonda en San Juan.

Por una coincidencia verdaderamente curiosa, Andersen, en uno de sus conocidos cuentos, habla de la Madre de los Vientos.

El habitante de los valles calchaquíes y el célebre escritor dinamarqués han tenido la misma visión fantástica, y es tanto más notable esto, cuanto que siendo el calor del sol la causa perturbadora de la atmósfera que origina los vientos, en rigor sólo podría decirse que éstos tienen padre.

Huayra-Puca, el viento Colorado, es la madre del Viento, mejor dicho, de los vientos, y ella, como casi todas las madres, tiene su Benjamín, que es Shuleo.

Los rasgos característicos de esta diosa son la violencia, la fuerza, el espíritu de destrucción. Como mujer es hermosísima y amante del lujo, y cuando peina su larga cabellera, si está húmeda, las gotas de agua, al caer, se transforman en piedras preciosas; rodea su cabeza, de tipo calchaquí purísimo, un limbo de luz, y el manto que la envuelve desde el cuello resbala en pliegues amplios, dibujando a grandes masas sus formas estatuarias, en tanto que los zafiros de sus pendientes esparcen en la atmósfera iridiscuentes reflejos.

«La Madre del Viento» es andariega y poderosa: para alojar su persona soberana posee, en diversos parajes de los cerros, palacios por ella sola conocidos.

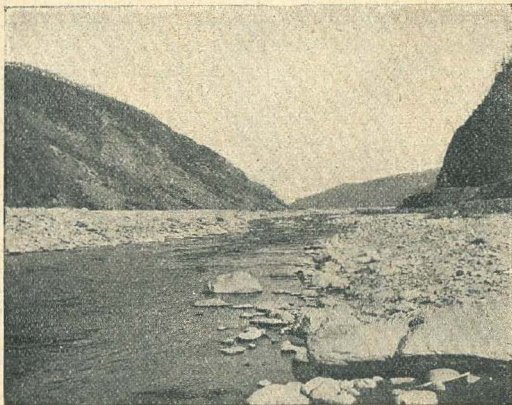
La Laguna del Pabellón, en el Cajón santamariano, es su morada primaveral, y el que no tema enloquecer puede asomarse a ella; a través de las aguas transparentes verá en el fondo los tributos de Huayra-Puca, una estrella y un cuerno de oro.

En la Quebrada de las Conchas, cerca de Cafayate, posee un estrecho Cajón que llega hasta el fondo del cerro en el cual guarda un gran tesoro, y en ocasiones se oye el ruido que hace al moverse en aquel misterioso recinto; no muy lejos de allí suele detenerse a descansar en un palacio que el sol tiene en el Cerró del Orco.

En Quilmes existe otro palacio de oro, también propiedad suya, pero estas maravillas son invisibles para el hombre y nadie debe llevar su curiosidad hasta sorprender los secretos de la iracunda deidad; ella lo llevaría hasta las nubes abandonándolo después para

hacerlo estrellar contra las rocas, como hizo con el zorrillo que se ve frente a las Conchas, petrificado en el momento de dar un salto.

La voz de Huayra-Puca es melodiosa como la de una sirena, y de ella aprendieron sus trinos las avecillas canoras; algunas veces toma un charango y canta sus hazañas, en las que siempre fué coronada por la victoria.



Quebrada del río Mojotoro en Salta.

Ella venció a un poderoso gigante libertando al Sol y a Mama Quilla (la Luna) de su poder, y todavía hoy es fácil, para los habitantes de los valles presenciar combates entre la Madre del Viento y el Nublado su irreconciliable enemigo.

¡Ay del Valle cuando está quieto y aletargado, cuando las hojas de los árboles penden mustias de su peciolo y la Naturaleza parece sumergida en enervante sopor!

¡No os fiéis, viajeros; algo prepara Huayra-Puca en sus sombríos antros!

¡Y si no, mirad!... allá, allá lejos el viento Colorado se acerca en vertiginosa carrera, el guanaco lo presiente y huye despavorido al cerro, seguido del tierno *teke*. Ved los algarrobales desgajarse y abatirse al terrible empuje; la cabaña se conmueve; el maizal se tumba; por los flancos de la montaña estremecida ruedan fragmentos de roca que bajan con ímpetu no conocido, arrojando cuanto encuentran; los cactus se doblan hasta romperse, y entre los fragorosos ruidos del huracán, en aquel delirio de la Naturaleza, el Valle aparece envuelto en una atmósfera de sangre.

LÉXICO.

Fauna. — Conjunto de animales que pueblan una región.

Topografía de un país. — Es la descripción detallada del mismo con todo su relieve.

Autóctonos. — Los habitantes primitivos de un país.

Meteorología. — Parte de la física que estudia los fenómenos atmosféricos.

Racha. — Movimiento rápido del aire, generalmente de poca duración.

Enhiestas. — Erguidas.

Ciclón. — Fenómeno meteorológico de extraordinaria violencia.

Hans Cristian Andersen. — Escritor dinamarqués, autor de una hermosa colección de cuentos para niños.

Shulco. — Es el remolino.

Zafiro. — Está situado entre las sierras de Cafayate y el Cerro del Orco, en Salta; los *quílmes* eran una raza muy belicosa e indómita que dió muchísimo trabajo a los españoles.

Quebrada de las Conchas. — En Salta.

Teke. — Voz india que significa guanaquito.

Calchaquies. — Tribu de indios muy bravos y poderosa que habitaba los valles entre las montañas al oeste de Salta y Tucumán; los calchaquies rendían culto a muchos dioses, entre los que figuran Chiqui, al cual sacrificaban niños; la Pacha-Mama, que simboliza la tierra, y otros; Huayra-Puca es uno de ellos.

Charango. — Instrumento musical indígena.

EJERCICIOS.

Señalar en el mapa las provincias nombradas.

Deletreo.

Conversación respecto a los vientos: vientos fijos, periódicos, dominantes. El *Norte*, su influencia; el *Zonda*; el *Cerriero*; el *Pampero*; el *Pampero Sucio*; el *Sureste*.

96.

Dos romances**LA ERMITA DE SAN SIMÓN**

En Sevilla está una ermita—cual dicen de San Simón,
adonde todas las damas—iban a hacer oración.
Allá va la mi señora,—sobre todas la mejor,
saya lleva sobre saya—mantillo de un tornasol,
en la su boca muy linda—lleva un poco de dulzor,
y en los sus ojuelos garzos—lleva un poco de alcohol,
a la entrada de la ermita—relumbrando como el sol.

Romance castellano del siglo XVI.

LUCAS BARROSO.

Allá va Lucas Barroso,—baquero de gallardía,
lleva las bacas cansadas—de subir cuestas arriba,
de pelear con los moros—dos o tres veces al día,
una bes por la mañana,—otra bes al medio día,
y otra bes ayá a la tarde,—cuando er sor se trasponía,
—Suba, suba, mi ganado—por las cañadas arriba,
que si argun daño jisiera,—mi amo lo pagaría
con er mejor becerriyo,—que hubiere en la baquería,
hijo der toro Pintado—y la baca Girardiya:
la crió Dios tan ligera—que bolaba no corría.

Rom. del siglo XVI.

«Romances, viejos romances, centenarios romances populares: ¿quién os ha compuesto? ¿De qué cerebro habéis salido y qué corazones habéis aliviado en tanto la voz os contaba?

«Romances castellanos, romances moriscos, romances populares: a lo largo de vuestros versos se nos aparece la España de hace siglos...».

Azorín.

LÉXICO.

Romance. — Aplícase a cada una de las lenguas modernas derivadas del latín: español, italiano, francés. Llámase romance a toda composición poética escrita en romance que narre hechos de personajes históricos, legendarios o tradicionales. Por lo demás hay muchas clases de romances.

El romance es una composición fácil y narrativa.

Se presume que los primitivos ensayos de la poesía castellana debieron ser romances. A ellos se debe la conservación de las tradiciones populares españolas.

97.

Patriotismo

«Todos aman su patria y muy pocos tienen patriotismo: el amor a la patria es un sentimiento natural, el patriotismo es una virtud: aquél procede de la inclinación al suelo donde nacemos, y recibimos las primeras impresiones de la luz, y el patriotismo es un hábito producido por la combinación de muchas virtudes, que derivan de la justicia. Para amar la patria basta ser hombre, para ser patriota es preciso ser ciudadano, quiero decir tener las virtudes de tal».

Bernardo Monteagudo.

Se da con frecuencia a la palabra patriotismo un significado estrecho; para la generalidad, sólo es patriota el soldado que defiende a la patria; el jefe que obtiene una brillante victoria; el gobernante que se distingue por la honorabilidad de sus procedimientos; nadie recuerda que hay patriotismo en el maestro abnegado que prepara varias generaciones de ciudadanos; en el médico que se dedica al estudio de una enfermedad para librar a sus hermanos de un azote; en el artista y en el escritor que ponen al servicio del arte y de la ciencia toda la sinceridad de su alma, todo el poder de su inteligencia.

Cada país es una inmensa maquinaria, cuyas ruedas están formadas por agrupaciones, que ya como empresas industriales, ya como sociedades científicas, artísticas, literarias o de caridad, tratan de llevar a buen término

el fin que se han propuesto; en cada una de estas agrupaciones se destacan algunas figuras culminantes que buscan no sólo el provecho práctico sino la realización de un ideal, el cual, con frecuencia, consiste en dotar a un país de aquello que le falte para ponerlo al nivel de estados más prósperos; eso, cualquiera que sea la forma en que se manifieste, se llama patriotismo; y si me preguntárais *qué es un patriota*, os contestaría: *considero como tal a todo ciudadano que contribuya de algún modo a la florecencia de su país.*

La República Argentina ha tenido la felicidad de contar con gran número de hombres notables por su desprendimiento, y a ello debe el ser hoy la primera nación de Sur América; tomemos al azar una agrupación, la de los artistas, por ejemplo, y veamos su obra.

Hace más o menos 40 años se fundó la Sociedad «Estímulo de Bellas Artes», la cual llevó al principio una vida precaria; empero, gracias a la abnegación de varios artistas que dieron clases gratuitas, la Escuela, se sostuvo y empezó a prosperar, aumentando cada año el número de alumnos, hasta que llegó a ser hoy la renombrada Academia Nacional de Bellas Artes.

No mencionaré el nombre de los maestros que aún viven, pero creo justo deciros que el malogrado Angel Della Valle sacrificó allí, durante quince años, sus noches y parte de sus días a la enseñanza de dibujo y pintura. La muerte le sorprendió en plena labor, momentos antes de empezar la clase. El pintor Eduardo Schiaffino lo despidió en la última morada con las siguientes palabras:

«Della Valle no fué bastante egoísta para vivir. Era un alma de niño que habitaba la ruda envoltura de un atleta. Era bueno, de una bondad inagotable; era leal

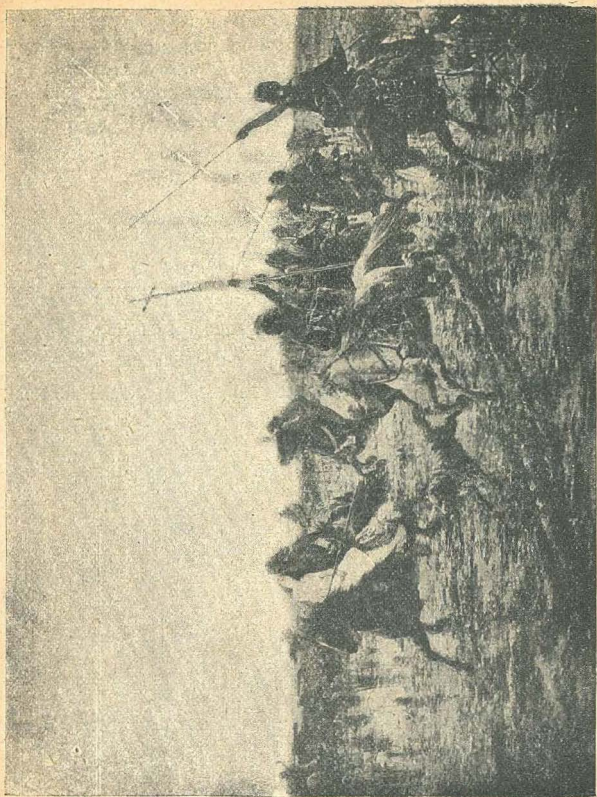
como la lealtad misma. He sido su compañero y su colega, y puedo afirmar que ignoraba los celos y las alarmas del amor propio inquieto.»

«Nunca me he asomado sobre el agua clara de sus ojos grises, sin haber sentido la calmante influencia de una fuente pura. Se le frecuentaba como un sitio de reposo, al abrigo de cualquier sorpresa. ¡Qué pocos son los hombres que merezcan semejante juicio!»

Felizmente, todo lo que tiene un ideal está casi siempre dotado de gran fuerza de voluntad, y lucha, lucha hasta vencer o morir; así nuestros pintores y escultores, que aman el arte por el arte mismo, no se desaniman, esperando que la posteridad, como sucede siempre, ha de ser la más justa que los contemporáneos y reconocerá que mucho de lo que hoy se admira, venido del extranjero, es obra comercial muy inferior a la que hace el hombre que trabaja para su patria.

Vosotros, hijos míos, sois también argentinos, y al deciros estas cosas, sólo quiero advertiros que el camino de la gloria es escabroso y que ningún éxito se debe a la casualidad, sino a la inteligencia, a la perseverancia, al carácter, puesto al servicio de un ideal. Sea cualquiera la profesión que elijáis, contad que habéis de luchar, primero para dominar la *técnica* de esa profesión, y luego, antes de que vuestro saber se imponga, pasarán años de amargura y desconsuelo, que sólo podrá vencer el temple de vuestra alma. Todos los grandes hombres han pasado malas épocas; pero casi todos han sabido sobreponerse a la adversidad.

Ni por un momento debéis creer que *las obras maestras* son hechas en un raptó de inspiración; ¡no! ellas son el producto de largos y meditados estudios, de ímproba



«El Malón», por A. Della Valle.

labor, cuyas jornadas suelen prolongarse durante meses enteros, hasta quince y dieciocho horas al día.

No os desanime la indiferencia ni la injusticia: en su *libro de oro*, la Patria inscribe tarde o temprano los nombres de sus hijos preclaros.

EJERCICIOS.

I. — Busquen los nombres de cuatro guerreros, cuatro poetas, cuatro prosistas y cuatro escultores distinguidos de nuestro país y formen oraciones indicando acciones u obras de los mismos.

II. — Consecuencias de las siguientes cualidades: aplicación al estudio, desaplicación, tenacidad, energía, debilidad, generosidad, egoísmo, altivez, bajeza, grandeza de alma, pequeñez. Valor de la inteligencia si no va unida con ciertas elevadas condiciones morales; ej.: los ladrones suelen ser muy inteligentes, como también los alcoholistas y los haraganes.

Disciplinemos la voluntad.

III. — Diversas clases de pintura: óleo, pastel, acuarela, temple, fresco.

Averigüe qué materiales se necesitan para cada una.

¿Ha oído usted hablar de los célebres frescos de Miguel Angel, de los cuadros de Rafael, de Leonardo da Vinci, de Andrea del Sarto, de Rembrandt, de Rubens, de Goya, de Velázquez? — ¿No? — Busque datos al respecto.

98.

El payasito

En una estrecha calleja
de los barrios suburbanos
y ante una casita humilde,
que no sé si existe aún,
en derredor de un chiquillo
disfrazado de payaso,
un grupo de gente pobre
pequeño corro formó.
Todo era risas y aplausos
en el modesto auditorio,
todo era cantos y brincos
en el payaso novel,
y era placer y embeleso
todo en los padres del chico
que le observaban ocultos
detrás de un ancho portal.

**
**

Porqué el hijo querido
un traje de payaso había pedido
el carnaval pasado,
la madre, con algún dinero ahorrado
compró, no sé en qué día,

el traje que el chiquillo allí vestía,
y como no ignoraba



Arlequín, el payaso clásico.

que todo cuanto aquel ángel gozaba
a ella lo debía
dichosa estaba viendo su alegría.

HORACIO H. DOBRANICH.

Del Monólogo en verso «Un Cuento».

99.

Cielo y tierra

(PRIMAVERAL)

Son las tres de la mañana. Las montañas dormitan agrupadas e inmóviles como enormes dromedarios. Se experimenta esa sensación indefinida originada por el silencio en las regiones montañosas.

De vez en cuando, una oleada suavísima de aire, trae envuelto en sus pliegues algo así como un leve suspiro del arroyo lejanno. Es la sonrisa del agua. La cinta cristalina, al deslizarse serpenteando en la obscuridad de la noche, se despide así, casi en secreto, de una piedra amiga o de una flor protegida. ¿Volverá a verlas o tocarlas? Quizá, si en su viaje no la traga el arenal o al sol se le ocurre levantarla con sus rayos, convirtiéndola en blanca nube. Entonces podrá contemplar de nuevo las montañas queridas, cerniéndose en lo alto. Pero no tardará mucho en volver a su estado de serpiente y comenzar de nuevo su peregrinación eterna, porque el agua de las montañas jamás se detiene ni descansa; es como el pensamiento, anda, anda siempre, en busca de su nivel, la verdad.

A esa hora, las estrellas parecen afiebradas ¡de tal manera laten sus corazones de diamantes! Su agitación es inusitada, algún peligro las amenaza. ¿Será que presienten su derrota con la llegada del sol? Mas aquí a mi lado, algo brilla sobre un trípode; es un telescopio

refractor de origen alemán, el país de las lentes sin igual y de la mejor cerveza. Está ansioso por arrojarse a las profundidades de este cielo, nuevo en parte para él y surca las ondas diáfanas del éter, donde pululan, como en el fondo del mar, los peces luminosos del espacio.

Hagámosle el gusto, veamos.

Hacia el norte van pasando las Pléyades, ese grupo delicioso de seis pequeñas estrellas a simple vista. Son las vírgenes que acompañan a Diana huyendo de Orion el cazador.

A sus ruegos fueron convertidas por los dioses en siete palomas blancas y colocadas en el cielo. Y allí van volando todavía porque el mismo temor las impulsa, agitando sus alitas de alabastro, suaves y brillantes.

Todas lucen y tiemblan como escamas de nácar arrojadas al espacio por una mano invisible. Pero apuntando al centro del grupo con el anteojo, se presenta un bello espectáculo, porque entonces las siete palomas se extienden y separan como espantadas, brilla su plumaje y por entre el claro que ellas dejan, surge una multitud de estrellitas telescópicas, como si el instrumento fuera un halcón, que al perseguir y dispersar una bandada de palomas, hubiera puesto en alboroto a un enjambre de picaflores.

MARTÍN GIL.

LÉXICO.

Pléyades. — Constelación pequeña que llamamos vulgarmente Siete Cabrillas. Su aparición en nuestro hemisferio en la primavera fué notada por muchos pueblos salvajes por que coincidía con la época de las siembras; y hay varias tradiciones a su respecto como la de «Siete Estrellas». Según la tradición griega cuando el gigante Orión perseguía a Diana

iban con ella siete doncellas y para escapar pidieron a Júpiter que las llevara al cielo.

Diana. — Diosa griega, presidía la caza, protegía los bosques y la vida doméstica. A la luna suele llamársele Diana.

Orión. — Gigante, gran cazador. Es una de las más hermosas constelaciones y muy fácil de reconocer. Forman parte de ella las estrellas que denominamos vulgarmente Tres Marías y Tres Reyes. Las Tres Marías constituyen el cinturón de Orión y los Tres Reyes, la espada. Cerca de Orión hay otras dos lindas constelaciones: el Can Mayor y el Can Menor en la cual está Sirio, estrella fija más próxima a la tierra que podemos reconocer por su gran brillo.

Ambos Canes son los perros que acompañan al cazador.

¿Han mirado Vds. las constelaciones alguna vez?

100.

Cielo y tierra*(Conclusión)*

El alba se inicia con cierto resplandor de nácar azulino. El cielo estrellado, cual una hermosa visión, comienza a desvanecerse lentamente en un mar traslúcido y sereno. Hacia el levante, el color de nácar, poco a poco se vuelve anaranjado; las nubes más altas se tiñen de rosa, después se doran, se platean, se inundan de luz. La alegría de la vida crece y se esparce con rapidez. Los pájaros cantan prometiéndonos un hermoso día.

Mirad al este: un gran manojo de lucientes espadas, anchas, filosas, rasgan el horizonte con salvaje energía: son los sables de la caballería del sol, que a sangre y fuego vienen abriendo paso a su gran emperador. Entonces se descubren las montañas azules, semi esfumadas entre la niebla, la cual al verse sorprendida por la luz, asciende rápidamente, envolviendo al pasar, con sus girones de blanca gasa, los árboles y picos de la sierra.

Las lomas vestidas de oro por el espinillo en flor, brillan como la seda, perfumando el aire. Oyese la carcajada cromática de la chuña silvestre, que empinada hacia arriba, mirando al cielo, saluda gozosa al nuevo día. Los zorzales de pico rojo o amarillo, posados sobre el más alto de los sauces, silban con entusiasmo sus canciones montaraces; parece que dijeran ¡viva el sol! Pronto las higueras se cubrirán de fruto renegrido para enterrar

nuestros picos hasta los ojos, en la pulpa granulada y roja. Las verdes cotorras, que en medio de su charla infernal, cuelgan sus nidos en los álamos gigantes, les contestan: nosotras esperamos las manzanas vidriadas, las peras fragantes y los choclos tiernos. Nosotros las flores almibaradas, dicen los picaflores, zumbando y brillando en todas direcciones.

En los rastros, donde el color amarillo de la caña de maíz lucha todavía con el verde naciente, relampaguea de vez en cuando la reja del arado. ¡Sureo! grita el arador, con dulce y viril acento, infundiendo ánimo a los bueyes. La yunta se estira con esfuerzo levantando algo las cabezas oprimidas por el yugo; rechinan sus muelas poderosas, brillan al sol sus húmedos hocicos, cruje la tierra y el arado marcha. Siguiendo el tajo fragante, van los tordos, comiendo los gusanos que la reja ha puesto en descubierto. Por cualquier motivo estos pájaros vuelan en bandada, pero después de teñir el cielo azul de un negro brochazo, caen de nuevo sobre la tierra, describiendo en los aires una ondeante curva, cual obscuro y lustroso abanico. También hormiguean millares de palomitas hambrientas, las que al volar producen un fuerte redoble ¡prrrrrrrr!

MARTÍN GIL.

101.

Lucha por la vida. (1)

Esa noche, mientras rodeábamos el fogón en que se preparaba nuestra cena, bien pobre por cierto, dijo Matías:

—Voy a hacer un poco de pan para mañana. Es bueno salir a excursionar y a buscar carne fresca... ¿De qué sirve estar como enterrados en esta playa?

—¡Claro! —gruñó Oscar. — Por mi parte voy a arreglar los anzuelos...

—El anzuelo — corrigió la Avutarda — ¡por casualidad se salvó uno!

—¡Bueno!... ¡Los anzuelos! ¡Ese y uno que yo tengo son dos... me parece!

Y como en ese momento Matías extendiera un pedazo de vela que le iba a servir de mesa para el amasijo, me acerqué y le dije:

—¡Le voy a ayudar!... ¡Esto va a ser para los dos, de todos modos!... Yo mañana me voy con usted... La verdad es que no es bueno amohosarse.

Y miré a Smith que, triste y silencioso, contemplaba el fuego, teniéndose la cabeza con las manos y que parecía no vernos ni oírnos.

Nos pusimos al trabajo y pronto estuvo tomada la masa, es decir, preparada una pasta hecha con galleta mojada.

(1) «Después del naufragio».

—¡Nosotros no precisamos gran cosa: ya verá!... Yo hago pan lobero, que es el mejor para las mārchas.

Y tomando uno de los baldes de fierro, echó la pasta juntamente con un poco de substancias que daba la carne salada que estaba al fuego y plantó el horno improvisado en medio de la hoguera.

—Si no es pan será parecido... y ¡seguramente, mejor que nada!

— A todo esto — preguntó Smith, alzando la cabeza y desperezándose — ¿adónde estaremos en este momento?... ¿Se ocupó alguno de averiguarlo?

—Estamos en Bahía Valentín — dijo Avutarda. — ¡En cuanto abrí los ojos la conocí!

—Y yo también — afirmó Matías — estamos en el sur de la Bahía Valentín, y por muy poquito no la erramos y vamos a dar a Buen Suceso o sea al infierno... He visto, además, las cumbres de los montes Negros que, como sabrán, no se pueden confundir: son cinco picos que parecen una mano abierta que se alzara...

—Pero entonces — repitió Smith como desconcertado — ¿no tenemos adónde ir?... ¡Más feliz ha sido el pobre Calamar!

—¿Por qué?... Podemos ir a Buen Suceso; tal vez hallemos algún barco de esos que vienen de Lemaire o de la Isla de los Estados; si no, podemos ir para Puerto Español y buscar los lavaderos.

—¡Bueno, bueno! — interrumpió la Avutarda. — ¡Digan claro: más vale morirse por aquí, no más!... ¿No cuentan el hambre, ni las distancias, ni la fatiga, entonces? ¿Creen que esta costa es la bodega del *cuther*, donde había de todo?

—¡Bah!... — dijo yo — ¿Somos hombres, sí o nó?...

Mientras yo pise tierra, no me echo a muerto: ¡No faltaba más! ¿Qué te parece, Oscar?

—¡Me gusta!... Yo siento lo que ha ocurrido pero... ¡a lo hecho, pecho!

—¡Claro! — apoyó Matías.

Y quedó convenido que en la madrugada siguiente éste y yo excursionáramos hasta las montañas lejanas y trataríamos de encontrar algunos indios cazadores, explorando de paso los caminos.

FRAY MOCHO.

«En el Mar Austral».

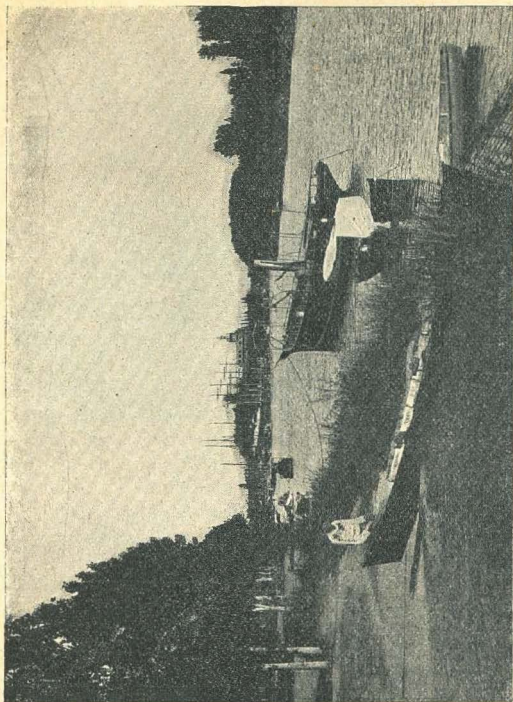
EJERCICIOS.

Señale las bahías, estrechos e islas que menciona la lectura.

—¿Qué son los lobos marinos y porqué se les da caza?

Busque datos referentes a las focas atendiendo: a) a sus diversas especies; b) parajes por ellas frecuentados; c) alimento y costumbres.

¿Quién era Fray Mocho?



PAISAJE ARGENTINO.

102.

Lázaro el payador

.....
Es arrogante y varonil su traza
En la inmovilidad de su apostura;
La raza de los nobles no es su raza,
Pero es noble y gallarda su figura;
Porte que no envilece ni disfraza
La rara y desenvuelta vestidura
Que lleva con descuido soberano
El intrépido gaucho americano.

Bajo el sombrero que inclinó a la frente
Nublando de las luces el destello,
Y en redor de la barba que naciente
Sombrea apenas el altivo cuello,
Reposa sobre el hombro, negligente,
En separados rizos su cabello,
Que cierra en blando círculo ondeante
El óvalo gentil de su semblante.

Ciñe con abandono y galanura
Los pliegues de su ancha camiseta,
El *tirador* que envuelve la cintura
Sobre cada puntada una peseta;
Y el puñal de luciente engastadura
De la mano al alcance atrás sujeta,
Que sobre el talle con desdén cruzado
Asoma de un costado a otro costado.

La manta de vicuña recogida
Bajo aquel arco de cambiante brillo,
Del *chiripá* en los pliegues compartida
Se envuelve en el cribado calzoncillo;
El *poncho* leve que arrolló y descuida,
Cuelga en la empuñadura del cuchillo,
Y en los caireles de su fleco suena
La estrella de la hermosa *nazarena*.



C. Ripamonti.

Canciones del pago.

No es el gaucho insolente de la Pampa
Que de la noble soledad se aleja,
Y donde el rastro de su potro estampa
Si no deja rencor, desprecio deja;
No es el rudo salvaje que se empampa
Ante las maravillas que refleja
De golpe el cuadro que asombró su mente
Y esclava allí del esplendor la siente.

No; lleva él las prendas de aquel traje
Que destaca del muro sus colores,
Con toda la arrogancia del salvaje

Y aquella majestad de los señores;
Y es único pendón de su linaje
El sello de los seres superiores,
Que en el primer relámpago adivina
El ojo observador que le examina.

De su mirada en el fulgor sombrío,
Hay la intensa quietud de un pensamiento,
Hondo como el desmayo del hastío,
Fijo como fatal remordimiento;
Rastro indeleble del afán impío
O del triste, profundo sentimiento
Que en muda paz o tenebrosa calma
Habita lo más íntimo del alma.

.....
RICARDO GUTIÉRREZ.

LÉXICO.

Payador. — Trovador popular, que canta, acompañándose con guitarra versos improvisados, comúnmente en competencia con otro, a lo cual se llama cantar *de contrapunto*.

Tirador. — Cinturón que usan los paisanos, casi siempre adornado con monedas de plata.

Peseta. — Moneda española de plata.

Chiripá. — Pieza de género, cuadrilonga, que usan todavía algunos paisanos en lugar de pantalón o bombacha. Va desapareciendo.

Poncho. — Manta cuadrilonga, con abertura para pasar la cabeza y quedar pendiente de los hombros, cubriendo casi todo el cuerpo. Úsase mucho en el campo.

Nazarena. — Espuela de gran tamaño que usaban en otro tiempo los hombres del campo.

EJERCICIOS.

Esta poesía describe una persona; sucesivamente nos hace ver su apostura, traje, mirada; describa un alumno a otro de sus compañeros, física y moralmente.

Formar oraciones con los siguientes modos adverbiales:

A sabiendas — a hurtadillas — a diestro y siniestro — a ciegas — a bulto — a la chita callando — a la buena de Dios — a tientas — a tontas y locas — a troche y moche — al revés — de cuando en cuando — en un santiamén — entre dos luces — sin más ni más.

Aprenda de memoria la poesía *Lázaro el payador*.

El autor de esta poesía es uno de nuestros poetas más notables: Ricardo Gutiérrez; dedicó la mayor parte de su vida al alivio del dolor como médico de la sala del Hospital de Niños, de Buenos Aires. Dicha sala lleva su nombre.

Lázaro es un poema en que se ponen de relieve las cualidades generosas del gaucho y el desprecio con que fué tratado en tiempo del coloniaje. Gutiérrez ha escrito muchas poesías, algunas muy hermosas, como *La Hermana de la Caridad* y *El Misionero*.

103.

Sambaquis.

Terror involuntario se apodera de nosotros al sentir una trepidación bajo nuestros pies, pero hace millares de siglos, los temblores, los hundimientos, las grietaduras de la tierra, la aparición de una cadena de montañas aquí, la inmersión de un continente más allá, eran el estado normal de la superficie del planeta; la corteza al enfriarse se arrugaba produciendo los fenómenos consiguientes.

El suelo de la República Argentina ha pasado por muchas vicisitudes. Sus porciones más antiguas formaron parte de un largo continente meridional que cubría el Atlántico y el Pacífico llegando por un lado hasta África y por otro, hasta Australia; al hundirse aquel continente quedaron algunos trozos sumergidos que al ser estudiados científicamente¹ permiten conocer algo, la geografía de otros tiempos.

El lecho de los ríos Uruguay y Paraná son fallas enormes que cruzaron el suelo americano durante la época denominada terciaria.

Las montañas del Brasil, aparecían en aquellas lejanas edades mayores que los Andes, que se elevaron luego. Los animales que poblaban la tierra eran gigantescos; un ratoncito medía la talla de un caballo; el caparazón del gliptodón — un peludo — medía más de dos metros de largo por uno y medio de ancho.

Entonces los fenómenos geológicos, los animales, las plantas, todo afectaba dimensiones enormes.

¿Había en aquella época hombres en América?

Las investigaciones de renombrados naturalistas nos dicen que sí. ¿De dónde vinieron? ¡Misterio!

Pero la huella de su paso por la tierra ha quedado estampada al lado de la de los animales característicos de la época cuaternaria.

Cerca de la coraza de un gliptodón, que indudablemente fué utilizada como casa, fueron encontrados huesos tallados y a medio quemar, restos de fuego, pedernales, carbón, y en otras partes huesos humanos en revuelto desorden con los de los animales terciarios.

Consisten éstos en montones de conchas marinas que los aborígenes arrojaban después de haber consumido el molusco, y tan grande fué su número que llegaron a formar verdaderas colinas, como algunas que existen en el Brasil, que miden 60 metros de elevación por 900 de diámetro.

Es muy difícil la exploración de los Sambaquis que se hallan en América, sobre todo los del Brasil, a causa de estar cubiertos de lujuriosa vegetación; por otra parte, son muy interesantes los resultados que se obtienen y los naturalistas son gente tenaz cuando se proponen llevar a cabo una investigación.

Han llegado a descubrir que las valvas amontonadas sirvieron de necrópolis, y como los salvajes entierran a sus muertos con alimentos, vestidos, armas y otros objetos que usaron en vida, vienen así a ser aquellas colinas o Sambaquis verdaderas minas arqueológicas, donde se encuentran esqueletos humanos, restos de animales, hachas de piedra, anillos, cuñas, puntas de lanza, flechas de pedernal, bolos, bastones fabricados de piedra basál-

tica, de serpentina, cuarzo, hierro meteórico, y también canastas, usutas y vasijas labradas, todo lo cual nos hace conocer el grado de adelanto de aquellas gentes, que han pasado incógnitas sobre la superficie de la tierra; razas misteriosas que se adormecieron arrulladas por el rumor eterno de las olas y se perdieron en la vorágine devastadora de los tiempos.

104.

Oración a la bandera

¡Patria! ¡Que la bandera inventada y sostenida por el General Don Manuel Belgrano flamée sobre nuestras murallas y fortalezas, a lo alto de los mástiles de nuestras naves y a la cabeza de nuestras legiones! ¡Que el honor sea su aliento, la gloria su aureola, la justicia su empresa! Y, si a la consumación de los siglos el Supremo Hacedor llamase a las naciones de la tierra para pedirles cuenta del uso que hicieron de los dones que les deparó, y del libre albedrío de la inteligencia con que dotó a sus criaturas, nuestra Bandera, blanca y celeste, pueda ser todavía discernida entre el polvo de los pueblos en marcha, acaudillando cien millones de argentinos, hijos de nuestros hijos hasta la última generación, y deponiéndola sin mancha ante el solio del Altísimo, puedan demostrar todos los que la siguieron, que en civilización moral y cultura intelectual aspiraron sus padres a evidenciar que, en efecto, fué creado el hombre a imagen y semejanza de Dios.

DOMINGO F. SARMIENTO.

105.

La canoa de Hiawatha ⁽¹⁾

(DE LONGFELLOW).

— « Dame de tu corteza resistente,
Majestuoso Abedul, a cuyas plantas
El río que fecunda nuestro valle
En corriente fugaz gime y se arrastra.
Quiero hacer, Abedul, una canoa
Que sobre el río se deslice rápida,
Como una hoja del Otoño seca,
Como el flotante lirio de las aguas.

Dame de tu corteza. Ya el verano
Acércase otra vez; el sol abrasa,
Y ya resulta incómodo el abrigo...
Dame, buen Abedul, dame tu capa. »

De este modo en el bosque solitario
Habló con voz sonora Hiawatha,
Y en tanto los alegres pajarillos
Entre el ramaje armónicos cantaban.

Estremecióse el árbol; un sollozo
De paciente dolor dieron sus ramas,
Y al hombre dijo: — « Toma de mi tronco
La corteza que quieras, Hiawatha. »

(1) Pronúciase *lauaza*.



Interior de un toldo tehuelche.
(Panneau de Giudice en el Museo de La Plata)

Sobre el tronco trazó con su cuchillo
Un corte circular junto a las ramas,
Y otro cerca del suelo. A borbotones
De una y otra incisión brotó la savia,
Y suelta entonces, y a lo largo hendida,
Obtuvo el indio la corteza intacta.

— « Dame tus brazos, arrogante Cedro,
Dame tus fuertes y flexibles rāmas,
Para dar solidez a mi canoa.
Contra golpes, corrientes y borrascas. »

Por la frondosa cúpula del cedro
Se oyó un grito de angustia resignada
Cuando el cedro paciente respondía :
— « Corta en mí lo que quieras, Hiawatha. »
Y con ramas de cedro, el hábil indio
Construyó la armadura de su fábrica.

— « Dame, Alerce, tus sólidas raíces
Para coser las puntas de mi barca,
Que no den paso a la humedad del río,
Ni a mí me moje, al navegar, el agua. »

Movió el alerce sus menudas hojas,
Sintió temblar sus fibras angustiadas,
Y... « Córtalas » — gimió con triste acento —
« Corta las que te sirvan, Hiawatha. »

Separando la tierra, cortó el indio
Las fibras del alerce acordonadas;
Los extremos cosió de la corteza,
Y así la embarcación quedó formada.

— « Dame, Abeto, la savia resinosa
Que de tu tronco, si le hieren, mana :
Bálsamo con que suelde las rendijas
De las cosidas puntas de mi barca,
Que no den paso a la humedad del río

Ni á mí me moje, al navegar, el agua. »

De las umbrosas ramas del abeto
Un murmullo se alzó, que remedaba
El que producen las marinas olas
Al morir en la arena de la playa,
Y con voz triste y trémula le dijo:
— « Toma de mi resina, Hiawatha. »

Brotaron luego del herido tronco
De resina tenaz las tibias lágrimas,
Y con ellas el indio en la canoa
Del agua y la humedad cerró la entrada.

— « Dame tus flechas, dame tus espinas,
Armado Puercó Espín; quiero engastarlas
Formando un cinturón de fuertes puntas
Que orne y proteja el cuerpo de mi amada. »

Oyólo el puercó espín, que somnoliento,
Desde el hueco de un árbol le miraba;
Las puntas erizó, sonó un gemido
Entre el enredo de sus fuertes barbas,
Y al desprenderse de las flechas, dijo:
— « Recoge mis espinas, Hiawatha. »

El indio las tiñó de tres colores,
Con tintas roja, azul y anaranjada,
Por él mismo compuestas con el jugo
De raíces, de frutas y de plantas;
Formó luego un collar en cada proa,
Y una radiante estrella en cada banda.

Así la embarcación fué construída
Del valle entre la selva solitaria.
La vida forestal estaba en ella
Con su misterio todo y con su magia:
Del esbelto abedul la ligereza,
La solidez del cedro y la fragancia,

La condición flexible del alerce,
Y del abeto la tenaz substancia.

Y sobre el lomo del cercano río
Con gracioso vaivén se columpiaba,
Como una hoja del Otoño seca,
Como el flotante lirio de las aguas.

LÉXICO.

Hiawatha. — Personaje místico de origen divino que algunos indios norteamericanos suponían haber sido enviado para purificar los ríos, bosques y pesquerías.

El poeta Longfellow ha tomado este asunto para uno de sus poemas, y en el fragmento dado se ve cómo el hombre, del cual Hiawatha viene a ser el símbolo, va consiguiendo los productos de la naturaleza. Longfellow nació en Maine en 1807 y murió en 1882; es uno de los poetas más notables de los Estados Unidos; sus principales poemas son: *Evangelina*, *La Leyenda de oro*, *Voces de la noche* y *Hiawatha*.

Abedul. — Árbol que da excelente madera para construcciones; hay muchas especies; aquí se refiere a un árbol de Norte América cuya corteza es utilizable.

Cedro. — Los cedros pertenecen a la familia de las coníferas; algunas especies dan madera sumamente fuerte, casi incorruptible; su follaje es verde oscuro.

Alerce. — Árbol muy semejante a los cedros y pinos, de los que se distingue por su follaje verde y claro. Su madera es roja, fuerte y ligera; sirve para construcciones; en la América del Norte hay dos especies.

Abeto. — Especie de pino de cuyo tronco se extraen ciertas trementinas.

Hiawatha. — Se pronuncia iauaza.

EJERCICIOS.

Nombren los alumnos cinco poetas americanos cuyos versos hayan leído en este libro y digan cuál es la poesía que más les agrada. Nombren tres poetas argentinos notables, indicando algunas de sus principales poesías.

Maderas útiles: nogal, caoba, jacarandá, limón, roble, tipa.
Plantas textiles: lino, ramío, caraguatá, ortiga.

106.

Mocedades de Hernán Cortés

Un día del año 1504 — el mismo en que dejó este mundo Isabel la Católica —, en la ciudad de Salamanca, insigne en letras y ciencias, en pie ante la portada de la Universidad, platicaban dos estudiantes acerca de un sujeto, antaño su compañero y amigo. Era uno de los escolares extremeño, de gesto grave; el otro, segoviano, con trazas de ladino y socarrón.

—¿Y es noticia cierta? — preguntaba el segundo.

—Ciertísima — afirmaba el primero. — Lo sé por el propio Francisco Núñez de Valera, que es su tío, y en su casa moró cuando cursaba estas aulas. Y no es esta la primera vez que lo intenta. Cortés ha querido pasar a las Indias con Nicolás Ovando, y si no cae envuelto en las piedras de la pared de un trascorral, y con ello no se les recrudecen las cuartanas, ha tiempo que por allí andaría.

—Pues no creyera yo, Bachiller, que Hernán hiciese más, sino irse con Gonzalo de Córdoba a Italia, donde, con igual riesgo y no menor fatiga, hay más gusto y diversión; que él es de suyo bullanguero...

—En eso andáis errado — objetó el otro estudiante. — Más gusto para la inclinación de Cortés habrá en las Indias, donde diz que el oro se mide por hanegas y se ven pueblos con casas de tejas de oro y paredes de plata.

—A conseja me huele — repuso el segundo — Ya será menos oro; y harto el trabajo. Y son allí los naturales muy fieros, y gustan del plato de carne humana.

—A mi paisano, como yo nacido en Medellín — declaró con énfasis el extremeño — no vendrá peligro que le encoja y arrugue el corazón, que bien colgado lo tiene. ¡Asaz le conoce vuesa merced, por vida mía! ¡Resueltos los habrá, pero más que él ninguno! Y sepa que lo de su hidalguía lo lleva Cortés muy montado en la voluntad, y le oí varias veces que ha de hacer como su linaje brille y resplandezca al igual de los primeros de España.

.....

Estaba Hernán Cortés, cuando desembarcó en Santo Domingo, en la flor de una mocedad vigorosa, después de una niñez tan enfermiza que se le contó muchas veces por muerto. El paludismo que engendran las balsas o charcas donde bebe el ganado en las Extremaduras, paludismo que aún hoy subsiste, se le había metido en las venas, y al caer entre los escombros de la pared, lo sufría aún, pues dicen las crónicas que con tal motivo «se le recrudecieron» las cuartanas. No hubo mejor manera de echar de la sangre los gérmenes de tal veneno como la travesía y el cambio de aires, y ya debió mejorar su salud aquel viaje a Valencia, después de lo cual decidido a pasar a las Indias, volvió a su casa para obtener de sus padres dineros con tal fin.

Tal vez a las cuartanas quepa atribuir el color, no moreno, sino ceniciento, del rostro de Cortés: de estas caras grises han pintado muchas Pantoja, Zurbarán y el Greco. Vencida la influencia de la fiebre, quedó Cortés rehecho y saludable, y era de cumplida estatura, habiendo heredado de su madre la recia complexión. Aun-

que poseía el buen diente y franco estómago de los que han de soportar bravamente privaciones y fatigas, del vino no fué amigo, ni lo bebió sino en corta cantidad. En su carácter se maridaban un valor absoluto y una astucia ulisíaca: era ansioso de gloria y honra, y se estimaba a sí propio.

CONDESA DE PARDO BAZÁN.

107.

La Alpujarra

La Alpujarra es absolutamente distinta de las demás montañas. Verdad que aquí hay también nieves y valles y ríos y peñascos y derrumbaderos, y hasta alguna vez, nubes...; pero ¡cuán diferentes de todas estas cosas! El tono, el color, la luz, el ambiente, todo varía aquí por completo. Un cielo, casi siempre despejado y de un azul puro, intenso, rutilante, empieza por servir de fondo a la decoración, disipando, con su viva refulgencia y vaguedades, misterios, nebulosos contornos, indeterminadas fantasmagorías. Una tierra cálida y enjuta nutre con la sangre de sus entrañas, y no con el lloro de sus peñas, esos manantiales de luz y fuego, que se llaman el olivo, la vid, o los elíseos frutos que roban sus más brillantes colores al iris. Aquestos valles no contrastan con lo petrificado por el frío, sino con lo calcinado por el sol. Aquestas rocas, lejos de sudar agua, funden y acrisolan los metales. Las flores son olorosas y valientes no obstante la vecindad de los viejos ventisqueros; y el arroyo, que baja de las regiones muertas, se asombra de encontrarse con las adelfas silvestres o con las ferozmente grandiosas higueras chumbas, orladas de arrumacos verdes y pajizos, como las princesas etiopes.

PEDRO ANTONIO DE ALARCÓN. (1)

(1) Nació en España 1833. m. 1891. Sus obras mejores son «La Alpujarra» y «El Niño de la Bola».

108.

El Invierno

El *Invierno*, el viejo de cabeza blanca y barbas de nieve, ha llegado. Vino con su cortejo de nieves y celiscas, de albas cenicientas, noches medrosas y pálido sol. Sobre la alfombra de la nieve, las carretas pasan perezosas, gimiendo; las vacas están encerradas en sus establos; las aldeas parecen muertas en los mudos paisajes cubiertos de cristal.

La nieve ha borrado el camino de la montaña; las puertas sólo se abren cuando algún caminante, muerto de frío y de cansancio, golpea la ferrada; no cesa el cuento del fantasmón de roble. Sobre la ruina de todo un pasado, aún vive en la vieja casa solariega la generosa hospitalidad castellana...

¿No oís la canción del viento? El ábrego silva y muge; viene a través de los montes, silbando en las rendijas como un pastor que tañe su bocina, reuniendo el tímido rebaño para esquivar la tormenta.

Fuera de toda ruta, acurrucada al pie de su Abadía, Santillana duerme el sueño invernal, su grave sueño de camposanto. Los cielos lloran sin tregua; las nubes parece que gravitan con sus vientres cargados de agua sobre los negros tejados de la villa; la atmósfera es densa, pesada, abrumadora; el húmedo vaho de la tierra se mete en los pulmones y cala los huesos como el soplo de una cripta.

Los árboles de los huertos, escuálidos y llorosos, parecen esqueletos humanos, con los brazos rígidos y desnudos, figuras orantes pidiendo al cielo misericordia. El cierzo y el agua azotan implacables las verdinegras fachadas, roen los escudos, llaman a las puertas carcomidas, zarandean los desencajados postigos, silban en las chimeneas, y, rezumando por todas partes, se filtran por las vigas seculares en las estancias abandonadas, donde las goteras isócronas, con el tictac de un péndulo, cuentan las horas con grave y triste monotonía... Y la campana de la Abadía tañe, tañe lentamente en la bruma, y sus tañidos parecen lamentos de almas en pena.

RICARDO LEÓN.

LÉXICO.

Celliscas. — Temporal de agua y nieve muy menuda, impedidas ambas por la fuerza del viento. Deriva del latín *procella*.

Ábrego. — Del latín *africus*. Viento tempestuoso que sopla en España, entre mediodía y poniente.

109.

El sueño de los gusanos de seda

Nacidos estos animalitos (los gusanos de seda), luego comienzan a comer con grande hambre, y comiendo crecen, y se hacen mayores. Y habiendo ya comido algunos días, duermen, y después de haber dormido su sueño (en el cual se digiere y convierte en sustancia aquel mantenimiento) despiertan, y vuelven a comer con la misma hambre y agonía. Y el ruido que hacen cuando comen, tronchando la yerba con sus dienteillos, es tal, que se parece con el ruido que hace el agua cuando llueve encima de los tejados. Esto hacen tres veces; porque tantas comen y tantas duermen, hasta hacerse grandes. Hechos ya tales, dejan de comer, y comienzan a trabajar, y a pagar a su huésped el escote de la comida. Y para esto levantan los cuellos, buscando algunas ramas donde puedan prender los hilos de una a otra parte, los cuales sacan de su misma sustancia. Y ocupada la rama con esta hilaza, comienzan luego a hacer en medio de ella su casa, que es su capullo.

FR. LUIS DE GRANADA.

EL ESTILO

El leer de preferencia buenos autores castellanos influye poderosamente sobre la corrección del estilo y los señores maestros encontrarán en las obras de los clásicos españoles y en los autores modernos y contemporáneos, tales como Azorín, Ricardo León, y argentinos como J. González, C. de Estrada, E. Larreta, etc., de importantes fragmentos para hacer leer a sus alumnos.

El estilo o sea la manera de expresar nuestro pensamiento es algo propio de cada persona, pero dentro de cada modalidad deben guardarse las reglas que rigen el lenguaje.

I. — Hemos de atender en primer lugar a las palabras que empleamos, no olvidando que éstas han sido clasificadas a fin de que se sepa cuáles nos conviene usar en lo que escribimos y cuáles son incorrectas.

II. — Hemos de atender a la manera de combinar unas palabras con otras huyendo de los vicios que como la cacofonía o los rípios afean la frase.

La cacofonía puede ser de palabras o de frases: ej. Marchaba a Catamarca con un ave en una arca.

Rípios son las palabras inútiles que ponemos en la frase. Véase «Rípios ultramarinos» por Valbuena.

Ej.: Cuando yo te *rogaba suplicante*. Pues, dice Balb, todo el que ruega, ruega suplicante. Y caí de rodillas, y fiebroso en la losa escarbando... «En la losa, observa Balb., no se puede escarbar, a menos que esté cubierta de broza, y el autor dijo antes que era blanca.

Pero, dirán los jóvenes lectores: ¿cómo podremos llegar por nuestro propio esfuerzo al dominio del idioma?

El consejo dado hace 4 siglos por el insigne escritor Lope de Vega (1), es el único eficaz que puede darse también hoy.

«¿Cómo compongo? Leyendo.

¿Y lo que leo? Imitando.

¿Y lo que imito? Escribiendo.

¿Y lo que escribo? Borrando:
de lo borrado, escogiendo».

Don Miguel Cané al hacer referencia al pulido de la frase que no sólo no desdennaron los maestros sino que emplearon en ello mucho tiempo, cita, como testimonio de su aserto, el siguiente párrafo de Petrarca.

«He empezado este soneto con ayuda de Dios, el 10 de septiembre desde el alba, después de mis oraciones matinales. Será necesario hacer dos versos, e invertir el orden. Tres de la mañana, 19 de octubre: Esto no me agrada. — Treinta de octubre, 10 de la mañana: No, esto no me agrada. — Veinte de diciembre, a la tarde: Será necesario volver sobre esto; me llaman a comer. — 18 de febrero: Ahora está bien; será preciso volver a ver aún...»

Tal ejemplo de prolijidad en la corrección de la frase dado por un hombre cuya fama es bien conocida, nos ahorra mayores explicaciones.

Las palabras de nuestro idioma se formaron: I. por traducción: *vita*, vida; *pater*, padre. — II. por derivación: vida, vitalidad. — III. por composición: padrenuestro, avemaría. — IV. por introducción de palabras extranjeras que el uso vuelve comunes.

Frases incorrectas: ¡son tantas las que decimos cada día! p. ej.: *El bañado* por el aguazal, el cenagal. *Dar un bife*, por dar una bofetada. Véase «Notas al castellano en la Argentina», por R. Monner Sans.

110.

¡Al rincón! ¡Quita calzón!

El liberal obispo de Arequipa, Chaves de la Rosa, a quien debe esa ciudad, entre otros beneficios, la fundación de la casa de Expósitos, tomó gran empeño en el progreso del seminario, dándole un vasto y bien meditado plan de estudios que aprobó el rey, prohibiendo sólo que se enseñara derecho natural y de gentes.

Rara era la semana, por los años 1796, en que Su Señoría Ilustrísima no hiciera por lo menos una visita al Colegio, cuidando de que los catedráticos cumpliesen con su deber, de la moralidad de los escolares y de los arreglos económicos.

Una mañana encontróse con que el maestro de latinidad no se había presentado en su aula, y por consiguiente los muchachos, en plena holganza, andaban haciendo de las suyas.

El señor Obispo se propuso remediar la falta; reemplazando por ese día al profesor titular.

Los alumnos habían descuidado por completo aprender la lección. Nebrija y el Epítome habían sido olvidados.

Empezó el nuevo catedrático por hacer declinar a uno, *musae*, *musae*. El muchacho se equivocó en el acusativo del plural y el señor Chaves le dijo:

—¡Al rincón! ¡Quita calzón!

En esos tiempos regía por doctrina aquello de que la letra con sangre entra, y todos los colegios tenían un

empleado o *bedel* cuya tarea se reducía a aplicar tres, seis y hasta doce azotes sobre las posaderas del estudiante condenado a ir al rincón.

Pasó a otro. En el nominativo de *quis vel quid* ensartó un despropósito, y el maestro profirió la tremenda frase:

—¡Al rincón! ¡Quita calzón!

Y ya había más de una docena arrinconados, cuando llegó su turno al chiquitín y travieso de la clase, uno de esos tipos que llamamos revejidos, porque a lo sumo representaba tener ocho años, cuando en realidad doblaba el número.

—*Quid est oratio?* — le dijo el obispo.

El niño, o conato de hombre, alzó los ojos al techo (acción que involuntariamente practicamos para recordar algo, como si las vigas del techo fueran un tónico para la memoria) y dejó pasar cinco segundos sin responder.

El obispo atribuyó el silencio a ignorancia, y lanzó el inapelable fallo:

—¡Al rincón! ¡Quita calzón!

El chicuelo obedeció, pero rezongando entre dientes algo que hubo de incomodar a su Ilustrísima.

—Ven acá, trastuelo. Ahora me vas a decir qué es lo que murmuras.

—Yo, nada, señor... nada, — y seguía el muchacho gimoteando y pronunciando a la vez palabras entrecortadas.

Tomó a capricho el obispo saber lo que el escolar murmuraba, y tanto le hurgó que, al fin, le dijo el niño:

—Lo que hablo entre dientes es que, si Su Señoría Ilustrísima me permitiera, yo también le haría una preguntita, y habría de verse moro para contestármela de corrido.

Picóle la curiosidad al buen obispo y sonriéndose ligeramente respondió:

—A ver, hijo, pregunta.

—Pues, con venia de su Señoría, y si no es atrevimiento, yo quisiera que me dijese cuántos *Dominus vobiscum* tiene la misa.

El señor Chaves de la Rosa, sin darse cuenta de la acción, levantó los ojos.

—¡Ah! — murmuró el niño, pero no tan bajo que no lo oyese el obispo. — También él mira al techo.

La verdad es que a Su Señoría Ilustrísima no se le había ocurrido hasta ese instante, averiguar cuántos *Dominus vobiscum* tiene la misa.

Encantóle, y esto era natural, la agudeza de aquel arrapiezo.

Por supuesto, que hubo amnistía general para los arrinconados.

El obispo se constituyó en padre y protector del niño, que era de una familia pobrísima de bienes, si bien rica en virtudes, y le confirió una de las becas del Seminario.

Cuando el señor Chaves de la Rosa, no queriendo transigir con abusos y fastidiado de luchar sin fruto con su Cabildo, renunció en 1804 el obispado, llevó entre los familiares que le acompañaron a España, al cleriguito del *Dominus vobiscum*, como cariñosamente llamaba a su protegido.

Andando los tiempos, aquel niño fué uno de los prohombres de la Independencia, uno de los más prestigiosos oradores de nuestras asambleas, escritor galano y robusto, habilísimo político y orgullo del clero peruano.

¿Quién fué?

Francisco Javier de Luna Pizarro, viejísimo arzobispo de Lima, nacido en Arequipa en diciembre de 1770 y muerto el 9 de febrero de 1855.

RICARDO PALMA.

EJERCICIOS.

¿Quién era Ricardo Palma? ¿Qué escribió, y en qué país?

¿Qué obras debe leer un muchacho?

¿Por qué no le conviene leer todo lo que cae en sus manos?

Conveniencia de consultar a una persona mayor sobre si puede o no, leer un libro.

111.

Viñatúm

Viñatúm. Así se titula el primer canto del poema « Lin - Calel ».

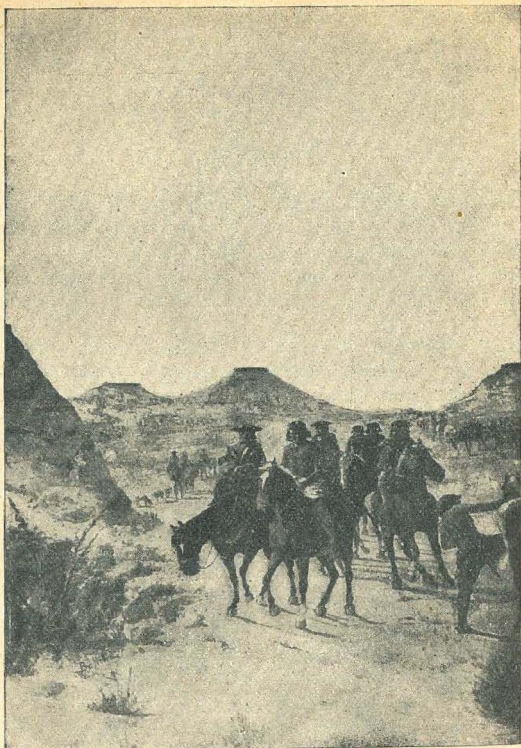
Viñatúm. Así designaban las diversas naciones esparcidas en la región Sur de América, las grandes asambleas políticas que de vez en cuando tenían lugar entre ellas.

Esta vez, según el autor, el Viñatúm había sido convocado por un autorizado cacique pehuenche con el objeto de preparar una gran ofensiva contra los cristianos y vengar las muchas ofensas recibidas en diversas épocas.

En la parte del canto, que va a continuación, el doctor Holmberg describe con toda verdad la situación geográfica de las tribus que van a concurrir al Viñatúm.

Dada la autoridad del cacique pehuenche, no se duda de que, además de todos los jefes de su parcialidad, han de acudir todas las demás naciones convocadas, por lo cual el poeta dice así:

.....
Y las huestes lejanas de Picunches
que en el Norte dominan por las sierras
de San Luis, y hasta el Río Colorado
• extienden sus campañas cinegéticas,
y el Avestruz persiguen y el Guanaco,
y con ellos se abrigan y alimentan,
solicitas vendrán, y una centuria



Viñatúm.

(Panneau de Bonchet existente en el Museo de La Plata).

llegará a Cariló, que aquí la esperan
Auca-Lonco y valientes capitanes
en el momento de iniciar la fiesta.
Vendrán también del Norte los Rán Kilches
vecinos de la grande Cordillera,
y que habitan los rudos carrizales,
como su nombre mismo lo demuestra;
pero avanzan también a las comarcas
que los caldenes con sus bosques pueblan.
Son diestros para el lazo y boleadoras
como han sido denantes con la flecha
y los puelches vendrán desde el Oriente,
y los pampas vecinos que se acercan
a Buenos Aires más que los picunches.
Los puelches más al Sur, un nombre llevan
que indica ser Nación de sepulturas,
y sus toldos levantan por las sierras
Pillahuincó y Ventana y a Poniente
Curá-Malal, esto es: « Corral de Piedra »,
pues en el valle que por su eje corre
dos estrechuras naturales muestra,
y forma así un corral con ricos pastos
« en el que caben veinte mil cabezas »
de las que roban en estancias huíncas
cuando invasiones de malón les llevan;
pero extienden también sus correrías
hasta la mar azul y las riberas
del Río Negro, y conducen a Poniente
por ambiguos negocios las haciendas.
Vendrán, pero del Sur, de las distantes
comarcas que al Estrecho más se acercan,
los fornidos tehuelches que fabrican
cosiendo con maestría varias piezas,

los mejores killangos de guanaco,
de avestruz y de zorros de la Sierra
con abundantes y lustrosos pelos
que por la luz oblicua se platean,
excelentes abrigos, en regiones
donde la nieve se levanta espesa.
Persiguiendo al guanaco, los tehuelches
suben al Norte, pero así flanquean
los Andes, y corriéndose al Naciente
siguiendo del Río Negro la ribera,
allá por Choele-Choel cruzan el vado
y hasta Choike-Mahuída no sofrenan;
recorren conocida rastrillada,
y toman a Oriente, la derecha
margen cubriendo, donde crecen sauces
del Río Colorado hasta que llegan,
vencido el paso y su camino al Norte,
de Buenos Aires a muy pocas leguas,
se aproximan quizá a cinco jornadas,
y allí, o a menos, el bridón sujetan.
Y vendrán del Poniente, cuando pasen
las cumbres de la helada Cordillera,
o siguiendo los pasos y aberturas
del Volcán Tronador, y por las tierras
de Bari-ló — que están ya separadas
de Nahuel-Huapí donde el bosque impera —
los guerreros de Arauco, que sus vinchas
adornan — y por ende su cabeza —
con dos plumas de Manki el gigantesco
rapaz del aire que en las cumbres vuela.

.....
.....

E. L. HOLMBERG.

LÉXICO.

Araucania. — Hoy provincia de Chile; patria de la nación araucana.

Bari-ló. — Se refiere aquí al paso de Bariloche.

Manki. — El cóndor.

Pehuenches. — Gentes que habitaban la región de los pinares en la gobernación actual del Neuquén.

Pehuen. — Árbol conífero. — *Araucaria imbricata*; crece a ambos lados de la Cordillera entre 36° y 48° latitud S.

Picunches. — Gentes del Norte.

Puelches. — Gentes de Oriente.

Rankil. — Carrizo.

Rankilches o *ranqueles*. — Gentes de los carrizales.

Calden. — Árbol muy corpulento; forma bosques en cierta zona de la Gobernación de la Pampa y una faja a lo largo del río Quinto.

Huincas. — Así llamaban los indios de esta región a los cristianos.

Todas las razas citadas por el autor, excepto los araucanos, han desaparecido.

112.

Madrid a fines del siglo XIV

A fines del siglo XIV estaba la hoy coronada y heroica villa de Madrid muy lejos de pretender el lugar que hoy ocupa en la lista de los pueblos de la Península. Toda su importancia estaba reducida a la fama de que gozaban sus extensos montes, los más abundantes de Castilla en caza mayor y menor: el jabalí, la corza, el ciervo, y hasta el oso feroz hallaban vivienda y alimento entre sus altos jarales, sus malezas enredadas, y sus silvestres madroñeros, que han desaparecido después ante la destructora civilización de los siglos posteriores.

El implacable leñador ha derrocado por el suelo con el hacha en la mano la copa erguida de los pinos y robles corpulentos para satisfacer las necesidades de la población, considerablemente acrecentada y el hombre ha venido a hollar la magnífica alfombra que la naturaleza había tendido sobre su suelo privilegiado: ha tenido fuerza para destruir, pero no para reedificar; la naturaleza ha desaparecido sin que el arte se haya presentado a ocupar su lugar. Inmensos arenales, oprobio de los siglos cultos, ofrecen hoy su desnuda superficie al pie del caminante; al servir los árboles de pasto al fuego insaciable del hogar, los manantiales mismos han torcido su corriente cristalina o las han hundido en las entrañas de la madre tierra, conociendo ya, si se nos permite la metáfora, la inutilidad de su influjo vivificador. Madrid, el antiguo castillo moro, la pobre y despreciada villa,

ciñó mientras fué olvidada de los hombres la suntuosa guirnalda de verdura con que la naturaleza quiso engalanarla, y Madrid la opulenta corte de reyes poderosos, término de la concurrencia de una nación extendida, y tumba de sus caudales inmensos y de los de un nuevo mundo, levanta su frente orgullosa, coronada de quiméricos laureles, en medio de un yermo espantoso y semejante al avaro que, henchidas de oro las faltriqueras, no ve en torno de sí, do quiera que vuelva los ojos, sino miseria y esterilidad. Al famoso soto de Segovia, que se extendía hasta el Pardo, y más acá, concurrían los reyes y grandes de Castilla de todas las partes para lograr el solaz de la cetrería y de la montería, placer privilegiado y peculiar de los señores de la época.

MARIANO JOSÉ DE LARRA.

«El doncel de Don Enrique el Doliente».

EJERCICIO.

¿Quién era Larra?

113.

Despedida de Héctor y Andrómaca

Andrómaca, acercándose afligida;
lágrimas derramaba. Y al esposo
asiendo de la mano, y por su nombre
llamándole, decía acongojada:
— ¡Infeliz! tu valor ha de perderte;
¿no tienes compasión del tierno infante
ni de esta desgraciada que muy pronto
en viudez quedará, porque los griegos,
cargando sobre tí, la vida,
fieros te quitarán? Más me valiera
descender a la tumba, que privada
de tí quedar; que si a morir llegases,
no habría para mí consuelo alguno
sino llanto y dolor. Ya no me quedan
tierno padre ni madre cariñosa.

.....
Mis siete hermanos en el mismo día
bajaron todos al Averno obscuro;
que a todos de la vida despiadado
Aquiles despojó, mientras estaban
guardando los rebaños numerosos
de bueyes y de ovejas. A mi madre
la que antes imperaba poderosa
en la rica Hipoplacia, prisionera
aquí trajo también con sus tesoros,
y admitido el magnífico rescate
la dejó en libertad; pero llegada
al palacio que fuera de su esposo,
la hirió Diana con suave flecha.

¡Héctor! Tú sólo ya de tierno padre
y de madre me sirves y de hermanos.
Y eres mi dulce esposo. Compadece
a esta infeliz; la torre no abandones,
y en orfandad no dejes a este niño
y viuda a tu mujer.....

.....
Respondió el héroe a su afligida esposa:

—Nada de cuanto dices se me oculta,
pero temo también lo que dirían
contra mí los troyanos y troyanas
si cual cobarde de la lid huyera.

Ni lo permite mi valor; que siempre
intrépido he sabido presentarme
en la liza, y al frente de los tuceros
combatir animoso por la gloria
de mi padre y la mía...

.....

HOMERO.

«La Yliada».

Notas. — La Yliada y la Odisea fueron escritas hace más de tres mil años. Por la verdad, la sencillez del lenguaje, la naturalidad de los pensamientos, el conjunto acabado y la puntualidad de los asuntos descritos, son estas las obras maestras del pensamiento humano, hasta hoy no superadas.

El tema de la Yliada es la guerra de Grecia contra Troya o Ilión, la cual guerra duró diez años.

Por las descripciones llegamos a conocer no sólo los nombres y cualidades de los varones esforzados de ambos países tanto como las costumbres y religión de los pueblos de aquellas lejanas edades. La verdad de las descripciones geográficas en que abunda es asombrosa.

Las excavaciones llevadas a cabo en el lugar donde estuvo emplazada Troya han dado a conocer parte de sus ruinas y que no una, sino varias ciudades se han superpuesto en aquel paraje.

Existen de las obras de Homero muy buenas traducciones en prosa y en verso.

114.

Caminante: ¿Dónde vas?

—Caminante: ¿Dónde vas?

—Voy a bañarme en el mar, al alba rosigrana, por el camino de los árboles.

—¿Dónde está el mar, caminante?

—Está donde el río deja de correr, donde el alba se abre en la mañana, donde la tarde se cae en el crepúsculo.

—Caminante: ¿Cuántos son los que van contigo?

—No sé contarlos. Toda la noche vienen con sus lámparas encendidas; todo el día vienen cantando por tierra y por agua.

—¿Y está muy lejos el mar, caminante?

—Todos preguntamos lo lejos que está; y cuando bajamos nuestro hablar, el rugido rodado de su agua se hincha hasta el cielo. ¡Está siempre tan cerca y tan lejos!

—Caminante: ¿Cómo va quemando el sol?

—Nuestro viaje es largo y penoso. ¡Cantad, los cansados de espíritu; cantad, los tímidos de corazón!

—¿Y si la noche nos alcanza, caminante?

—Nos echaremos a dormir hasta que el nuevo día alboree cantando, y flote en los aires la llama del mar.

RABINDRANATH TAGORE.

«Tránsito».

115.

He amado tu mundo

Me dejaste, desde muy temprano, tu sitio en la ventana. Y he hablado con tus mandaderos silenciosos, que van por el camino de tus mandados; y he cantado con tu coro celeste.

He visto el mar en calma, soportando su inconmensurable silencio; y con tormenta, luchando por violentar el misterio de su propia profundidad.

He mirado la tierra en su pródiga fiesta juvenil, y en sus lentas horas de sombra meditabundas.

Los que iban a la siembra, han oído mi saludo, y los que volvían con sus cosechas o con sus canastos vacíos, han pasado junto a mis canciones.

Así, mi día ha terminado al fin; y ahora que anochece, canto mi última canción para decir que he amado tu mundo.

RABINDRANATH TAGORE.

«Tránsito».

116.

Dentro de tí está el secreto

Busca dentro de tí la resolución de todos los problemas, hasta de aquellos que crees más exteriores y materiales.

Dentro de tí está siempre el secreto; dentro de tí están todos los secretos.

Aun para abrirte camino en la selva virgen, aun para levantar un muro, aun para tender un puente, has de buscar antes en tí el secreto.

Dentro de tí hay tendidos ya todos los puentes.

Están cortadas dentro de tí las malezas y las lianas que cierran los caminos.

Todas las arquitecturas están ya levantadas dentro de tí.

Pregunta al arquitecto escondido; él te dará las fórmulas.

Antes de ir a buscar el hacha de más filo, la piqueta más dura, la pala más resistente, entra en tu interior y pregunta.

Y sabrás lo esencial de todos los problemas, y se te enseñará la mejor de todas las fórmulas, y se te dará la mejor de todas las herramientas.

Y acertarás siempre, pues dentro de tí llevas la luz misteriosa de todos los secretos.

A. NERVO.

117.

Dar

Todo hombre que te busca va a pedirte algo: el rico aburrido, la amenidad de tu conversación; el pobre, tu dinero; el triste, un consuelo; el débil, un estímulo; el que lucha, una ayuda moral.

Todo hombre que te busca, de seguro va a pedirte algo.

¡Y tú osas impacientarte! Y tú osas pensar: ¡Qué fastidio!

¡Infeliz! La ley escondida que reparte misteriosamente las excelencias se ha dignado otorgarte el privilegio de los privilegios, el bien de los bienes, la prerrogativa de las prerrogativas: dar ¡tú debes dar!

¡En cuantas horas tiene el día, tú das, aunque sea una sonrisa, aunque sea un apretón de manos, aunque sea una palabra de aliento!

En cuantas horas tiene el día te pareces a Él, que no es sino dación perpetua, difusión perpetua y regalo perpetuo!

Debieras caer de rodillas ante el Padre y decirle:

—¡Gracias porque puedo dar, Padre mío! ¡Nunca más pasará por mi semblante la sombra de una impaciencia!

« En verdad os digo que vale más dar que recibir », enseñó Cristo.

A. NERVO.

118.

El viejo Tellagorri

Algunas veces, cuando su madre enviaba por vino o por sidra a la taberna de Arcale a su hijo Martín, le solía decir:

—Y si le encuentras, al viejo Tellagorri, no le hables; y si te dice algo respóndele a todo que *no*.

Tellagorri, tío-abuelo de la madre de su padre, era un hombre flaco, de nariz enorme y ganchuda, pelo gris, ojos grises y la pipa de barro siempre en la boca. Punto fuerte en la taberna de Arcale, tenía allí su centro de operaciones; allí peroraba, discutía y mantenía vivo el odio latente que hay entre los campesinos por el propietario.

Vivía el viejo Tellagorri de una porción de pequeños recursos que él se agenciaba, y tenía mala fama entre las personas pudientes del pueblo. Era en el fondo un hombre de rapiña, alegre y jovial, buen bebedor, buen amigo y, en el interior de su alma, bastante violento para pegar un tiro a uno o para incendiar el pueblo entero.

La madre de Martín presintió que, dado el carácter de su hijo, terminaría haciéndose amigo de Tellagorri, a quien ella consideraba como un hombre siniestro. Efectivamente, así fué: el mismo día en que el viejo supo la paliza que su sobrino había adjudicado al joven Ohando, le tomó bajo su protección y comenzó a iniciarle en su vida.

El mismo día en que Martín disfrutó de la amistad de Tellagorri obtuvo también la benevolencia de Mar-

qués. Marqués era el perro de Tellagorri, un perro chiquito, feo, contagiado hasta tal punto con las ideas, preocupaciones y mañas de su amo, que era como él: ladrón, astuto, vagabundo, viejo, cínico, insociable e independiente. Además, participaba del odio de Tellagorri por los ricos, cosa rara en un perro.

.....

Tellagorri poseía un huertecillo que no valía nada, según los inteligentes, en el extremo opuesto de su casa, y para ir a él le era indispensable recorrer todo el balcón de la muralla. Muchas veces le propusieron comprarle el huerto, pero él decía que le venía de familia y que los higos de sus higueras eran tan excelentes que por nada del mundo vendería aquel pedazo de tierra.

Todo el mundo creía que conservaba el huertecillo para tener derecho de pasar por la muralla y robar, y esta opinión no se hallaba ni mucho menos alejada de la realidad.

Pío BAROJA.

«Zalacaín — El Aventurero».

119.

Carnaval

¡Qué guapo está hoy Platero! Es lunes de carnaval, y los niños, que se han vestido de máscara le han puesto el aparejo moruno, todo bordado en rojo, azul, blanco y amarillo, de cargados arabescos.

Agua, sol y frío. Los redondos papelitos de colores van rodando paralelamente por la acera, al viento agudo de la tarde, y las máscaras, ateridas, hacen bolsillos de cualquiera cosa para las manos azules ⁽¹⁾.

Cuando hemos llegado a la plaza, unas mujeres vestidas de locas, con largas camisas blancas y guirnaldas de hojas verdes en los negros y sueltos cabellos, han cogido a Platero en medio de su corro bullanguero, y han girado alegremente en torno de él.

Platero, indeciso, yergue las orejas, alza la cabeza, y, como un alacrán cercado por el fuego, intenta, nervioso, huir por doquiera. Pero las locas no le temen y siguen girando, cantando y riendo a su alrededor. Los chiquillos, viéndolo cautivo, rebuznan para que él rebuzne. Toda la plaza es ya un concierto altivo de metal amarillo, de rebuznos, de risas, de coplas, de panderetas, de almireces.

Por fin, Platero, decidido, igual que un hombre, rompe el corro y se viene a mi trotando y llorando, caído el lujoso aparejo. Como yo, no quiere nada con el carnaval... No servimos para estas cosas...

JUAN RAMÓN JIMÉNEZ.

«Platero y yo».

(1) Azules de frío, porque en España el carnaval cae en invierno.

120.

El perro sarnoso

Venía, a veces, flaco y anhelante, a la casa del huerto. El pobre andaba siempre huído, acostumbrado a los gritos y a las pedradas. Los mismos perros le enseñaban los colmillos. Y se iba otra vez, en el sol del medio día, lento y triste, monte abajo.

Aquella tarde, llegó detrás de Diana. Cuando yo salía, el guarda, que en un arranque de mal corazón había sacado la escopeta, disparó contra él. No tuve tiempo de evitarlo. El pobre perro, con el tiro en las entrañas, giró vertiginosamente un momento, en un redondo aullido agudo, y cayó muerto bajo una acacia.

Platero miraba al perro fijamente, erguida la cabeza. Diana, temerosa, andaba escondiéndose de uno en otro. El guarda, arrepentido quizás, daba largas razones. No sabía a quién, indignándose sin poder, queriendo acallar su remordimiento. Un velo parecía enluteecer el sol; un velo grande, como el velo pequeñito que nubló el ojo sano del perro asesinado. Abatidos por el viento del mar, los eucaliptos lloraban más reciamente, en el hondo silencio aplastante que la siesta tendía por el campo de oro, sobre el perro muerto.

JUAN RAMÓN JIMÉNEZ.

«Platero y yo».

121.

El Escorial

El monasterio del Escorial se levanta sobre un collado. La ladera meridional de este collado descende bajo la cobertura de un bosque, que es a un tiempo robledo y fresnada. El sitio se llama « La Herrería ». La cárdena mole ejemplar del edificio modifica, según la estación, su carácter merced a este manto de espesura tendido a sus plantas, que es en invierno cobrizo, áureo en otoño y de un verde oscuro en estío. La primavera pasa por aquí rauda, instantánea y excesiva. Los árboles se cubren rápidamente con frondas opulentas de un verde claro y nuevo; el suelo desaparece bajo la hierba de esmeralda que, a su vez, se viste un día con el amarillo de las margaritas, otro con el dorado de los cantuesos. Hay lugares de excelente silencio, el cual no es nunca un silencio absoluto. Cuando callan por completo las cosas en torno, el vacío de rumor que dejan, exige ser ocupado por algo, y entonces oímos el martilleo de nuestro corazón, los latigazos de la sangre en nuestras sienes, el hervor del aire que invade nuestros pulmones, y luego huye afanoso.

JOSÉ ORTEGA Y GASSET.

«Meditaciones del Quijote».

122.

¡Una nueva!

Magdalena. Isabel, ¿no conoces la nueva?

Isabel. ¿De qué nueva me quieres hablar?

Magdalena. Con la madre y la buena Groninga
—¡Si tu vieras que alegres están! —
nos salimos de casa hace un rato,
y nos fuimos las sendas allá,
donde está la casona arruinada
que en establo ha venido a parar...
—¡Mala puerta, si pasan soldados,
que del quicio saltándose está!—
Con el hombro la abrió la Groninga;
nos entramos las tres al zaguán.
Poco espacio en el antro; unas tablas
donde hay hierba tendida a secar,
unas vigas muy bajas y negras,
en los muros color de humedad
y una franja de lumbré delgada
que se filtra de un roto cristal...
Se metió en el corral la Groninga;
detrás de ella empezamos a andar,
y sentí, en el calor del establo,
como un baño de calma y de paz,
que, abrigado de tierra caliente,
cuando empieza el invierno a aflojar,
sube toda la savia a sus brotes
y se cuaja de flor el rosal...

—¿Dónde está la Groninga?—Allá lejos,
dice madre — y la veo asomar
por detrás de la vaca tendida,
las dos manos sobre el espaldar,
la cabeza tocada de blanco,
con que hacía una gran claridad...
Avanzamos las dos en lo obscuro,
y la moza comienza a gritar:
«¡Llegue a prisa, madama María,
no hagan ruido, les van a espantar!»
Y la bestia movió la cabeza
y nos dió una mirada de paz,
y dijeras que hablaban sus ojos...
Y la madre me hacía señal
que pisara, al andar, con cautela,
y empezamos las tres a mirar,
que la vaca ha tenido pequeños...
¡Si tú vieras que alegres están!

EDUARDO MARQUINA.

«En Flandes se ha puesto el Sol».

EJERCICIOS.

En el libro «Holanda» de E. de Amicis, se hallan preciosas descripciones de los establos de Holanda. Vale la pena leerlas.

123.

Algo sobre Sarmiento

De la obra de Lugones «Historia de Sarmiento» entresacamos los pasajes que siguen, los que nos dan a conocer algunos rasgos íntimos del célebre grande hombre.

«La jovialidad era tan pródiga como todas sus cualidades nobles.»

«En la mesa, en la tertulia casera o parlamentaria, gustábase habitualmente estar de broma. Tenía predilección por la tertulia de jovenzuelos que visitaban a su nieto Augusto, y solía llamar a la puerta del cuarto estudiantil, declarando con irónica solemnidad, cuando de adentro preguntaban quién era: ¡El general Sarmiento! Su familiaridad a veces brusea, de viejo que se entretiene en jugar asustando con su grandeza, es la superficie sonriente de su ternura. Decía, comentando su bella página sobre la muerte de Rosario Vélez: *Sentí que debía haber escrito algo bueno, porque al terminar me vi bañado en lágrimas*».

«La vocación de enseñar despiértasele con la pena de haber visto la ignorancia en que yacían sumidos los montoneros sus enemigos y los mocetones analfabetos de la sierra puntana. Llega, a propósito, el momento de que le examinemos bajo su aspecto más noble y característico: la utilidad.»

«La colosal impulsión de su vida, su vasto ensueño de patria, provienen de la pasión de ser útil. Él, tan

combatido, tan desamparado, tan solo, asume hasta la vida aprendiendo para enseñar y buscando cosas útiles para su país. En su caridad humana, al uso estoico, vale tanto la compasión como la dádiva. Su decente pobreza la blasona como una garantía de integridad, no como un ejemplo. Para todos los demás quiere la opulencia. Cuando viaja, no pierde detalle que pueda traerse de trasplante. Pásase las horas pegado a la ventanilla del vagón mientras otros leen, conversan o duermen.

« Su observación se desarrolla, así, con extraordinaria agudeza; su memoria, ya enorme, se ensancha y se carga de imágenes, de ideas, de informaciones, pintoresca en su valiosa plenitud como un buque aventurero.

« Nada le es indiferente, desde la inauguración de la mansarda en la arquitectura Metropolitana, hasta el progreso de la elegancia del pueblo. Su satisfacción mayor durante las fiestas patrias, consiste en verlo decente y satisfecho ».

L. LUGONES.

EJERCICIOS.

Busquen datos para la biografía de Sarmiento. Él mismo da detalles respecto de su vida en algunas de sus obras.

Rasgos característicos del grande hombre: actividad, veracidad, energía, franqueza honorabilidad.

Obras: «Recuerdos de Provincia», «Facundo», etc.

124.

Los baguales. (¹)

.....

Cuando los baguales fugitivos escapan de la primera pesquisa, buscan las serranías inexploradas. Allí relinchan por primera vez a pulmón lleno, con timbre ufano de soberanía; de allí dominan hacia todos lados el confín, husmean el olor de agua, empluman la cola, enarcan la cerviz y se disparan como sagitarios tras las brisas reveladoras de abrevaderos inéditos.

No temen la soledad porque nacieron para ser libres; ni la inmensidad les desorienta porque ellos han sido los primeros — quizá los únicos — geógrafos del territorio.

Conocen o adivinan los esguazos de los ríos, aspiran el olor del manantial a veinte leguas de distancia, saben cómo debe escalarse un ventisquero, y ellos abrieron personalmente todas las huellas que hoy son allí únicos caminos nacionales.

Viven con plenitud.

Aun los más ancianos se conservan triscadores y joviales, en ágil jarana con sus nietos bravíos.

En tropas organizadas con su inmemorial estatuto de beduinos, vagan de sierra en sierra, merodeando campos vírgenes.

(¹) Del libro «Voz del Desierto». Se refiere aquí a las manadas de baguales en la zona de los valles andino-patagónicos.

Basta una señal del jefe para disparar sus corvejones y salvar cincuenta leguas con el plausible fin de tomarse un sorbo de agua, o para divertirse de lo lindo en la persecución de algún guanaco zonzo.

Saciados de *coirón* en algún valle, una pequeña invitación les incita al escape tras el postre de fresas en otro prado remoto.



La quemazón.

A. Della Valle.

En las noches claras del verano, cuando en la arena solada de la pampa les hormiguea el insomnio, les parece muy lógico escalar la luna en una cumbre, o abanicarse con araucarias entre las camelias blancas del glaciar.

Se dan la insolencia de mirar al sol muy frente a frente, y hay tal electricidad en sus pupilas, que los viborones de fuego donde la tempestad echa sus rayos, ni siquiera les hacen pestañear.

El acidulado retoño mordido en la falda del volcán, el aire purificado en las termas al vapor del hierro hirviente, y las aguas vírgenes recién salidas del fondo de la tierra y recién besadas por el sol, he ahí sus tónicos de brío.

Sus músculos retemplados por los masajes de los huracanes y las corrientes de los ríos, son resortes eléctricos en tensión perpetua, dispuestos a dispararse con la velocidad del viento, si una brisa les finge voz humana o si una espina de monte les recuerda el acicate.

Toda la atención la dedican a vigilar su libertad. Los gritos casi humanos de los zorros, el trote de los aves-truces, el canto de los zorzales, el zarpeo lejano de las quebradas, el alarido del huracán entre las rocas, el sedoso roce de las brisas en los saucés, todos esos rumores del desierto les requintan los arcos motores de su vigor cerril. Hasta la fugaz proyección resbaladiza de una nube sobre el césped, les riza la seda sensible de su serenidad.

Viven alerta, como deben vivir los pueblos libres.

EDUARDO TALERO.

125.

Las campanas

I.

Por el aire se dilata
alegre campanilleo...
Son las campanas de plata
del trineo...
¡Oh, qué mundo de alegría expresa su melodía!
¡Qué retintín de cristal
en el ambiente glacial!
¡Mientras las luces astrales
que titilan en los cielos
se miran en los cristales
de los hielos,
y sube la nota única
como un ágil rima rúnica
que allá en la noche serena
va dilatando sus ecos por el último confín,
y la campanilla suena
dilín, dilín...
melodiosa y cristalina
suena, suena,
suena, suena, suena, suena
la nota ágil y argentina
con metálico y alegre y límpido retintín!

II.

¡Escuchad! Un dulce coro
puebla la atmósfera toda:
son las campanas de oro
de la boda.

¡Qué mundo de venturanza la plácida nota lanza!
Su voz como una caricia
o como un suave reproche
desgrana en la calma noche
las perlas de su delicia.

Son las áureas notas de una fuente de ledó murmullo
o el enamorado arrullo de la tórtola; la Luna
en la dormida laguna vierte miradas de plata,
y en el éter y en las linfas palpita la serenata...

¡Y cómo en el aire flota
la áura nota!

¡Cómo brota,
cual dice la dicha ignota,
en el balsámico efluvio de noche primaveral!
¡Y cuán dulce y cuán sonoro,
din dan, din dan,
es el coro

de la campana de oro
que en su lengua musical
celebrando está la fiesta de la noche nupcial!

.....
.....

EDGAR POE (¹).

(¹) Americano (1809-1849).

126.

La campana

Afianzado en el suelo fuertemente
Ya el molde está de recocida greda;
Hoy fabricada la campana queda,
Obreros, acudid a la labor,
Sudor que brote ardiente
Inunde vuestra frente;
Que si el cielo nos presta su favor,
La obra será renombre del autor.

A la grave tarea que emprendemos
Razonamiento sólido conviene:
Gustoso y fácil el trabajo corre
Cuando sesuda plática se tiene.
Los efectos aquí consideramos
De un leve impulso a la materia dado:
De racional el título se borre
Al que nunca en sus obras ha pensado.
Joya es la reflexión ilustre y rica,
Y dióse al hombre la razón a cuenta
De que su pecho con ahinco sienta
Cuanto su mano crea y vivifica.

Para que el horno actividad recobre,
Trozos echad en él de seco pino,
Y oprimida la llama, su camino
Búsquese por cóncava canal.

Luego que hierva el cobre,
Con él se junte y obre
Estaño que desate el material
En rápida corriente de metal.

Esa honda taza que la humana diestra
Forma en el hoyo manejando el fuego,
En alta torre suspendida luego
Pregón será de la memoria nuestra.
Vencedora del tiempo más remoto
Y hablando a raza y raza sucesiva,
Plañirá con el triste, compasiva,
Pía rogando con el fiel devoto.

El bien y el mal que en variedad fecundo
Lance sobre el mortal destino sabio,
Herido el bronce del redondo labio
Lo anunciará con majestad al mundo.

.....
.....

F. SCHILLER.

Trad. por J. E. Hartzenbusch.

«La Canción de la Campana», — dice Menéndez y Pelayo — sería la primera poesía lírica del siglo XIX, sino hubiera sido escrita en el penúltimo año del siglo XVIII, y no llevase impreso el espíritu de aquella era, aun que en su parte ideal y noble. El que quiera saber lo que vale la poesía como obra civilizadora, que lea «La Campana» de Schiller.

«La Campana» es el poema de la vida y una de las más bellas obras del genio moderno alemán». Marmier.

La traducción de esta poesía por Hartzenbusch se considera clásica en España. Otra traducción muy fiel y hermosa, de la misma, es la de don Sebastián Segura, poeta mexicano.

Juan Cristóbal Federico von Schiller nació en Marbach en 1759. Es uno de los poetas más renombrados. Sufrió y trabajó mucho durante su corta vida como lo prueban el gran número de obras que de él quedan. Murió en 1805.

LÉXICO.

Bronce. — Aleación de cobre y estaño; se emplea en la fundición de cañones, campanas, estatuas, etc.

Aleación. — Mezcla de dos metales, fundiéndolos.

127.

Carta a D. Enriquez

Magnífico señor y mi amigo antiguo. Valdivia, vuestro solicitador, me dió una carta, la cual parecía bien ser de su mano escrita; porque traía pocos renglones y muchos borrones. Si como os hizo Dios caballero, os hiciera escribano, mejor maña os dieráis a entintar cordobanes, que a escribir procesos.

Siempre trabajad, señor, en que si escribieréis alguna carta mensajera, que los renglones sean derechos, las letras juntas, las razones apartadas, la letra buena, el papel limpio, la noma sutil, la plegada igual y el sello claro; porque es ley de corte, que en lo que se escribe se muestre la prudencia, y en la manera de escribir se conozca la crianza. En la carta que me fué dada, se contenían muchas preguntas debajo de muy pocas palabras.

Preguntáisme, señor, que ¿a qué vine a la corte? Y a esto os respondo, que no vine de mi voluntad, sino que me constriñó necesidad. Decíisme, señor, ¿qué es lo que hago en la corte? Y a esto os respondo, que según mis contrarios me siguen, y mis negocios se alargan, que ninguna cosa hago, sino que me deshago.

Decíisme, señor, que os escriba ¿qué es la cosa en que más ocupo el tiempo? Y a esto os respondo, que según los cortesanos tenemos por oficio, con más verdad podremos decir del tiempo, que le perdemos, que no le

empleamos. Decísme, señor, con ¿quiénes converso más en esta corte? Y a esto os respondo, que es de tan mal viduño la corte y su gente, que los que en ella andamos, y dende niños nos criamos, no es nuestro estudio buscar con quién conversemos, sino en descubrir de quiénes nos guardemos. Apenas tenemos tiempo para defendernos de los enemigos, ¿y queréis que nos ocupemos en buscar nuevos amigos? En las cortes de los príncipes, yo confieso, que hay conversación de personas, más no hay confederación de voluntades; por que aquí la enemistad es tenuta por natural, y la amistad por peregrina.

Es de tal condición la corte, que los que más se visitan peor se tratan, y los que mejor se hablan peor se quieren. Los que andan en las cortes de los príncipes, si quieren ser curiosos, y no necios, hallarán muchas cosas de que se espantar, y muchas más de lo que se guardar.

Otras cosas hay en esta corte a buen precio, o por mejor decir, á buen barato: es á saber, crueles mentiras, nuevas falsas, amistades fingidas, envidias continuas, malicias dobladas, palabras vanas y esperanzas falsas: de las cuales siete cosas tenemos en esta corte tanta abundancia, que se pueden poner tiendas y pregonar ferias. porque queríais enviar a despachar algunos. A esto os respondo, que según las cosas de la corte son pesadas, enojosas, prolijas, costosas, intrincadas, malhadadas, deseadas, suspiradas, lamentadas, y marañadas; téngome por dicho, que si son diez los despachados van noventa desesperados.

Escribíme, señor, que os escriba, si hay ogaño buena feria aquí en Medina. A esto os respondo, que como yo no tengo mercadería que vender y menos dineros conque las comprar, ni sé de qué loar, ni hallo de qué me quejar, mas de que andando por esta feria, veo en estas tiendas

de burgaleses tantas cosas ricas y apacibles, que en mirarlas tomo gozo, y en no poderlas comprar, tomo pena...

Muchas veces he tornado a leer vuestra carta, y no he hallado más que responder a ella: que a la verdad más parecía interrogatorio para tomar testigos, que no carta para amigos. No quiero más decir, sino que escapo de escribiros muy cansado, y aun muy enojado, no de responder a la carta, sino de construir vuestra maldita letra. Nuestro Señor sea en vuestra guarda, y a mí me dé gracia para que le sirva. De Medina del Campo a 5 de Junio, año 1532.

GUEVARA.

LÉXICO.

Cordobán. — Piel curtida de macho cabrío o de cabra. La palabra viene de Córdoba, ciudad que tenía fama en la preparación de estas pieles.

Burgalés. — Natural de la ciudad de Burgos.

Viduño. — Casta o variedad de vid. Aquí está empleado en el sentido que damos aquí cuando decimos: *¡de mala cepa!* Viduño viene del latín «vitineus» que significa, de vid.

Nema-hilo. — Dice que ponga nema sutil porque en aquel tiempo se cerraban las cartas con un hilo antes de sellarlas.

EJERCICIO.

Modernizar los giros anticuados que encuentren en esta carta, así como la ortografía.

Conviene ejercitarse en esto de escribir cartas pues es una de las cosas que todos hemos de practicar en la vida. El estilo epistolar debe ser sencillo, pero sin vulgaridad. Claro y escogidas las palabras pero sin llegar a la pedantería; el tono y el estilo de una carta deben estar en consonancia con el asunto de que tratan y con la persona a quien van dirigidas. Las cartas de Santa Teresa, las de Becquer «Desde mi celda», «Las cartas Americanas» de Valera, las del padre Isla son, entre otras, los modelos que podemos consultar.

128.

La deshojadura

¡Cantad, cantad, gusanilleras, que la deshojadura gusta de los cantos! Hermosos son los gusanos de seda y duermen su tercera dormida. Las moreras están pobladas de muchachas a quienes el buen tiempo ha puesto alegres y juguetonas como un enjambre de rubias abejas que va robando la miel a los romeros del pedregal.

Deshojando las ramas, ¡cantad, cantad, gusanilleras! Mireya está cogiendo la hoja en una hermosa mañanita de mayo. Aquella mañana, por arracadas a sus orejas la coquetuela se ha puesto dos cerezas... Vicente aquella mañana pasó por allí de nuevo. En su gorro de escarlata, como usan los ribereños de los mares latinos, llevaba garbosamente una pluma de gallo y andando por las veredas auyentaba las vagabundas culebras, y con su bastón golpeaba los sonoros montones de guijarros haciendo saltar las peladillas.

— ¡Vicente! ¡Vicente! — exclamó Mireya desde las verdes calles de árboles. — ¡Pasas muy de prisa!

Vicente al momento volvió la cabeza hacia la plantación y divisó a la muchacha posada sobre una morera como una alegre congujada, y voló hacia ella gozoso.

— ¿Va bien la deshojadura, Mireya? — le dijo al llegar.

— Todo se deshoja poco a poco — contestó la niña.

— ¿Queréis que os ayude?

— Sí.

Y en tanto que ella reía desde arriba a carcajadas como una loquilla, Vicente, dando con el pie sobre un trebol, se encaramó en el árbol más diestro que un lirón.

—Ved, Mireya, que maese Ramón no tiene otra hija: deshojad las ramas bajas y yo alcanzaré las cimas — dijo a la muchacha.

Y ella deshojando el árbol con su ligera manecita, dijo a Vicente:

—Esto de tener compañía para el trabajo quita el mal humor. ¡Cuando una está sola le viene tal pesadez!

—Ved aquí lo que siempre me enoja — respondió el muchacho. — Cuando estamos allá en la choza donde oímos tan sólo el estruendo del Ródano tormentoso que engulle el cascajo, ¡algunas veces me da un fastidio! En estío no tanto, porque entonces hacemos las caminatas con mi padre de alquería en alquería. ¡Mas cuando el acebo se llena de bayas y los días se hacen fríos y las veladas largas; cuando cerca del rescoldo, mientras en el picaporte silba o maulla algún duente, sin luz y con pocas palabras me es preciso aguardar el sueño a solas con mi padre! (1)...

F. MISTRAL.

EJERCICIO.

Conversación sobre los gusanos de seda.

(1) Mireya. — Canto II.

Edición puesta en prosa por C. Barrallat y Falguera, de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona.

129.

La desembojadura

Cuando las cosechas son abundantes y los olivares a barriles llenos derraman el amarillo aceite en las tinajas de arcilla; cuando por los campos y veredas el carro lleno de garbas rechina y bambolea, y choca en todas partes con su frente altiva; cuando aparece Baco como un luchador, y dirige la farándula de los lugareños en las vendimias de Crau; y del lagar rebosante cuando la bebida bendita, llenando el canal de la compuerta, hacia la espumosa tina se escapa, y el mosto pintarrajea las piernas de los que pisan la uva; y diáfanos a la retama cuando los gusanos de seda suben como en fiesta para hilar sus blondas prisiones, y luego rápidamente aquellas orugas, artistas consumadas, se amortajan a millares en sus capullos tan sutiles, que parecen fabricados con un rayo de sol; entonces en la tierra de Provenza hay más que nunca diversión y alegría; bébese entonces con holgorio el buen moscatel de Bauma y el vino de tomillo, y se canta y se celebran deliciosos banquetes, y los jóvenes y las muchachas danzan placenteros al son del tamboril.

—En verdad soy afortunada, vecinas, pues el embojo de mis cañizos está lleno de hermosos capullos. Una enramada tan sedosa, una cosecha tan rica como esta, no recuerdo haberla visto en la hacienda desde mis verdes años, desde el año de Dios en que me casé.

Mientras se desembojaban los capullos, así decía Juana María, del anciano maese Ramón esposa honrada y madre orgullosa de Mireya, y las vecinas y comadres, con deseos de reir y de trabajar, estaban reunidas a su alrededor en el cuarto de los gusanos de seda.

Trabajaban en el desembojo, y la hermosa Mireya les iba presentando las ramitas de coscoja y las matas de romero, donde la noble oruga, atraída por la fragancia de la montaña, se aprisiona en sus capullos con tan buena voluntad. Las ramas estaban llenas de capullos y parecían palmas de oro.

—Sobre el altar de la buena Madre de Dios — decía a las comadres Juana María, — ayer, mujeres, fuí a dejar como primicia la más hermosa de mis ramitas. Así lo hago todos los años, porque al fin ella es la que con mano liberal ordena, si se le place, a los gusanos de seda que suban.

F. MISTRAL.

«Mireya» — canto III.

Mireya es un poema escrito en provenzal y traducido a todos los idiomas. Simboliza, puede decirse, el amor a la patria.

LÉXICO.

Alquería. — Del árabe *acaria*; casa de campo para labranza.

Acebo. — Arbusto de hojas verdes, lustrosas y espinosas. Hay varias especies de acebos.

Garbas. — Gavilla de mieses.

Farándula. — Danza provenzal. En la traducción de Mireya dice *farándola*.

Cogujada. — Del latín *cucullata*, especie de alondra que tiene un penachito en la cabeza.

Desembojadura. — El acto de quitar de las hojas los capullos del gusano de seda.

Lagar. — Recipiente donde se pisa la uva para hacer el mosto. Sitio donde se prensa la aceituna o se machaca la manzana.

Provenza. — Antigua provincia de Francia en las bocas del Ródano.

Provenzal. — Dialecto romano que se formó en el sud de Francia; lo emplearon mucho los trovadores y se difundió por Cataluña, Aragón, y por el este hasta Venecia en Italia; y se prestaba mucho para la poesía.

Mireya como asimismo *Germán* y *Dorotea* de Goethe son dos obras que, a pesar de su corta extensión se consideran como obras maestras de la literatura.

130.

La Odisea

Nausicaa, hija del rey de los Feacios, encuentra a Ulises.

« ¡Extranjero! Pues no pareces vil, ni insensato, sabe que solo Zeus es poderoso para dispensar venturas a su capricho, así a los buenos como a los malos. Él decretó tu destino y fuerza es que lo sufras con paciencia. Empero, ahora que has llegado a nuestro pueblo y a nuestra ciudad, no carecerás de ropa ni de cuantas cosas se deben al infeliz que implora. Te mostraré la ciudad y te diré el nombre de nuestro pueblo. Son los Feacios quienes moran en esta ciudad y en este país, y yo soy la hija del magnánimo Alcinoos, el primero de todos en fuerza y poderío. »

Dijo, y ordenó a las esclavas de hermosas trenzas:

—« ¡Acercaos, esclavas! ¿Qué miedo os inspira este hombre para que huyáis de tal modo? ¿Imagináis, tal vez, que sea un enemigo? Ni nació ni nacerá el hombre que traiga la guerra a los Feacios, porque este pueblo es carísimo a los dioses inmortales, y habitamos en el confín de la undosa mar y no tenemos relación con los demás hombres. Pero si aquí llega, errabundo algún desgraciado, es forzoso socorrerle, pues huéspedes y mendigos provienen de Zeus, y los dones que se les hagan, por modestos que fuesen, le son gratos. Dad, pues, esclavas mías, de comer y de beber a nuestro huésped, y lavadle en el río en lugar reparado de los vientos. »

Así dijo. Detuviéronse las esclavas, y animándose mutuamente, condujeron a Ulises a un sitio abrigado. Dejaronle manto y túnica y le dieron en redoma de oro un delicado aceite, invitándole a que se lavara en la corriente.

.....

«—Así que entres en palacio y cruces el patio, atraviesa la mansión, y ve donde está mi madre. En su estancia, junto al fuego, hilando lana, admirable a la vista, la hallarás. Sobre una columna estará apoyada y rodeada de sus mujeres. A par suyo se aparece el sitio de mi padre, donde se sienta para beber vino, semejante a un Inmortal. »

«Pasa delante de él; tiende las manos a las rodillas de mi madre, con objeto de que veas gozoso el día de tu regreso a la patria, por alejado que estés de ella. Si mi madre te acogé con benevolencia, puedes confiar descansadamente en que volverás a ver a tus amigos y llegarás a tu país y a tu rico palacio. »

«Odisea», canto VI.

LÉXICO.

Epopeya. — Poema narrativo, extenso, de estilo elevado, acción grande y pública, personajes heroicos y en el cual intervienen lo sobrenatural. «Odisea», «Iliada», «Araucana».

Himno. — I. Composición poética en alabanza de Dios, de la Virgen, de los santos. — II. Poesía a la Patria o en honor de un grande hombre o de un suceso memorable.

Elegía. — Composición poética en que se lamenta la muerte de una persona, o cualquier otro caso privado o público digno de ser llorado.

Oda. — Composición de gran elevación y arrebató. Las odas pueden ser sagradas, heroicas, morales.

La palabra epopeya se deriva del griego; elegía, himno se derivan del latín y del griego.

EJERCICIO.

«Odisea», canto VI.

Ulises había naufragado en la costa del país de los Feacios y allí fué encontrado por Nausicaa que había ido a lavar con sus esclavas.

«Odisea». Poema épico de Homero, que canta las aventuras de Ulises después de la guerra de Troya.

131.

Marcha triunfal

¡Ya viene el cortejo!
¡Ya viene el cortejo! Ya se oyen los claros clarines.
¡La espada se anuncia con vivo reflejo!
¡Ya viene, oro y hierro, el cortejo de los paladines!

Ya pasa debajo los arcos ornados de blancas Minervas
[y Martes,
Los arcos triunfales en donde las Famas erigen sus largas
[trompetas,
La gloria solemne de los estandartes
Llevados por manos robustas de heroicos atletas.
Se escucha el ruido que forman las armas de los caballeros,
Los frenos que mascan los fuertes caballos de guerra,
Los cascos que hieren la tierra,
Y los timbaleros
Que el paso acompasan con ritmos marciales.
¡Tal pasan los fieros guerreros
Debajo los arcos triunfales!

Los claros clarines de pronto levantan sus sonos,
Su canto sonoro,
Su cálido coro,
Que envuelve en un trueno de oro
La augusta soberbia de los pabellones.
Él dice la lucha, la herida venganza,
Las ásperas crines,

Los rudos penachos, la pica, la lanza,
La sangre que riega de heroicos carmines
La tierra;
Los negros mastines
Que azuza la muerte, que rige la guerra.

Los áureos sonidos
Anuncian el advenimiento
Triunfal de la Gloria;
Dejando el picacho que guarda sus nidos,
Tendiendo sus alas enormes al viento,
Los cóndores llegan. ¡Llegó la victoria!

Ya pasa el cortejo.
Señala el abuelo los héroes al niño:—
Ved como la barba del viejo
Los bucles de oro circunda de armiño.—
Las bellas mujeres aprestan coronas de flores,
Y bajo los pórticos vénse sus rostros de rosa;
Y la más hermosa
Sonríe al más fiero de los vencedores.
¡Honor al que trae cautiva la extraña bandera!
¡Honor al herido y honor a los fieles
Soldados que muerte encontraron por mano extranjera!
¡Clarines! ¡Laureles!

Las nobles espadas de tiempos gloriosos,
Desde sus panoplias saludan las nuevas coronas y lauros:
Las viejas espadas de los granaderos más fuertes que osos,
Hermanos de aquellos lanceros que fueron centauros.
Las trompas guerreras resuenan;
De voces los aires se llenan...
A aquellas antiguas espadas,

A aquellos ilustres aceros,
Que encarnan las glorias pasadas;
Y al sol que hoy alumbra las nuevas victorias ganadas,
Y al héroe que guía su grupo de jóvenes fieros;
Al que ama la insignia del suelo materno,
Al que ha desafiado, ceñido el acero y el arma en la mano,
Los soles del rojo verano,
Las nieves y vientos del gélido invierno,
La noche, la escarcha
Y el odio y la muerte, por ser por la patria inmortal,
¡Saludan con voces de bronce las trompas de guerra que
Triunfal!... [tocan la marcha

RUBEN DARÍO.

132.

De la ciudad de Córdoba

Desta ciudad de Santiago a la de Córdoba, qu'es la última en esta provincia, hay pocas menos de noventa leguas, todas llanas sin encontrar una piedra, y casi todas despobladas, por que saliendo de un pueblo de indios, á quince leguas andadas de Santiago, hasta Córdoba, no se pida más poblado, sino un pueblezuelo de obra de doce casas, diez leguas ó poco más de Córdoba. Pobló esta cibdad y conquistó los indios que la sirven Don Jerónimo de Cabrera, siendo gobernador; llenos los campos de avestruces, vicuñas y venados y demás sabandijas. En todas estas leguas no ví cosa digna de notar. El camino, carretero, y así caminé yo desde Esteco a esta cibdad, que son poco menos de 200 leguas, si no más, y desde aquí se toma el camino á Buenos Ayres, también en carretas, que son otras 200, pocas menos; toda la tierra llana y en partes tan rasa que no se ve un arbolillo.

El hato y comida se lleva en las carretas; las personas, en caballos; pero no se ha de caminar más de lo que los bueyes pueden sufrir, que es a cuatro leguas cada día, y para cada carreta son necesarios por lo menos cuatro bueyes; pastos, muchos y muy buenos; agua, poca.

La cibdad de Córdoba es fértil de todas fructas nuestras, fundada a la ribera de un río de mejor agua que los pasados y en tierra más fija que la de Tucumán, está más llegada a la cordillera; danse viñas, junto al pueblo,

a la ribera del río, del cual sacan acequias para ellas y para sus molinos; la comarca es muy buena, y si los indios llamados Comichingones se acabasen á de quietar, se poblaría más. Tres leguas de la cibdad, el río abajo en la barranca dél, se han hallado sepulturas de gigantes, como en Tarija.

FR. REGINALDO DE LIZÁRRAGA.

«Descripción breve de toda la tierra de Perú, Tucumán, Río de la Plata y Chile».

Al finalizar el siglo XVI llegó a Santiago del Estero, entonces capital de Tucumán, el padre fray Reginaldo de Lizárraga, visitador de los conventos en la dilatada provincia del Perú.

Cuando Lizárraga llegó a nuestro país, dicen cronistas como Menéndez, que practicó su viaje a pie desde Lima hasta el Tucumán, más o menos. Había salido del Perú con sus alforjas y su bastón por precario avío.

133.

Razón discreta y habla dulce

Su boca se abrió a la sabiduría y ley de piedad en su lengua.

Prob.

Cuenta Plutarco que Fidias, escultor noble, hizo a los elimienses una imagen de Venus que afirmaba los pies sobre una tortuga, que es un animal mudo y que nunca desampara su carapacho; dando a entender que las mujeres por la misma manera han de guardar siempre la casa y el silencio. Porque el saber callar es una sabiduría propia y aquella de quien habla aquí Salomón, aunque para aprendida es muy dificultosa a aquellas que de su cosecha no la tienen, como decíamos. Mas lo segundo, que toca a la aspereza y desgracia de la condición, que por la mayor parte nace más de la voluntad viciosa que de naturaleza errada, es enfermedad curable.

Y deben advertir mucho en ello las buenas mujeres; porque, si bien se mira no se yo si hay cosa más monstruosa y que más disuene de lo que es, que ser mujer áspera y brava. La aspereza hízose para el linaje de los leones y los tigres, y aún los varones, por su compostura natural y por el peso de los negocios en que de ordinario se ocupan, tienen licencia para ser algo ásperos. Y el entrecejo y ceño y la esquivez en ellos está bien a las veces; mas la mujer si es leona, ¿qué le queda de mujer? Mire su hechura toda y verá que nació para piedad.

Y como a las onzas las uñas agudas y los dientes largos y la boca fiera y los ojos sangrientos las convida a cru-
deza, así a ella la figura apacible de toda su disposición
la obliga a que no sea el ánimo menos mesurado que el
cuerpo parece blando.

FRAY LUIS DE LEÓN.

«La perfecta casada».

134.

**La buena mujer ha de ser dicha, gloria, feliz
suerte y bendición de su marido**

En las puertas de la ciudad eran antiguamente plazas, y en las plazas estaban los tribunales y asiento de los jueces y de los que se juntaban para consultar sobre el buen gobierno y regimiento del pueblo. Pues dice que en las plazas y lugares públicos, y adonde quiera que se hiciera junta de hombres principales, el hombre cuya mujer es la que aquí se dice, será por ella conocida ypreciado por todos. Y dice esto Salomón, o en Salomón el Espíritu Santo, no sólo para mostrar cuánto vale la virtud de la buena, pues honra a sí y ennoblece al marido, sino para enseñarle en esta virtud de la perfecta casada, de que vamos hablando, que es lo sumo della, la raya hasta donde ha de llegar, que es el ser corona y luz y bendición y alteza de su marido; pues es así que todos conocen y cantan y reverencian, y tienen por dichoso y bien aventurado al que le ha caído esta buena suerte; lo uno, por haberle cabido, porque no hay joya ni posesión tan preciada, ni envidiada, como la buena mujer; y lo otro, por haber merecido que le cupiese.

FRAY LUIS DE LEÓN.

«La perfecta casada».

135.

El cielo dice...

El cielo dice: Yo te alumbro día y noche con mis estrellas, porque no andes a oscuras, y te envío diversas influencias para criar las cosas, porque no mueras de hambre. El aire dice: Yo te doy aliento y vida, y te refresco, y templo el ardor de las entrañas para que no te consuma, y tengo en mi muchas diferencias de aves para que deleiten tus ojos con su hermosura, y tus oídos con su canto; y tu paladar con su sabor. El agua dice: yo te sirvo con las lluvias tempranas y tardías a su tiempo, y con los ríos y fuentes para que te refresquen, y te crío infinitas diferencias de peces para que comas; riego tus sembrados y arboledas, con que te sustentas, y doyte camino breve y compendioso para que te puedas servir de todo el mundo y juntar las riquezas ajenas con las tuyas. Pues la tierra, ¿qué dirá, que es la común madre de todas las cosas y como una general oficina de todas las causas naturales? Esa, pues, también con mucha razón dirá: Yo, como madre te traigo a cuestras, yo te crío los mantenimientos y te sustento con los frutos de mis entrañas; yo tengo tratos y comunicaciones con todos los elementos, y con todos los cielos, y de todos recibo influencias y beneficios para tu servicio. Yo, finalmente, como buena madre, ni en vida ni en muerte te desamparo; porque en vida te traigo a cuestras y te sustento, y en la muerte te doy lugar de reposo y te recibo en mi regazo!

FRAY LUIS DE GRANADA.

«Guía de Pecadores» (1572).

El estilo de Fray Luis de Granada es — dice un biógrafo — sobrio, claro y preciso, es sencillo y es natural, por eso a través de los siglos nos parece casi moderno. Entre las manos de este hombre el castellano adquiere las más diversas formas: enérgico, suave, amplio, conciso. Y él, fray Luis, parece que sonriendo nos da a entender que su maravillosa maestría no tiene importancia ninguna. — Azorín.

Entre los escritores del Siglo de Oro ninguno ha interpretado la naturaleza como fray Luis de Granada. La contemplación y su amor por ella, le hace exclamar: «¿Qué otra cosa es la naturaleza sino Dios, que es principal Naturaleza?».

Y esa tendencia de Fray Luis, esa profunda idealidad suya, explican las páginas, verdaderamente maravillosas, únicas en la literatura española de la primera parte de la *Introducción del Símbolo de la Fe*, en que se habla del mundo y de las cosas del mundo». — Azorín.

136.

Canción

.....
Ven conmigo al bosque ameno,
Y al apacible sombrío
De olorosas flores lleno,
Do en el día más sereno
No es enojoso el estío.
Hay allí fuente tan bella,
Que para ser la primera
Entre todas, solo espera
Que tú te bañes en ella.
En aqueste raso suelo
A guardar tu hermosa cara
No basta sombrero o velo;
Que estando al abierto cielo
El sol morena te para.

No escuchas dulces conceptos,
Sino el espantoso estruendo
Con que los bravosos vientos
Con soberbios movimientos
Van las aguas revolviendo.
Y tras la fortuna fiera
Son las vistas más suaves
Ver llegar a la ribera
La destrozada madera
De las destrozadas naves.

Ven a la dulce floresta,
Do natura no fué escasa:
Donde haciendo alegre fiesta
La más calurosa siesta
Con más deleite se pasa.

.....

GIL POLO.

Gaspar Gil Polo. — Poeta valenciano; nació en 1516.

EJERCICIO.

Canción. — Busque las diversas acepciones que tiene esta palabra en poesía.

137.

Salicio y Nemoroso

Nemoroso. Pues ¿en qué te resumes, dí, Salicio, acerca deste enfermo compañero?

Salicio. En que hagamos el debido oficio. Luego de aquí partamos, y primero que haga curso el mal y se envejezca, así le presentemos a Severo.

Nemoroso. Yo soy contento, y antes que amanezca y que del sol el claro rayo ardiente sobre las altas cumbres se parezca, el compañero mísero y doliente llevemos luego donde cierto entiendo que será guarecido fácilmente.

Salicio. Recoge tu ganado, que cayendo ya de los montes las mayores sombras con ligereza van corriendo. Mira en torno, y verás por los alcores salir el humo de las caserías de aquestos comarcanos labradores. Recoge tus ovejas y las mías, y vete ya con ellas poco a poco por aquel mismo valle que solías. Yo solo me avendré con nuestro loco,

que pues que él hasta aquí no se ha movido,
La braveza y furor debe ser poco.

Nemoroso. Si llegas antes no te estés dormido;
apareja la cena, que sospecho
que aún fuego Galafrón no habrá encendido.

Salicio. Yo lo haré, que al ható iré derecho;
sino me lleva a despeñar consigo
de algún barranco Albanio a mi despecho.

Nemoroso. Adiós, Salicio amigo.

GARCILASO DE LA VEGA.

«Égloga II».

LÉXICO.

Oda. — Por lo general se da este nombre a las composiciones poéticas de grande elevación y arrebató.

Égloga. — Composición poética del género bucólico en la cual se introducen por lo general pastores, que, en forma dialogada hablan de sus afectos y de las cosas de la vida campestre.

Bucólico. — Aplícase al género de poesía que trata de cosas concernientes a los pastores o a la vida campestre. Las composiciones bucólicas son, por lo común, dialogadas.

Elegía. — Composición poética en que se lamenta la muerte de alguna persona o acontecimiento digno de ser llorado.

EJERCICIOS.

I. — Garcilaso de la Vega. Sirvió al emperador Carlos V y fué muy favorecido de aquel monarca a quien enseñó el español y el modo de escribir cartas familiares.

Murió como buen soldado, pues queriendo ser el primero en obedecer una orden del emperador, fué herido mortalmente. Sacado del foso donde había caído fué asistido con la mayor diligencia, pero no se consiguió salvarle. Su muerte arrancó

lágrimas al emperador y cuando sus restos fueron trasladados a Toledo el duelo fué universal.

Nació en 1503 y murió en 1536.

Se le considera como el reformador de la poesía castellana.

Según su biógrafo: «Es su estilo suave y armonioso, dotado de elegancia y humildad en admirable ligamento. Las sentencias son agudas, deleitosas y graves; las palabras propias y bien sonantes.

...Después de cuatro siglos de existencia su lenguaje aún mantiene lozanía y juventud».

II. — ¿Por qué razón siendo Carlos V monarca español no sabía castellano?

138.

Retrato del rey Don Felipe Segundo

Don Felipe Segundo fué hijo del César Carlos V, glorioso emperador del mundo, que empezando a vencer por la fortuna, que se le opuso divirtiéndole con las comunidades, venció los reinos, prendió los reyes, desposeyó los tiranos, justificó los infieles, atemorizó monarcas, y los desórdenes de su ejército saquearon a Roma; y las libertades de Italia fueron desperdicio de su magnanimidad; y cebado en vencer a todos, se entró por sí mismo (santa ambición de victoria) para Dios. Y estimando más el saber despreciar el mundo que haberle vencido, a triunfar de sus defectos se retiró a Yuste, renunciando las coronas en don Felipe II, su hijo, cuya imagen describo.

Fué de mediana estatura, bien proporcionado, el rostro hermosamente grave a quien la majestad armaba de respeto; facciones elocuentes, pues con el mirar decretó muchas veces castigos, reprendiendo con la vista, porque era su semblante ejecutivo en advertir descuidos; supo entretener la mocedad, supo disimular la vejez; trató con facilidad las armas donde hizo la guerra, y acompañó a los soldados. Atendió a conservar lo que de su padre había adquirido, y era más formidable cuando solo trataba las razones de Estado, que acompañado de fuerzas y gente; y con los enemigos valió por muchos ejércitos su providencia. Su advertencia balanzó el mundo; y enfermo y retirado, fué árbitro de la paz y de la guerra.

.....

Tuvo entendimiento menudo, diligente y justificado, memoria tan socorrida, que servía de recuerdo a los tribunales, y era alivio de los secretarios y a veces castigo.

Fué espléndido y magnífico, como lo han de ser los reyes, no como quieren que sean los codiciosos: daba y no vertía; premiaba méritos, no hartaba codicias. La condición tratable: no ocasionada a familiaridad. Fué justiciero de modo que se conocía que deseaba ser piadoso. Dejó paz en sus reinos, reputación en sus armas, amor en sus vasallos, temor en sus enemigos, porque vivió disponiendo su muerte y murió acreditando su vida. Su miedo fué muy costoso, y supo pocas veces replicar a sus sospechas.

DON FRANCISCO DE QUEVEDO Y VILLEGAS.

1580 - 1645.

NOTAS. — Estudió Quevedo en la universidad de Alcalá. Estuvo en Italia con el duque de Osuna y fué su ministro de hacienda. El gran número de obras que escribió y la calidad de ellas le colocan entre los primeros escritores de su tiempo.

Siglo de Oro. — La época en que el castellano llegó a su mayor florecimiento lleva el nombre de Siglo de Oro. Se extiende más o menos desde el advenimiento al trono de los reyes católicos hasta la muerte de Carlos II.

Parece como si los grandes talentos se hubieran dado cita para nacer en el Siglo de Oro y dar brillo a las letras; tantos son los nombres que pueden citarse.

Marqués de Santillana, Jorge Manrique (1440-1478), Garcilaso de la Vega (1503-1536), Fray Luis de Granada, Fray Luis de León (1527-1591), Alonso de Ercilla (1533-1594), Santa Teresa de Jesús (1515-1582), Miguel de Cervantes Saavedra (1547-1616), Lope de Vega (1562-1635), Juan de Mariana, Pedro Calderón de la Barca (1600-1680), Francisco de Quevedo (1580-1645).

El Siglo de Oro fué brillante en todo sentido; los Reyes Católicos afirman la unidad de España; expulsan a los moros y se descubre el Nuevo mundo. Bajo Carlos V el poder y riqueza de España son incalculables.

Al mismo tiempo florecen las bellas artes, con maestros como Velázquez, Greco, Alonso Cano, Murillo, Zurbarán, Ribera.

139.

El lebrel.

El lebrel castizo conoce su generosidad y nobleza, y yendo por una calle, y saliendo cuantos gozques hay a ladrarle y molestarle, ni se para, ni se defiende, ni ladra, como animal que siente su generosidad, y que no le está bien tomarse con gente tan baja, ni hacer caso de ella; enseñando con esto a los hombres magnánimos y valerosos que ningún caso deben hacer de las voces del vulgo bárbaro y bestial, ni desistir por ellas de sus buenos propósitos y designios.

Y a este propósito referiré una cosa que me contó una persona digna de fe, la cual él vió no sin mucha admiración. Estando un hermoso lebrel junto a la playa del mar, llegóse a él un gozque, y comenzó a ladrarle, y cercarle, y acometerle por todas partes. Y en todo este tiempo el lebrel ninguna mudanza hizo. Mas fué tanta la importunidad del gozque, que la paciencia del lebrel quedó vencida; y así determinó tomar venganza de él. Mas ¿de qué manera? No quiso ensangrentar sus armas en tan baja ralea, sino tomólo por el pellejo, y metiólo debajo del agua, y tóvolo así tanto tiempo hasta que se ahogó.

FRAY LUIS DE GRANADA.

140.

Serranillas

Después que nací
non vi tal serrana
como esta mañana.
.....

Garnacha traía
de oro, presada
con broncha dorada,
que bien relucía.

A ella volví

diciendo: — « Lozana,
¿e sois vos villana? »
—« Sí soy, caballero;
si por mí no habedes
decid ¿qué queredes?
fablad verdadero. »

Yo le dije así:

—« Juro por Santana
que non sois villana ».

SERRANILLAS

Entre torres e Canena,
acerca de Sallozar
fallé moza de Bedmar,
San Julián en buen estrena.

Pellote negro vestía
e lienzos blancos tocaba,
a fuer del'Andalucía,
e de alcorques se calzaba.
Si mi voluntad ajena
non fuera en mejor lugar,
non me pudiera escusar
de ser preso en su cadena.

Preguntéle dó venía,
desque la ove saludado,
o cual camino facía.
Dijóme que d'un ganado
quel guardaban en Racena,
e pasaba al Olivear
por cojer e varear
las olivas de Jimena.

Dije: « Non vades señera,
señora; que esta mañana
han corrido la ribera,
aquende de Guadiana
moros de Valdepurchena
de la guarda de Abdilbar;
ca de vervos mal pasar
me sería grave pena ».

Respondióme: « Non curedes,
señor de mi compañía;
pero gracias e mercedes
a vuestra gran cortesía:
ca Miguel de Jamilena

con los de Pagalajar
son pasados atajar:
vos tornad en hora buena.

MARQUÉS DE SANTILLANA.

Iñigo López de Mendoza, marqués de Santillana, nació en 1398, murió en 1458. Su obra literaria es muy apreciada y lo fué muchísimo en su tiempo. Transcurrió su vida llena de agitaciones y asistió a gran número de combates tanto en las guerras civiles de España, como en la frontera contra los moros. Algunas de sus poesías llevan el nombre de *serranillas*. «En cuanto a las *serranillas*, toda alabanza parece agotada». «La gracia de la expresión, el pulcro y gentil donaire del metro, prendas comunes a todas las composiciones cortas del marqués de Santillana, llegan a la perfección en estas *serranillas*». Ninguno entre los excelentes poetas que cultivaron este género en el siglo XV, pudieron aventajar al marqués de Santillana.

LÉXICO.

Estrena. — Aguinaldo, estreno.

Pellote. — Cierta especie de gabán forrado exteriormente en piel.

Alcorques. — Calzado con suelas forradas de corcho que se usaban haciendo oficio de zuecos.

Senñera, señora. — Sola.

Curar — Cuidar.

Non curedes. — No os cuidéis, no os preocupéis.

La *Serranilla* citada fué escrita en la época en que estuvo haciendo la guerra a los moros.

EJERCICIO.

Escriban la lectura en prosa, en estilo corriente.

141.

Coplas

Recuerde el alma dormida,
Avive el seso y despierte
Contemplando
Cómo se pasa la vida,
Cómo se viene la muerte
Tan callando:
Cuán presto se va el placer,
Cómo después de acordado
Da dolor,
Cómo a nuestro parecer
Cualquiera tiempo pasado
Fué mejor.

Y pues vemos lo presente
Cómo en un punto es ido
Y acabado,
Si juzgamos sabiamente,
Daremos lo no venido
Por pasado.
No se engañe nadie, no,
Pensando que ha de durar
Lo que espera
Más que duró lo que vió,
Porque todo ha de pasar
Por tal manera.

Nuestras vidas son los ríos
Que van a dar a la mar,
Que es el morir;
Allí van los señoríos
Derechos a se acabar
Y consumir;
Allí los ríos caudales,
Allí los otros medianos
Y más chicos;
Allegados, son iguales
Los que viven por sus manos
Y los ricos.

.....
Este mundo es el camino
Para el otro, qu'es morada
Sin pesar;
Mas cumple tener buen tino
Para andar esta jornada
Sin errar.
Partimos cuando nacemos,
Andamos cuando vivimos,
Y llegamos
Al tiempo que fenecemos;
Así que cuando morimos
Descansamos.

Este mundo bueno fué
Si bien usásemos d'él
Como debemos
Porque, según nuestra fe,
Es para ganar aquel
Que atendemos.
Y aún el hijo de Dios,

Para subirnos al cielo
Descendió
A nacer acá entre nos,
Y vivir en este suelo
do murió.

.....
Los estados de riqueza
Que nos dexan a deshora
¿Quién lo duda?
No les pidamos firmeza,
Pues que son de una señora
Que se muda.
Que bienes son de fortuna
Que revuelve con su rueda
Presurosa,
La cual no puede ser una,
Ni ser estable ni queda
En una cosa.

JORGE MANRIQUE.

Jorge Manrique, señor de Belmontejo (1440-1478) brillante soldado y famoso por su obra maestra, que algunos llaman *elegía*, otros meditación, escrita con motivo de la muerte de su padre.

La composición consta de cuarenta y tres estrofas y se la considera como uno de los modelos más acabados de poesía castellana.

«Mucho y con razón, se ha ponderado en las coplas de Jorge Manrique, la perfección de la lengua que ya en él parece fijada y la diáfana pureza del estilo en que al cabo de 4 siglos apenas se encuentra expresión que haya envejecido». — M. Menéndez Pelayo.

Como todos los gentiles hombres de su tiempo, J. Manrique dedicó gran parte de su vida a la carrera de las armas, y, como Garcilaso, acabó su existencia en un encuentro de armas.

142.

El tener padres virtuosos

El tener padres virtuosos y temerosos de Dios me bastará, si yo no fuera tan ruín, con lo que el Señor me favorecía, para ser buena. Era mi padre aficionado a leer buenos libros, y así los tenía de romance para que leyeran sus hijos. Éstos, con el cuidado que mi madre tenía de hacernos rezar, y ponernos en ser devotas de Nuestra Señora y de algunos Santos, comenzó a despertarme, de edad, a mi parecer, de seis o siete años. Ayudábame no ver en mis padres favor sino para la virtud. Tenían muchas. Era mi padre hombre de mucha caridad con los pobres y piedad con los enfermos, y aún con los criados; tanta, que jamás se pudo acabar con él tuviese esclavos, porque los había gran piedad; y estando una vez en casa una de un su hermano, la regalaba como a sus hijos; decía, que de que no era libre no podía sufrir la piedad. Era tan gran verdad; jamás nadie oyó jurar ni murmurar. Mi madre también tenía muchas virtudes, y pasó la vida con grandes enfermedades. Grandísima honestidad: con ser harta hermosura, jamás se entendió que diese ocasión a que ella hacía caso de ella; porque con morir de treinta y tres años, ya su traje era como de persona de mucha edad, muy apacible y de harto entendimiento. Fueron grandes los trabajos que pasaron el tiempo que vivió; murió muy cristianamente. Eramos tres hermanas y nueve hermanos; todos parecieron a sus padres, por la bondad de Dios, en ser vir-

tuosos, si no fui yo, aunque era la más querida de mi padre; y antes que comenzase a ofender a Dios, parece tenía alguna razón, porque yo he lástima, cuando me acuerdo las buenas inclinaciones que el Señor me había dado, y cuán mal me supe aprovechar dellas.

SANTA TERESA DE JESÚS.

Teresa de Ahumada, en religión *Teresa de Jesús*, española, nació en 1515, de familia hidalga. Padebió mucho y por muchas causas y hasta fué cruelmente calumniada. Sus escritos son muy interesantes. Tenía estilo sencillo y elegante. Habla el lenguaje antiguo de Castilla La Vieja tal como se hablaba el pueblo, pero que ella empleaba con elegancia, resultado de su educación y de las personas cultas cuyo trato cultivó.

143.

Las dos doncellas

Cinco leguas de la ciudad de Sevilla está un lugar que llama Castilblanco, y en uno de muchos mesones que tiene, a la hora que anoheceía entró un caminante sobre un hermoso cuartago extranjero: no traía criado alguno, y sin esperar que le tuviesen el estribo, se arrojó de la silla con gran ligereza. Acudió luego el huésped (que era hombre diligente y de recato), mas no fué tan presto que no estuviese ya el caminante sentado en un poyo que en el portal había, desabrochándose muy apriesa los botones del pecho, y luego dejó caer los brazos a una y otra parte, dando manifiesto indicio de desmayarse. La huéspeda, que era caritativa, se llegó a él, y rociándole con agua el rostro, le hizo volver en su acuerdo; y él, dando muestras que le había pesado de que así le hubiesen visto, se volvió a abrochar, pidiendo que le diesen luego un aposento donde se recogiese, y que, si fuese posible, fuese solo. Díjole la huéspeda que no había más de uno en toda la casa, y que tenía dos camas, y que era forzoso, si algún huésped acudiese, acomodarle en una. A lo cual respondió el caminante que él pagaría los dos lechos, viniese o no huésped alguno; y sacando un escudo de oro, se lo dió a la huéspeda con condición que a nadie diese el lecho vacío. No se descontentó la huéspeda de la paga, antes se ofreció de hacer lo que le pedía, aunque el mismo deán de Sevilla llegase aquella noche a su casa. Preguntóle si quería cenar, y respondió

que no; mas que solo quería se tuviese cuidado con su cuartago; pidió la llave, del aposento, y llevádo consigo unas bolsas grandes de cuero, se entró en él y cerró tras sí la puerta con llave, y aún, a lo que después pareció, arrimó a ella dos sillas. Apenas se hubo encerrado, cuando se juntaron a consejo el huésped, y el mozo que daba la cebada, y otros dos vecinos que acaso allí se hallaron, y todos trataron de la gran hermosura y gallarda disposición del nuevo huésped, concluyendo que jamás tal belleza habían visto; tanteáronle la edad, y se resolvieron que tendría de diez y seis a diez y siete años; fueron y vinieron, y dieron y tomaron, como suele decirse, sobre qué podía haber sido la causa del desmayo que le dió; pero como no la alcanzaron, quedáronse con la admiración de su gentileza. Fuéronse los vecinos a sus casas, y el huésped a pensar el cuartago, y la huéspeda a aderezar algo de cenar por si otros huéspedes viniesen. Y no tardó mucho cuando entró otro de poca más edad que el primero, y no de menos gallardía; y apenas le hubo oído la huéspeda, cuando dijo:

—¡Válgame Dios, y qué es esto! ¿Vienen por ventura esta noche a posar ángeles a mi casa?

—¿Por qué dice eso la señora huéspeda?, dijo el caballero.

—No lo digo por nada, señor, respondió la mesonera; solo digo que vuesa merced no se apee, porque no tengo cama que darle, que dos que tenía las ha tomado un caballero que está en aquel aposento y me las ha pagado entrambas, aunque no había menester más de una sola, porque nadie le entre en el aposento, y es que debe gustar de la soledad; y en Dios y en mi ánima que no sé yo porqué, que no tiene él cara ni disposición para esconderse, sino para que todo el mundo le vea y le bendiga.

—¿Tan lindo es, señora huéspedea?—replicó el caballero.

—Y ¡cómo si es lindo!, dijo ella, y aun más que relindo.

—Ten aquí, mozo, dijo a esta razón el caballero, que aunque duerma en el suelo, tengo de ver hombre tan alabado; y dándole el estribo a un mozo de mulas que con él venía, se apeó, y hizo que le diesen luego de cenar, y así fué hecho.

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA.

«Las dos doncellas».

Nació Cervantes en Alcalá de Henares en 1547. Murió en 1616. Durante toda su vida fué perseguido por la implacable fatalidad; a pesar de eso su obra literaria es tan grande que, como dice uno de sus biógrafos «él, por sí solo, forma una época». En 1571 sentó plaza de soldado. A pesar de estar enfermo de peligro se empeñó en tomar parte en la batalla de Lepanto donde fué herido y quedó manco. Fué después cautivado de los moros y gimió mucho tiempo en la más dura e ignominiosa cautividad. Era ya hombre maduro cuando escribió su obra inmortal: «El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha». Escribió además muchas novelas ejemplares: La Gitanilla, La Fuerza de la Sangre, Rinconete y Cortadillo, Las Dos Doncellas, La ilustre Fregona.



144.

« Claros Varones »

Uno de los grandes escritores del siglo XV fué Fernán Pérez de Guzmán. Tiene más mérito como prosista pero su obra en verso « Claros Varones » es muy apreciada; retrata en forma sencilla y justa los hombres que culminaron en su tiempo y de una manera general hace el elogio de España; así dice en una estrofa:

España nuca da oro
Con qué los suyos se riendan:
Fierro y fuego es el tesoro
Que da con que se defiendan,...
Sus enemigos no entiendan
Della con oro triunfar;
O ser muertos o matar,
Otra cosa non atiendan.

Fué éste, tío del marqués de Santillana, cuyas poesías ya hemos mencionado. Hernando del Pulgar, en su obra « Claros Varones de Castilla » hace el siguiente retrato de Don Iñigo López de Mendoza, marqués de Santillana ⁽¹⁾.

« Fué don Iñigo hombre de mediana estatura, bien proporcionado en la compostura de sus miembros, é fermoso en las facciones de su rostro... Era hombre agudo é discreto é de tan gran corazón, que ni las grandes cosas le alteraban, ni en las pequeñas le placía entender. En

la continencia de su persona é en el razonar de su fabla mostraba ser hombre generoso é magnánimo. Fablaba muy bien é nunca le oían decir palabras que no fuese de notar, quier para doctrina, quier para placer. Era cortés, é honrador de todos los que a él venían, especialmente de los hombres de ciencia... Fué muy templado en su comer é beber, y en esto tenía una singular continencia... Era caballero esforzado, é ante la hacienda, cuerdo é templado; é puesto en ella, ardit é osado, é ni su osadía era sin tiento, ni en su cordura se mostró jamás punto de cobardía... Gobernaba asimismo con gran prudencia las gentes de armas de su capitanía, é sabía ser con ellos señor é compañero.»

«E ni era altivo con el señoría, ni raéz en la compañía, porque dentro de sí tenía una humildad que la hacía amigo de Dios, é fuera guardaba tal autoridad que le hacía estimado entre los hombres. Daba liberalmente todo lo que a él como capitán mayor pertenecía de las presas que se tomaban, é allende de aquello repartía de lo suyo en los tiempos necesarios. E guardando su continencia con graciosa liberalidad, las gentes de su capitanía le amaban, é temiendo de lo enojar, no salían de su orden en las batallas...»

«Los poetas decían de él que en la corte eran gran Febo por su clara gobernación, é en campo Aníbal por su gran esfuerzo. Era muy celoso de las cosas que a varón correspondía facer é reprensor de las flaquezas que veía en algunos hombres... Solía decir a los que procuraban los deleytes que mucho más deleytable debía ser el trabajo virtuoso que la vida sin virtud, quanto quier fuese deleytable. Tenía una tal piedad, que cualquier atribulado o perseguido que venía a él, fallaba muy buena defensa é consolación en su casa, propuesto qualquier

inconveniente que por le defender se le pudiese seguir... Este claro varón en las huestes que gobernó... con la autoridad de su persona é no con el miedo de su cuchillo, gobernó sus gentes, amado de todos é no odioso a ninguno... Tenía gran fama é claro renombre en muchos reynos fuera de España; pero reputaba muy mucho más la estimación entre los sabios que la fama entre muchos. E porque muchas veces vemos responder la condición de los hombres a su complexión é tener sinietras inclinaciones aquellos que no tienen buenas complexiones, podemos sin duda creer que este caballero fué en gran cargo á Dios por le haber compuesto la natura de tan igual complexión, que fué hábil para recibir todo uso de virtud, é refrenar sin grand penz cualquier tentación de pecado...

LÉXICO.

- Quier. — Ya; quier para doctrina, o sea: ya para doctrina.
- Adit, ardido. — Valiente, intrépido, denodado.
- Raez. — Fácilmente. Rahez, de escaso valor, vulgar.
- Allende, aliende. — Hacia otra parte. Aquí, significa además.
- Huestes. — Del lat. hostis, enemigo adversario; hoy sig. ejército en campaña.

EJERCICIOS.

- I. — Este retrato y el de don Felipe II, pueden servir de modelo para los retratos de los hombres notables de nuestro país, pues les enseñan la clase de datos que han de reunir, y la manera sencilla como han de expresarse. Claros varones argentinos son, entre otros: Belgrano, Moreno, San Martín, Rivadavia, Sarmiento, Mitre, el obispo Escalada, etc.
- II. — Pongan en castellano moderno la lectura.

145.

Adiós a la maestra

Obrera sublime,
bendita señora:
la tarde ha llegado
también para vos.
¡La tarde que dice
descanso!... ¡La hora
de dar a los niños
el último adiós!

Mas no desespere
la santa maestra:
no todo en el mundo
del todo se va.
Usted será siempre
la brújula nuestra...
¡la sola querida!
segunda mamá.

Pasando los meses,
pasando los años,
seremos adultos,
geniales, tal vez...
¡Mas nunca los hechos
más grandes o extraños
desfloran del todo
la eterna niñez!

En medio a los rostros
que amante conserva,
la noble, la pura
memoria filial, —
cual una solemne
visión de Minerva, —
su imagen, señora,
tendrá su sitio.

Y allá donde quiera
la ley del ambiente,
nimbar nuestras vidas,
clavar nuestra cruz,
la escuela ha de alzarse
fantásticamente,
cual una suntuosa
gran torre de luz.

No gima, no llore,
la santa maestra:
no todo en el mundo
del todo se va.
Usted será siempre
la brújula nuestra...
¡la sola querida
segunda mamá!

ALMAFUERTE.

ÍNDICE

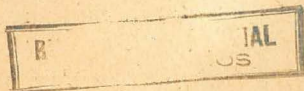
ADVERTENCIAS:	Página
I. La lectura	VII
II. Pausas.—Enlace de palabras.—Tono.—Inflexiones	X
III. Signos de puntuación	XI
LECTURAS:	
1.— El libro y su lectura, por <i>Nicolás Avellaneda</i>	1
2.— El legado de Ana María (I)	4
3.— El rancho, por <i>Marcos Sastre</i>	7
4.— Patria (poesía), por <i>Miguel A. Caro</i>	10
5.— La cabaña (I)	11
6.— El gallo y el zorro, por <i>Samaniego</i>	16
7.— El habla castellana	18
8.— El cuento de la lechera, por el <i>Conde Lucanor</i>	19
9.— Los indiecitos, por <i>L. Correa Morales</i>	20
10.— El juramento	24
11.— Jura de la Junta Provisoria, por <i>Mariano Moreno</i> ...	25
12.— La ociosidad	27
13.— Árboles nacionales	29
14.— La muerte del pajarito, por <i>E. Wilde</i>	33
15.— Sentóse la familia, por <i>Ramón Pérez de Ayala</i>	35
16.— A mi caballo (poesía), por <i>Juan María Gutiérrez</i>	37
17.— Angostura, por <i>Miguel Cané</i>	39
18.— El complot de los fusiles, por <i>M. Pelliza</i>	42
19.— Las cataratas del Iguazú, por <i>E. L. Holmberg</i>	45
20.— Una planta funesta, por <i>I. Thalasso</i>	50
21.— At home (poesía), por <i>Carlos Guido Spano</i>	54

	Página.
22. — La lámpara de Aladino, por <i>Arturo Capdevila</i>	57
23. — La raposa mortecina, por <i>Azorín</i>	59
24. — La raposa mortecina (conclusión)	62
25. — Infancia (poesía), por <i>José A. Silva</i>	65
26. — Alejandro Cumine Russell	67
27. — Frases de Teodoro Roosevelt	70
28. — El Elefantito	72
29. — A mi hija Agustina (poesía), por <i>O. V. Andrade</i> ..	81
30. — La gorra del Príncipe, por <i>Juan Vicente Camacho</i> ..	83
31. — El legado de Ana María (II) y (III)	85
32. — La caridad en Holanda	88
33. — El cóndor y la lechuza (fábula)	90
34. — Quien debe, paga (poesía), por <i>G. Nuñez de Arce</i> ..	93
35. — La quena mágica, por <i>Eduardo A. Holmberg</i>	94
36. — El rubí, por <i>Rubén Darío</i>	97
37. — Tucumán (poesía)	101
38. — Teyú-Cuaré	106
39. — Tierras fabulosas (poesía), por <i>Leopoldo Díaz</i>	111
40. — Las dos aves (poesía), por <i>José Antonio Calcaño</i>	112
41. — Un cuento de abuelita	114
42. — La propiedad, por <i>Nicolás Avellaneda</i>	119
43. — Mirando al mar, por <i>José Enrique Rodó</i>	121
44. — El Cóndor (poesía), por <i>Vicente Coronado</i>	123
45. — La princesa sin corazón, por <i>J. Benavente</i>	126
46. — El desierto (poesía), por <i>Esteban Echeverría</i>	129
47. — Puesta de sol (poesía), por <i>Luis G. Urbina</i>	133
48. — La Cabaña (II)	134
49. — Una carta, por <i>E. P.</i>	137
50. — El comercio de sal durante el coloniaje	141
51. — Juan Martín de Pueyrredón, por <i>M. Pelliza</i>	144
52. — El viento y el mar	148
53. — El Yassi-Yateré	152
54. — Un cementerio original	158
55. — El legado de Ana María (IV)	160
56. — Monteagudo a Sucre	163
57. — La lluvia en la Pampa, por <i>Roberto Payró</i>	164

	Página.
58. — Sotileza, por <i>J. M. de Pereda</i>	168
59. — Gloria (poesía), por <i>Calixto Oyuela</i>	172
60. — El gaucho, por <i>Leopoldo Lugones</i>	175
61. — La poesía gaucha, por <i>Leopoldo Lugones</i>	178
62. — El 25 de Mayo de 1812, por <i>Ricardo Rojas</i>	180
63. — El patrono del Huaco, por <i>Joaquín V. González</i>	189
64. — El ejército de los Andes (poesía), por <i>Adán Quiroga</i>	193
65. — Rumbo al Sur	196
66. — La Carrera (poesía), por <i>José Zorrilla</i>	200
67. — La piedra Itá-Guaimí, por <i>Juan B. Ambrossetti</i>	202
68. — La Cabaña (III)	205
69. — Plantas luminosas	209
70. — El milagro	212
71. — El niño y la golondrina (poesía), por <i>Jorge Isaacs</i>	215
72. — Monte Hermoso, por <i>F. Ameghino</i>	218
73. — La Cabaña (IV)	221
74. — Recuerdos históricos que no causan horrores ni cuen- tan desastres, por <i>Julio L. Jaimes</i>	226
75. — Entre los médanos	231
76. — Venecia, por <i>Ángel Estrada</i>	234
77. — El agua multiforme, por <i>Amado Nervo</i>	236
78. — Fanales del mar	238
79. — Era un hermoso día, por <i>Enrique Larreta</i>	242
80. — Los horneros (poesía), por <i>R. Obligado</i>	245
81. — El niño y la serpiente, por <i>Lessing</i>	250
82. — La leyenda del Coquena (poesía), por <i>J. C. Dávalos</i>	253
83. — La quemazón, por <i>Martiniano Leguizamón</i>	256
84. — ¿Por qué no estudias?, por <i>Ramón del Valle Inclán</i>	262
85. — La composición	264
86. — Las damas de Tanagra, por <i>E. Gómez Carrillo</i>	265
87. — Los lacedemonios	266
88. — De cómo y por qué se trajeron esclavos negros al Plata, por <i>Ricardo Rojas</i>	269
89. — Una elección y una apuesta, por <i>R. Rivarola</i>	271
90. — El cuervo y el zorro	273
91. — Recuerdos de Catamarca, por <i>E. J. Weigel Muñoz</i>	275

92. — La muerte del pastor (poesía), por <i>J. H. y Reisig</i> ..	279
93. — La Cabaña (V)	281
94. — ¡Ara y canta...! (poesía), por <i>J. M. Gabriel y Galán</i> ..	285
95. — Huayra-Puca	290
96. — Dos romances	296
97. — Patriotismo	298
98. — El payasito, por <i>Horacio H. Dobranich</i>	303
99. — Cielo y tierra, por <i>Martín Gil</i>	305
100. — Cielo y tierra (conclusión)	308
101. — Lucha por la vida, por <i>Fray Mocho</i>	310
102. — Lázaro el Payador (poesía), por <i>Ricardo Gutiérrez</i> ..	314
103. — Sambaquis	318
104. — Oración a la bandera, por <i>Domingo F. Sarmiento</i> ..	321
105. — La canoa de Hiawatha (<i>de Longfellow</i>)	322
106. — Mocedades de Hernán Cortés, por la <i>C. de P. Bazán</i> ..	327
107. — La Alpujarra, por <i>Pedro Antonio de Alarcón</i>	330
108. — El invierno, por <i>Ricardo León</i>	331
109. — El sueño de los gusanos de seda, por <i>F. L. de Granada</i> ..	333
110. — ¡Al rincón! ¡Quita calzón!, por <i>Ricardo Palma</i>	335
111. — Viñatúm, por <i>E. L. Holmberg</i>	339
112. — Madrid a fines del siglo XIV, por <i>M. J. de Larra</i> ..	344
113. — Despedida de Héctor y Andrómaca, por <i>Homero</i> ...	346
114. — Caminante: ¿Dónde vas?, por <i>Rabindranath Tagore</i> ..	348
115. — He amado tu mundo, por <i>Rabindranath Tagore</i>	349
116. — Dentro de ti está el secreto, por <i>A. Nervo</i>	350
117. — Dar, por <i>Amado Nervo</i>	351
118. — El viejo Tellagorri, por <i>Pío Baroja</i>	352
119. — Carnaval, por <i>Juan Ramón Jiménez</i>	354
120. — El perro sarnoso	355
121. — El Escorial, por <i>José Ortega y Gasset</i>	356
122. — ¡Una nueval (poesía), por <i>Eduardo Marquina</i>	357
123. — Algo sobre Sarmiento, por <i>L. Lugones</i>	359
124. — Los baguales, por <i>E. Talero</i>	361
125. — Las campanas (poesía), por <i>Edgard Poe</i>	364
126. — La campana (poesía), por <i>F. Schiller</i>	366
127. — Carta a D. Enriquez, por <i>Guevara</i>	369

	Página.
128. — La deshojadura, por <i>F. Mistral</i>	372
129. — La desembojadura, por <i>F. Mistral</i>	374
130. — La Odisea	377
131. — Marcha triunfal (poesía), por <i>Rubén Darío</i>	380
132. — De la ciudad de Córdoba, por <i>F. R. de Lizárraga</i> ..	383
133. — Razón discreta y habla dulce, por <i>F. Luis de León</i> ..	385
134. — La buena mujer ha de ser dicha, gloria, feliz suerte y bendición de su marido, por <i>F. Luis de León</i> ..	387
135. — El cielo dice..., por <i>F. Luis de Granada</i>	388
136. — Canción (poesía), por <i>Gil Polo</i>	390
137. — Salicio y Nemoroso (poesía), por <i>G. de la Vega</i> ...	392
138. — Retrato del rey Don Felipe Segundo, por <i>Francisco de Quevedo y Villegas</i>	395
139. — El lebre, por <i>F. Luis de Granada</i>	397
140. — Serranillas (poesía), por el <i>Marqués de Santillana</i> ..	398
141. — Coplas (poesía), por <i>Jorge Manrique</i>	401
142. — El tener padres virtuosos, por <i>S. Teresa de Jesús</i> ..	404
143. — Las dos doncellas, por <i>M. de Cervantes Saavedra</i> ..	406
144. — «Claros varones»	409
145. — Adiós a la maestra (poesía), por <i>Almafuerte</i>	412



CABAUT y Cia. ::: Libreros Editores

Lectura Libre

por Teófilo Godoy y Lista

Un tomo encartonado, ilustrado

El autor ha sabido demostrar con gran tino hasta qué punto es rica y fecunda la bibliografía puramente americana. *Lectura Libre* es una importante adición a la lista de obras nacionales de texto en forma de antología americana, en la que predominan las producciones literarias argentinas.

La nueva edición ha sido ampliada con modernas composiciones y grabados reproduciendo paisajes argentinos y obras maestras de la pintura.

Ejemplos

por Juan Manuel Cotta

*Un tomito encuadernado, con primorosas ilustraciones;
tapa cromo*

El autor, conocedor intenso del corazón de los niños, a quienes está destinado este libro, diluye en sus lecturas, en amenas y breves narraciones, los gérmenes de todas las virtudes que deben adornar el carácter del hombre, saturando de un modo grato y nada fatigoso el alma del niño de los elementos fundamentales de la moral.

Corazón Argentino

(DIARIO DE UN NIÑO)

LIBRO DE LECTURA
PARA 3º, 4º y 5º GRADOS

por Carlota Garrido de la Peña

Un tomo cartoné, ilustrado

Sin pretender haber escrito un libro como el de D'Amicis (CORAZÓN), la autora ha seguido su huella y ofrece a los niños argentinos que saben leer correctamente el presente libro de lectura, que describe las impresiones de un escolar modelo, interesando los sentimientos infantiles de sus compatriotas con narraciones de la vida real, de cada una de las cuales saca una enseñanza.

“Librería del Colegio” — Alsina y Bolívar — Bs. Aires

